Collar de Orejas

Alberto Roblest



novela

COLLAR DE OREJAS

(Novela)

Collar de Orejas

ISBN-13: 978-1511639590 ISBN-10: 1511639598

ontheroadfestival@yahoo.com

A Tina, por ser mi cómplice en la vida A mi familia paterna, por toda la ficción de sus vidas A los amigos que leyeron el texto y me dieron su opinión creativa

ÍNDICE

ÍNDICE

Primera Parte

Arrojo los dados a la mesa con desprecio, están en juego mis ojos, mi lengua. Todos los otros jugadores, a pesar de la elegancia de sus ropas, no tienen rostros y algunos llevan máscaras. Es un lugar particular, quizá una casa de apuestas clandestina, un casino de mala muerte, a saber. Me quito con asco el collar que adorna mi cuello y lo pongo junto a las fichas. Serán veinte orejas un tanto ennegrecidas y secas, atravesadas por un alambre a la altura del lóbulo; una tras de otra, veinte cartílagos humanos alrededor de mi cuello. Siento asco, por supuesto, aunque finjo naturalidad. Algo ha pasado y no sé qué es… Los dados giran en todas sus posibles combinaciones matemáticas, todo tiene un valor, incluido el corazón. Las apuestas suben… sólo el tiempo se detiene.

1

Primero gritó Martina después yo. Me moví un poco más sobre su hermoso cuerpo y me quedé pasmado viéndole el rostro, di un último empujón de cadera, salí lentamente de ella y me tiré a su lado. Ambos nos quedamos mirando el ventilador sin decir palabra. Sequé mi sudor en la frente con el dorso de la mano y con los pies empujé la sábana hacia abajo. La miré de reojo, se veía compungida, quizá se arrepentía y se sentía sucia, aunque para mi habían sido unos treinta minutos maravillosos flotando en la estratósfera. Se mordía los labios, con el brazo se cubría los senos y evitaba mis ojos. Dice un dicho antiguo: al buen entendedor, pocas palabras, así que me puse de pie y me vestí sin hacer mucho ruido, ni muchos aspavientos. Lo entendía, la verdad, con el marido peleando en algún lugar del Medio Oriente y ella con otro hombre intercambiando líquidos, no dije nada para no romper con sus pensamientos, ni con su sentido de culpa. Salí del lecho, del cuarto, salí a la sala, bebí los restos de agua que me había ofrecido antes de llegar a los ardientes besos y la revolcada en cama. Tomé mi chaqueta de sobre uno de los sillones, mi caja de herramientas y cerré la puerta detrás de mí llevándome aquel delicado perfume a sexo sobre la piel. No pude evitar sonreír. Crucé los jardines, rodee los dos inmensos galerones que servían como salones de usos múltiples, canchas de basquetbol, voleibol y tenis. Me dirigí a la cabina de servicio. Quizá aquella experiencia era una buena señal… o el inicio de un mal presagio, a saber. El caso, es que en aquel momento me relamí los labios endulzados aún con el exquisito sabor del coño de Martina, así se llamaba aquella princesa. Se las describo. Media como 1:70 de estatura, tenía una cintura estrechísima y su cadera se abría abajo hasta dos perfectos glúteos duros, los cuales se sostenían en un par de bien formadas piernas. Sus senos no eran muy grandes, pero eran tan perfectos, como dos manzanas maduras a punto de caer del

árbol. Aunque la cosa más linda de todo ella; era la forma de su sexo, parecía una flor de verano de gruesos labios, apenas comparados con los que decoraban su boca. Estaba casada con un soldado, el cual llevaba en Irak por lo menos nueve meses, y yo había tenido la fortuna de cruzarme en su camino, pues la muñeca estaba tan ansiosa como un niño en vísperas de navidad. Vamos, no es que estuviera esperándome, sino la suerte y un lavabo tapado de comida vieja, me enviaron a su domicilio. Es más, inmediatamente crucé la puerta con mi caja de herramienta, pude oler su necesidad que todo lo invadía. Me presenté como el nuevo empleado, apenas llevaba unas semanas trabajando ahí y estaba para lo que se le ofreciera. Tan simple como hablar al gerente para que él girase instrucciones. Sonrió. Pregunté por el problema. Caminamos juntos a la cocina, yo detrás de ella mirando sus hermosos glúteos bamboleándose dentro del pantalón deportivo. Me señaló el fregadero; trastes flotando dentro de una agua maloliente y cochambrosa color verde. Seguramente un cúmulo de grasa estaba bloqueando el codo, se lo expliqué y me miró indiferente. Abrí la caja; saqué pinzas, desarmador y un perico. Me enfoqué en mi tarea. Desconecté las partes, introduje un alambre en el moledor de comida y destrabe el nudo. Ella vino, se recargó en el refrigerador con una tasa de café entre las manos y comenzamos a charlar. Me ofreció un vaso de agua. Noté que no llevaba sostén, aunque me hice el desentendido; la chamba es la chamba y uno tiene que respetarla, máxime cuando apenas esta uno recién inaugurado. De eso hacía, como les digo, casi tres semanas, sin incluir los tres días de entrenamiento como todólogo; ya saben, cortar el pasto, reparar lavadoras, cambiar chapas, vidrios, apretar tornillos y sacar clavos. De vez en cuando ayudar a los vecinos de la tercera edad con las compras. Le pregunté dónde podía poner aquella bola de comida y grasa enrollada en el alambre. Cogió una bolsa de plástico y me la acercó con un dejo de asco. Olí su fragancia, miré en detalle sus manos, noté una cicatriz en el brazo izquierdo. La camiseta que cubría sus pechos sin sostén, llevaba impresa la cara de uno de los Simpson. Noté sus pezones duros, aunque volví a lo mío y me apresté a volver los tornillos a su lugar, aunque de reojo mis ojos buscaron sus pechos. La niña se caía de buena y sólo un santo se hubiera negado a mirarle. La verdad, es que ya había visto aquella escena en por lo menos dos películas porno. Entra el musculoso fontanero a la casa de la susodicha estrella, y a los diez minutos ya está chupándole el miembro golosamente. A mí nunca me había pasado nada por el estilo, ni me lo esperaba, aunque bien dicen: la realidad imita a la fantasía lo más que puede y no a la inversa. No soy un fortachón de grandes músculos –aunque tampoco un alfeñique-, ni Martina me lo sacó de la bragueta golosamente para metérselo en la boca, ni menos aún todo fue en

menos de diez minutos, sino hasta que terminé de destapar el fregadero, limpiar el codo del desagüe y remplazar los empaques. Mientras esto les cuento, hablamos de la familia, de nuestros orígenes y de cómo nos sentíamos en aquel sitio en medio de la nada. Ambos éramos citadinos. Me comentó que se sentía sola, deprimida y preocupada por su esposo a quien podrían meterle un tiro en la cabeza en cualquier momento. “No sé si vale la pena todo este sacrificio, me fastidia pensar que puedo quedar viuda y desamparada de un día para otro y sin opciones…” Le dije que no lo tomara de esa forma, que a su esposo no le pasaría nada, que hoy en día los soldados van muy bien protegidos con chalecos antibalas, visores de visión nocturna, telefonía satelital y camiones blindados. Me miró a los ojos. No pudo contenerse y comenzó a llorar, me acerqué a ella, le ofrecí mi pañuelo y entonces se soltó a sollozar como una chiquilla. La atraje hacia mí y la abracé sin ninguna mala intención, el llanto de una mujer es algo que aún todavía me rompe el corazón. Entonces ella me besó en el cuello, después la boca y más tarde me arrastró hasta su recámara donde nos volvimos locos.

2

Entré a la cabina, puse la caja de herramienta en su lugar y fui al micro-baño; donde para bañarse hay que incrustar el lavamanos en la pared y viceversa. No pude evitar sonreírme en el espejillo, había sido una muy buena mañana y toda una sorpresa. Aunque como sabemos, las sorpresas pueden ser armas de dos filos. Sólo esperaba que no hubiera malas repercusiones, sobre todo por lo de perder la chamba y empezar de nuevo en busca de otra, en otro estado de este gran país. Hacía menos de un mes había aterrizado en mi Greynhound desde Las Vegas, vía Nashville, cubierto de una nube de polvo. Uso el posesivo, pues en esos viejos camiones he cambiado de ciudad varias veces, como supongo un montón de gente en busca de algo, nuevo o no. Yo iba tras la chamba - a fin de cuentas acabé siendo lo que mi bisabuelo materno siempre fue; un trabajador migratorio, un hombre de paso; quizá hasta mis últimos días, como él mismo-. En fin. Ciudad: Albany, Georgia. Trabajo: en un complejo donde se preparaba -o cocinaba si prefieren- la comida servida en los aviones de pasajeros. No questions about it. Es decir, no importaba tu estado migratorio, contratado de entrada y de palabra. Salario: cuatro dólares la hora, buen deal comparado con otros lugares donde explotan a nosotros los latinos como a bestias por menos de dos dólares. Ciudad tranquila, gente amable. Todo esto lo sabía por el compadre Pedro, quien ya había volado hacia otra ciudad por broncas, claro, que más. Según Peter, un milico se le había ido encima a los golpes en un bar, suele suceder; adrenalina, testosterona, trompadas, alcohol. Pedro es de los que no se dejan, además sabe defenderse, así que si huyó, fue porque el soldado ha de haber perdido. Por lo demás, Albany era pasable e idéntica a un sinfín de pequeñas ciudades de los Estados Unidos. Lo que desconocía, era que además de todo, la ciudad albergaba un enorme complejo militar con dos escuelas, deportivo, campo de entrenamiento, área residencial y supermercados. Algo así como una ciudad dentro de otra ciudad. De hecho, los militares eran la segunda entrada de dinero al pueblo, después de las fábricas de alimento procesado para los usuarios de aviones. Claro, los militares iban al cine, a los restaurantes a cenar, al mall, y sobre todo, a los bares que cada noche estaban hasta el tope. En mi vida había estado tan rodeado de milicos. Pensé en irme claro, a las pocas horas, a mí los soldados me producen reacciones encontradas, no precisamente miedo, más que nada inseguridad, cautela, desconfianza, aunque también cierta incitación a la violencia. No sé, es algo que tengo, no soporto mucho a los sardos, ni a los policías, ni a los guardias. Quizá porque en todo América Latina representan intimidación, dictaduras, crimen encubierto, asociación delictuosa, abuso institucional, etcétera, etcétera. Fui a donde el Peter me había recomendado. De la estación de camiones caminé unas calles. La casa era de una anciana con un montón de

gatos, se acordaba de mi amigo, aunque creo que lo confundía con un antiguo novio suyo o algo. Le di cuerda a la señora y la dejé hablar. Dijo que Peter era un hombre sencillo, modesto, limpio y nada borracho; cualidades que por supuesto no correspondían con el Pedro que yo conocía. Aceptó rentarme por una semana primero, aunque con la posibilidad de alargar el alojamiento indefinidamente. Le expliqué mi situación; venía a un trabajo en las cocinas de "Cooking on air" aunque no era del todo seguro pues no tenía aún un contrato. Se quedó con la impresión de que era un chef especialista en burritos y quesadillas especiales. Le quedaba un sitio en el sótano con acceso al jardín trasero. Resultó un cuarto medio húmedo, con una pequeña ventana, una cama sencilla, un closet más bien chico, una vieja silla recubierta de plástico y una tina de baño amarillenta por la que seguramente no habían pasado en varios años una fibra con jabón. Regresamos por el pasillo, rentaba otros dos cuartos en el basement. Subimos las escaleras. En la sala, los gatos habían decidido hacerse presentes y nos esperaban parados en los sillones, la mesa, el chifonier y en todas partes. Gatos negros, cafés, blancos, grises y moteados. Me miraban con cierta desconfianza, sólo uno vino y se restregó en mi pantalón ronroneando. Cerramos la transacción, una semana y otra de depósito por adelantado. Me hizo firmar un papel y me tomó una foto tan de sorpresa como se los digo, con una delgadísima cámara digital. Me explicó; era algo recomendado por su sobrina. Me dio una llave y me leyó el manual de reglas. No podía traer chicas o amigos a beber, no podía subir muy alto el volumen de la radio y tampoco podía hacer uso de la cocina más allá de la media noche. Fumar ni pensarlo. Y otra cosa, el piso superior; que era donde ella dormía, estaba vedado para los huéspedes, así me llamó. Podía lo mismo entrar por la puerta de enfrente, o por la de atrás, según quisiera; una vez dentro asegurarme de cerrar bien. Nos pusimos de pie y nos estrechamos la mano. Se despidió de mí y subió lentamente la escalera seguida de los mininos. Un par de ellos me miraron curiosos antes de desaparecer como por arte de magia. Bajé al cuarto, cerré la puerta, vacié mi maleta y me tiré en la cama unos cuarenta minutos. Decidí salir a dar una vuelta para familiarizarme con mi nuevo poblado y comer algo. Además me hacían falta pasta de dientes, papel de baño, jabón y una maquinilla de rasurar. Salí cerrando la puerta del jardín a mis espaldas. Rodee la casa y me detuve a mirar la fachada, memoricé el número pues la casa era idéntica a casi todas en el bloque. Dos plantas, dos aguas, tabique rojo en la fachada y ventanas pequeñas. Sentí los ojos irritados, estornudé un par de veces. De unos años a la fecha era alérgico a muchas cosas. No tengo nada contra los gatos, pero algo como doce en un sólo lugar es demasiado en mi opinión. En casa tuvimos gatos; Tábata la madre y después la hija, Garnacha, esta segunda una gata

super buena onda, gris con pecho y patas blancas. Dejen les cuento la historia de su nombre; se lo había ganado a causa de la madre, como todos supongo. Imagínense, una gatita con el nombre de Tábata y protegida de la abuela, en manos del gato sucio y malo del pueblo, el cual según esto, la había violado en un estado de arranque animal. Gato negro, gato malo. Garnacha, una vil tortilla con chile encima, cero pedigrí, como el ochenta por ciento de los humanos en el planeta supongo también. El rollo del pedigrí, la sangre azul, joder, los humanos, ¿cuándo superaremos todos nuestros atavismos? Caminé varias cuadras, encontré la oficina de correos, tres ferreterías, varias tiendas de abarrotes, una zapatería, la farmacia, seis restaurantes, dos armerías y por lo menos diez bares. Una escenografía vista muchas veces en los varios años que llevo vagando en este país. En su mayoría gente blanca, pocos negros, pocos asiáticos y algunos latinos. Camionetas grandes, carros americanos, banquetas estrechas y sólo un par de autobuses; los cuales le daban la vuelta al centro de la ciudad y a otros lugares importantes. El hecho de que hubiera transporte público ya era ganancia, máxime para quien se han quedado sin carro, como en mi caso. Localicé un paradero. Me tocaba investigar el costo y los horarios de parada. Me encaminé hacia el Downtown. En un restaurantito que no parecía costoso, me metí a comer y bebí dos cervezas. Como un perfecto desconocido pagué y regresé sobre mis pasos. En la farmacia compré los productos que necesitaba, más dos botellas de agua. Entré por la puerta de enfrente con la llave que me había la señora Robbins, y como un fantasma me dirigí a mi cuarto escaleras abajo, un gato blanco brincó a mi paso y maulló dándome la bienvenida.

Encendí la luz, cerré la puerta y me desvestí lentamente pensando en lo aburrido que iba a ser aquel lugar empaquetando comida o cocinándola. Pero bueno, tener trabajo hoy en día es considerarse afortunado; y trabajo es dinero y éste, techo, comida y todo lo demás; el dios todo. Me cubrí con las cobijas y me apresté a dormir, aunque soñé a medias.

Estando en el puerto veo un bloque negro flotando en el mar, acercándose a la tierra, un cubo de granito puro que crece, la marea comienza a subir y las olas golpean fuertemente contra las rocas. La presencia del bloque gigantesco, del tamaño de un barco, me produce malestar. Me pregunto entonces: ¿qué contiene? ¿Quién viaja adentro? ¿Por qué flota?

3

Me levanté temprano, me bañé, rasuré y vestí con mi mejor ropa, pensando en la posible entrevista que me esperaba. Subí a la cocina, los gatos me miraron por unos instantes con desconfianza como si estuviera invadiendo su espacio físico, pero después continuaron en lo

suyo; como si comprendieran que sería una cara familiar por una temporada. La señora Robbins había preparado café, tomé una taza y me serví un poco. Abrí el refrigerador, nada mucho. Algunos cacharros con comida de varios días. Tres papas, dos zanahorias, una cebolla. Frascos de mermelada, crema de cacahuate, mayonesa y kétchup. En la alacena un montón de latas de comida, ¿de quién creen? Claro, los consentidos de la casa. A lo mejor mi casera también comía eso todas las tardes, rodeada de sus niños, como había llamado a los felinos. No encontré azúcar, así que bebí el café negro, cargado eso sí, menos mal. Tenía como una hora y media antes de mi entrevista, pero como no conocía el horario del autobús, me di prisa. Salí de la casa y caminé hasta la parada, donde sólo una muchacha negra de doble rodada esperaba. Estuvimos ahí como treinta minutos, el uno parado junto al otro, aunque no intentamos hacer plática, era evidente que no estábamos dispuestos a eso. Hacia un poco de frío, esperaba no se pusiera peor pues no tenía un abrigo. Me miré los zapatos, se veían viejos, aunque conservaban un poco de la crema que les había puesto hacia como un mes antes de salir de Oklahoma City, en la terminal de autobuses. Me preocupaba un poco lo que me preguntarían, así que llevaba más o menos memorizadas las posibles respuestas. Odios las entrevistas de trabajo.

¿ *Cómo se inició en la cocina*? De lavaplatos primero, parrillero y después de cocinero de línea. *¿Cuál es la posición más alta que ha ocupado en un restaurante?* Ayudante primero de chef. *¿Conoce usted las reglas de higiene deben observarse en los sitios que preparan alimentos?* Por supuesto; lavarse las manos antes de entrar a la cocina, vestir el gorro y el tapabocas por aquello de los microbios. No mezclar lo utensilios de la carne con los de los vegetales y lavar estos antes, y después de ser cortados. *¿Qué se hace cuando la carne de puerco cruda, ha estado más de cuarenta minutos a la intemperie?* Debe meterse por precaución al microwave para matar cualquier posibilidad de toxina, e incluso lavarse, antes de ponerse al aceite. Repetí la perorata durante el trayecto, me dije estar seguro y responder con confianza en la prueba que seguramente me harían. *¿Qué comidas sabe usted preparar?* Algo de comida italiana, algo de comida mexicana y algo de comida china que son las más comunes. Arroz, granos, pastas. Repasé de memoria los ingredientes para un arroz con granos de maíz y ejotes. La receta de un pollo al vino dulce. La de espagueti en salsa roja… Llegar a ser chef profesional era mi gran sueño.

El autobús pasó por el centro de la ciudad, se detuvo frente a la estación de Greynhound donde subió un montón de gente, detrás de la biblioteca pública -de la que me haría socio- y continuó su parsimonioso trayecto con más gente bajando que subiendo y poco a poco salió de la ciudad. La fábrica de alimentos estaba a las afueras de

Albany y ocupaba un gran complejo de doce grandes galerones, dos enormes
estacionamientos y un edificio de seis plantas para las oficinas. El chofer nos informó a través de la bocinas, se acercaba a la última parada y el autobús dio una vuelta en U sobre la carretera y se colocó en sentido inverso. La chica negra, un servidor y otras cinco personas descendimos por la puerta trasera, la cual se cerró a nuestras espaldas lanzando un bufido. Un grupo de gentes se aprestó a subir al camión perfectamente en orden, posiblemente los del turno nocturno. Sólo esperaba no ser uno de ellos, prefiero trabajar de día, está comprobado que soy muy malo en la noche y difícilmente hubiera sido velador o chofer de tráiler, aunque me gusta manejar. En la entrada el guardia separó a los trabajadores de los aspirantes a empleados. Un segundo guardia nos condujo hasta otra puerta más pequeña; donde un tercer guardia verificó nuestras pertenencias e identificaciones y nos llevó a una oficina, esta estaba en el sótano, donde nos recibió un tipo risueño con la cara llena de cicatrices de viejo acné. El sonrisas, nos hizo sentar y llenar una solicitud de tres páginas. La primera en pasar a la entrevista fue la chica negra. Terminé de llenar el documento, ella tardó quince minutos dentro y salió sonriendo. Seguramente había apelado a la ley antidiscriminación -que se había ampliado a los obesos- para quedarse con el trabajo. Se vale, todo se vale por un poco de plata, por un maldito empleo en este mundo cada vez más mecanizado. Una secretaria bastante seria me hizo pasar a la oficina donde se llevaría a cabo el interrogatorio. Me senté en la silla vacía, recorrí el lugar con la vista. Por una otra puerta, apareció un latino, tomó asiento detrás del escritorio y hojeó algunos documentos. Me preguntó mi nombre, donde vivía, como sabía del trabajo, etcétera, todo en inglés. Le mostré mi currículo, lo leyó lo más rápido que pudo, me lo regresó, y en frio, me dijo que no había plazas para sub-cocineros. -El buen Peter me había corrido demasiado tarde la voz, o yo había aterrizado a destiempo, una de dos. Todo un viaje inútil, infructuoso, una mudanza en balde, me reproché… Pero en fin, nadie es adivino-. El tipo pareció leer mis pensamientos o mi molestia, pues me ofreció un puesto en la carnicería de la misma empresa. Casi estuve dispuesto a aceptar su oferta, pero tratar con animales muertos es un trabajo sencillamente sucio. Cuando lo hice, cogí una infección cutánea, así que decliné su oferta, le di las gracias y me puse de pie. El hombre me miró de pies a cabeza, entonces dijo que conocía a un contratista amigo suyo, estaba buscando gente para un puesto en otro sitio, *The Albany MC Logistics Base*. Estudié la oferta; necesitaba un trabajo, había hecho gastos y tenía un cuarto con la renta adelantada por dos semanas.
-Hey muchacho, ¿te interesa? Volvió a decir el tipo sin dejar de

escrutar mis ojos.

Si algo dan los años, es que aprendes más rápido a leer y a captarla. Se le veía, era uno de los que hacen negocio y plata explotando a otros pobres. El intermediario cabrón que no falta en este planeta; el que cuenta sus billetes bajo la oscuridad y se las agencia bien.

Se me acercó:

-Seis dólares cincuenta, para empezar.

Me quedé pensativo.

-Suena bien, el problema es que los soldados me ponen nervioso – me sinceré.

-No estarías muy cerca de ellos, además, tú también llevarás un uniforme y una gorra, así qué cosa de evitarlos lo más posible, si te concentras en tu trabajo lo demás pasará desapercibido. No abras la boca mucho, se discreto y aquellos ni te verán.

Tenía táctica. En cierta forma era irse a meter a la boca del lobo.

-¿Que dices?

Necesitaba el jale, había venido de tan lejos para ganar plata y soportar milicos no era como para irme con las manos vacías y la cola entre las patas.

-OK, acepto la chamba.

Sonrió.

-Va, de tu primer salario me cobro el 30% por conseguirte el jale. ¿Qué dices?

Lo miré serio, sabía su tranza. Iba a joderme, aunque lo estuviese vendiendo como que me estaba ayudando. Pensé en cómo es precisamente por eso que no progresamos en este país los hispanohablantes, por jodernos entre nosotros. Acepté, en realidad no me quedaba de otra. El venezolano o lo que fuera, se puso feliz. Cogió el teléfono, se levantó de su asiento y habló con alguien, aunque no puse atención.

Una cosa buena de trabajar en una cocina es que siempre estás con la barriga llena... En fin, ya me había hecho ilusiones de seguir con lo que a mi parecer podría ser un plan al futuro: ser chef, jefe de una cocina, educar el paladar. El tipo dio una vuelta alrededor de mí y dijo:

-Excelente muchacho, se te dará adiestramiento –dijo esta vez en español-. Te ocuparás con otro compa del mantenimiento de la zona residencial en la base. El trabajo consiste en hacer reparaciones pequeñas, limpiar, cortar el pasto, cambiar los interruptores, las chapas y otras cosas, ya sabes, dar servicio a las casas de los militares y de los jefes de rangos superiores que viven ahí temporalmente. Nada muy complicado.

Lo pensé. Era hacerla de jardinero, plomero y carpintero entre otras

cosas. Era una otra línea de trabajo que también conocía, aunque no era mi favorita. Ya lo había hecho en Los Ángeles y en San Diego.
-OK, ni modo, necesito la chamba- dije yo también en el idioma de Sancho Panza.
Nos estrechamos las manos y quedé de presentarme al día siguiente en la base. El resto él lo arreglaría por teléfono y alguien estaría esperándome. Le pregunté cómo llegar. La base se encontraba fuera de la ciudad, en el extremo opuesto. Me explicó: el camión de Albany a la base partía a las seis de la mañana y no había otro sino hasta pasado el mediodía. Por la tarde, uno a las cinco, uno más a las ocho treinta, y el último a las diez de la noche. De regreso igual, cinco camiones nada más, el último a la media noche. Si había algún evento especial en la base, como juegos, festivales o lo que fuera, asignaban camiones extras. Debía entrar por la puerta de empleados, mi jefe ahí se llamaba Joel y era un chicano. “No puede compensar el ser antipático con estar gordo”. Rio el mismo, “en fin”. Joel me daría una credencial con una cinta magnética y la llave de un locker. Asentí. Not problem. Me deseó buen fin de semana. Salí a la calle más tranquilo. No sé, saberme empleado siempre me reconforta, sobre todo porque tengo la seguridad de que podré continuar llevándome comida a la boca y teniendo una cama donde dormir, por lo pronto en la casa de los gatos. Me senté con otros hombres a esperar el camión, tardó casi una hora en llegar. Miré el reloj. No quería regresar a la casa de la vieja, aún era temprano, daría una vuelta por el pueblo. Pasaría a la biblioteca pública, me tomaría una cerveza. Subimos al camión todos en perfecto orden y de regreso me la pasé mirando por la ventana. Campo, árboles, casas de una planta, ranchos. Un tractor trabajando, unas vacas pastando, pick ups de todos los tamaños. Se veía, en general no era un pueblo con mucho dinero; quizá golpeado por la crisis económica mundial; por la recesión que trae consigo la inflación; por la muerte del capitalismo, o la fuga de inversiones, por algo debía ser. En Downtown descendí del autobús y caminé sin rumbo fijo como por veinte minutos, hasta dar con la biblioteca pública, se encontraba cerrada. La ciudad era similar a otras pequeñas ciudades sureñas, nada fuera de lo común, excepto por la fuente dedicada a Ray Charles de cuyo piano brotaba agua como música; muy nice. Me conduje hasta una banca en la que me senté a mirar. Llevado por mí eros y echando lumbre por cuánta hembra pasaba, me decía a mí mismo: qué tetas, que culo, qué piernas, mira la cintura de aquella otra, mmm. Hacia algo como tres meses que no me acostaba con nadie. En Nashville había estado cerca de contratar a una prostituta, pero al último momento me había echado para atrás. Extrañaba a Patricia y me seguía como una obsesión. No podía quitármela de la mente… a pesar de todo el daño que me había hecho,

el dinero que me había robado, la cara de tonto que me había puesto, a pesar incluso de la distancia. Aquí estaba, con medio continente por en medio y la seguía recordando, me puse melancólico. Me pregunté nuevamente cual había sido el error. La solución era conseguirme una novia… al carajo con Patricia. Ambiente tranquilo, casas bonitas, muchachas suficientes. Lo malo, eso sí, hombres de verde olivo por aquí, más allá. Era un pueblo de uniformados. Entré a un bar que me pareció económico. La puerta hizo sonar una campanita. Un par de hombres voltearon a mírame. Me escabullí hasta la barra, no sin dejar de mantener el vistazo de trecientos sesenta grados, ojos en la espalda como se dice. Pedí una oscura. La mayoría eran hombres jóvenes con el mismo corte de pelo, aunque había también algunos viejos y mujeres, también militares. Me sentía tan vulnerable como un ratoncito en un cuarto lleno de gatos. Comencé a beber mi cerveza, lentamente, no quería dejar saber que no me gustaba la compañía. En eso estaba, cuando un soldado se acercó a llenar su vaso del líquido ámbar que circulaba gustosamente de los tarros a la boca por todo el lugar.

-Una más- dijo. Volteó a mirarme y me saludó con un movimiento de cabeza. Le respondí igual. Le sirvieron su cerveza y entablamos conversación, en español por supuesto. Era de Phoenix y sus padres eran de origen guatemalteco. Iba a la guerra en realidad porque necesitaba la oportunidad de pagarse una educación, acceder a la ciudadanía. Le gustaban las armas claro, la aventura y si se mantenía con vida, podría labrarse un futuro… sólo, si se mantenía con vida, lo tenía claro. Hablamos de Latinoamérica de forma generalizada, la verdad es que no sabía mucho, confesó, aunque no descartaba la idea de visitar Colombia y Argentina, donde le habían dicho, las hembras eran bellas y de pechos grandes. Secretamente admiraba al Che, aunque nunca lo había dicho a ninguno de sus amigos soldados, sobre todo por su valentía y honor. Terminé bebiéndome tres cervezas con él, la última, acompañados de una chica regordeta que sería enviada a Afganistán en unos días. Una chica pecosa, simple y bebedora compulsiva que entró en polémica con mi amigo respecto a si un avión era capaz de destruir un tanque Brandley. Me despedí de ellos, pagué y sin hacer el menor ruido me escabullí, esta vez hacia la salida. Ya en la calle respiré profundo, me alisé el cabello y continué mi recorrido por Albany hacia la casa de los gatos. En el cine daban dos películas nuevas. Miré algunos aparadores; pasé por otros bares, tiendas. Una vez terminado mi recorrido, y ya de regreso a mi alojamiento, pensé de verdad en si podría aguantar más de seis meses en aquel lugar, trabajando en la base. En fin, el contrato estaba firmado y pues que otra, las cosas son como son.

Toqué a la puerta. Era la segunda llamada de aquella tarde. La vivienda quedaba ubicada en el área exclusiva para los militares de altos rangos. Estas casas eran más grandes por supuesto y se caracterizaban por tener un estilo californiano; ladrillos rojos, techos de dos aguas, jardín más amplio, porche y garaje. Al parecer, las llaves del baño estabas goteando y debían cambiarse. Pulsé el timbre en dos ocasiones, discretamente. Escuché pasos, puse mi sonrisa estúpida, la misma que se nos había aconsejado poner todo el tiempo; la carita del prestador de servicios. Me abrió una negra como de un metro ochenta y doble rodada. La tipa era de verdad grande; aunque olía bien, llevaba ropa cara, joyas de oro y una sonrisa tan blanca como la de un anunciante de dentífricos. Me hizo pasar, no sin antes señalarme el tapete donde debía limpiarme las botas. Era una casa elegante. En el comedor una mesa de doce sillas, vitrinas con vajillas de porcelana, platos decorados y copas de vidrio cortado. En la sala, sillones de piel y en las paredes, imitaciones de grandes artistas como Leonardo, Monet, Van Gogh. Además, una colección de viejas pistolas, rifles, cuchillos y medallas en estuches de piel, seguramente las condecoraciones de su marido. Estaban de paso según entendí. Arrastré tres veces las botas sobre el tapete y voltee a mirar a la señora, debía de tener unos cuarenta años, quizá un poco más, aunque iba maquillada como una mujer de menor edad. La seguí. Por costumbre, le miré el trasero; era enorme, amplio, contenido apenas en unas mallas azules de donde salían rollos de carne, imposibles de ocultar, a pesar de la faja debajo de la falda. Me sonrió, era claro que pretendía ser sexi, aunque no le salía. Entramos al baño, bastante grande por cierto, apenas para contener aquel mujerón. Todo era big, la silla, el lavamanos y la tina, pero sobre todo el espejo. Dejé mi caja de herramienta en el piso, me disponía a abrirla, cuando sentí primero un golpe en la cabeza y después un fuerte manotazo, el cual me dejó sin aire. Cerré los ojos y caí en un pozo profundo.

Estoy en el camposanto. Ya he estado aquí y miro en detalle todo a mi derredor, desde la simple cruz clavada en la tierra, hasta las tumbas elegantes. El panteón está lleno de velas, las cuales crepitan a un mismo ritmo. Busco a mi abuela. La veo sentada en una lápida muy blanca, me llama. Lentamente tomó asiento junto a ella. Primero me regaña por no le darle agua a las plantas del pasillo en casa, por llegar tarde. No tengo excusa, sencillamente no puedo hablar, estoy mudo. Me habla de las velas y de porque las debe cambiar constantemente, pues los entierros han aumentado. Me platica de una joven mujer que trae flores todas las mañanas; me habla de los espíritus, de la Santa Muerte, de esto, de lo otro, mientras caminamos entre las tumbas. Mi abuela habla pausado, con énfasis. Comienza a contarme de su hermano Ignacio, quien fue un fantasma en la revolución. Pero también un espía, y no recuerda si primero

lo uno que lo otro. Ignacio, quien se volvió loco cruzando las paredes, el que coleccionaba libros viejos, decía leyendas, dichos y trabalenguas. La abuela se detiene en una tumba humilde y suelta una frase: "se preserva lo que importa". De pronto mi vieja guarda silencio. Se sumerge en su pasado, chapoteando como una jovencita en una reunión de familia. Su rostro se transforma, es claro, lo que veo en sus ojos son fragmentos de tiempo. Le paso el brazo por detrás y le abrazo, descansando mi cabeza en su hombro. "Despierta hijo"- me dice... Escucho a los lejos. Despierta...

Cuando abrí los ojos estaba esposado a una gran cama de pies y manos, completamente desnudo. Me dolía la cabeza, los ojos continuaban dándome vueltas. Con trabajos me ubiqué, una luz tenue ilumina el escenario. Se escucha una música a un bajo volumen, parece venir de algún otro lugar. Hasta entonces me doy cuenta, un bozal cubre mi boca y un objeto como un chupón de textura agradable contiene mis dientes. "Que putas madres"-pienso pues no puedo gritar por auxilio; me cago de miedo. También de vergüenza por mi desnudez expuesta, por la impotencia de no poder moverme. De pronto recuerdo los últimos minutos antes del ataque. Sin duda estoy en la cama de la gorda aquella. Es una gran habitación de cortinas rojas, con una enorme televisión plana y un gigantesco espejo. Una colección de penes de diferentes tamaños en el chifonier, relucen untados de grasa. Pienso lo peor. Imagínense ustedes la escena... hay uno de por lo menos el tamaño de mi brazo. Jalo de las cadenas e intento gritar: "¡¡Gorda de mierdaaaaaaaaaaa!!"

Quien entró fue ella, venía con un antifaz y un apretado bikini de dos piezas, hasta ese momento me di cuenta de sus enormes senos.

- Hola papi, mira quien llegó... Tu domadora.

A quien entre nosotros, la verdad es que a mí las negras no me gustan, no soy racista ni nada por el estilo, pero a mi quien me vuelven loco son las latinas claro y las güeras, pero las morenas no despiertan en mi nada de placer, y menos una mujerona de aquellas proporciones. Me gustan un poco las chinitas. No sé, supongo que cada hombre tiene sus propias preferencias y nada se puede hacer contra eso. Venía con un látigo, con unas botas negras que le llegaban más allá de las rodillas. Le dio la vuelta a la cama, siempre mirándome; se contoneaba toda queriendo ser sensual, aunque de plano a mí aquella escena me parecía ridícula y quería largarme de ahí lo antes posible. Entré en razón. De nada servía desgañitarme. Estaba yo a su merced.

Se puso de pie sobre la cama y me mostró a centímetros su gran trasero primero y después su busto. Nada. Quiero decir que mi pene seguía igual, tal si estuviera viendo crecer las flores, salir el pasto. Nada de todo aquello me erotizaba. Hizo un nuevo intento, esta vez se abrió un poco las bragas y se puso sobre mi rostro, pensé que me

orinaría o algo por el estilo, esperaba lo peor, me sentí tan indefenso como un chiquillo menor de edad. Era velluda de su parte intima, bien velluda, y a lo mejor pensó que mi pene brincaría como el frijol saltarín recién regado con agua, pero no fue así, nada, seguía tan flácido como si estuviera yo haciendo cuentas, cortándome el cabello… Eso la ofendió sin duda, ya que de un brinco, bajó de la cama, desapareció un momento de mi ángulo de visión y regresó con una botella de píldoras. Ya sin sonreír, me quitó el bozal, intenté ladrar y hasta lanzarle una tarascada pero fue inútil, mi gesto sólo sirvió para que me arrojara dentro de la boca un puñado de pastillas, las cuales me obligo a digerir. Me apretó la nariz y colocó su mano en mi boca; a falta de aire me atraganté y pasé aquel amargo puñado de pastillas, no sin lastimarme la garganta, lo supe por el sabor de la sangre.

5

Me presenté en la base para conocer a Joel mi supervisor. Un tipo bajo de estatura pero arrogante, a quien le complacía tratar mal a todo el mundo. De entrada me leyó el manual mientras caminábamos. “Me disgustan lo errores, así que ahórratelos”. Cada viernes debíamos entregarle unas hojas firmadas con el número de llamadas atendidas durante la semana. Las reparaciones sólo podían efectuarse a orden expresa de él. Para hacerse efectivo el cobro, el cliente debía firmar una hoja una vez completado el servicio. “Es la forma en como sabemos que ustedes trabajan”. El sábado se tomaba como día extra y se pagaba un dólar cincuenta más, por la hora. Limpieza, buena actitud y eficacia se valoraban sobre todo. Entramos a un taller. Había de todo. Desde palas para hacer hoyos en la tierra, martillos y clavos, hasta mini tractores que servían para cortar el pasto. Me preguntó si sabía manejar, respondí que por supuesto, sin problema. -Y de verdad, manejo desde muy joven, llegué a tener un Camaro rojo de película cuando viví en Las Vegas-. Me llevó a un mapa en la pared. La Base incluía: un supermercado, una escuela primaria y una secundaria, oficinas, biblioteca, gimnasio, canchas de tenis, bowling, albercas y campos para actividades al aire libre y pesca, pues contaba con un lago artificial. Había tres talleres más pequeños para el servicio a los clientes, se les conocía como unidades. A mí se me asignaría al área residencial, básicamente para atender llamadas a reparaciones, pero también cosas como cortar el césped, las ramas de los árboles, cambiar los focos del alumbrado, etcétera. Había zonas restringidas al personal militar, y pobres de nosotros si nos atrevíamos a dar un paso en el área limitada a los soldados. Me entregó un pantalón y una camisola azul, unas botas, las llaves de un locker y un pase de entrada. Yo mismo debería ir a solicitar un código de barras y a tomarme una foto con un teniente encargado de eso. “El número treinta y dos es tu

casillero. Bienvenido a *Segurity Services Asociation*. Los vestidores están de este lado; cámbiate, espero para llevarte a tu unidad".
-Gracias- dije y me encaminé a los vestidores. Me gustaba el treinta y dos, tengo algo con los números, aunque no soy bueno en matemáticas. Me puse el traje con el logo de la empresa. Me miré en el espejo; a la medida, no cabe duda, a los pobres nos queda lo que sea y de donde venga. Las botas, eran eso sí, un poco grandes, cosa de ponerse unos calcetines gordos, sugirió después. Me miré otra vez en el espejo. "Sergio en su nuevo disfraz", dije viéndome con burla. Me metí la gorra en la cabeza, para completar el cuadro. Ajusté las facciones. "Uno va por la vida cambiando de payaso a maromero toda su vida… qué carajos". Era sólo un trabajo más; comida, techo, cervezas. Enrollé la ropa y la acomodé dentro de mi mochila. Salí a encontrarme con Joel, el manager. Lo encontré regañando a una mujer, esta limpiaba el piso con mucho esmero. Esperé hasta que terminó de decirle cosas. Intenté mantenerme fuera de su marco de visión escondido en una sombra, hasta que entré en el:
-Hey, tú el nuevo- sígueme.

Cruzamos un campo de futbol, pasamos por fuera de la biblioteca, un estacionamiento, más oficinas y finalmente llegamos a la parte residencial de la base. Un conjunto de unas doscientas, trecientas casas, un vecindario cualquiera, excepto que éste instalado ahí mismo. Joel me indicó, aquella sería mi área de trabajo y a donde se me había asignado; supuestamente porque mi inglés era menos malo que el de otros. Sobre una pequeña colina, a todas luces artificial, se encontraba una cabaña prefabricada de dos rectángulos y hacia allá nos dirigimos. La cabina del equipo de mantenimiento, me dijo, se ubicaba a unos trecientos metros de la entrada principal del complejo, donde había un módulo de vigilancia con dos hombres de la policía militar dentro. En el trayecto me volvió a repetir, en la base había áreas exclusivas a los milicos. Los contratistas, o sea nosotros, debíamos seguir las mismas reglas que los visitantes y amigos de los residentes. Esto era, todos estábamos sujetos a inspección por la Policía Militar al entrar y salir de la base, y en cualquier momento incluso. Tocó con los nudillos y empujó la puerta entreabierta. Un hombre vestido como yo, vino hacia nosotros enrollando un cable de electricidad. Se llamaba Antonio y cubriríamos cada uno un turno, compartiríamos el escritorio, el baño, las herramientas y el equipo. Nos auxiliaríamos uno a otro si era necesario. El sería el encargado de los primeros días de adiestramiento, pues llevaba dos años en el puesto; nos dimos la mano. El supervisor regañó a Tony, así lo llamó, por no limpiar las tijeras de podar y por no tener en orden las herramientas sobre el tablero en la pared. El otro se disculpó y corrió a poner las cosas en orden. Antes de retirarse, el jefe me dijo fuera inmediatamente por la

identificación, y que al final del día pasara a verle; algo relacionado con mis documentos. Asentí con la cabeza.

Ya solos, Tony me advirtió que no esperase clases, entrenamiento y toda la onda en torno a cómo hacer las cosas por allí, pues tarde o temprano las aprendería. Le respondí que se despreocupara, alguna vez viviendo en California la había hecho de plomero y también sabía bastante de electricidad. El tipo se congratuló y me dio la mano. Señaló un carrito, como los que usan en los campos de golf, aunque éste con una caja metálica adaptada atrás.

-Es la forma en como nos trasladábamos dentro de la base y movemos nuestros chunches de jardinería y plomería… y ya que te gusta manejar, ese es tu carro. Tiene tres velocidades y reversa, no carga mucho, pero es mejor que caminar como un burro.

Le di una vuelta al carrito pintado de azul y me subí. Dos plaza, un motorcito de 500 cm cúbicos, parecía divertido. "¿Divertido? –repitió-, pues la próxima llamada es para ti hermano". Antonio fue a la silla y encendió una mini televisión de colores deslavados con un control. Se encontraba a mitad de una telenovela. "Las ruinas del amor", un típico bolero cursi aunque con carros nuevos y actrices vestidas a la última moda. Desde el principio aceptó, le gustaban las telenovelas y las veía a veces toda la tarde cuando no había llamadas. Me senté junto a él, en la otra silla mugrosa que cerraba nuestra oficina. Pasaron un par de minutos de comerciales y reinició la historia, la cual mantenía extasiado a Toño. La trama era la de siempre; la chica raterilla encuentra el amor en el patrón, quien la seduce, la mete en problemas y la engaña. Sonó el teléfono, Toño me lo aventó y apenas alcancé a pescarlo;

-Es para vos… Tranquilo, si no puedes cambiar la chapa, me echas un telefonazo, o vienes por mí… Ah, otra cosa, no dejes la llave en el encendido del carro, y no la pierdas porque es la única copia… Y recuerda, entre tú y yo es una cosa, y con el jefe Joel es otra.

6

Bostecé. Uno de los vecinos me había regalado un libro: "Estrategias para un desembarco". Así se llamaba, y no era sino otro de esos libros utilizados en las escuelas militares como West Point o la Escuela de las Américas. Esa mañana había asistido al llamado de un viejo capitán de nombre y apellido Thomas. Una de las cerraduras se había quedado con el seguro dentro y el cuarto no podía abrirse. Remplacé la cerradura y le entregué dos llaves. Al principio este capitán me pareció altanero, aunque poco a poco se moderó hasta caer bien y ser amable. Un libro más bien técnico de cómo era el desembarco de tropas en una invasión. No entendía porque me había regalado tal libro, quizá porque habíamos hablado de leer y el gusto de tal actividad. Me aburrí y lo regresé a la mochila. Volví a bostezar.

No mucho tráfico aquel día. Esperaba el camión en la banca de la parada, cuando un auto reluciente, aunque no nuevo, se detuvo chirriando llanta. El conductor descendió el vidrio. Me supuse iba a preguntarme por direcciones, o algo, pero no.

-Hey tú, ven- me llamaba. Al principio pensé le hablaba a otro, pero era a mí. Tardé en reaccionar -voltee de un lado, volteé del otro, nadie, estaba yo solo ahí sentado, así que hablaba conmigo obviamente.

-Hey tú, ven acá-. Volvió a decir. La reconocí, era Martina. Comenzó a mover el dedeo índice apurándome, y como jalado por un hilo invisible me levanté como un arlequín de la banca y caminé hasta el vehículo; un Mustang clásico azul metálico, realmente hermoso, llantas anchas, rines especiales.

-Hola, ¿Cómo estás? – dije sonriendo, era una agradable sorpresa. Pensé que me odiaba, que a lo mejor traía una pistola y me metería un tiro.

-Sube.

La miré un instante, di vuelta al carro, abrí la puerta del vehículo y me senté a su lado.

-¡Guau, hermoso vehículo…-. “Que hermosa eres tú”, pensé aunque no lo dije. En otras circunstancias le hubiera plantado un beso en la boca, pero estábamos en la puerta de la base; no habíamos hablado nada después de “lo nuestro”, y yo debía de andar, por sobre todo, con pies de plomo.

-Cinturón de seguridad, *sir* –dijo, sonrió e hizo despegar aquel bólido.

Me ajusté el cinturón de seguridad y puse la bolsa de lona a mis pies.

Rugiendo, el Mustang subió a la carretera. Le pisaba fuerte, rebasó un tráiler, varios carros. Pasarían unos diez minutos de tenso silencio, encendió la radio, pero inmediatamente la apagó. Volteó a verme y soltó:

-Discúlpame… por lo de la última vez.

Me olió a problemas. Respondí un poco a la defensiva.

- Yo también, en serio…

Me miró con gravedad.

Se hacía necesario medirle el agua a los tamales y lancé:

-Yo nunca te obligué a nada, ¿verdad? Estamos de acuerdo en eso. Además, no estás tú para saberlo, ni yo para contarlo, pero soy el hombre con menos dinero en el mundo, por lo menos ahora mismo-. Dije esto último por si estaba pensando en demandarme, o buscaba plata de mí, o algo, uno nunca sabe.

Martina se despojó de los anteojos oscuros, sonrió y dijo:

-No por lo sucedido, sino porque te hice sentir mal, porque no hablé al final y actué como una jovencita.

Respiré profundo.
Martina continuó:
-Eso, lo sucedido, estuvo bien, gracias. Al principio me sentí mal, pero he caído en cuenta, hay necesidades básicas del cuerpo y una de ellas, tanto como el sexo, es el afecto que conlleva el contacto carnal.
Guardé silencio. ¿Qué iba a decir? Un estúpido gracias. ¿Afecto? Yo había ido ni más ni menos que a destapar el caño de la cocina, según la orden firmada por ella, todo lo demás era suerte.
-Para mí también fue una sorpresa, quizá el agradecido debía ser yo, tu eres una mujer muy hermosa.
-Gracias…-puso su mano en mi rodilla- …tú también eres guapo.
Sonreí. Por lo menos, sí un tipo recuperando su suerte poco a poco, esta vez fui yo quien encendió la radio.
-¿Y a todo esto, a dónde vamos?
-Ay, perdón, no te pregunté, voy al Walmart. ¿Quieres ir?
Bajé el respaldo del asiento ya entrado en confianza:
-Si claro, vamos-. Esta vez ya no sonreí, sino que me acerqué a ella y le planté un beso primero en la mejilla y después uno rápido en la boca cuando volteó a verme. Si no había problema, no había problema.
-Cuidado león, voy manejando- dijo y sonrió.
Sonreí de regreso, me subió el ánimo al cielo y pregunté:
-Por cierto, ¿de quién es el carro?
-Es de Lee, mi marido. Del idiota que tiene nueve meses fuera y no tiene planes de regresar… anyway- agregó y rebasó a un tráiler doble con un tercerazo que hizo reparar al ocho cilindros. Se escuchaba rencorosa, despechada.
Llegamos a nuestro destino. En uno de los seis estacionamientos encontramos lugar. Caminamos hasta los ascensores, descendimos un piso, cogimos un carrito y nos dedicamos a uno de los deportes favoritos de ciertas sociedades hoy en día a principios del siglo XXI: comprar, acumular cosas, poner dinero en la basura. El lugar estaba lleno, como si regalaran los productos; o todo aquello no fuera sino un tipo de socialización de la que padecen cierto número de esquizofrénicos, según leí. En la mega tienda compró un estante armable, cosas como jabón, papel de baño, comida, cerveza y vino.
-Que cerveza prefieres, ¿Sergio, verdad?
Sabía mi nombre.
-Sí, Sergio, como mi bisabuelo, un italiano que por alguna razón terminó en México, aunque el mismo nunca supo la verdadera causa, muchos dicen que por la abuela, otros que porque en la venta de comestibles le iba bien y pudo hacerse de una tienda en pleno centro de Hermosillo, y otros más, porque había decidido cambiado el mar por el desierto.

-Rrmasilo.
Saqué mi teléfono y subí al internet, busqué por imágenes.
-Aquí está –le mostré un mapa de México- Hermosillo. En español la hache no suena.
-Cool.
Alguien había llamado y escuché el mensaje, el buen Pedro saludando y preguntando cosas.
-¿Qué cervezas te gustan?
-Mmmm, deja ver, deja ver. Estas. Me gusta la cerveza oscura… y las mujeres blancas- esto último se lo dije al oído lanzando el vaho caliente de mi cuerpo para que sintiera mi temperatura. Martina levantó el hombro y sonrió coqueta bajo los anteojos oscuros que la hacían verse guapísima; enfundada en unos descoloridos jeans, zapatos deportivos y blusa blanca. Noté que Martina mantenía cierta distancia entre nosotros, pero no le molestaban mis escarceos.
Terminamos de las compras y nos formamos en una de las largas filas para pagar. Un martirio. Habremos cambiado de posición unas cien veces. Martina terminó de leer una revista y yo me cansé de ver a las mujeres a mi derredor. Cajeros torpes, clientes lentos y mercancías baratas de bajo precio y procedencia sospechosa. En el futuro se nos recordará como la era abaratada, así como hoy sabemos de medievo o del renacimiento. La era de la chatarra en empaques ingeniosos.
Cargamos la cajuela del carro con las mercancías, excepto las cervezas, Martina sugirió llevarlas en el asiento trasero. Ya sentando y antes de arrancarse, me hizo abrir dos latas y brindamos.
-Nada más sube tu vidrio, prendo el aire acondicionado, es lo bueno de traer cristales polarizados. Vamos a hacer lo que hacía con mis amigas de secundaria cuando era joven.
-¿Qué era?
-Dar vueltas por el pueblo mientras bebíamos cerveza con el radio a todo volumen.
-¿Qué pueblo es ese?
-Soy de un pueblo cerca de Michigan-. El auto se detuvo al igual que todos los otros cuando la luz cambió a rojo.
-¿Lo extrañas?, digo, a tu familia, amigos, no sé.
-Claro, y eso es parte de mi problema…- dio un largo sorbo a su cerveza. Puso la direccional y se aprestó a subir al Highway. –Vamos a un lugar. Es un pequeño lago, íbamos en ocasiones cuando recién llegamos aquí, te va a gustar.
-Ok, a donde quieras. Soy todo tuyo-. Puse un énfasis cachondo en lo último.
Volteó a mirarme y me enseñó los dientes.
-OK… ¿Te gusta el rock clásico? ¿Soportarías a Guns and Roses?
-Claro, me gusta el rock, los conozco, pon lo que quieras.

El radio se tragó el disco y pronto comenzó a sonar aquel viejo hit de la radio: “Welcome to the Jungle”. Subió el volumen y hundió el zapato en el acelerador. Llegamos al lago. Era un lugar tan apacible como hermoso. Se podían alquilar lanchas. Rentamos una y tomé mi posición detrás de los remos.
-¿Sabes remar?
-Claro, fui gondoliere.
-¿De verdad? ¿En Venecia?
-No, en Las Vegas.
-¿En Las Vegas?
-Sí, hay un casino, simula ser Venecia, otro es como la Torre Eiffel y así, hay hasta una pirámide egipcia… Y claro, me gustaría ir a Venecia, nunca he ido, a ver si algún día voy.
-No te preocupes, no he ido a Venecia, ni a Las Vegas… Nosotros vivimos un tiempo en South Corea -soltó como si se acordara de un tiempo feliz-, bueno, la verdad es que no salía mucho de la base… Mi padre fue marine también.
El ruido de los remos rompió la tranquilidad del lugar. Sentí como los músculos de mis brazos se pusieron en funcionamiento; había olvidado todo el deporte que implica mover una balsa. Ella extrajo dos cervezas de su bolsa y las abrió como un experto. Me miró a los ojos y sonrió. Brindamos. Me señaló unos arbustos, me encontraba embobado por el lugar. Detuve la lancha en una sombra y subí los remos. Martina se recostó en la base del bote. Supuse cerró los ojos bajo los lentes oscuros, o quizá sólo miraba el cielo embebida. La lancha se mecía suavemente y nos arrullaba. Nos mantuvimos un rato en silencio, escuchando el sonido de los pájaros y de la naturaleza en general. Yo miraba a la lejanía sin pensar en nada. Martina se despojó de sus zapatos. Con uno de sus pies, me acarició una rodilla. Le tomé el pie y le saqué la calceta, su pie desnudo quedó entre mis manos como un pececillo del rio. Eran unos bonitos pies de dedos largos y delicados.
-En la base del pie tenemos un montón de conexiones con el cuerpo, ¿sabías?
-¿De qué hablas?- preguntó.
-OK. Me explico. Nuestro sistema nervioso es como un árbol que crece dentro de nosotros y como un árbol tiene raíces y ramas. Los pies no sólo soportan nuestro peso, sino están llenos de terminaciones nerviosas a las cuales se les puede relajar si se les masajea. ¿Sientes? -Apreté su planta.
-Ah, es muy rico.
-Ahí estoy masajeando tu hígado, aquí tu espalda.
Subió sus piernas sobre mis piernas. Ya sin calcetas comencé a darle un masaje de pies, el cual la puso a dos estadios previos al orgasmo.

-Ah, es tan agradable. ¿Y dónde aprendiste esto?
-En Las Vegas, mi novia se dedicaba al masaje… entre otras cosas.
-Vaya que si te enseñó algo. ¿Qué más te han enseñado tus novias? –Se levantó los anteojos y me miró coqueta.
Mis ojos fueron a sus senos, se veían duros, florecientes. A leguas se veía que no la habían tocado en mucho tiempo. Le masajee la espalda, las piernas, el hígado, el riñón y la vagina claro. Noté que cuando volví a los dedos del pie, se encontraba dormida. La dejé en paz y me complací disfrutando de la vista; de todos aquello árboles, de la neblinilla flotando sobre el agua. Pude ver a lo lejos a un hombre, se encontraba pescando. Más allá, otro más. Al fondo las montañas cubiertas de verde. Me invadió una tranquilidad que en mucho tiempo no disfrutaba. Definitivamente no extrañaba el desierto. Me fijé en el agua, debajo también continuaba la vida; una pequeña tortuga nadaba de piedra a piedra y se quedó ahí por minutos, después desapareció de mi vista. Cerré los ojos, dejando a mis sensaciones a merced de la vida. Me acosté a su lado y dormí junto a ella.
Desperté cuando sentí sus dedos en mi rostro. Abrí los ojos.
Martina se había despojado de los anteojos y me miraba divertida; quizá por mi boca abierta que regularmente pongo cuando duermo. Estábamos frente a frente. Me encantaba aquella reina. El marido debería estar loco; dejar algo como aquel paquete de lujo, abandonado, joder, de plano era ser idiota. Nos tocamos la cara mutuamente. Ella pasó uno de sus dedos por una de mis cejas, después sobre la otra. Ella hacía, yo repetía la acción hecha por sus dedos sobre mi cara. Así estuvimos tocándonos, hasta que vinieron los besos. Primero besitos leves, roces de labios, poco a poco más humedad, ya después boca dentro de boca y dientes, lenguas, saliva. Le toqué los senos, la apreté las nalgas, las piernas. Paramos un minuto para acordar que sexo no, porque podrían caer de sorpresa los vigilantes. Decidimos irnos, además estaba poniéndose frío. Volvimos a tomar asiento en las sillas de la lancha uno frente a otro, yo remando, no rápido pero tampoco lento.
-De chamacos íbamos con mi padre a un lugar llamado “Estero las Jaibas”, así fue como aprendí a remar. Había otros esteros, cuando el Golfo de California se llenaba de agua, aquello era hermoso, como un gran lago, pero de agua salada- le comenté, mientras Martina volvía a vestirse las calcetas y ponerse los zapatos. Mencioné a mi hermana y a mi abuela.
Regresamos la lancha con el encargado de las rentas. Pagué, me dio un recibo deducible de impuestos y me regresó mi licencia de conducir que había quedado en prenda. Tomados de la mano regresamos al Mustang. Acordamos de ir a mi cuarto. Llegamos en menos de lo que canta un gallo, por alguna razón el regreso se mi hizo

más corto; quizá porque ambos veníamos medio erotizados. Martina estacionó el vehículo y lo cerró. Caminamos por la acera, estaba anocheciendo. Como dos ladrones, nos colamos al patio donde la señora Robbins sembraba catnip para los gatos y otras especies. Empujé la puerta sin hacer ruido y Martina me siguió. Bajamos los escalones hacia el sótano de la casa y cerré las dos puertas; la del pasillo y la de mi cuarto. Uno de los gatos, el que se había hecho mi amigo, saltó de la cama cuando Martina se dejó caer en el viejo colchón aquel, riendo. Le hice la seña de bajar la voz, todo tenía que ser a bajo volumen. Me tiré junto a ella y nos desnudamos. Ella atrapó mi boca y una de mis manos se acercó a su pubis acariciando su cabello ensortijado, palpando su humedad. Mi pene comenzó a crecer y a crecer, y a llenarse de calor. Comencé a besarle los pechos, a meterlos en mi boca, a succionarlos delicadamente. Desde su boca, arrastré un beso con la lengua hasta su ombligo y lo deposité dentro. Ya hincado, dirigí mi cara a su entrepierna, comencé a lamer su sexo. Se estremeció. Mordí levemente con mis labios los otros labios. Un olor fuerte comenzó a impregnarnos, un olor a mar, a lago lleno de vida. La penetré, lo deseaba, estaba al cien por ciento. Entré y nos perdimos. Cambiamos de posiciones. En un giro, ella quedó boca arriba y comenzó a bailar encima, después volví a estar de rodillas, la forma de su cintura y sus caderas me volvieron loco; sus nalgas rebotando sobre mi pelvis. Termínanos, ella recargada en mi cara, sudando, exhalando aire.
-Que rico, me haces sentir hermosa… Había olvidado que follar me controla los nervios.
-Tú también me encantas.
-No te confundas, no estoy diciendo que ya me enamoré de ti… Estaría yo loca, apenas nos estamos conociendo.
-Y eres casada –reí- …no te preocupes, entiendo todo perfectamente, las explicaciones sobran. Además sigo creyéndolo, quien está viviendo un momento mágico, soy yo… Me fascinas.
-¿Si?
-Para ser exactos; el cómo hueles, tus quejidos… eres un regalo del cielo y la constancia de que mi buena suerte ha regresado.
-Ah, mexicano romántico, sólo te falta un sombrero. Je je je.
Comencé a tararear una canción de Jorge Negrete, el gran charro cantor.
Se rio, se reía como los ángeles. Bebimos agua de una botella que siempre conservo ahí, volvimos a la cama e iniciamos una nueva roda de besos. Esta vez bajo el ojo voyerista de mi gato amigo -al que bautizaría como Tigrillo por obvias razones- el cual como un perverso vino a olernos los pies y la cabeza, antes de volverse a tirar en los zapatos deportivos de mi amiga. Yo y Martina nos fundimos y nos

dijimos cosas bonitas hasta que el sueño nos derrotó.

7

-Pasa, pasa.

Me dijo un hombre en silla de ruedas. Traspasé el umbral y me esperé. De un manotazo cerró la puerta. No debía tener treinta años, era rubio, bien parecido. Cogió por las ruedas la silla y la hizo girar sobre su eje, era ágil, se veía fuerte de brazos, grande de hombros. Se encaminó hacia el baño donde estaba el desperfecto y le seguí; vestía una de las camisetas verdes del army. La casa era como cualquier otra casa del conjunto A1; una sala-comedor estándar donde cabía una mesa de cuatro sillas, dos sillones, una televisión plana de tamaño mediano, una mesilla de centro, un pequeño buró y una lámpara de pedestal. En las paredes reproducciones cualquiera y un montón de fotografías enmarcadas sobre un librero empotrado en la pared. Dos recámaras no muy grandes donde podrían caber una cama matrimonial o dos camas individuales, un escritorio con su silla y una mesa para televisión o libros. El baño era también estándar, por no decir básico, aunque éste contaba con aditamentos especiales en la regadera y en el WC donde le habían adaptado unos tubos metálicos a los lados, para que el hombre pudiera sentarse ayudándose con los brazos. Me señaló el problema; la taza se había aflojado. Coloqué la caja de herramienta en el piso, me puse en cuclillas y extraje una llave inglesa. Las cuatro tuercas parecían flojas.

-En otra época, lo hubiera hecho solo bro, pero the fucking war man- dijo como si se justificara.

Sonreí. Era un tipo de cara angulosa, ojos azules y supuse que con piernas debía haber sido un hombre alto; tanto por su complexión como por el tamaño de sus brazos.

-Claro-. Acerté a decir. Los muñones de sus piernas tenían la epidermis plegada y eran un tanto grotescos a la vista; podía verse el tejido de un color entre rosa y violeta, como si la piel hubiera sido puesta al fuego vivo. El tipo era básicamente cadera, dorso y cabeza. Mostraba también una cicatriz en la cara, le cruzaba desde la ceja izquierda hasta mitad de la mejilla. El hombre, o lo que quedaba de él, salió del baño y me dejó solo. Me vestí los guantes de trabajo y me apresté a desatornillar las tuercas. Decidí agregar una rondana de ajuste a cada tornillo para aumentar la presión. Rebusqué en la caja, recordaba haber visto rondanas de presión, finalmente di con ellas en otro compartimento debajo de una bolsa de clavos. "Eso de compartir la caja de herramientas con otra persona es un desmadre"- pensé. De la sala escuché música country, el tipo había encendido la radio o puesto un CD. La música country ni me gusta ni me disgusta, sino todo lo contrario; como había dicho aquel presidente mexicano en un alarde de demagogia extrema. "Pinches presidentes mexicanos, como se las

gastan los cabrones”. Extraje las tuercas una por una y no fue necesario usar la llave. Coloqué las cuatro rondanas, una en cada tornillo y encima comencé a apretar las tuercas con la llave de media pulgada y las pinzas hasta el tope, le di fuerza. Cuando el minusválido apareció nuevamente por la puerta del baño, sonreía, yo casi había terminado. Llevaba en las manos un balón de basquetbol el cual apretaba entre sus dos manazas. A pesar de todo me pareció un tipo positivo, sonriente, en forma si no fuera por la falta de piernas. Terminé de apretar las cuatro tuercas que sostenían el WC y de pasó apreté también los tubos metálicos incrustados al piso. Terminé de apretar todo, coloqué las cubiertas plásticas encima de los tornillos, me despojé de los guantes y volví a meter la herramienta en la caja. Me puse de pie con intenciones de irme, todo ante su mirada suspicaz que parecía estudiarme.
-Listo *mister*- dije orgulloso de mi trabajo.
-¿Ya quedó?
-Como nuevo.
Me observó y dijo:
-Te ofrezco una cerveza.
Negué con la cabeza:
-Gracias, pero está prohibido por la empresa, digo, el que beba con los clientes.
-Mmm. Nadie lo sabrá.
-De todos modos, no gracias… Le he agregado unas rondanas de presión a los tornillos, para que las tuercas se mantengan en su lugar- agregué refiriéndome al trabajo recién terminado.
-¿Crees que soy un delator?
Había puesto una cara seria, ahora sus ojos parecieron ser más azules.
-No, por supuesto no, pero…
-Las tengo en la nevera.
Lo miré a los ojos, obviamente era por demás rechazar la oferta y dije:
-Ok, sólo una.
-Espero hayas apretado bien la mierda esa, mira que si me caigo te cobro el cuerpo que me falta… je je- bromeó, dio un giro sobre la silla y salió disparado hacia la cocina.
Abrí el grifo del agua y me lavé las manos. Cogí la caja de herramienta y me encaminé a la cocina también, donde el hombre me esperaba con dos cervezas sobre la mesa.
-Toma asiento amigo, dijo en español. Soy Terry, cabo segundo compañía terrestre móvil.
Dejé mi caja en el piso detrás de la puerta, tomé asiento y me presenté de igual manera:
-Me llamo Sergio, mucho gusto.
Asintió con la cabeza y chocamos las cervezas.

-¿De dónde eres?
-De Hermosillo Sonora.
-Eso está al norte de México, ¿no? También hay un desierto, ¿verdad?
-Sí, el del Altar, abarca una buena área del norte del país y una parte de Estados Unidos, de este lado se le llama el Desierto de Arizona, aunque es el mismo.
-Detesto los desiertos, no sabes, es una lástima que el planeta tierra se convertirá en uno de ellos algún día no muy lejano.
-Al ritmo que vamos es posible.
-¿Posible?, ya está pasando.
-Los desiertos tampoco son mis preferidos paisajes, pero se aprende a vivir bajo su sombra, válgase la metáfora. Cuando éramos niños mi padre nos llevaba a mirar la caída del sol, a recolectar cactus que después plantábamos en nuestro jardín, a mi madre le gustaban. En ocasiones, sobre todo a principios de invierno, íbamos a ver los colores a un lugar denominado "El Pinacate". Posteriormente ya en la secundaria, con la palomilla, nos largábamos de pinta cuando queríamos disparar, o beber, o fumar. Con el abuelo fuimos a cazar borrego cimarrón.
Movió la cabeza:
-Parece que la pasaste bien. Yo soy de Texas, de un sitio desértico también, quizá por eso no me caen.
-¿De Texas, como el tex-mex?
-Si, por eso sé algo de español. De niño nuestros vecinos eran todos mexicanos americanos. Mi primera novia fue una latina. Lo que más conozco son malas palabras. Puta, pinche… pendejo.
-Ja ja, entiendo, es lo más fácil de aprender. La primera palabra que aprendí en inglés fue fuck. Fuck esto, fuck lo otro.
-Linda palabreja, ¿qué no?
-Fuck, que si… Salud, Terry.
-Salud, Sergio.
-¿Qué traes contra el tex-mex?
-Nada, al contrario, la comida me parece una excelente fusión entre lo picante y lo dulce.
-Más te vale pues es mi favorita.
Noté que llevaba tatuajes en los brazos, un anillo de casado y un arete en la oreja izquierda. Yo intentaba de no fijarme en su falta de piernas, así que mantenía mis ojos en su cara, en sus manos.
-¿Quieres saber cómo me pasó esto?
Lo miré a los ojos. Unos ojos azulísimos.
-La verdad sólo si quieres, sino está bien también… no soy tan curioso. Entiendo, eres un veterano de guerra y lo respeto, y con eso me basta.
Puso ambas manos sobre la mesa y tamborileo con los dedos, se echó para atrás.

-Te voy a contar porque ya lo superé, no fue fácil. Me he hecho a la idea de que mis piernas salieron corriendo de mí y me consuela pensar que aún siguen en el desierto, haciendo jogging, subiendo y bajando aquellas montañas. ¿Me sigues?
Asentí, aunque la verdad no sabía de qué estaba hablando.
-Fue en un polvoriento pueblo cerca de Basora. Era una inspección de rutina, algo simple, al menos eso nos dijeron. Parecían los restos de una choza y se creía que el enemigo la usaba como puesto de vigilancia… fue tan rápido, aun cuando lo veo me cuesta trabajo creerlo. Es cuando aprendes que de un minuto depende la eternidad. Éramos cinco, de todos ellos el único sobreviviente soy yo. Dos de mis compañeros volaron por los aires, muertos instantáneamente. Uno más se voló la tapa de los sesos meses más tarde al descubrirse ciego, y él cuarto, cayó en tan profunda depresión que los fármacos le consumieron, primero el hígado y después, el estómago y al final los riñones. Despertaba a media noche lanzando aullidos de pánico al volver a ver a sus camaradas desintegrarse por los aires. Murió esperando un donante, aunque su cerebro se hizo mierda también.
Bebimos, Terry con los ojos clavados en el color ambarino de la bebida.
-¿Sabes?, detesto a los doctores.
Menee la cabeza:
-Sé algunas cosas, como que en este país trabajan para los laboratorios y empresas de seguros.
-Hey, motherfuckers. Te arreglan algo y te enferman de otra cosa. A otro amigo, con una simple infección en la piel, le metieron tantos antibióticos que después se hizo inmune a todos, al final se curó con un remedio indígena basado en barro y limón.
-No lo creo.
-Te lo juro.
-Hijos de puta, los cabrones lo único que quieren es plata, y como trabajan en asociación delictuosa con las compañías farmacéuticas, entre más mierda te metan al cuerpo más ganan.
-Asquerosos.
-Siento lo de tu amigo, siento lo que les pasó a todos ustedes.
Sus ojos se tornaron de un azul acuoso:
-¡Jodeeeeer! gajes del oficio bro, si eres carpintero te vas a machucar los dedos. ¿Qué no?
Di un sorbo a la botella. La verdad no sabía que decir. Me vi en su lugar por un momento y me entró escalofrío.
-¿Has matado a un prójimo?
Lo miré con extrañeza. Su pregunta me parecía un tanto fuera de lugar.
-Sí, ratones, mosquitos, cucarachas…

-No jodas, digo algo real.
-¿Cómo así?
-¿Has matado a alguien?
Apreté la botella de la cerveza con nerviosismo, era una pregunta extraña, más para un civil… Además no pretendía inculparme en algo tan delicado.
-No, la verdad no… gracias a dios-. Mentí.
Me miró fijamente, como si me estuviera analizando. Frunció los labios y dijo:
-Pues haz de cuenta es lo mismo, sólo que el cuerpo es más grande.
Estábamos en eso cuando escuchamos la cerradura y luego un azotón de puerta.
-A de ser Regina-dijo.
En la cocina hizo su aparición como aterrizada del cielo, una hermosa rubia. Vestía unos pantaloncitos cortos que dejaban ver sus bien torneadas piernas. Llevaba botas altas y una camisa de franela a cuadros anudada a la cintura. Depositó las bolsas con los víveres en la mesilla del fregadero y volteó a vernos. No pude evitar echarle un vistazo de pies a cabeza, era una beldad. Terry volteó a mirarme y no pude esconder mi nerviosismo, por acto reflejo levanté mi botella y le di un gran sorbo; hice como que ella no existía. Puse los ojos en la mesa.
-Hola chicos, ¿qué hacen?
-Aquí bebiendo unas frías, que más se puede hacer en estos días-. Fue la respuesta de Terry.
Ella vino, le plantó un beso y se dejó abrazar por el musculoso de su marido. A mí me extendió la mano.
-Hola, me llamo Sergio, del equipo de mantenimiento. Soy el nuevo, digámoslo así, ésta es mi tercera semana en la base y vine a reparar el inodoro.
-Gracias Sergio, muy amable-. Dijo con su melodiosa voz; bien podría ser la soprano de un coro de ángeles.
Evité verle los senos o cualquier otra cosa. Me concentré en su cara. Tenía unos profundos ojos verdes, enmarcados en grandes cejas y su piel era como de nácar, cero imperfecciones. Quería mostrarme respetuoso, Terry era un tipo amable y no deseaba ofenderlo de ninguna manera. Menos aún provocarle celos, y ni siquiera dejarle sospechar que su mujer me había impresionado horrores. Regina se soltó del brazo de Terry, fue hasta una de las bolsas y extrajo un paquete de frituras, vació un tanto en un plato y colocó éste en el centro de la mesa. Abrió el refrigerador y dijo a su esposo enseñándolo una cerveza:
-¿Me invitas una?
-Por supuesto honey. ¿Sergio, me alcanzas el destapador porfa?

Me di la vuelta y tomé el destapador, descansaba en una mesilla detrás de mí. Tomé la botella de su mano y descorché la cerveza de un movimiento.
-Ah, el amigo es un experto.
Los tres reímos. Regina mostró una hermosa dentadura de blanquísimos dientes y me dio las gracias.
-Bueno chicos, salud.
"Salud", dijimos al unísono y bebimos. Regina comenzó a poner los comestibles en los anaqueles y acomodó los trastes en el escurridor. Terry miró con desprecio la fritura, me miró a mí, y como vio mi falta de interés dijo:
-Vamos honey, ¿vas a darle de comer chatarra a un atleta como yo?
-Je je je, no, traje comida real, espera.
Regina volvió a abrir el refrigerador y esta vez extrajo un paquete de la nevera y nos lo mostró.
-¿Estas bromeando? ¡¿Comida para microshit?!
-Es comida real, no toda la comida para microwave es mala cariño, mira aquí dice.
-¿Vas a creer lo que dice el maldito paquete? Me daban de comer mejor cuando estábamos en el desierto.
-Que va… esto es orgánico, lo juro, por lo menos eso dice aquí atrás.
-Es parte del marketing, quieren que consumas la mierda, ¿tú qué piensas?
Regina ignoró su comentario, desempaquetó el contenido y lo acomodó en un plato. En un segundo plato, acomodó unas verduras y les roció un tipo de salsa encima, desde otro paquete. Terry arrastró su silla y la abrazó por detrás recargando la cabeza en su espalda.
Por primera vez el hombre me dio lástima, aquello era injusto. Se besaron en la boca, se veía que se amaban, ella lo miró con ternura, le acarició la cabeza y se le escabulló graciosamente de dos brinquitos ágiles y fue al trastero, de donde cogió unos cubiertos. Terry trajo servilletas a la mesa, una botellita de salsa picante y un paquete de pan. Terminé mi cerveza, había llegado la hora de irse y dejarlos comer.
-Terry, pues gracias, me voy.
-¿Cómo qué te vas amigo?
-Sí, tengo pendientes, me faltan dos llamados por atender.
-No te puedes ir todavía- dijo Regina- hay suficiente comida para los tres, que digo, para todo un pelotón.
Joder, además de bonita y amable, exudaba buen humor.
-No gracias, no puedo, no sé si está en el reglamento de la empresa, pero no se me hace correcto; técnicamente ustedes son mis clientes. Me voyme puse de pie.
-Vamos amigo, no jodas, nadie va a decir nada a nadie.

-¿Y si se entera mi jefe?- dirigiéndome a Regina.
-¿Quién le va a decir? ¿Acaso Terry?
-Sí, le voy a decir que te bebiste toda nuestra cerveza y te comiste toda muestra comida, mexicano tragón.
-Sí, sí sí, como en el cuento de los ositos, ja ja ja.
Sonreí.
-No, pero no es correcto. Además…
-Bah, no pongas tantos peros muchacho, nunca se dice no a una deliciosa comida de microshit.
-Ja ja ja –rio Regina- no creas que siempre comemos microshit, no me dio tiempo de cocinar.
-Es experta en meatballs con espagueti.
-Ah, no hagas caso a Terry, cocino bastante bien tomando en cuenta que nadie nunca me enseñó, tengo un repertorio bastante amplio.
-Siéntate –ordenó Terry. Abrió el refrigerador y extrajo tres cervezas, las colocó en la mesa.
El horno de microondas comenzó a sonar indicando que la comida estaba lista para digerirse. Tomé asiento, en tanto Regina instaló platos, vasos y cubiertos. Me apresté a destapar las cervezas y Terry hizo espacio para los platos salidos de la máquina. Regina tomó asiento entre los dos.
-¿Quieres decir una oración o algo Sergio?
-La verdad es que no acostumbro, pero si ustedes lo hacen, por mi está bien.
-No bro, en esta casa hemos perdido la fe. Si existiera un Dios, no existiría la guerra.
Los tres nos miramos. Quien habló fue Regina:
-Comamos pues.
Aquella revoltura de cosas en una salsa oscura, incluía pollo, hongos, cebolla y espinacas.
-No esta tan mal para ser comida de microshit como dice Terry.
-No, si les digo, es orgánica y toda la cosa.
-Mmm, cierto, nada mal para comida instantánea.
-No Terry, no es instantánea, alguien en algún lugar la cocinó para nosotros, y sólo la puso en el congelador para ser disfrutada ahora mismo.
No quise hacer ningún comentario en la forma en como aquella comida se preparaba, dado que en la versión de Regina un chef la cocinaba en un sartén delicadamente, como en un restaurante y al terminar la metía al refrigerador. En la película sin editar, eran enormes contenedores en un galerón donde gente iba cortando, pelando vegetales y mezclando todo con saborizantes artificiales de acuerdo a los cálculos de una computadora. No por nada la industria de la comida es una de las más amafiadas en el planeta.

-¿Y tú, cocinas?- preguntó Regina.
-Sí, claro.
-¿Qué? ¿Rice and beens? ¿Beens and Rice?- dijo Terry con la boca llena de comida.
-Sí, entre otras cosas. Trabajé en restaurantes, un tiempo en California y después en Las Vegas.
-¿Estuviste en Las Vegas? ¿En serio? ¿Y cómo es?- brincó ella en su silla.
-Mmm. Es divertido para los que tienen dinero, para los jugadores compulsivos o los personajes famosos; para el resto es como cualquier otro sitio donde vivir y trabajar-. Me acordé de Patricia mi novia striper, de mi obsesión por sacarle un millón de dólares a las malditas maquinitas, de mi suerte con los dados.
-¿Muchos famosos?
-Toneladas.
-¿Y cuál es tu especialidad?- preguntó Regina.
Finalmente la respuesta a la pregunta aquella no iba a quedarse en el aire:
-Algo de comida italiana, algo de comida mexicana y algo de comida china, pues son las más comunes.
Terry y Regina se miraron entre si, asombrados.
-Deberías de cocinarnos un día de estos bro.
-Con gusto, claro.
-¿De verdad?
-Por supuesto, cosa de organizarnos.
-Si quieres nosotros compramos los ingredientes… y te ayudamos clarodijo Regina.
-OK.
-En Irak uno de nuestros cocineros era un latino, guisaba sabroso el cabrón.
-A ustedes se les da eso de la cocina, ¿no? –dijo Regina, se levantó y regresó con más servilletas.
-No a todos, tuve un amigo que hasta el pan tostado se le quemaba- dije pensando en Pedro.
-¿Y tomaste un curso, o en tu casa te enseñaron?
-Pues así como que me enseñaron en casa no, pero mi abuela y mi madre eran muy buenas en la cocina y a mí me gustaba ver como preparaban las cosas. Mi abuela tenía su propio jardín con diferentes yerbas y especies. La señora te hacia lo que quisieras en la línea de la comida mexicana, si hubiera escrito un libro de recetas se hubiera hecho millonaria.
-A mí me encanta la comida mexicana, siempre y cuando no pique mucho claro, no soy muy dada al chile, a diferencia de Terry, le pone salsa de botella casi a todo.

-En Texas, si no comes chile te dicen que eres maricón.
-Bueno, el chile es uno de los ingredientes básicos de la comida mexicana, pero no todo lleva picante, hay platillos que no lo necesitan.
-A mí se me da mejor la comida italiana, a Terry le sale mejor la carne asada y es el rey de las hamburguesas. ¿Verdad Terry?
-Cuestión de tener el carbón al punto y cerveza oscura a la mano.
-Quiere ponerle cerveza a todo, hasta a los wafles, ja ja ja.
-Da buen sabor, le pone color a la comida y siempre quiere uno más. Ahora que tengamos un cookout te vienes y me das tu opinión.
-Hablando de cervezas, ¿deseas una más?
-No Regina gracias, tengo que regresar al trabajo… y como dice Terry, uno siempre quiere otra y otra.
-¿Te gustó el pollo Terry? No esta tan mal, ¿verdad?
-Me encantó, ¿dónde compraste la comida, aquí en la base?
-Cómo crees, en una nueva tienda, cerca de mi trabajo.
-¿Dónde trabajas Regina?-pregunté yo.
-En un Starbucks, está a la vuelta de la biblioteca pública y apenas tiene como tres meses de inaugurado. Soy la que cobra.
-En el mismo lugar donde antes hubo otra cafetería, una de verdad, aunque todo el mundo prefiere hoy en día el Starbucks, no sé por qué, quizá porque le ponen azúcar a todo.
-Come on, el café no es tan malo Terry.
-Sólo un poquito, además entiendo que defiendas tu negocio, son tus patrones.
-Es verdad, el café no es tan malo.
-¿Verdad?
-Quizá un poquito aguado a mi gusto… y caro- dije yo que prefería el buen café de Veracruz.
-Si vienes al local, te prometo darte del bueno- dijo Regina cerrándome un ojo.
-Gracias, tomaré tu palabra.
Los tres sonreímos.
-Lo que no me gusta de ese tipo de locales, es que siempre te están presionando para que bebas rápido y te largues. Para mí un café es un lugar donde puedes leer el periódico tranquilamente, fumarte un cigarrillo con calma y platicar con la gente- dijo Terry.
-Todo cambia cariño... además hoy en día sólo se fuma en los cafés que aparecen en las novelas.
-Y en mis recuerdos.
-No podemos aferrarnos al pasado, a lo imposible- soltó Regina.
Intercambiaron miradas entre sí, quizá aquella frase contenía todo otro significado, y consideré el momento oportuno para ponerme de pie.

-Bueno, pues gracias por la buena comida, la cerveza y sobre todo por la invitación, y la confianza… me voy.
-Mi casa es tu casa- dijo Terry en su español agringado y sonrió con todos los dientes.
-Gracias.
-Vamos, te acompañamos a la puerta.
Cogí mi caja de herramienta, mi chaqueta y caminé hacia la sala seguido por Terry y Regina. Ya en la puerta extendí la mano a ambos. Terry me sacudió la mano con un fuerte apretón, y Regina me dio un beso en la mejilla, pude aspirar su perfume.
-¿Por qué no vienes al partido de basquetbol este domingo? Jugamos contra los técnicos, los vamos a apalear, para que nos eches porras.
-Terry es el capitán del equipo, ¿no sabías?, van invictos- Regina le pasó el brazo a su marido por la espalda orgullosa.
-Ven, te la vas a pasar bien bro. También habrá porristas… de largas piernas claro.
-Terry…
-Gracias, si el domingo estoy libre ahí les veo… también depende de si hay camión.
-Claro que habrá, como es un evento abierto al público, están obligados a tener un camión de regreso a Downtown- explicó Regina.
-Cierto, pero no te sientas obligado, si no puedes no pasa nada.
-Ah, y no se te olvide, prometiste cocinarnos algo eh- dijo Regina por último haciendo un puchero.
-Claro, lo prometido es deuda. El domingo hablamos.
Crucé el jardincillo frontal. Puse en funcionamiento el carrito y acelerador a fondo me dirigí a la cabina, ojalá hubiera llegado el Toño para cargarle alguno de los pendientes; se estaba haciendo pato a últimas fechas. Yo solo estaba atendiendo casi todas las llamadas y acababa muerto. En el camino sentí admiración por aquella pareja, por el amor que se mostraban, pero sobre todo, por haber superado la adversidad y las secuelas de la guerra.

8

Toqué el timbre y esperé a que el capitán retirado Thomas Thomas viniese a abrir. Había quedado con él, en que le ayudaríamos a vaciar el garaje. Venía solo, el pinche Toño me había fallado. O estaba crudo, o pasaban alguna de sus telenovelas las cuales no podía perderse. “Panzón holgazán pendejo”, dije a mis adentros cuando me di cuenta de su ausencia. Pero ahí estaba yo, para la chamba extra, el poco más de money que siempre anda unos correteando; los dólares antes de dios y después. El capitán abrió y lo primero en decir fue:
-Llega usted tarde ¿Qué pasó con esa palabra de honor?

Me regañó, hacía tiempo que nos hablábamos de tú. Ya le habíamos hecho la chamba de limpiar su basement y él en

agradecimiento me había regalado por lo menos tres libros militares, no leía de otros.
-Lo siento capitán, se me hizo tarde esperando a mi compañero.
-Entra-. Fuimos directo a la cocina para salir por la puerta trasera de la casa. La cochera se encontraba con la puerta abierta, adentro había una cantidad exorbitante de cosas, de verlas me dieron ganas de huir.
-Montón de cosas como puedes ver- dijo el capitán rascándose la cabeza-. Es inevitable no acumular, imagínate, doce años viviendo en esta casa.
-Se nota, se nota- estudié el asunto; no menos de cuatro horas de trabajo.
-Por supuesto no todo se va a la basura, me gustaría donar algunas cosas; regalar otras… Si ves algo a tu gusto, puedes quedártelo.
-Gracias por la oferta.
-¿Por dónde empezarías?- me preguntó.

Eché otro ojazo:
-Qué le parece si primero vaciamos esta área capitán… al menos que usted tenga otra sugerencia.

Caminó de un lado, de otro, se quedó pensativo un momento y dijo:
-Parece lo más viable ¿verdad?
-Por lo menos son cosas que podemos mover entre dos personas.
-Es una lástima lo de tu amigo caray, entre los tres hubiera sido más rápido.
-Cierto, pero a lo mejor se enfermó, o algo.
-Aja, las enchiladas le cayeron mal, je je, güevón.
-Seguro.
-OK, metete y veme pasando mugres, así puedo decidir que se va a la basura y que quiero conservar.
-Excelente capitán, usted manda-. Como pude me abrí paso; escalé una montaña de objetos. Empezamos a mover cosas. Había tal cantidad que daba pereza; era un ejemplo mínimo, si se quiere, minúsculo del consumismo del primer mundo. Había tres o cuatro unidades de todo. Aires acondicionados inservibles, televisiones viejas y menos viejas, reproductoras de casetes, ventiladores sin botones, lámparas de varios tipos y materiales, radios, algunos con bocinas, mesillas de centro, aspiradoras descompuestas, árboles plásticos de navidad de varias épocas, podadoras, silla de playa, tapetes, etcétera. Tal y como lo había calculado, nos llevó un par de horas sacar parte de las porquerías de la mitad de la cochera; otras dos horas para poner algunas en orden en el área del jardín y una hora más para separar todo. Hicimos tres grupos; lo inservible y se iría a la basura; lo que el capitán donaría a una tienda de segunda; y lo que posiblemente podría venderse en una venta de garaje, o a través de la internet, esta

última fue una idea mía. En ese lapso de tiempo me contó de su esposa muerta, de sus dos hijos; Marian viviendo en Canadá y de Dan, quien se hallaba cumpliendo una condena de diez años por agresiones en alguna cárcel de Texas, donde las penas son duras, según me enteré, y es el estado con más penas de muerte al año en la unión americana. Se lamentó de tener poco contacto con sus cachorros, como llamó a sus vástagos. Habló de sus años en el ejército, de sus viajes a diferentes partes del mundo, particularmente dijo amar Hawái. Algunos objetos los tomaba y se quedaba mirándolos como si a su memoria vinieran recuerdos. Yo le conté de mis orígenes como mexicano, de la ciudad de Hermosillo, de mi estancia en Las Vegas. Intimamos un poco más y me contó que secretamente toda su vida le habían gustado las asiáticas. Que había estado enamorado durante muchos años de una coreana casada con un amigo suyo muerto en combate, pero que entre el qué dirán, y el respeto a su mujer, nunca se atrevió a dar paso firme para tener un affaire con ella; indecisión de la que se arrepentía con toda su alma. Habló de la tristeza de ser viudo, de lo difícil de envejecer y terminar solo. Bebimos tres cervezas y me invitó piza recalentada. Después de terminar de comer trabajamos un poco más. La basura se fue a la basura, lo vendible entró a la casa y las donaciones las cubrimos con una vieja lona. Me miró satisfecho y palmeó mi espalda. Haría falta un domingo más, acordamos. En la segunda parte de la cochera se encontraba una vieja sala de seis piezas, tres lavadoras oxidadas, una escalera desarmada, sillas de varios tipo, herramienta en cajas de madera, botes de pintura y cajas de cartón alineadas contra la pared, serruchos, etc. Además un viejo Cadillac cubierto con una funda de plástico llena de polvo; lograba verse la parrilla del auto.

-¿Qué modelo es?- solté refiriéndome al vehículo.

-Es un clásico. Fue un regalo de aniversario, para mi esposa… Ya le habían diagnosticado el cáncer, estúpidamente pensé que un Cadillac podría hacerla olvidar un poco el dolor.

Guardé silencio, caminé hasta el carro y levanté un poco la cubierta. Era de un color verde metálico, casi oscuro.

-En ese carro dimos un paseo hasta Ocean City y otro a Washington DC.

-¿Y funciona?- pregunté.

-Debe… la verdad no lo sé. Hará cosa de seis años que entró ahí y por lo menos dos que no se enciende, casi el mismo tiempo de no abrir la puerta del garaje.

-¿En serio? A lo mejor ya se pegó el motor.

-Ojalá y no, ese carro me gustaría dárselo a Dan. Como veras, no hay mucho que dejarles a ninguno de los dos. Marian puede quedarse con lo que encuentre de valor en la casa, ya sabes, las joyas de su madre,

algún cuadro, el reloj de la abuela…
-¿Por qué no vemos si anda?- sugerí.
-¿Sabes de mecánica?
-Sí, un poco, es otra de las cosas aprendidas en este país.
-¿Cuánto tiempo llevas en el país?
-Algo como siete años- mentí.

El capitán corrió el cierre de la cubierta del auto y yo me enfoqué en mover algunas cosas para poder abrir la puerta. A la voz de tres descubrimos el vehículo. Estaba reluciente, se veía impecable. Un solo rayón no mostraba la carrocería, me quedé perplejo.

-Guau, es sencillamente hermoso- no pude ocultar mi asombro. Me asomé por la puerta. Los interiores eran de piel, y el tablero era el de una vieja máquina del espacio.
-Lo importante es el motor.

El capitán subió al carro. Hizo algunas cosas como abrir la cajuelita de los guantes, mover la palanca de las velocidades, pisar los pedales, encender las luces… Muerto.

-Para empezar la batería no sirve, es un hecho.
-Debe ser, dos años sin mover un carro es mucho tiempo capitán, esperemos que los pistones no se hayan pegado. O la marcha.

El capitán jaló el seguro del cofre y este se abrió;

-Esperemos funcione, porque si no, Dan ya se quedó sin carro.

Destrabé el seguro y levanté el capote. El motor de ocho cilindros estaba algo polvoso y seco. El capitán se paró junto a mí.

-Estos eran carros, motores, no las pendejadas de plástico de los dizque autos armados en China.
-Sí señor, esto era un tanque- le di la razón. Era un lindo carro antiguo.
-No hay un automóvil hoy en día que pese tres toneladas. Me refiero a los autos familiares, como lo fue este en su momento.
-Cierto, además tiene una línea particular- no me cansaba de admirarlo.
-¿Y cómo sabemos si el motor trabaja?
-Déjeme ver algo capitán- dije y metí casi medio cuerpo en el capote. Cogí la banda y logré darle vuelta al cigüeñal. -Está un poco duro, pero gira, eso es una buena señal. Habrá que cambiarle el aceite y las bujías antes de encenderlo, y esperar las válvulas no tengan problemas… Comprar una batería nueva por supuesto.

El capitán Thomas cerró la puerta del vehículo, miró en redondo la cochera y dijo:

-Tienes razón muchacho, hay que ponerlo a funcionar, no tiene sentido este aquí arrumbado.
-El domingo si quiere, podemos dedicar un tiempo al carro.
-Me parece perfecto.

-Sólo una cosa, ¿por qué en la semana no le pide a uno de sus amigos lo lleven a cargar la batería, comprar aceite, bujías y las otras refacciones?-. Bajé el capote.
-Para serte sincero muchacho, amigos no me quedan muchos. Los pocos que sobreviven se han tenido que mover a casas para ancianos, pues no pueden llevarse a sí mismos solos… y el resto de mis conocidos están muertos o en el proceso.
-Bah, no sea tan pesimista Capitán- le palmee la espalda. -El próximo domingo tendrá un Cadillac funcionando, podrá irse de viaje.
Sonrió, entornó los ojos divertido, y dijo:
-Joder, vaya sorpresa, hasta mecánico experto me saliste.
-Pues no experto, pero sé algunas cosas. Antes de querer ser chef, le hice a la mecánica.
-Deja le voy a pedir de favor a la vecina de junto, o al esposo. No me llevo de maravilla con ellos, pero hay confianza y tenemos el pacto de ayudarnos unos a otros si es necesario.
-Una vez con la batería cargada, el resto es sencillo.
-No se diga más.
-Capitán, deje lavarme. Mi camión sale en algo como treinta minutos.
-Sí, sí, claro, en la cocina, vamos.
Echamos a andar juntos. En la cocina abrió el grifo del fregadero y me puso jabón líquido de trastes en las palmas de las manos.
-Otra de las razones principales, por la cual estoy limpiando, es porque así como en campaña uno no debe nunca dejar rastros evidentes de estancia en el lugar, así en la vida… Pudiera ser información utilizada para rastrearnos.
No entendí a qué se refería, sin embargo dije:
-Interesante perspectiva, me gusta.
Terminé de secarme las manos con tres servilletas.
-Listo capitán, la primera parte terminada, ya quedamos, el próximo domingo dejamos ese garaje limpio.
-Es un trato… sólo llega temprano, ¿OK?
-Claro, claro.
-Ahora bien, a todo esto, ¿cuánto te debo? ¿No lo cubre la empresa para la que trabajas?
Lo miré ya sin sonreír:
-Ya le había explicado, cuando hablé con el jefe Joel, me dijo que sólo podíamos ayudarle a vaciar su garaje en domingo o en nuestro tiempo libre… La empresa no asume ese tipo de gastos.
Se sonrió, me estaba poniendo a prueba según entendí. Si te ven cara de mariachi van a querer cantes. You know?
-Entiendo, entiendo… sólo preguntaba- buscó en su cartera y me extendió dos billetes de veinte dólares.
Los tomé un poco con desprecio mirándole a los ojos.

-El domingo próximo te paso algo más, no hagas lio, además ya quedamos, si algo se vende vamos a un porcentaje de eso también.
-OK, pero entonces queda claro. El domingo, nuevo trabajo, nueva plata. Esto no cubre los dos domingos, ¿OK?
-Por supuesto- me miró burlón.
-Bien, pues hasta entonces.
-Hasta entonces… y gracias muchacho. Vaya con dios- dijo esto último en español.

9

Serían las tres de la mañana cuando desperté al sentir las patitas de tigrillo, así lo había bautizado por ser medio atigrado. Es lo que llamo amistad a primera vista; nos caíamos bien y soñábamos juntos. Nos hicimos amigos en la primera semana. Después de eso vino a saludarme casi todas las noches, raro era que no lo hiciera. Por supuesto la señora tenía sus preferidos, el principal era un gato blanco, bastante gordo, consentido y perezoso, no se despegaba de su regazo. Y el otro, un gato gris de pecho blanco, se creía la reina, y era agresivo con los gatos más débiles. Pronto lo deduje, tigrillo era de los menos agraciados en cuanto a los sentimientos y preferencias de la señora Robbins. Dicen que los gatos adoptan a sus dueños. El caso es que pronto se hizo un regular de mi espacio. Me levanté, oriné y al regresar vi al gato sentado en el lugar caliente que recién había dejado. Sonreí.
-Ora pues, sólo hazte para allá-. Le acaricié la cabecilla y dócilmente se dejó hacer a un lado. Me envolví y él se pegó a mi espalda. Comenzamos a ronronear otra vez. Dormí algo como tres horas más. Me levanté a las seis. Me puse la ropa de la noche anterior. Acomodé algunas cosas, cogí al gato y salimos del cuarto. Cerré la puerta con llave. Me despedí de mi amigo. Esta vez decidí escapar por el jardín. Subí los escalones del desnivel, rodee la casa y salí a la calle. Estaba en mi derecho de hablar con mi casera, y aquella mañana no me sentía de humor. Me compré un café en el "Seven Eleven" y después me tendí a caminar hasta encontrar la parada del autobús.

Llegué temprano a la base, pues mi plan era salir unas horas antes. Daban una película en el pueblo y no me la quería perder, ya saben; peliculita de acción, chicas de gran busto, sangre, volteretas de autos y balazos. Me cambié, me puse el uniforme y decidí hacerme un segundo café, le robé dos galletas a Toño. Había dos llamadas, una de la mujer de un comandante que deseaba le cambiasen las cortinas, de preferencia como a las tres de la tarde, justo una hora antes de irme. Y la otra, en casa de un minusválido y su esposa, sin hora específica. Toño me había contado el chisme. Al marido de esta mujer una bomba le había arrancado ambas piernas de un tirón y ahora el pobre se movía en una silla de ruedas. Sonó el teléfono y me apresté a

contestar, era Joel, el manager, buscando a Toño; le había llegado una carta de migración, me dijo le informase para que pasara a la oficina a recogerla. Colgué. Pasé una esponja por el baño, limpié el polvo de los anaqueles y saqué la basura a los contenedores grandes. Llené algunas cubetas de agua y regué los arbustos, y las flores. De la parte trasera de la cabina levanté los restos de botellas de cerveza y colillas de cigarrillos que seguramente alguien había dejado la noche anterior. El estacionamiento para dos carros ahí detrás y que nadie usaba, era el lugar ideal para beberte unas cervezas y follarte a tu novia una vez metido el sol. Un punto ciego para los vigilantes de la entrada, un buen escondite. Por alguna razón volví a recordar a Patricia.

Pasé un trapo húmedo por nuestro Cadillac de campo de Golf, como lo había bautizado mi compañero, y lavé sus llantas con jabón. Toño se reportó retrasado, así que atendí a todas las llamadas solo. Asistí a una emergencia. Dieron las dos de la tarde. Me vi en la necesidad de regresar a la cabina por combustible. Estacioné el vehículo en la parte cubierta. Ya había llegado Antonio. Se escuchaba la televisión encendida. Antonio salió abrochándose la camisa del uniforme y me saludó:

-Hola Sergio qué tal.

-Nada Toño, regresando. Unos gandules derribaron un árbol a la entrada de las canchas de tenis y fui a replantarlo-. Descargué unas palas y las llevé a su sitio.

Había dos uniformes azul marino distintos en el tubo del vestidor.

-Uno de esos uniformes es para ti, supongo el de menor talla- y se cogió la panza, entre avergonzado y orgulloso.

Cogí el nuevo uniforme:

-¿Y esto qué?

-El nuevo uniforme bro.

-¡En serio!

-Nuestra empresa fue adquirida por otra empresa.

-¿Hablas de la empresa para la que trabajamos?

-Sí, ésta fue adquirida por otra, seguramente más grande, o con más plata o mejores conectes o ve tú a saber.

-Claro, claro.

Tomé el nuevo disfraz:

-Pinches uniformes, son casi fosforescentes los hijos de puta.

-Cierto. Además nos vamos a asar en ellos, ¿ya checaste el material?

-Si hombre. Son de maldito poliéster, vamos a andar electrificados.

Toño pareció no entender el chiste y siguió dándose vueltas en el espejo, viéndose.

-¿Y a partir de cuándo hay que llevarlo puesto?

-A partir de ya. Vino Joel en persona y me lo informó.

-Well, no están tan mal, igual de feo uno que el otro.

-Si verdad. ¿Cómo ha estado la mañana?- preguntó Toño.
-Normal, más allá de lo que te conté. Dos empaques, una cerradura trabada.
-¿Qué del árbol?
-Unos pinches chamacos lo echaron abajo anoche, seguramente briagos.
-Aja.
-Sólo hubo un encargo de vida o muerte. Así decía la voz en la grabación. ¿Qué crees que era?
-No sé.
-Bajar al gato de la vecina del número setenta y dos, el muy cabrón se subió a un árbol y ya estando arriba se cagó de pánico y empezó a chillar.
-¿La casa donde vive la chica neurótica con su abuelita? ¿La loquita pelirroja que nos trató como a retrasados mentales cuando fuimos a reparar el tubo de gas en la cocina?
-Exacto. Me arañó el cabrón mira. Ya lo tenía, cuando el cobardón volvió a brincar-. Había estado a punto de decir gordo, pero Antonio era bastante rechoncho y no quería herir susceptibilidades. Aunque a decir verdad, la obesidad en la que estaba embarcándose Antonio parecía importarle un carajo a él, pues siempre llegaba con bolsas de comida chatarra, especialmente para los viernes y sábados cuando se dedicaba a devorar el solo entre tres y cinco bolsas de basura frente a la pequeña y vieja televisión montada en el estante junto a las cajas de herramienta, los botes de pintura y las extensiones de electricidad.
-A mi regularmente todos los gatos me gustan, pero ese gato en particular, me parece tan antipático como su dueña.
-Coincido contigo- dije.
-Ese gato anduvo comiéndose a los pajaritos el verano pasado. Es más, ni siquiera se los comía, sólo los mataba el desgraciado y los dejaba en el piso como si fueran preseas. Le dije a la señora lo que había visto con mis propios ojos. Una mañana, le pedí de favor que no lo dejara salir tanto tiempo ni tan temprano, sólo hasta que los nuevos pajaritos pudieran volar, etc. No escuchó, no pude convencerla y menos aún creyó que su gato es un gandalla, un cobarde que corre agachado cuando hay que enfrentarse a los padres pájaros.
-Cabrón. La verdad no estaba muy arriba en el árbol. Sólo que el pinche gato se caga de miedo, llora y se paraliza. Ya es la segunda vez que lo bajo del mismo árbol y de la misma rama.
-¿Del roble localizado en la esquina de esta calle con general Paton?
-El mismo… Por cierto, el capitán me preguntó si podemos ayudarle a vaciar la cochera el domingo.
-¿Hablas del viejo que se llama y apellida igual?
-El mismo.

-Vive en una de las casas que limpia Ana Graciela, la nalgoncita de mantenimiento.
-¿Qué Ana Graciela?
-La morenita colombiana hombre, chaparrita, de bonita nariz. Limpia casas con otras dos mujeres también latinas, las "*Maid Easy*".
-¿Andan las tres en un carrito blanco?
-Esas. Limpian las casas de los retirados.
-Ya.
-A veces pasan por aquí enfrente y voltean hacia acá.
-Je je je, ¿en serio? Ya sé quién dices, es la más jovencita, tiene una nariz muy linda, buena pechuga, chiquita, casi perfecta. Un llaverito.

Reímos, chiste de machos.

-Le dije al capitán contara con eso... Cien por todo el trabajito; mitad y mitad. ¿Qué dices? Cincuenta dólares por unas de horas de trabajo.

Toño me miró rascándose la panza.

-Pinche capitán, siempre nos quiere agarrar de sus achichincles. ¿Por qué no pone a trabajar a los huevones de la PM? Se la pasan dormitando en las casetas de vigilancia días enteros. La vez pasada nos aventó unos billetes en la cara como a rameras.
-No es verdad, si bien es cierto trabajamos un montón, nos pagó lo estipulado.
-Pinche viejo.
-Además hermano, es domingo y dinero extra, nos cae bien a los dos-. Era claro. –Además, hasta donde sé no hay partidos de futbol pasando, ¿o sí? ¿Y tú vas a la iglesia los domingos muy temprano, verdad? –Pregunté a Toño- Si te parece lo hacemos después de eso.
-OK. Pero tú negocias con él, no pienso abrir la boca- advirtió.
-OK, yo trato con él. Hacemos la chamba y no lo escuchamos mucho. Que nos mande y dirija un ratito, que carajos.
-OK, como al medio día.
-Ya, no se hable más compadre.

Se sentó frente a la tv, me ofreció comida chatarra.

-Gracias bro pero me traje almuerzo y la vieja del gato me dio galletas de agradecimiento. Me comí cuatro deliciosas *coquíes*.
-Esa condenada vieja siempre gana los concursos de galletitas.
-¿Qué concursos?
-Los concursos de cocina que se organizan en la base. Se llevó dos de los premios más importantes el año pasado; galletas de chocolate y galletas de anís. Hubieras visto la cantidad de comida, nos quedamos con gran parte de lo que nadie se comió; desayunamos por más de tres días como jefes. Nuestro refrigerador estuvo lleno por primera vez.
-Buena onda… pues ojalá y lo organicen este año, porque eso de la cocina me interesa.
-Por lo regular los concursos se llevan a cabo dónde están las canchas

de basquetbol exteriores. ¿Te ubicas? Ahí se colocan unas carpas con mesas y sillas, stand de venta de cosas y se organizan diferentes actividades. Todo es una gran fiesta y todos son parte de una gran familia. Al menos dos bandas militares tocan, hay concursos de baile y el general en jefe de la base, se tira un discurso de talla. Además, los militares hacen algo que les encanta; darse medallas unos a otros, especialmente de héroes.
-Claro.
-¿Y que hay pendiente?- preguntó Toño mientras iba vaciando su primera bolsa de chatarra del día.
-Un cristal, hay que cambiarlo, Custer tres. Nunca he ido por ahí.
-Los clientes son nuevos en el vecindario, me lo comentó el manager.
-Aja.
-Otro compa, también minusválido y un poco loco.

No les he dicho, Antonio era hondureño. Tenía viviendo en los Estados Unidos más de quince años, aunque su inglés era limitado y casi no abría la boca si no era absolutamente necesario, prefería escuchar. Era un hombre obediente, el modelo de inmigrante que todos gustan; tranquilo, callado, consumidor de chatarra; lo mismo alimenticia que ideológica. Un tipo bueno, solitario, reservado y ahorrativo, el cual siempre usaba pantalones de mezclilla y camisas a cuadros, cuando no llevaba el uniforme. Cara redonda, bigote, cejas pobladas, nariz ancha, barriguita. Un tipo incapaz de despertar las bajas pasiones, incitar a la violencia, o generar la mínima sospecha.
-¿Y qué me dices de las camisetas mojadas?- lo provoqué.
-No, como crees… el rollo es familiar. Los chiquillos juegan basquetbol, volibol, las abuelas vienen y todo el mundo come helado o pastel de chocolate. Tetas mojadas, je je je, estás loco.
Se me ocurrió una idea medio maquiavélica. *¿Qué tal robar la receta de las galletas de chocolate?*

-¿Cada cuando ves tú a la Ana Graciela? ¿A dónde está asignada?
-Ella y sus comadres están limpiando la casa de un viejo, se murió hará como una semana. Van a vender la casa, o a rentarla, no sé.
-¿La casita ubicada en la esquina de avenida MacArthur y Earl Blaik; como si fueras a la bodega?
-Esa misma.
-¿Ya llegarían las chicas ahí?

Toño miró su reloj y dijo:
-Ya han de estar allá. ¿Quieres ir a verlas?- se le iluminó el rostro- ¿Cómo que estamos revisando las llaves del agua?

Lo miré, a lo mejor lo subestimaba:
-Ándale, muy bien Toñito, me leíste la mente.
Toño sonrió como tonto; a veces hacia caras raras, las cuales en el marco de sus mejillas redondas le hacían parecer como un paciente de

Síndrome de Down. Me cambié de uniforme. Dentro del nuevo, parecía yo un saltimbanqui. No era precisamente la mejor ropa para ir a ver a unas chicas. Me vestí las botas de trabajo nuevamente y me calcé la cachucha. Toño se bañó en desodorante barato y se enjuagó los dientes.
-No le hagas tanto al cuento bro, no creo que vayas a besarles- lo espetéNi tú, ni yo.
-Quien sabe, quien sabe.
Montados en el carrito enfilamos hacia nuestro encuentro. Sugerí tomáramos un atajo, en lugar de dar toda la vuelta de tres manzanas hasta MacArthur avenue. Tal y como Toño lo había previsto, las “Maid Easy” ya se encontraban en la casa; el auto blanco con los letreros a los costados se encontraba estacionado afuera. Gente con iniciativa, chambeadora.
-Entonces Toñito, tranquilo, ¿estamos? Todo es una coincidencia y llegamos a revisar los empaques de las llaves del agua y las chapas de las puertas.
-¿Entramos con las cajas de herramienta?
-Claro, si vamos a hacer la farsa tiene que ser completa.
-Enterado mi buen Sergio.
-Tampoco te lances inmediatamente sobre la conversación, o a quererles caer bien. Mesura y paciencia, porque si no, el pájaro vuela.
-Hasta cazador resultaste.
-Yo sé lo que te digo.
Toño sonrió e intentó sumir la panza. Yo me coloqué los anteojos oscuros y me despojé de la odiosa gorra parte del uniforme.
-Trajiste la llave de la puerta ¿Qué no?
-Claro, claro, a poco me crees tan tonto… algo tengo acá –señaló su cabeza- no te creas.
Cuando estuvimos frente a la puerta, Toño tocó con los nudillos tímidamente.
-Abre con la llave- le indiqué.
Dos de las chicas estaban limpiando la alfombra con una máquina, y Ana Graciela se encargaba de quitarle las manchas a los vidrios de la puerta del jardín. Tenían un radio encendido, a un volumen más bien bajo.
-Buenas tardes, chicas- dije en español con mi mejor voz.
-Hola- respondieron en coro las dos que se hacían cargo de la alfombra. Ana Graciela nos agitó una mano. Se veían menos compungidas y apuradas. A lo mejor porque ya habían terminado de pagar el carrito, como me había chismeado Toño.
-Toño, y este es Sergio, venimos a checar todas las llaves del agua y a poner los empaques en las ventanas- dijo mi compañero sin poder ocultar su nerviosismo.

-Hola- dije yo-. Ya nos habíamos visto, ¿no?
-Si ya nos habíamos visto- dijo la mayor de ellas.
Nos presentamos de mano y hablamos un poco. Les eché un ojo rápido pero certero a mis nuevas amigas. Carmen, una señora de unos cincuenta y tantos años, Esther de unos treinta, y Ana Graciela en sus veinte y algo. Carmen tenía quince años de no ver a sus hijos en persona, aunque les hablaba cada fin de semana al Salvador. Esther era una madre soltera, llevaba diez años en este país desde Ecuador. Y Ana Graciela, venía desde Bogotá, llevaba en este país cinco años y tenía grandes sueños. Jalé a Toño a la cocina, le hice abrir la caja de herramienta y empezamos nuestra supuesta revisión. Por fortuna a él le gustaba Esther, así que no hubo problema. Le expliqué a señas el siguiente paso. Fui a revisar la puerta cerca de la ventana donde limpiaba Ana Graciela, y como no queriendo, le hice charla. Me contó que uno de sus tíos había muerto de un bombazo. Que había estudiado como yo, hasta la mitad de la preparatoria y que como yo, había emigrado a los Estados Unidos por una combinación de violencia social y precariedad económica. Que vivía en casa de Carmen desde hacía ya un año, y que la iniciativa del pequeño negocio, el sitio en la internet y las tarjetas a domicilio habían sido de ella. La felicité. Me hizo preguntas. Le conté de como Hermosillo había pasado a ser “Terrorsillo” por las balaceras a media calle y a todas horas del día; los secuestros, los asesinatos y las decapitaciones. Le conté también del incendio de mi casa, de la “muerte accidental” de mi padre como decía el reporte de la policía, y de cómo, desde mi salida de México soñaba con mi abuela más que nunca. Ana Graciela hizo mención del eufemismo; “muertes colaterales”, como llaman a todos los rehenes muertos por incompetencia policiaca. Guardamos silencio un momento. Yo continué desarmando la chapa y ella limpiando los cristales con papel periódico. Cambiamos de tema. Ella fue quien habló primero; dijo bailar muy bien y que le encantaba mover el cuerpo. Toño ya se había acomodado junto a Carmen y Esther y parecía feliz de la vida. Volví a armar la chapa, por supuesto no tenía ningún desperfecto. Nos acercamos al grupo. Ana Graciela llevaba también ropa de trabajo, así que no pude apreciar bien sus formas aunque las imaginé. Toño, Carmen y Esther echaban chisme y comían galletas sentados en el piso. Esther hablaba de un viejo *manager*, un tipo supuestamente correctísimo y exigente, el cual había sido acusado de molestar a un niño y de cómo en su computadora habían encontrado un montón de fotos de niños teniendo sexo y barbaridades. Toño comentó de un tío que había sido agarrado follándose a las burras allá en su pueblo, una noche por otro tío, mismo que después resulto gay. Todos rieron aunque no había nada de gracioso en ninguna de las dos historias. Levanté el radio y jalé a

Ana Graciela muy discreto hacia otra área de la casa, un cuarto grande, sin ventanas, a espaldas de la cocina. Coloqué el radio encima de un bote de pintura y la invité a bailar. Parecía divertida, hizo una reverencia y me cogió la mano. Cuando terminó la canción, Ana Graciela fue al radio y buscó una estación, hasta que dio con algo a su gusto. Brincó sobre sus pies y comenzó a moverse sensualmente. Me acerqué a ella y nos movimos al ritmo de una cumbia muy sabrosa. En los comerciales me explicó un par de pasos, los cuales me salían mal y cuando esperábamos la próxima cumbia, nos salió una romántica. Ella levantó los hombros. Con todo respeto la enlacé por la cintura y comenzamos a bailar lentamente. Más que una escena de película, era una escena cómica. Dos figuras en uniformes llamativos, bailan en horas de trabajo una melodía romántica dentro de una casa vacía con un radio de baterías sin suficiente volumen.
Me gustaron sus cejas, sus labios. Escuchamos el grito de Doña Carmen, la llamó por su nombre. Nos detuvimos, sonrió, tomó el viejo radio y echó a correr graciosamente hacia donde los otros esperaban. La observé en cámara lenta y en definitiva llegué a la conclusión de que la chica tenía lo suyo. Pensé en pedirle su número de teléfono, en hacerle una cita, en invitarla a bailar más en forma… Una mujer cuando sabe bailar me vuelve loco, quizá en la otra vida, fui de una secta de bailadores, de una tribu de movedores del cuerpo. Me reuní con el grupo y seguimos platicando como por una hora más. Después nos despedimos. Yo le pedí su número a Gracielita. Al día siguiente nos vimos y la invité a comer. Volvimos a salir y a la semana después de eso, nos metimos a la cama; nos besamos, olimos y fue maravilloso. No duró mucho. Había un detalle, tenía un novio en Chicago, llegó un mes más tarde y ella hizo como que nada había pasado y yo no existía. Para decirlo en otras palabras, me borró del mapa. A veces así pasa.

10

Llegué a la base como todos los días, aunque esta vez no venía a trabajar, sino al juego de basquetbol entre los Canguros y los Leopardos, este último el equipo donde jugaba mi amigo Terry, el soldado inválido a quien había prometido asistir. Había dos filas, una para adquirir boletos y la otra para acceder al recinto. Regina y Terry me habían pasado a dejar dos boletos a la cabina durante la semana, aunque venía solo. Había pensado invitar a Toño, la verdad era que mi compañero de labor después de un rato me aburría y era un hombre muy básico. La cola resultó considerable. Familias enteras; padres, hijos, abuelos, nietos. Parejas, muchas de ellas. Soldados, chicas militares o relacionadas con ellas. Grupos de hombres en sillas de ruedas. Uno que otro periodista y un ambiente de fiesta. Me sentí un poco raro en mi papel de civil, de extranjero en medio de toda esa gente. Lugares 124 y 125 abajo. Los acomodadores me señalaron el

área de mis asientos. Casi al centro, entre las dos canastas, una buena vista sin duda. El lugar comenzó a llenarse. Dos gradas abajo aparecieron Regina y otras dos mujeres, llevaban la camiseta de los Leopardos. Cargaban matracas, trompetillas, banderines. Antes de tomar asiento, Regina giró la cabeza en redondo a sus espaldas y nuestros ojos se encontraron, sonreímos, nos saludamos discretamente. Me hizo una seña, la cual entendí, como nos vemos al rato y se sentó junto a sus amigas. Hacía por lo menos tres años que no estaba físicamente en una cancha, la última vez había sido para ver perder a los Celtics frente a NY estando en Las Vegas con cien dólares de apuesta. En Las Vegas hay apuestas para todo, si se trata de dinero, lo que sea. Una vez gané cincuenta dólares apostando a que un tipo se comía veinte hotdogs más que otros en menos de diez minutos. Junto a mí, se sentó un moreno con una gigantesca bolsa de palomitas, venía con sus dos hijos, también gorditos. Del otro lado un chamaco, con el asiento destinado a Toño de por medio, en donde puse mi chaqueta y mi bolsa de lona. Del túnel comenzaron a salir los jugadores en dos líneas. Se dejaron escuchar las porras, las matracas, los chiflidos, los hurras y el himno de los USA. El equipo de Terry vestía uniforme verde, los Canguros amarillo. En una de las pantallas vi a mi amigo en *Close Up*. Regina y un grupo de gente nos pusimos de pie y aplaudimos. De cuando en cuando, la gente se ponía de pie cuando su jugador familiar, o favorito salía en pantalla. Uno de los Canguros comenzó a girar su silla velozmente, de pronto la detuvo y la sostuvo casi en el aire en una sola llanta por cosa de un minuto. Aplaudimos. Uno de los Leopardos trato de hacer lo mismo, aunque se quedó corto, de todos modos le aplaudimos. Los jugadores comenzaron a aventarse la pelota uno a otro, a lazarse pases y a calentar; los del equipo contrario hicieron lo mismo en la parte de la cancha les correspondía defender. Mientras esto pasaba, las porristas comenzaron a levantar las piernas, mover el trasero y motivar a los espectadores con sus porras y coreografías sexys. Doce pimpollos en short y camisetas haciendo movimientos sensuales. ¡Buum Buum, va va vamos, ten ten! De todas, quien me fascinó fue una chica con el pelo negro, piel muy blanca y unos profundos ojos azules que lanzaban destellos a la concurrencia. Una fantasía de piernas, pechos y nalgas duras. Altas todas, de extremidades largas; si había un sueño americano todavía, debían ser aquellas muñecas. El novio de una de ellas estaba en la concurrencia, y comenzaron a lanzarse besos uno a otro; besos que los otros hombres intentaban atrapar aunque sin resultado, yo mismo me lancé sobre de uno, pero llegó a su destinatario metros atrás, un soldado de anteojos y mirada feliz, a leguas enamoradísimo de la linda porrista. Se escuchó un silbato y todo pareció silenciarse. Las bastoneras dieron la espalda al público y apareció el árbitro al centro.

Vinieron los dos capitanes del equipo en sus sillas y se colocaron brazo a brazo. El árbitro lanzó la pelota al aire dando inicio al partido. Eran jugadores agiles, de manos grandes y brazos fuertes –los cuales en realidad hacían todo el trabajo-. Terry ganó el balón y su equipo lo tuvo en un intercambio imperceptible, se aventaron el esférico un par de ocasiones más y avanzaron hacia el tablero contrincante. Terry y otro se quedaron al cuidado de la casa, mientras en un pase uno de sus compañeros encestaba la primera de veinte canastas. Comencé a interesarme. El otro equipo no era de aprendices tampoco, así que regresaron el tanto a sus contrincantes en algo como cuatro jugadas. Las porristas del equipo contrario brincaron en el aire y comenzaron a dar maromas, mientras eran aplaudidas por sus admiradores. Los Leopardos en un círculo intercambiaron información y se aprestaron para el ataque. Avanzaron primero lentamente, de pronto en un cambio de estrategia, aceleraron los pases y Terry anotó desde abajo del aro en una acción elegante. Todos nos levantamos y aplaudimos, Regina lanzó una hurra larguísima y arrastró la matraca en el aire. Terry levantó los brazos en alto y chocó las manos con sus compañeros de equipo. Ardió el caldero y comenzaron a jugar pero en serio. Balones rápidos, tiros certeros. Era la primera vez que asistía a un juego de basquetbol donde los jugadores se desplazasen sobre ruedas. La verdad es que estaba sorprendido viéndolos jugar y seguía los *close ups* en las pantallas, la manos queriéndose arrancar el balón, los rostros sudorosos de los jugadores y no podía pensar en otra cosa que en el coraje y el valor de aquellas personas. Me levanté a aplaudir cuando terminó el primer tiempo. Dejé mi chaqueta en la silla y me levanté con un montón de personas, algunos se dirigían al baño, otros como yo a comprar una soda o algo de comer. Escuché mi nombre, era Regina, quedamos de encontrarnos en el lobby. El chamaco me sopló su corneta en el oído y por unos minutos quedé sordo. Voltee a mirarle con ojos criminales, pero fue a refugiarse en brazos de su padre. Recordé que mi cartera estaba en la bolsa de la chaqueta; la extraje y la guardé dentro del bolsillo de mi pantalón. Pedí permiso y salí de la hilera. Bajé las gradas, descendí por un pasillo, unas escaleras y me encontré en el lobby. Regina estaba ahí esperándome, bebía un refresco de cola.

-¡Oye tú, que diferente te ves cuando no andas metido en el horrendo traje que les hacen ponerse!

-Gracias, gracias. Este es el verdadero yo.

-Claro… ¿Cómo ves al equipo de Terry?

-En definitiva son superiores a los otros...- dije como un experto- digo, se ve que tienen más concepto del juego en equipo.

-¿Lo crees? Pensé que a ustedes los latinos, no les gustaba nada, excepto por el futbol soccer.

Sonreí:
-Claro, el futbol es el rey de los deportes, pero tampoco somos tan cerrados. Especialmente en cuanto a deportes se refiere. Yo personalmente jugué básquetbol en la secundaria.
-¿De veras? …Que bueno que viniste. Le voy a decir a Terry.
- Creo ya me vio, sino dile que gracias por la invitación. Y en serio Regina, lo estoy disfrutando un montón.
-¿Lo de cocinarnos continua en pie, o ya cambiaste de opinión?
-Claro, continua en pie, hagamos un plan. Es más, dime cuando estaría bien para ustedes.
-Deja la pregunto a Terry, aunque no creo que haya problema. Sólo tiene cita con el terapista físico en algo como dos semanas. Su próximo juego, pierdan o ganen, no es sino hasta dentro de unos quince días.
-Van a ganar, van a ganar, ya verás.
-Se lo merecen, no sabes todo lo que han entrenado. A Terry se le ha metido en la cabeza, quiere el trofeo nacional en casa… y si todo sale bien, participar en los Olímpicos.
-Yo estoy con él, ese Terry sabe lo que quiere…-la mujer de mi amigo era una muñeca la verdad y no pude contener un juego de palabras, un ojazo a sus firmes senos.
-¿Viniste solo?
-Sí, el amigo al que invité no pudo venir a última hora.
-¿Y qué, no hay novia?
-No, no todavía, pero a ver si una de las bastoneras de los leopardos.
-¿Bastoneras? si como no, vaya a preguntarles… je je je.
-La chica del cabello negro y los ojos azules es guapísima.
- ¿Cuál? ¿Samantha?
-Samantha, ¿así se llama?
Me interesé:
-¿Es tu amiga?
-Pues así como mi íntima no, verdad, pero si, es mi amiga.
-Oye…. Y ¿no tendrás su teléfono de casualidad?
-Si claro, como no, y su dirección… ¿no quieres también sus medidas? Ja ja ja. Vaya que ustedes los hombres son cínicos.
-Caray, si me la presentaras sería de mucha ayuda.
-Un día de estos… ja ja.
-No te creas, estoy bromeando.
-Claro, claro- bebió de su lata y dijo- Me voy, nos vemos entonces en la semana.
-Váyanse pensando en algo, recuerden, no soy un chef titulado, quizá algún día, pero de que sé cómo se mezclan los ingredientes, eso sin duda.
-Comida mexicana, a Terry le vuelve loco, a mí también me gusta pero

no cuando es muy picante.
-Recuerdo eso… De acuerdo, mexicana será.
-Bueno, me voy, mis amigas están esperándome. Adiós.

Me formé en la cola de los refrescos. Pedí uno de limón. Cuando regresé a mi lugar mi chaqueta estaba doblada sobre mi asiento y en la silla destinada a Toño una mujer de unos cuarenta años, aunque de no mal ver, me esperaba con una gran sonrisa.
-Hola.
-Hola- dije tomando mi chaqueta y poniéndola sobre las piernas. Tomé asiento. Las bastoneras seguían moviendo el cuerpo, lanzando patadas al aire, bamboleando las tetas.
-Me llamo Candice- estiró la mano.
-Mucho gusto Candice- se la estreché y di un largo sorbo a mi soda sin quitarle los ojos de encima.
-Disculpa que haya tomado tu lugar, pero lo vi vacío y me dije; es un buen lugar, no creo le importe a…
-Sergio, me llamo Sergio.
-Encantada, Candice Slack.
-El gusto es mío-. Le eché un vistazo, era evidente, estaba ahí por mí, no por el lugar. La faldita; los tremendos muslos a la vista, una pierna cruzada sobre la otra en dirección a mí rodilla, el zapato alto sacado y sostenido apenas con los dedos, la blusa apretada, el movimiento estudiado de las manos. Sonreí. Era la típica cougar en plan de caza. A mi solían encantarme las cougars, debo confesarlo, hace años de eso. Tuve una novia, se llamaba Maritza, por lo menos diez años mayor que yo, eso fue en San Diego, me mudé a vivir a su departamento y toda la cosa. Otra fue Agnes, una sonorense a quien debo la vida, podría decirse. Las mujeres maduras son todo un capítulo aparte en la vida de muchos hombres, en la mía ni se diga.
-Te he visto platicar con Martina y con Regina, y me pregunté: ¿de que hablará con ellas?

Esta vez leí con más atención su cara. La cabroncita ya me había visto:
-Bueno, ambas son mis clientes, trabajo en la base y he hecho reparaciones en sus casas- me justifiqué.
-¿Reparaciones?
-Sí, reparaciones a domicilio. Fontanería, carpintería, jardinería, electricidad y otros.
-¿Trabajos a domicilio?
-Sí, claro, es parte de mi trabajo en la base.

El juego reinició con saque de los Canguros, pronto alcanzaron la cacha contraria. Hubo acarreo de pelota y el árbitro silbó dos veces. Terry tomó el balón, avanzó con dos pases hasta la cancha enemiga y lanzó desde una distancia considerable. La bola dio unas vueltas en el

aro y finalmente entró, arrancando a la concurrencia gritos de júbilo. Los Leopardos regresaron a la mitad de la cancha y se reagruparon.
-¿O sea que si te llamo, vendrías a mi casa?
-Sólo si el jefe lo considera necesario, y hay algo por reparar de emergencia.
-¿Tendría que ser una emergencia?
-Una emergencia casera por supuesto, algo que necesite ser remplazado o esté roto.
-¿Emergencia, eh?

Me veía con una cara de pícara increíble. Algo me estaba diciendo que yo no quería entender, o mejor dicho me estaba haciendo el desentendido. Le eché un segundo ojo. Buenas piernas en zapatos llamativos, tetas grandes en blusa cara. La señora debería de hacer algo de ejercicio, comer no tan mal y usar buenas cremas. Mi pene a través de mí, telepáticamente, le mando un mensaje, el cual ella entendió sin duda, sonreímos.
-Sí, es un trámite muy simple. Mi jefe debe enviarme al dar el servicio, llego a la casa y reparo o cambió lo que ya no funcione; el cliente firma una forma de satisfacción una vez hecho el trabajo y a mí me pagan.
-Entiendo, entiendo- Giró la cabeza como si buscara a alguien -Voy a llamar a ese jefe tuyo.
-Estoy para servirte Candice… a domicilio.
-Je je je. Que simpático eres Sergio.

Los Leopardos volvieron a anotar y la gente rugió poniéndose de pie. Automáticamente ambos nos levantamos con la multitud en su mayoría vestida de verde.
-Cuídate Sergio, y ya se me descompondrá la cerradura-. Me dijo Candice al oído -quizá en doble sentido- y pidiendo permiso para salir al pasillo, desapareció.

¿Qué había sido todo aquello? Me pregunté y sonreí a mis adentros; aquel coqueteo me había caído bien, subido la autoestima y el ego. Parece increíble que el ego sea tan importante para el espíritu, tanto como la suerte para seguir en la vida. El juego continuó con vaivenes entre uno y otro equipo, hasta el final. Los Leopardos lograron tres encestadas de corrido. En la primera Terry interceptó una bola y eso les dio la ventaja. Vinieron después dos tiros libres y un fuera de lugar que les permitió encestar un último punto antes del silbato final. Los Leopardos y todos nosotros sus fanáticos bricamos de gusto ante el resultado. Terry y el resto de su equipo celebraron con las manos en alto. El loco de las piruetas volvió a lograr dos giros de trecientos sesenta grados sobre una rueda. Habían jugado como campeones, por eso iban invictos. Aplausos, fotografías, la prensa, las bastoneras brincando hermosamente provocando la porra final, el

himno, la apoteosis del partido ganado, el pase a los nacionales. Las esposas de los jugadores bajaron a la cancha para recibirlos con besos y abrazos; se lo tenían bien ganado. Los jugadores del otro equipo vinieron en orden y estrecharon las manos con el equipo ganador y entre sí, más de uno intercambiaron camisetas. Vi a Regina y a Terry besarse, levantar el banderín del equipo, se veían felices. Intenté de llamar su atención pero fue inútil, de pronto se los tragó la muchedumbre. Salí con las otras personas al estacionamiento y me formé en la línea para abordar el camión de regreso a Albany.

11

Desperté en el carrito de golf de la empresa, vestido como si nada y toda la cosa. De hecho me despertó el frío de la mañana, estaba estacionado debajo de un árbol junto en la zona dónde se encontraba el lago artificial, medio escondido en unos arbustos. Las llaves estaban puestas. La primera impresión me desconcertó. ¿Qué hacía ahí a esa hora de la mañana? ¿Cómo había llegado hasta este lugar? Repasé los acontecimientos de la noche anterior. Me toqué el pene y me dolió, debajo de la camisa olía a sexo. La imagen de la gorda aquella montada sobre de mí y contra mi voluntad, golpeó mi mente. De hecho me dolían las muñecas y los tobillos. Me levanté el pantalón, aún se veía la marca de la cadena, poco debajo de las espinillas, en una de marcas tenía sangre. Recordé todo… algo quizá. ¿Qué debería hacer? ¿Denunciarla? Deduje que era inútil. Todo estaba en mi contra. Yo un latino sin influencias, ella la esposa de un militar de alto rango, amigo del general jefe de la base. Lugar del incidente, dentro de su casa y dentro de la jurisdicción de la policía militar... Maldije la hora en que había atendido la llamada de la gorda violadora aquella… Lo que más me molestaba, era el hecho de haber servido como consolador humano. Se había montado en mí después del puño de viagra en mi boca. Me había utilizado como su juguete. Recordé los toys y me toqué el recto alarmado, no me dolía, eso era buena señal. Salí del carro y me agarré el trasero en más detalle; normal y sin dolor. Al menos todo el daño había sido por enfrente, de acuerdo a los expertos de West Point era muy importante cuidar la retaguardia. Me amarré las botas y subí al carro; me sentí de mal humor. En el carrito regresé a la cabina, me di un baño y me vestí con ropa interior limpia. Me sentía golpeado, maltratado, abusado, violado pues. “Por maldito ingenuo”, me dije. Pensé en los esclavos y en los rehenes; gente mal tratada, a latigazos, a golpes e insultos, a desprecio. Me tiré en la alfombra. Cerré los ojos, traté de relajarme y casi inmediatamente comencé a dormir.

Estoy en el desierto, sobre un cactus muy grande, vigilante, quizá soy un pájaro aunque es algo que no puedo ver. Mis ojos cubren 180 grados, veo los cactus particulares de este desierto; los Saguaros. Estos son

entonces un ejército de hombres momificados y en silencio. Otra cosa extraña, no hay sol arriba, ni nubes, no hay nada, sólo un cielo rojo sangre. Arena en forma de remolinos y el silencio, petrificado, mortal.

Desperté inquieto por el sueño aquel y por el hecho de estar ofendido por la violación de la que había sido objeto. Traté de imaginar la cara de los cabrones abogados cuando les dijera que acusaba de violación a la esposa de un héroe nacional con tres estrellas. No sólo se reirían de mí, sino capaces eran de voltearme la jugada, y a la cárcel por violación a tamaño mastodonte; por lo menos de cinco a diez años de purga sin apelación. Ser mexicano en los USA está cabrón.

Me puse un poco de crema en mi maltratada verga. Con las pelotas al aire hice desayuno, lavé los trastes, limpié un poco por aquí y por allá. No sabía mucho de cicatrización en esa área del cuerpo, pero de menos dos semanas sin sexo, deduje. Regresé mis calzoncillos a su lugar y me puse los pantalones, me calcé los zapatos. Evitaría caminar mucho, me haría el enfermo un par de días y aprovecharía para reposar. Encendí la televisión. Esperaría a Toño, aunque no le contaría ni una sola palabra, sobre todo por chismoso y comunicativo. Le pediría de favor me cubriese por lo menos tres días, me debía al menos un par de favores el muy cabrón y pues ahora era yo quien se sentía indispuesto. Chequé mis mensajes en el teléfono, había uno del manager, otro de la señora Roobins y uno más de Martina. ¿Le contaría a Martina? Hablé por teléfono a la casera, me había llamado diciendo que tigrillo se había quedado encerrado en mi cuarto y lloraba. Le pedí de favor le aventara una rebanada de jamón por debajo de la puerta. Toño llegó tarde, venía comiéndose unos cacahuates enchilados. Toño era dueño de un viejo Tercel, el cual a cada determinada distancia o tiempo, pedía detenerse para tomarse un respiro, o exigir agua. Se calentaba peor que una olla exprés, no había reparación alguna para la carcacha; estaba viejo y punto, sobre trabajado. Toño había pagado demasiado, era lo que se dice en inglés, un lemon; de buena carrocería, buena suspensión y un tocadiscos despampanante. En ocasiones al final de la jornada, Toño lo lavaba, lo pulía y se sentía un hombre realizado. Su araña, como le decía de cariño, representaba para el ahorros, comodidad, estatus. El momento íntimo en el cual Toño subía a todo volumen su canción favorita y se realizaba su sueño americano sobre la interestatal de camino a Albany. El auto, con el cual conquistaría a la madre de sus hijos y se iría de luna de miel; aunque aventara pelotas de humo negro. La araña se había parado tres veces y requerido aceite y agua, me dijo. No hice ningún comentario, era por demás. Toño estaba enamorado del condenado carro viejo y lo usaba como una manda; como los que se casan con una mujer gruñona. Cuando le sugerí lo vendiera por

cualquier suma de dinero, se ofendió. Apenas estuvo en su uniforme, le pregunté que de donde había sacado la caja de la televisión para cien canales. Sonrió como quien se dice más listo de todos. Lilith, una de las ancianas vecinas, se la había regalado con todo y la suscripción por dos años. Rehíce en mi mente la imagen de la viejecita de cabeza blanca que a veces nos traía pasta o pollo recalentado.
-¿Entonces ella se quedó sin televisión?
-No, agarró una oferta de dos por uno. No sé si dos son las cajas o las suscripciones. Pero de cualquier forma.
-Cool.
-Si quieres, un domingo venimos a ver el partido con unas frías a puerta cerrada.
-OK, me gusta la idea.
-Además, tengo tres canales extras de telenovelas y como cinco de películas, incluido uno de porno.
-No pues de lujo- dije para no desanimarlo; a mí la verdad me importaban un verdadero pepino los cien canales y el porno. –Puse mi mano en su espalda. -Toño, quería pedirte un favor bro.
Volteó a verme y se agarró la barbilla:
-¿Si?

-Necesito un favor.

-¿Yo te debo dos favores, no?
- Si, pero no es por cobrar el favor, ni nada por el estilo… ayer me golpee

la rodilla y necesito descansar, creo que se me infectó.

-¿En serio? Mala onda bro. ¿Cuántos días?
-Desde mañana.
-Es martes ¿verdad? O sea no vendrías tampoco miércoles, jueves y viernes.
-Exacto, estaría al pie del cañón el lunes próximo. Si quieres toda esa semana, si no hay muchas llamadas claro, te cubro y tú aprovechas para ver novelas y pendejadas.
-No insultes, no insultes.
-¿Entonces?
-Va.

Fui por mi mochila. Me vio caminar medio jorobado y medio arrastrando la pierna. El dolor era en los genitales y caminado así era la única forma de evitar la fricción con el pantalón. Aún me sentía molesto con mi agresora.

-¿Te duele?
-No tienes idea, es la rodilla.
- Recupérate, yo también se hacer favores. Si viene Joel le diré que estás de misión en alguna de las casas, o que llevaste a uno de los viejos de compras.

-Chingón.
-Pero con este favor te pago los dos que te debo.
-OK, dos por uno. Te lo agradezco un montón compadre. Te veo la próxima semana.

Nos despedimos y salí lentamente de la base y arrastrándome llegué a mi casa. Gorda abusiva. Me sentía mal, eran chingaderas. Lo que me seguía preguntando era: ¿cómo había transportado el carrito de golf sin ser vista a través de la calle Paton? ¿Cómo me había puesto la ropa? De pronto se me ocurrió que la violadora a lo mejor tenía ayuda de alguien. Cuando llegué a mi casa, supe que había completado una hazaña. Entre por la puerta del jardín, me tiré en la cama y dormí como doce horas continuas; mismas en que mi abuela aprovechó para enviarme un mensaje en forma de sueños, a veces difíciles de descifrar.

12

Atendí finalmente al llamado de Candice, ya la había hecho sufrir lo suficiente con dos plantones. Como los primeros días no puse atención a sus recados en el teléfono de la oficina, comenzó a llamar a mi jefe hasta que este nos envió un ultimátum. Mandé incluso al Toño en mi lugar, pero se había aferrado y lo envió de regreso con palabrotas, y cuando una mujer se aferra no hay poder humano la haga cambiar de parecer. Finalmente llegué a su casa, venía preparado, sabía que la supuesta llave rota del agua era falsa, así que ni me molesté en bajar la caja de herramienta, pero sí condones. La herramienta iba a ser yo, bueno, un ápice de mí para ser más exactos. La tal Candice no estaba del todo mal, con sus añitos encima claro, pero hacia natación, una hora diaria de ejercicio en el gimnasio y meditación, después supe. Su marido era un mayor con medalla al valor, aunque eyaculador prematuro, a quien periódicamente engañaba. Esta última información la supe por la boca de Martina, ambas habían coincidido en al menos dos bases. En la primera ocasión habían sido vecinas de una casa a otra, así que se conocían de algo y más. Según Martina, escogía hombres que no representaran problemas; solteros inexpertos, viudos, empleados domésticos, tipos no muy listos. Encontré la puerta emparejada y entré a la casa. Estaban las cortinas cerradas, no había luz eléctrica, pero si unas veinte velas en todas partes, distribuidas estratégicamente, flores regadas en el piso, en el ambiente un olor a incienso de lavanda. Llevaba apenas una batita transparente, unos zapatos altos azules de tacón delgadísimo y el pelo suelto. Me recibió con un largo beso húmedo y me desnudó lentamente. Me dejé hacer, mientras le tocaba los pezones y le daba nalgadas. Rodamos sobre las flores. Cuando me despojó del pantalón, besó mi abdomen, mi pelvis y se metió mi miembro en la boca más rápido de lo que esperaba. Así estuvimos. De

pronto me puse de pie, la levanté en vilo de los cabellos y la arrojé sobre el respaldo del sillón y procedí a penetrarla de espaldas. De un sólo empujón se la metí y lanzó un grito de dolor, el cual poco a poco resultó de placer conforme lubricamos. Empujones fuertes y profundos al entrar, movimientos lentos al salir. Le subí la pierna sobre el respaldo y le di un fuerte empujón circular, volteó a verme con ternura y se mordió los labios, tenía las uñas clavadas en el sillón. Se la dejé adentro y comencé a besarle la espalda, le pasé la lengua por los oídos, los hombros, le sobé las tetas. Cambiamos de posición y de ritmo, esta vez me moví a un ritmo rápido, empezó a jadear y sentí como su vagina se cerraba sobre la cabeza de mi pene, vi sus ojos extasiados, lanzó un grito y descansó la cabeza sobre sus brazos. Me detuve. Le di otra vuelta, me sobraba un poco más de gasolina, por lo tanto la tumbé sobre la cama de flores y sus piernas quedaron recargadas sobre mis hombros. Ella me ayudó guiando mi pene hacia su vagina. Esta segunda embestida empezó lenta, tan lenta como un blues lento. Me rasguñó la espalda… Lo que sigue de aquí son tres o cuatro posiciones sexuales aprobadas por el Kama Sutra; gritos, saliva y sudor, besos claro, muchos besos, caricias todas y onomatopeyas ininteligibles en nuestros lenguajes. Dos horas y media más tarde nos mirábamos a los ojos tendidos uno al lado del otro. Candice pareció revelar su verdadera edad y su ser.
-It was amazing! – me dijo con sus ojitos llenos de lágrimas de placer. Me vine cuatro veces, en mi vida había sentido tan sabroso. Me besó y dijo: ¿Cómo te llamas? Perdón, olvidé tu nombre.
-Sergio, el mago.
-Nice.

Como siempre, una vez pasada la llamarada del deseo, éramos dos extraños. Ella la esposa de un militar activo del ejército de los USA y yo un mexicanito con cara de pene y güevos grandes.
-Well… I think you have to go.

Entendí, me puse de pie, me vestí y caminé rumbo a la puerta. Me sentí como una puta a quien le han aventado un puñado de billetes en la cara. Lo más triste, es que no era sino una forma de trabajo con su firma. Vil y puro chantaje por haberme visto platicar con Martina y con Regina. Tomé mi teléfono discretamente de donde lo había dejado, le puse play y vi un poco de lo que había grabado, la secuencia de los hechos.
-Bueno, ahora soy yo quien tiene esto –se lo mostré- estamos pagados.
-Pero… ¿qué?- Puso cara de asombro, por supuesto no se lo esperaba, tomó asiento en la cama cubriéndose los senos con la sábana y pareció muda; ahora en papel de víctima.

Me amarré las agujetas de los zapatos y me acomodé el cabello en el espejo. Volteé a verla con desprecio; golfa, ni un vaso de agua me

había invitado, claro era, se le había caído el teatrito, pensé y dije antes de irme:
-I am not your toy anymore. A mano, no más llamadas… estamos pagados... ¿Cómo te llamas?- dije y le cerré un ojo dirigiéndome a la puerta de salida. –Debut y despedida reina, que dios te bendiga- le grité en español y azoté la puerta. En buena onda lo que sea, por la fuerza ni salmón.

13

Como habíamos acordado previamente me presenté a donde el capitán Thomas para vaciar la segunda parte del garaje. Aparté lo que iba a quedarme; una lámpara de base, un mini refrigerador y una máquina de masaje. “Cuando no se tiene quien te de un masaje, pues ya de perdida una máquina”, recuerdo pensar; se veía casi nueva y funcionaba, todo funcionaba. Volvimos a beber cervezas y a comer piza recalentada. Al parecer el capitán tenía por costumbre ordenar piza por teléfono todos los sábados y el domingo recalentarla. Me explicó:
-Cuando uno llega a viejo decide quedarse con ciertas manías… A cierta edad es difícil hacerse de nuevas costumbres, ya lo veras tú mismo.

Cuando estábamos por terminar la segunda cerveza, llegó un viejo, caminaba ayudado por un bastón. Era un ex teniente, habían estado juntos en la primera guerra de Irak y era un cascarrabias. Llegó manejando una vieja pick up con la base oxidada la cual apenas se sostenía, una carcacha humeante. Se estacionó en el driveway. El soldado descendió de ella aventando escupitajos. Traía consigo cinco litros de aceite del número cuarenta, ocho bujías, platinos, condensador, y filtros de gasolina y aceite. Además, una batería nueva.
-Hey motherfuckers, what´s up!- nos gritó. –Denme una mano.

El capitán se puso de pie lentamente, caminó a recibir a su contemporáneo y se abrazaron.
-En la cajuela- me dijo a mí enfatizando con el pulgar; en mi calidad de empleado.

Fui a la camioneta, traía placas de Florida de dos años atrás, seguramente el viejo la usaba sólo dentro de los perímetros de la base. Eran dos cajas y la batería. Hice dos viajes.

El cascarrabias era sabelotodo. Al principio quería dirigirme, pero pronto se dio cuenta; el experto en carros era yo, y además no era muy dado a escuchar necedades. Se quejó del clima, de los precios de las cervezas en el supermercado, de los adolescentes que salían de la cancha de basquetbol en sus patinetas, de las chicas casi niñas que se tostaban en unos mini bikini en el área de la alberca y de cómo no habría aumento a la mugrosa pensión que recibía. Pero sobre todo, de

cómo las minorías raciales estaban tomando el control de América. Me dejaron hacer lo mío y fueron a sentarse bajo uno de los parasoles recuperados de la cochera; el otro ya estaba en la basura.

Remplacé las bujías viejas por las nuevas. Limpié lo base del platino y los inyectores del carburador. Cambié la vieja batería y limpié los cables del arranque. Todo el proceso me llevó algo como una hora cuarenta minutos, en los que el capitán y el gruñón de su amigo estuvieron recordando buenos tiempos rociando agentes químicos y torturando sospechosos. De sus correrías con prostitutas, soldadas y detenidas. Me metí abajo del carro con un recipiente para sacar el aceite viejo y remplazarlo por el nuevo. Con un desarmador di vuelta al tornillo debajo del cárter y el viejo aceite con olor a quemado comenzó a caer primero lentamente y después más fluido. Me acosté en el piso cuan largo era, a esperar a que el motor se vaciara. Eché un vistazo, el maldito Cadillac hasta por debajo del chasis lucía impecable, y si no fuera por el polvo y el aceite viejo, podría decirse, estaba recién salido de la agencia. El gruñón algo había hecho para la CIA, un trabajo de logística. Comenzó a jactarse de cosas que poca gente haría. Cortarle los dedos a otro ser humano, colgarlo de los testículos con sadismo, o arrancarle los dietes con pinzas de mecánico. Ninguno de los dos era ningún abuelito a quien debiera uno abrirle la puerta del consultorio con ternura; par de gandules. Yo los escuchaba desde abajo del auto, donde por un momento cerré los ojos. Mis oídos también se aislaron… De pronto me levantaba del piso con el Cadillac entre los brazos, lo sostenía en lo alto, donde le daba dos giros y lo lanzaba contra la cochera, la cual se hacía pedazos con un gran estruendo. Daba de patadas a los viejos cabrones, destrozaba las sillas y el parasol… Volví a escuchar sonidos. Abrí los ojos, vi el motor de ocho cilindros sobre mi cara; continuaba acostado abajo del auto. Sonreí a mis adentros. Algo le estaba pasando a mi imaginación, a últimas fechas me veía a mí mismo en sueños o en momentos como este, haciendo cosas increíbles. Cosas tan reales y claras que me parecían vividas en un tiempo pretérito, o en otra vida. Esperé hasta la última gota de aceite y volví el tornillo y el empaque a su lugar. Agregué gasolina manualmente al carburador. Puse la llave en el encendido y le di marcha, se atoró un poco, pero al tercer intento lo logró, arrojando volutas de humo por el escape. Pisé varias veces el pedal del acelerador, bombeando. El viejo carro ronroneó unos instantes y después poco a poco el ritmo de su motor fue regularizándose. El capitán brincó de gusto como un chiquillo y palmeó la espalda de su amigo, cuándo escuchó su auto andar, rugir. El par de vejetes volvieron a ser dos chamacos jugando a las manitas calientes, en pieles arrugadas. Sabelotodo torturador dijo que al motor le sonaban las válvulas. Quizá era verdad, aunque no di importancia a

su comentario. En lo concerniente a mí, el trabajo estaba hecho, el motor funcionaba. Lo más desagradable del tipo era su tono de voz, su despotismo evidente. Pero bueno, se aprende, con los soldados, a veces es mejor hacerse el tonto, el despistado y sonreírles; están educados para ser mierdas.
-¿Listos para una vuelta?- dije a ambos.
-Yes sir.
–Vayan, les espero bebiéndome una cerveza, creo la merezco. Empujé al capitán Thomas dentro del vehículo.
-Por supuesto, por supuesto- dijo fascinado agarrado el volante. Cerró la puerta del auto sonriendo. Sacó la cabeza un poco por la ventanilla y me preguntó: -¿Seguro no quieres venir?
-No, no, vayan ustedes. Finalmente yo tengo mi propio Cadillac estacionado allá mismo- señalé el carro de golf adaptado para acarrear nuestras herramientas de trabajo dentro de la base.

Sabelotodo ex torturador tomó el asiento del copiloto.
-Tú te lo pierdes muchacho.
El Cadillac salió en reversa y elegantemente desapareció en la calle.
Fui a la mesa debajo de la sombrilla, tomé una cerveza del refrigerador portátil y me senté en una de las cuatro sillas del conjunto. Me limpié el sudor. La lámpara, con la que había decidido quedarme, estaba en muy buenas condiciones, y ya sabía el lugar que ocuparía en mi cuarto en la casa de los gatos; junto a la silla fuera del baño. Detrás de la puerta, pondría el pequeño refrigerador y ahí guardaría cervezas para cuando Martina me visitase. Giré la vista hacia la cochera vacía, había sido bastante trabajo, aunque me consoló la idea de los sesenta dólares en el bolsillo. Lo de la mecánica lo había hecho por gusto. Por un momento me sentí en paz conmigo mismo, en definitiva la suerte estaba regresando por su caudal. Pensé otra vez en Martina, la invitaría a pasar conmigo el fin de semana. Sonreía a mis adentros: la suerte que es todo en la vida. La suerte de no haber muerto, la de no estar loco, o lisiado, o prisionero. Pero también la del dinero, la de las mujeres, la de la salud, la del buen humor, la de la buena comida. “Puede nacerse rico, pero si se tiene mala suerte se pierde todo; o puede serse muy pobre, pero si se tiene suerte, todo es posible”- palabras de Pedro. En ciudades como Las Vegas todo depende de ese factor. Me había tocado ver tipos un día en limousine y al otro, parados en la calle pidiendo para un café. Empiné la botella. Martina me sonrió una vez más, terminábamos de hacer el amor. Finalmente el cambio no había sido tan malo, ni el trabajo en la base, me congratulé a mí mismo, en definitiva me consideraba un tipo con suerte… Quizá no la suerte grande del que se gana el millón de dólares en la primera jugada sin saber siquiera como se lanzan los dados, pero si la suerte de quien puede mantenerse jugando sin tener

que dejar la ropa interior, o peor aún, el orgullo en prenda. Terminé mi cerveza cuando el Cadillac volvió a aparecer. Los dos vejetes venían riéndose, el carro funcionaba a la perfección y yo era un genio en opinión de ambos. No habían podido salir de la base; placas y licencia vencidas. Me limpié la grasa de las manos con gasolina. Preparé mis cosas y me acerqué al capitán Thomas, para pedirle mi justa remuneración después del trabajo cumplido.
-Ok. Bueno pues, hasta la vista señores, capitán, teniente, me voy, mi camión está por salir- me despedí de mano, apurado, como si tuviera prisa.
El capitán se puso de pie, me empujó hasta la calle, se buscó dentro de la bolsa de la camisola y me extendió un sobre doblado conteniendo mi dinero. Miré adentro, discreto, lo acordado, tres billetes de veinte dólares y algo extra.
-Muchacho, gracias por lo del auto, aquí entre nos, pensé enviarlo a la chatarra.
-Pero como, si es un hermoso carro, su hijo se va a poner feliz en cuanto lo vea.
-Lo sé, lo sé… en estos días tramitaré las nuevas placas.
-Buena idea.
-Entonces vendrás por una vuelta, ¿verdad? ¿Tienes licencia?
-Sí, de Nevada y está vigente claro.
-No se hable más. No creo que te van a dejar subir al autobús con esa lámpara y el refrigerador tal, inmediatamente el nuevo auto tenga placas te llevaré a tu casa con las cosas que te pertenecen.
-Es un trato- dije y caminé hacia mi Cadillac, por lo menos el que manejaba en esa zona.
Abordé mi carrito y fui a la cabina. Lo del camión era falso, el próximo no pasaba sino hasta dentro de dos horas, la verdad es que el torturador aquel me había caído mal y no creí prudente sentarme a escuchar sus estupideces, vamos, hasta para nosotros quienes siempre tenemos que andar sonriendo hay un límite. Al menos el capitán Thomas tenía vergüenza de lo que había hecho, lo había escuchado en su voz. Me despojé del uniforme y en calzoncillo me senté frente a la televisión de Toño. Por supuesto la puerta estaba cerrada y las cortinas. Con el control di la vuelta a los cien canales a nuestra disposición gracias a un cable “puenteado” de una de las casas y no encontré nada más que banalidades. A mí en lo personal me importa un pepino los chismes de los famosos, las cuentas bancarias de la realeza británica, o los reality shows que no son sino vulgares realidades diminutas para estúpidos. Opté por una vieja película de vaqueros que pronto me aburrió y opté por un canal de videos musicales. Me puse de pie y fui al escondite donde guardábamos la botellita de ron que no faltaba. Ya fuera Toño quien la trajera o yo,

dado que a ambos siempre a final de la jornada se nos antojaba un traguito. Me serví en un vaso; teníamos tres, dos bajos y uno para jaibol. Regresé a mi lugar en la televisión, cuando tocaron a la puerta. ¿Qué hacer? Podía nada más no abrir, técnicamente era domingo y ese día no se trabajaba; no era mi obligación responder. Volvieron a tocar, esta vez con más insistencia. Quizá era el capitán para una última cosa, o Martina que me había visto en el área, aunque eso era una estupidez -pero a veces los enamorados cometemos estupidecesrecapacité. Desee lo segundo con todo mi corazón. Nada de eso. Era una vecina, se le había caído un apagador y lo traía en la mano. No pareció sorprendida al verme sólo en calzoncillos, pero a mí sí me entró pena, así que medio cerré la puerta:
-¡Sorry, sorry!- dije y corrí a ponerme los pantalones.
Entró detrás de mí, cerró la puerta a sus espaldas y me miró como una mujer deseosa.
-Hola, soy Jaire.
-Mucho gusto.
Nací con la buena gracia de saber leer a las mujeres. Por supuesto hay mujeres difíciles, otras más complicadas, pero casi siempre entiendo sus mensajes; los pequeños enigmas escondidos, o quien sabe que carajos. ¿No es un don? No estoy diciendo que es sólo algo relacionado con bajarles las pantaletas a las damas, sino va más allá. Es digamos, un tipo de conexión sensorial. Por supuesto en mi vida han existido un montón de mujeres con las cuales no he dormido jamás; amigas, algunas primas, tías, compañeras de trabajo, vecinas. Y mi abuela, la mejor de todas las mujeres… Cabía la posibilidad y yo hubiese sido una mujer en la otra vida, como Patricia había insinuado alguna vez con el afán de joder.
La mujer aquella me miraba de arriba abajo. “Jaire”, la reconocí, era una de las vecinas; una chica asiática bajita pero de proporciones perfectas, lo que se dice en el argot masculino, una galletita con mensaje adentro. No entendí cuál era la reparación. Algo era claro, había captado algo entre Candice y un servidor; algo íntimo, a través de la ventana de su cocina creo, eran vecinas. Además, me había visto hablar
confidentemente con ella en el partido de los minusválidos y había atado cabos, según ella… No entendía si buscaba plata por su silencio, o algo a cambio. Su inglés tampoco era perfecto como supondrán. Mientras me ajustaba el pantalón y me subía el cierre, dio algunas vueltas alrededor de mí, como si me evaluara. Esto me permitió verla, no estaba mal, aquel pantalón de yoga untado al cuerpo le hacía verse sexy. Noté algo, no llevaba ropa interior, tampoco sostén sobre la blusa azul con tres botones desabrochados. Recordaba a las asiáticas como ardientes, aunque frágiles. Sería la tercera excepción en mi lista.

Di un paso al frente y le cerré el paso, ya en plan de hombre. Corrí el seguro y todo sucedió a puerta cerrada.

14

Cuando supo estaba enfermo, ni tarda ni perezosa Martina apareció en la casa de los gatos. Traía flores, chocolates, una botella de vino, panecillos y besos todos. Ante su insistencia de hacer el amor y mi negativa, hube de contarle todo lo que había pasado. Me escuchó con ojos abiertos por el asombro. Se molestó muchísimo, se levantó y le dio tres vueltas al cuarto. Se sentía ofendida por mí. Amenazó con denunciar a la gorda Vanesa a la PM, con el general y contarle. Le dije que yo también lo había pensado, y que todas las veces había llegado a la misma conclusión: era inútil, quizá hasta peligroso. La jalé hacia mí, me abrazó. Le hice jurar no hacer nada. La tranquilicé; agradecía el seguir con vida, el continuar virgen de mi ano. Me miró de frente. En un arranque de molestia volvió a ponerse de pie y me echó en cara cierta cooperación en el numerito de la gorda. Se equivocaba, le dije. A este punto, el ofendido fui yo, y la mandé al carajo en mi acentuado inglés, a final de cuentas no tenía por qué rendirle explicaciones a nadie y menos a ella, la decisión de no decir nada, estaba tomada. Se sentó nuevamente y pidió disculpas. Me levantó la camisa del pijama y vio a mi pobre pene irritado y adolorido. Aceptó, unos días sin sexo no nos caerían mal y sonrió. Me besó primero la frente como a un niño y después la boca. Nos disculpamos. Le conté de mis días off en la chamba y propuso un viaje a Atlanta. Acepté, pero necesitaba por lo menos dos días en cama… solo. A regañadientes agarró la onda y se ofreció a llevarme libros de la biblioteca pública. Le pedí que antes de irse subiera a dejarle la caja de chocolates a mi casera, quien por su parte había prometido hacerme sopa de pollo, creyendo un padecimiento estomacal y fiebre.

-¿Y si me pregunta quién soy?

-Nada, una amiga del trabajo. Además sabe de ti, creo nos escuchó o algo, tuve que decirle existías, como compañera de trabajo claro.

-¿Y si me interroga o me hace preguntas?

-No, no es su estilo. Además esta medio sorda, medio ciega y olvida cosas.

-Ok, subiré los chocolates. Le diré que tienes diarrea y fiebre. Mañana te traigo los libros, ¿alguna preferencia?

-Sí, excepto libros románticos o de autoayuda.

-Ya está. Entonces prepárate porque el fin de semana nos vamos de paseo-. Volvió a levantar la camisa del pijama y le dijo a mi pene –Que se alivie señor, cuídese, adiós-. Le mandó un besito de aire.

-Gracias, gracias- dije yo- te manda besos también.

Martina sonrió, me dio un ardiente beso de despedida en la boca y casi rompe mi voto de castidad.

En esos días de lectura, meditación y sopa de pollo recargué pilas, dormí mucho y reflexioné bastante. Pensé incluso en cortar con Martina pues lo que hacíamos no era correcto y para un tercero injusto; el marido luchando en la guerra, mientras me aprovechaba de la soledad de la esposa, de la distancia entre ambos. Por los tres días que estuve en mi cuarto a puerta cerrada y con las pelotas al aire, no la vi, pero la extrañé… fue cuando supe, aquello era una mala señal. El viernes pasada la hora de la comida, llegó la susodicha por la puerta de enfrente, con pastel para la señora, comida gourmet para los gatos y una camisa nueva para mí. Su desbordante energía se sintió en toda la casa y hasta Tigrillo que es bastante apático, corrió escaleras arriba a recibirla. Platicó un momento con mi casera, escuché el taconeo de sus botas sobre el piso de madera y después apareció en mi cuarto. Cerré el libro que me encontraba leyendo, levanté la vista, se veía despampanante. Me sonrió y literalmente se lanzó sobre la cama. Nos dimos besos, nos acariciamos, y a pesar de estar casi del todo recuperado, como no quería arriesgarme, le pedí que esperáramos un poco, quizá un día más.
Resignada se puso de pie y me conminó a hacer lo mismo. Preparé una maleta pequeña, me vestí con calzones grandes y pantalones holgados, nos despedimos de mi casera y salimos tan felices como dos chiquillos. Abrió el portaequipajes del Mustang, acomodé mi maleta junto a la suya.
-¿Joder, pues qué tanto llevas?- solté jovial.
-Sólo lo necesario. ¿Qué tal si en el hotel hay donde nadar? ¿Y qué tal si vamos a bailar?
-Ok, Ok… ves, esa es otra cosa que nos diferencia de ustedes las mujeres.
-Yo diría, no es que somos diferentes, pero si más precavidas.
Martina tomó el asiento del piloto y salimos de Albany ya entrada la noche, hablamos de mil cosas, reímos y hasta entonamos un par de canciones. Paramos a cenar en un restaurante de camioneros, el cual resultó bastante bueno; devoré un filete con ensalada y papas, todo me supo a gloria después de la dieta de sopitas desabridas. Martina bebió una cerveza y yo una coca cola grande, acordamos que esta vez manejaría yo para no dejarle todo el trabajo. Pagué, salimos y miramos la luna llena y las estrellas por varios minutos, Martina sabía los nombres de algunas de ellas. Abrazados, mejilla con mejilla vimos pasar un cometa y se nos erizó la piel, no dijimos nada pero ambos lo supimos: aquello era un augurio. Ajusté el asiento del chofer a mis necesidades y regresamos al highway. Le conté como había aprendido a manejar, desde muy chamaco, pues mi padre me había encargado a la abuela y relegado ciertas cosas; como llevarla a la iglesia, al panteón a visitar al abuelo, a las compras, aquí y allá todo en una

camioneta vieja asignada para el uso de la casa. Finalmente en la última parte del viaje, Martina se quedó dormida. En un punto mis manos sobre el volante, la cara de Martina sobre el respaldo y todo el paisaje, se cubrieron de una luz anaranjada. Cerca de Atlanta, el sol estaba en el horizonte y me moría por un café. Me detuve en una gasolinera, aproveché para llenar el tanque y comprar dos cafés con leche. Cuando regresé, el hombre del servicio limpiaba los cristales, me dijo que ya había checado el aire a las llantas; todas estaban bien. Le di dos dólares y monedas de propina. Entré al auto, miré a Martina, dormía plácidamente y no despertó hasta que le puse el vaso de café cerca de la nariz; sonrió. Era la mejor forma de darle la bienvenida al día: sonriendo. Se acomodó en el asiento y tomó el café entre las manos, me preguntó dónde estábamos y como cuantas horas había dormido. Puse el vehículo en funcionamiento y lo alejé de las bombas varios metros, hicimos planes. Guardaríamos el auto en un garaje seguro, Martina no quería arriesgarse a que lo reconocieran. Intentó darme explicaciones en torno a la importancia del carro para el esposo y todos los etcéteras. La paré en seco, estaba de acuerdo en guardar el auto, y en no tomar el riesgo de que lo robaran, era una joya. Pero más importante aún, no deseaba meterla en problemas.
Volvimos a cambiar de lugares, me besó en la boca y nos pusimos en movimiento. Nos acercamos a Downtown, nos detuvimos en un hotelito de media categoría y ahí nos dijeron de un garaje, funcionaba las 24 horas del día y era seguro. Ya sin auto y libre de responsabilidades, pasamos el resto de la mañana caminando por la ciudad. Mirando esquinas, subiendo escaleras, cruzando calles, mirando grafitis, nombres de calles, deteniéndonos a contemplar fachadas, vitrinas, besándonos. Nos detuvimos en un aparador, vimos un lindo vestido y acordamos se le vería bonito. Comimos en un restaurante italiano, ella pidió camarones empanizados y sopa de papa. Yo comí pasta y sopa de tomate. Me contó de su padre, había sido soldado de oficina por cuarenta años. De sus hermanos, uno era policía de azul y vivía en California; era tan gordo como su esposa y los dos sobrinos. El segundo hermano, había terminado de guardaespaldas de un político, era abusivo y maltrataba a la esposa e hijos, como él mismo había sido abusado por el padre de ellos.
-Mi padre la traía contra él, por cualquier cosa lo sancionaba, quizá por rebelde… Mejor dicho, lo golpeaba, hasta que un día las cosas cambiaron y él empezó a abusar de mí ya viejo padre. En mi familia hubo mucho abuso, sobretodo verbal, pero de vez en cuando, también físico.
-¿Y ambos hermanos terminaron como policías?
-Más o menos, sí.
-Curioso, ¿qué no?

Martina me miró con aquel puchero que hacia tan bien y hablé de mí:
-En mi caso fue diferente… bueno, no puedo negar a una madre católica y lo que eso implica; represora, moralina y poco condescendiente.
-¿Cómo era tu padre?
-Estoy orgulloso de mi padre. Con él hablaba, con mi madre discutía. Ella llegó a agredirnos, a golpearnos claro. Por mucho tiempo dejé de hablarle, sobre todo el principio de su enfermedad… pero poco después la perdoné. Uno tiene que perdonar a sus padres para estar en paz con uno mismo, ¿no crees?
-Sí, tienes razón.
-Mi padre era ateo, pensaba que el gobierno no era sino una partida de ladrones oficiales asociados. No creía en el estado, ni en los policías mexicanos. Lo más importante, era un hombre que sugería y no regañaba; dejaba a uno ser.
-Me gusta tu padre- comentó Martina.
-Aunque de todos, mi favorita fue mi abuela, un ser muy especial y con mucha sabiduría, nunca me abandonó.
-Yo no conocía a mis abuelos.
Vino el mesero, puso la cuenta en la mesa y se alejó. Martina tomó la libretilla de piel negra con el recibo y se la acercó. Abrió su bolso de mano y dijo buscando adentro:
-Los he perdonado a todos, incluido a Lee- Se apresuró a pagar con tarjeta de crédito.
Ni siquiera me dejó ver si me alcanzaba.
Salimos de ahí y abrazados echamos a caminar; actuando como novios de los primeros días; sintiendo gusto el uno por el otro; en la ensoñación total. Nos detuvimos a escuchar a un músico callejero, un violista que hacia llorar su instrumento mientras cerraba los ojos inspirado. Arrojé cinco dólares a la maleta del violín en el piso abierta. En el cristal de una armería nos paramos a ver pistolas, una colección grande. “¿Cuál es la atracción siniestra que los hombres tenemos hacia las armas?” me pregunté en silencio. Martina vino por detrás y me mordió la oreja muy suave. Me encendí y la tomé de la mano rumbo al hotel.
Apenas esperamos a cruzar la puerta, para arrojarnos el uno en los brazos del otro. Me arrancó la camisa y le ayudé a sacarse los pantalones. Le quité las pantaletas y rodamos por la colcha de aquella cama tamaño king size. Al quedar desnudo me encontré con una grandísima erección. El daño casi había desaparecido pero debía tener cuidado. Martina también venía húmeda, así que esta vez sin mucho preámbulo, la penetré de un sólo empujoncito lento pero dulce. Gimió y comenzó a besarme. El baile se hizo lento, rápido, hacia arriba, hacia abajo, de un lado de otro… Nos queríamos fundir. Yo estaba

loco por entrar en ella no sólo con el pene, sino con todo mi cuerpo. Sudábamos, gozábamos, era una combinación de olores que acrecentaba nuestro placer. Rodamos y Martina quedó arriba; tomó asiento y dijo:
-Golpéame.
Le propiné dos nalgadas no muy fuertes, más bien suaves.
-Harder.
-What?
-Que me golpees más fuerte.
-Volví a moverme en redondo y a golpearle las nalgas, en una coordinación perfecta.
-Mmmm, me encanta- me dijo al oído donde metió su lengua.
-Tú también me encantas Martina, eres un dulce.
-Golpéame de verdad.
-What!
-¡Que me golpees carajo!
La hice a un lado y salí de ella, ofendido.
-¡Estás loca, no pienso golpearte, ni siquiera para que alcances un orgasmo!
-¿No te gusta golpear a las mujeres, o sólo tienes miedo de que pueda venir la policía?- me gritó siniestra.
-No me gusta golpear a las mujeres, no me siento capaz. En mi casa me enseñaron que a las mujeres se les respeta y protege.
Se cubrió los senos y se recargó en los cojines. Después de unos minutos dijo:
-Lo siento…
Nos volvimos a tender frente a frente. Le acaricié la cicatriz en el brazo. Con un dedo seguí la línea de la herida desde donde empezaba hasta el final. Mi miró incógnita y dijo:
-Es una caída- aunque en su voz había un profundo dejo de justificación. Entendí, a lo mejor había sido uno de aquello orgasmos inolvidables… y dolorosos, aunque no dije nada, me abstuve de cualquier comentario. Esta vez mi dedo recorrió sus cejas y bajó por su nariz hasta sus labios. Los hermosos labios; todos los labios de Martina.
-¿Y la cicatriz en tu espalda?
Ella pareció preocupada, así que le ayudé un poco:
-¿Parte de la misma caída?
-Si- respondió.
Aunque supe era mentira. Lee era un esposo abusivo. El padre de Martina había sido un abusivo también y los hermanos seguramente. Martina y su marido se habían conocido en la High School, donde habían sido novios por dos años y después contraído matrimonio perdidamente enamorados el uno del otro. Para Lee, el ejército había

sido la única opción para mantener a una esposa y un hijo que venía en camino. Estaba en pleno apogeo la guerra con Irak y la demanda de hombres jóvenes dispuestos a morir como valientes era alta. En poco menos de seis meses llevaba ya puesto un casco de soldado, un fusil con doscientas balas, varias granadas, e iba montado en un avión rumbo al Medio Oriente. Algo encontró Lee en la guerra, al contrario de lo que Martina pensaba, a su regreso, no renunció, sino que se preparaba para ascender a teniente. Vinieron más viajes largos, algunos juntos, pero también ausencias en las cuales Martina también cambiaba y pensaba mucho. Siguieron bases militares, países, personas, amigos temporales que también cambiaban. Martina, Lee y el pequeño Lee habían vivido en Corea, en Dubai, en San Diego, en Virginia, en North Carolina y en otros lugares. Fue en uno de esos lugares donde el pequeño Lee cogió un bacilo, el cual lo consumió en meses, ante la mirada impávida de los doctores que aseguraban, era un virus muy extraño para el cual obviamente no encontraron cura. Hacía dos años de su muerte y aun el recuerdo del niño la ponía a llorar. La violencia de Lee se había acrecentado desde la muerte del niño e indirectamente la culpaba de su deceso. Ella había llegado a desarrollar cierto gusto por los golpes y los abusos durante el acto sexual, lo aceptaba.

-¿Sabes…? con nadie había hablado de esto.

La estreché.

-Es triste cuando uno abusa del otro, porque entonces ya nos hay punto de regreso, se pierde el respeto- me lo dijo la terapista que me quitó los fármacos.

-¿Fármacos?- pregunté.

-Comencé a tomarlos cuando mi pequeño falleció.

-Siento mucho eso, de verdad.

-Siempre me he preguntado y me preguntaré; cuál fue el jodido virus que mató a mi pequeño. Cuando recomendé una investigación criminal, los de la PM se rieron de mí y sugirieron fuera al psicólogo. Así fue como terminé abotagándome de fármacos.

-Son unas bestias, no saben de otra cura.

-Tengo una teoría; alguien que nos tenía envidia en esa época, envenenó a mi niño con algo que le dieron de comer, o de beber. No sé si en la escuela alguna de las maestras, algún vecino o alguna de las novias de Lee, o los novios de ellas, no sé. Me he quebrado la cabeza en adivinar quién sería capaz de algo de tal envergadura.

-Suena muy macabro.

-¿Cómo es que el maldito virus no fue detectable, sino justo hasta el último momento? ¿Cómo pudo un bicho creado en un laboratorio iraquí terminar en el cuerpo de mi hijo?

-A lo mejor alguien con acceso a los laboratorios del ejército.

-Lo mismo pensé… la verdad es que no quería ocasionar un problema mayor, afectando la carrera de Lee, era a fin de cuentas sólo una sospecha. Hubo un hombre, me veía con ojos de lujuria, era un tipo insignificante, un don nadie y hasta después supe era el vigilante de los laboratorios del Bioweapons National Program. Pensé en decirle a Lee, pero que podría yo ganar. ¿Qué matara al tipejo? ¿Qué terminara alguien más en el cementerio y otro más en la cárcel? ¿Qué me acusara de infidelidad? De cualquier forma mi niño ya no regresaría a mis brazos. El tipejo se obsesionó conmigo, me seguía con sus sucias miradas, me acosaba… aunque nunca se me acercó directamente ni me dijo sus intenciones.
-Eres un sueño… cualquiera podría obsesionarse contigo.
-Me das miedo.
Sonreí:
-No te preocupes, no soy ese el tipo de persona. Si una mujer no me da entrada, entiendo; me doy la vuelta, busco otra y se acabó… Nunca he acosado a una mujer, no es mi estilo.
-Eso espero.
-¿Y nunca pensaste en otra persona? Digo, alguien más bien relacionado con Lee.
-Sí, lo pensé también. Y si, hubo una mujer, estuvo en la misma unidad que mi esposo, en Irak y ella definitivamente pudo tener acceso a ese tipo de monstruos de laboratorio.
-¿Qué de ella?
-Estoy segura tuvieron un affaire. Estoy segura también, que ella siempre pensó, Lee sería más feliz con ella que conmigo. En una fiesta los vi besándose.
-¿Y qué pasó?
-Se lo eché en cara a él, pero lo negó rotundamente…. Es más, para darme gusto nos movimos de base y por eso estoy acá.
-Lo cual no significa que ellos no sigan viéndose.
-Claro, eso mismo le dije a él.
-¿Nunca pensaste en contratar a un investigador privado?
-Hubiera sido imposible para un civil meterse a investigar cualquier cosa relacionada con lo militar. Es un mundo aparte; tiene sus propias reglas, su propia ley, su propia forma de hacer las cosas.
-De cualquier forma lo siento… a lo mejor lo más sano es olvidar todo como sugieren los terapistas. ¿No has buscado embarazarte otra vez?
-Lo he intentado… pero nada más no, quizá no he tenido suerte, quizá necesitamos más tiempo, quizá es que nuestra química ya no es la misma... Es algo de la naturaleza, a lo mejor su mensaje es que no volveré a ser madre otra vez- sus ojos se pusieron lacrimosos y una lágrima escurrió de sus ojos.
Puse mi boca en sus ojos y bebí sus lágrimas, me supieron a tristeza:

-No lo tomes así.
-Algunas mujeres perdemos la oportunidad.
-Todavía eres joven… vamos las esperanzas son muchas.
-No sé qué pensar… Estoy curada del rencor, eso sí lo sé, principalmente contra dios. Curada del odio contra las personas que me parecieron sospechosas, del amor a golpes que tuve por muchos años con Lee y de mi desinterés por él… de arrepentirme de todo lo que no hice.
-Qué bueno, eso es importante.
-Estas últimas semanas han sido especiales, me siento como en una burbuja.
-También yo… El haberte conocido me ha devuelto la confianza, no sólo en mí, sino en la suerte, la cual pensé había perdido por completo en Las Vegas.
-¿Algún día vas a contarme qué pasó en Las Vegas?
-Algún día… je je, no sé a ciencia cierta lo que pasó ahí, de verdad. Sólo sé que algo muy grave, algo que ni yo mismo he puesto todavía en perspectiva.
Guardamos silencio unos minutos.
-Estar contigo me llena de paz.
-¿Sólo eso?
-No tonto, pero es algo diferente, algo desconocido. Me siento como una jovencita… quizá porque me inspiras mucha confianza. Quizá porque nunca había sido infiel y de pronto descubro no es tan malo.
-¿Sólo eso?
-Se me ha quitado la vergüenza de la primera vez, el sentido de culpa.
-Es importante no tener miedo, más si esta mujer esta desamparada.
-¿Te parezco una mujer desamparada?
-No, me pareces una mujer hermosa, una mujer con un futuro muy grande enfrente.
-¿De verdad?
-Claro... Esta el divorcio, podrías regresar a estudiar, quizá regresar a tu pueblo o moverte a una ciudad grande donde buscar trabajo y ser independiente. Volverte a enamorar, no sé… Escaparte conmigo.
-Je je je, gracias, lo pensaré.
Me besó, mordí sus labios, le palpé los pezones y dije a su oído:
-Ahora sólo cierra los ojos y relájate, abandónate a las sensaciones, vamos a entrar al templo de la ternura.

15

El domingo llegué a donde Terry y Regina, les iba a cocinar fajitas, ensalada de chayote y quesadillas de tres quesos. El mismo Terry había pasado por la lista de ingredientes una semana antes. Llegó pasada la hora del lunch, venía en una silla de ruedas con motor, llantas gordas, luces y claxon. Me tomó de sorpresa, estaba

precisamente leyendo en el WC, cuando escuché llamaban a la puerta, después mi nombre. Si hay algo que me disgusta, es me interrumpan mientras fabrico heces. De hecho defecar es casi un acto sagrado, siempre y cuando vaya unido a una buena lectura. Aventé de mal humor no recuerdo que libro de García Márquez, me limpié el ano con papel de baño y salí a ver quién carajos estaba jodiendo. Al abrir la puerta mi amigo con una gran sonrisa.
-¡Terry! Que tal hombre.
-Sergio, como estas amigou- dijo en su español agringado- me extendió la mano.
-Bien, bien- espera- le dije-. Fui al lavabo en una esquina y me lavé las manos con jabón de ropa, mismo que usábamos para lavar jergas y trapos de limpieza. Nos estrechamos las manos.
-Fui al juego, ¿te dijo Regina? Felicidades.
-Sí, me dijo. Buen partido, ¿qué no?
-Si hombre, buenísimo, la última parte fue de suspenso absoluto.
-Les dimos una paliza, se lo merecían. Anduvieron diciendo que éramos pan comido y tenían el juego en el bolsillo.
-Claro, eso les pasó por hocicones.
-Más vale no andar diciendo nada por ahí, porque después se te revierte y te jodiste.
-Además terminas cayendo mal. Felicidades otra vez Terry.
-Gracias bro.
-Si bien entiendo el juego los colocó como campeones regionales, ¿qué no?
-En efecto, vamos por la copa.
-Sí señor, así se habla.
-¿Cómo ves? Mi nueva adquisición- dijo refiriéndose a la silla.
-Carajo bro, ahora si vienes en el Mercedes.
-Claro; aerodinámica, ergonómica y automática, con direccionales y escucha esto- hizo sonar el claxon.
-Es muy *cool*- le di una vuelta en redondo. Si no hubiera sido una silla de ruedas habría podido decir que era bonita.
-Prefiero mi silla de competencia claro, pero de vez en cuando hay que llevársela suave, ¿no crees?
-Claro, claro… ¿Y a qué se debe la visita? –puse mi mano sobre su hombro.
-A Regina se le ha metido en la cabeza que cocines para nosotros. Dice lo volviste a prometer el día del partido.
-Claro, cocino para ustedes con mucho gusto… Es más, les puedo pasar algunas recetas si quieren, también.
-Le va a encantar. ¿Cuándo? Dime una fecha, para que aquella no me esté dando lata.
-¿Qué tal el próximo domingo?

-¿Hablas del domingo en cinco días?
-Sí, el lunes es off para mí, así que me queda bien… ¿pero no sé a ustedes?
-Domingo… domingo… a veces vamos a Savannah, a ver a la media hermana de Regina. Pero no creo que este fin de semana… Hagámoslo.
-OK, no se diga más, el domingo pues. ¿Te gustan las fajitas? ¿Las tortillas de harina? ¿El guacamole?
-Me encanta, sobre todo con unos buenos nachos.
-Entonces amigo, prepárate para las fajitas más ricas que hayas probado en toda tu vida.
-Ja ja ja. Pásame un la lista entonces.
-¿Qué lista?
-De ingredientes.
-¿Ingredientes?
-Claro, para comprarlos, no vamos a dejar que tú gastes en algo así.
-No hombre, si voy a cocinar yo compro todo.
-No insistas bro, no puedes dar y preparar… además, la verdad, aquí en la tienda de la base nosotros tenemos mejores precios y bastante buena calidad.

Era cierto. Además, con lo que me pagaban aquellos desgraciados apenas iba flotando.
-Tienes razón, me gusta tu punto de vista. La próxima vez, cuando cocines tus increíbles hamburguesas, yo compro la carne.
-No se diga más.
-Apuntemos entonces- entré a la oficina, cogí un lapicero y un pedazo de papel, salí a donde Terry me esperaba, mirando lánguidamente un árbol. Anoté: carne de res y de puerco para freír, cebollas morada, ajos, pimiento rojo y verde. Aguacates, tortillas de harina, limones, zanahorias. Chile serrano, chile piquín. Arroz blanco, maíz en frasco y chicharos. -Con eso. Si llegara a faltar algo y después me acuerdo, lo llevo.
-Excelente, entonces ya está. El domingo. ¿Supongo bebes tequila, no?
-Tequila y cerveza, vodka y ron, cualquier cosa bro…
-Bien, porque tengo ahí un tequila que te va a volver loco.

16

El domingo me levanté tranquilo; me rasuré, bañé y me quite los pelos de las orejas y de la nariz. Me corté las uñas, me unté perfume y desnudo salí del baño con intención de regresar a la cama. Tengo por rutina levantarme a las siete en punto, llueva o truene, es una mala costumbre adquirida en todos mis años como empleado. Tigrillo ya me esperaba, ya saben, a la expectativa. Nos habíamos adoptado mutuamente. Iniciamos conversación. “¿Cómo éstas, cómo te ha ido?”. Tigrillo me respondió con un maullido y levantó una pata

enseñándome las uñas. Del librero, acondicionado con cajones de fruta encontrados en la calle, tomé una de las dos latas de comida especial estilo gourmet que la noche anterior había comprado para mi amigo peludo. "Tripas, hígados de pollo y otras menudencias, seguramente con sabor artificial". Cada lata había costado cincuenta centavos más que la comida de los otros gatos en casa, por el precio, suponía era mejor. Abrí la lata y olí. "Si no es mejor, por lo menos tiene mejor empaque. Prueba hermano, esto es saber comer, ven acá. ¿Notas la diferencia?" Se relamió los bigotes. Éramos realmente camaradas, no por nada me había ganado su compañía y su confianza. Le acaricié la cabecita mientras golosamente engullía su manjar. Lo dejé en paz, en eso me parezco a los gatos; soy individualista, no me gusta la intromisión. Aún húmedo, me metí bajo la cobijas y me puse a leer. Me levanté dos horas más tarde, el gato estaba ahora echado a mi espalda, cuan largo era. Me estiré y bostecé placenteramente. Me vestí con lentitud, me unté desodorante en las axilas y me amarré los zapatos. Miré la foto de mi madre desde la estación de trenes, cuando era jovencita. La de mi hermana abrazada a Carlos, su esposo y mi amigo de toda la vida el día de su boda en Hermosillo. Recordaba haberme puesto borracho, bailar, cantar, chillar; un día especial en mi lejano Sonora. Cogí un mandil, lo enrollé y metí a la bolsa de lona. Salí del cuarto, cerré la puerta a mis espaldas y subí las escaleras. La vieja miraba su tercer programa de domingo en la televisión. Había hecho panqués, me dijo. Les eché un vistazo en el sartén, se veían como unas cosas pálidas, amorfas de harina, feas. En definitiva mi casera no tenía talento para la cocina, pobrecita, pero le agradecí. Le acepté un café. Miré la televisión sentado en la sala con ella unos treinta minutos. A veces hacíamos comentarios sobre tal o cual actriz, o tal o cual historia; ella era una enciclopedia de banalidades. Material chatarra con el cual establecer una conversación con tu inquilino. Dije cualquier estupidez. A veces ella era quien me decía cosas, ya de los vecinos o de los programas. La morena de junto se había metido al jardín a robar albahaca y yerbabuena. Curioso, pregunté cómo es que lo había descubierto. "Por las pisadas en el lodo, como más", fue su respuesta. Me sorprendió su conocimiento de boyscout, quizá todo lo de ser despistada era sólo una pantalla, o quizá demasiada televisión le estaba afectando. Seguimos chismeando. Otro de sus inquilinos, a quien rentaba el cuarto bajo la escalera, estaba por irse. Me preguntó si le conocía, le respondí que no. Al parecer, el tipo era un diseñador aeronáutico y había estado ahí para un contrato en la misma base donde yo trabajaba. "¿En la base diseñan aviones?" pregunté. "Como no, aviones, tanques, dicen que abajo tienen un bunker del tamaño de un estacionamiento lleno de sofisticadas armas. Hay hasta varios submarinos". Me le quedé mirando, falso o verdadero, siempre cabía

la posibilidad. Dos de los gatos comenzaron a entablar una pelea y rodaron por el piso gruñendo. Mi casera, ni tarda ni perezosa, los espantó con una de sus pistolas de agua que siempre tenía a la mano. “No hagas eso Mateo, es tu hermano”. Los gatos se llamaban todos como los doce apóstoles y sólo ella sabía quién era quien. Estuve tentado en preguntarle porque los había nombrado así, pero decidí que esa era una conversación para otro día. Fui a dejar la taza en el fregadero y me despedí de ella antes de salir de la casa, cerré la puerta con llave desde afuera. Había quedado con Regina y Terry, me recogerían pasado el mediodía, en the Ray Charles plaza, era una referencia común. Conecté los audífonos al teléfono y me tendí a caminar por la calle, soy un buen caminante, más si hay música en los oídos; me hace sentir como que la realidad es una película.

Regina llegó sola, me tocó el claxon dos veces y subí al auto ya sin audífonos y sin anteojos oscuros. Ella vestía unos descoloridos jeans y una blusa rosa. Me dio un beso en la mejilla y yo se lo regresé. Me dijo que Terry se disculpaba, no se había sentido bien aquella mañana. Ya habían comprado todo, sería una tarde maravillosa. Me agradeció también cocinar para ellos. Vendría otra pareja a la fiesta, sería la primera fiesta en su casa desde el nuevo Terry, así lo llamó. Hablamos del partido, del significado del triunfo y de lo importante que resultaba para su esposo sentirse parte de una misión, de un proyecto. Entramos a una gasolinera, se estacionó en una de las bombas, apagó el encendido del motor y bajó del vehículo. Por el espejo retrovisor vi como insertaba la tarjeta de crédito en la misma bomba. Descendí del carro, tomé la manguera y la introduje en el tanque de la gasolina hasta que se llenó. Regina tomó su recibo y regresamos al carro.

-Te vi platicando con Candice el día del juego- soltó.

Me agarró desprevenido, no entendí el tono de aquello.

-¿Candice? ¿Qué Candice?

-La mujer que vino a sentarse contigo por ahí del segundo cuarto.

-Ah, la señora.

-¿Señora? Ahora la llamas señora. Vi cómo se te iban los ojos mirándole las piernas, je je je.

-Bueno, es cierto, tiene bonitas piernas, pero de ahí a cualquier otra cosa, sería exagerar. Además ella vino a presentarse, yo no la conocía.

-¿No la conocías?

-Lo juro.

-Pero si pareció que eran íntimos.

-Falso, en mi vida la había visto.

-Bueno, anyway, pero una cosa si te digo, ándate con cuidado. No sólo porque es de lo peor, sino porque el marido está loco y no sé qué hará si te ve merodeando muy cerca de su cougar esposa.

-A mí que me esculquen. Eso es exactamente lo que me pareció, una

cougar desesperada. Cuando regresé a mi asiento ya estaba ahí, en el de junto, sonriéndome.
-A mí no tienes porque explicarme nada, lo que sí sé, es que el loco de su esposo no va a escuchar tus excusas ni un minuto. Es un ex boina verde muy talentoso; en lo que hace. Esta activo como entrenador de contraespionaje y va dando cursos en diferentes bases.
-Guau. Rambo se queda pequeño, ¿no? Te repito, a mí la cougar no me interesa, como el loco, me importan un pepino. A mí quien me encanta es la bastonera… tu amiga, ¿Cómo dices se llama?- pregunté.
-Samantha.
-Si hombre, la de los ojos azules más hermosos que me visto en toda mi maldita vida, joder.
-Le comenté de ti, le dije que eres su admirador número uno.
-Ja ja ja. Admirador número uno... ¿En serio?
-Si no te hubieras desaparecido el día del partido te la habría presentado.
-¿De verdad?
-Claro, que me costaba. Cuestión de decir, mira te presento a tal.
-¿Si? así de fácil. ¿Y qué le dijiste?
-Pues que eras su más grande admirador, que eras mexicano, que te gustaba la cerveza y que eras chef, esto último le encantó pues ella no sabe hacer ni huevos, según me dijo.
-Chef, así como chef, pues no todavía verdad, pero eso si con un sazón como el mejor.
-Claro, además un papel no necesariamente avala lo que se dice ser.
-¿A poco de verdad le dijiste qué existía?
-Claro. Existes, ¿no? No me vengas ahora con que eres un fantasma.
La miré a los ojos y le cerré uno:
-A lo mejor… a lo mejor.

Scot, el compañero de Terry en el equipo y un servidor, no nos caímos bien. Al principio me quiso hacer sentir como el simple cocinero pela papas. Regina tuvo que intervenir y hacerle la aclaración de que también estaba invitado, con todo y eso no cambió su actitud altanera. La verdad soy muy condescendiente, pero hasta el límite cuando me colman el vaso. Un tío racista, ya saben no falta, ni siquiera entre los inválidos. Me la llevé por la suave. No quería ocasionar problemas, la verdad, y mucho menos con los anfitriones. Regina me ayudó a cocinar, agarramos buen ritmo. La otra mujer puso aceite en el sartén, dio varias vueltas por la casa, tomó café y salió a fumar cigarrillos. Cuando la cena estuvo lista, ésta pasó sin pormenores. Mi participación en la charla fue casi nula, me concentré en cocinar, observarles y bromear un poco con Regina y un poco con la otra mujer, quien resultó un manojo de nervios. Además de la nicotina, quizá otra de las razones por las cuales parecía tan

acelerada, era por la cantidad de café que bebía, casi compulsivamente. Desde su llegada, hasta su partida, lo único que bebió fue café. Al final, Regina sugirió me llevaran de regreso a Albany, pero respondí con un gracias, prefería esperar el shuttle de la base para no molestar. Terry quiso intervenir pero finalmente aceptó mi decisión. Scot y su mujer se despidieron y los cuatro salieron por la puerta de enfrente. Por un momento me quedé solo. Miré las fotografías. Terry con piernas, un tipo alto, bien parecido, en traje como estudiante del High School. Terry parado junto a otros militares frente a un helicóptero. Escuché como la puerta se cerraba y regresaron.
-¡Qué pasa!- gritó Terry, había notado la tensión entre Scot y yo.
-Nada, nada.
-Gracias por la comida, deliciosa-dijo Regina.
-Es un placer. Me gusta alimentar a los otros.
-Nosotros lo agradecemos.
-En algún lado leí que hacer de comer es un rito muy antiguo, tú lo sabrás mejor, lo que sí, es un don que no a todos se nos da…- dijo un Terry ebrio, un poco enrojecido de la cara.
-Me gusta pensarlo como un regalo para compartir.
-Je je je, no seas presumido cabrón, ven vamos por una última cerveza-. Nos dirigimos a la cocina, Regina fue a la computadora y puso nueva música, esta vez una vieja canción de rock. Terry abrió el refrigerador y me extendió tres cervezas, miré mi reloj, tenía cincuenta minutos extras, entes de empezar a correr. Me dio el destapador. Un blues de Freddie King se dejó escuchar. Abrí las tres botellas, apareció Regina en la cocina. Se veía también medio ebria, feliz. Se detuvo en el marco de la puerta y comenzó a bailarnos, que no a bailar. De pronto dejé de verla como la asistente de cocina de hacia unas horas, o la hermana confidente, o la mujer de mi amigo... Su baile se veía a todas luces sensual, a pesar de que no venía vestida de manera provocativa.
-Baila con ella… -me dijo Terry moviendo la cabeza hacia Regina.

Dudé un poco, Terry volvió a insistir y Regina ya me invitaba. Comenzamos a bailar, lo hicimos por dos canciones. De reojo miré a Terry mirarnos con envidia. Noté la tristeza en su expresión. Regina pareció también notarla, ya que paró y fuimos a la mesa junto a él. Brindamos. Por primera vez me percaté del olor de Regina, era agradable tenerla tan cerca. Nuestros ojos se encontraron. Tomé asiento.
-Hey Terry, salud.

Regina pidió disculpas y salió de la cocina rumbo al baño. Terry se acercó a mí y confidencial me espetó:
-Te gusta mi mujer.

Brinqué en la silla:
-Caray, que estás diciendo.
-¿Te gusta Regina, verdad?
-Has bebido demasiado.
-No quieres aceptarlo verdad cabrón, te vi comiéndotela con los ojos.

Me puse de pie.

-Tiempo de irme… cuídate bro. Nos vemos- Aquello comenzaba a ponerse peligroso, era mejor huir. Ya dice un dicho: es mejor aquí corrió que aquí murió. Salí de la cocina, tomé mi rompe vientos del perchero en la entrada y me despedí de Regina cuando salía del baño.
-Regina, pues gracias por todo, nos vemos. Ya me despedí de Terry, me voy, mi camión no tarda en pasar, ya nos vemos. Suerte mañana.
-Igual. Y recuérdate, me debes unas recetas, eh, no vayas a olvidarlo.
-Nunca.

El tequila hacer ver a uno fantasmas, sombras, personajes inmateriales que se arrancan las ropas, locos que se estrellan en paredes acolchadas. Seguramente en unos días volvería a verlos y todo estaría como si nada. Salí de su casa, crucé las canchas, salí de la base y caminé hasta la parada del shuttle. La humedad era bochornosa y había subido a tal grado que resultaba valiente estar ahí escuchando el zumbido de los grillos, mosquitos y otros insectos; el canto de ciertas aves nocturnas. La imagen de Regina bailando aquel sensual baile a contraluz continuaba moviéndose en mis neuronas frontales. ¿En qué momento mi eros se había encontrado con el de Regina? Mis pensamientos no volvieron a ponerse en orden hasta que yo y otras tres personas subimos al camión, tomamos asiento y nos pusimos a disfrutar del aire acondicionado. Recargué la cabeza en el cristal y cerré los ojos. El bamboleo de aquella nave en penumbras atravesando la noche, me arrulló y caí en un sueño profundo.

17

Otra vez estoy como saliendo de una pesadilla, de un mal viaje. Sin zapatos, con la ropa desgarrada, con una maldita amnesia preocupante, pues no recuerdo nada. Los puños adoloridos, como si hubiera golpeado a alguien. Sangre en la camisa, en el pantalón desgarrado. Con un mal sentido, con un sabor agrio en la boca, un dolor en el pecho. Me encuentro tirado en la arena, en posición fetal tratando de darme calor para soportar el frío de la mañana. No entiendo como he llegado hasta aquí, me siento tal si tuviera resaca, pero no he ingerido una gota de alcohol en varios días. Tomo la decisión de ponerme de pie. Lo hago en tres actos. Primero me siento en el piso seco, respiro profundamente tratando de acumular las fuerzas suficientes. Me coloco en cuclillas y de un último impulso logro con trabajos estar erguido, como el primer hombre. Sufro un mareo momentáneo, cierro los ojos y cruzo los brazos como si me abrazara a mí mismo. Me recupero y abro los ojos; el desierto me circunda, estoy solo en

aquella inmensidad. No es sino hasta que estoy de pie, cuando me percato… algo pende de mi cuello. Lo palpo, al contacto me siento disgustado con la textura y procedo y quitármelo. Cuando lo tengo en la mano brinco para atrás y arrojo aquel collar hacia adelante, como si de una serpiente se tratase. Estoy sorprendido. Doy tres pasos y lo observo en detalle. Son orejas, una tras de otra, orejas humanas, ensartadas a un grueso alambre metálico a la altura del lóbulo, una docena, hasta formar un collar. Siento repugnancia... ¿Un maldito collar de oreja? ¿Es que acaso andan por ahí unos seis hombres sin orejas caminando por la calle? ¿O es que están muertos? Y si están muertos; ¿primero quien los ha matado, y segundo quien les ha arrancado los oídos del cráneo y con qué objetivo…? Mi mal sentir no es infundado, algo ha pasado, algo grave, me lo dice mi yo interno, alguien que lo ha visto todo. Intento hacer memoria, con todas mis fuerzas. No recuerdo nada, ni siquiera fragmentos. Siento escalofrío, me imagino arrancando aquellas orejas de las cabezas de mis víctimas como un salvaje. Miro al cielo, falta poco para que el sol salga y empiece a calentar hasta sobrepasar los 100 grados Fahrenheit. Lo mejor es ponerse en marcha. Vuelvo la vista al collar de orejas y siento la urgente necesidad de alejarme de ahí. Echo a andar. ¿Por qué he tomado las orejas como trofeo? ¿Qué oscuro motivo me ha llevado a quedarme con aquellas piezas corporales y ensartarlas en un alambre? Y lo peor de todo, ¿por qué me las he colgado al cuello? Hay una luna llena muy brillante, se esparce por una calzada de color gris, de la que brotan hierbajos sobre las grietas del piso. Deduzco es un amanecer en el espacio sideral. Detecto un olor fuerte a vitalidad, es como si la vida emergiera por todas partes de manera magnífica. ¿Dónde he estado, o de dónde vengo? Un grupo de Saguaros, de no menos de cien años cada uno, me rodea.

Segunda Parte

(Las Vegas - el pasado)

Tiro los dados con todas mis esperanzas, mis creencias y la fotografía de la abuela que hacia magia. Los dados cargados con todas las imágenes de lo posible. Los cubos giran golpeándose en el aire entre sí, en todas sus combinaciones posibles. Elevo mi intuición al cielo, me encomiendo a lo sagrado y contengo la respiración al momento en que éstos golpean la pared de la mesa de juego donde rebotan, y en un último giro, caen incólumes en el área donde las fichas que representan dinero descansan en montones, y todo lo que se había detenido vuelve a ponerse en movimiento, excepto un dado, el cual continua girando y girando obligándome a mí y a todos los jugadores en la mesa, a mantener la respiración en un hilo… He aquí la suerte; las meseras yendo de un lado a otro llevando tragos, el sonido combinado de la ruleta, las máquinas de juego y las fichas cayendo sobre las mesas, la voz del crupier quien estira las apuestas, los gritos de los otros perdedores, de los pocos ganadores, la adversidad que nadie se espera. El dado gira, y es mi rostro en diferentes ocasiones; todos los "yo" que abren los ojos cada mañana, el que apuesta y siente mariposas en el estómago mientras arroja los dados al aire a una velocidad inusitada.

Mientras dejamos los dados se detengan, y los rostros de los hombres recuperen sus facciones, vayamos atrás en el tiempo y permitamos al hombre frente al espejo de un baño equis, de un lugar equis, reconocerse así mismo, entre los destellos de luz de otro día en su carrera contra el tiempo…

18

Acabo de vomitar, tengo un sabor terrible en la boca aunque no conservo nada en el estómago. Estoy un tanto mareado, cogido del lavabo, con lágrimas en los ojos… no sé quién soy. Busco dentro de la chaqueta, encuentro una identificación en el bolsillo interior y leo mi nombre. Es como si lo escuchara por primera vez, sencillamente no me suena. Mi cara en el reflejo no logra encuadrar con aquella que desde la identificación me mira. Llevo sangre en los nudillos, aunque descubro no es mía, dado que no hay dolor y la mancha se disuelve con agua. Me entra temor pues no recuerdo. Mi camisa también tiene sangre, pero no estoy herido de ninguna parte, compruebo palpándome; tengo algunos rasguños, una pequeña inflamación en el pómulo derecho, otra más en la frente. Me despojo de la chamarra, la camisa y pongo ésta última en la basura. Me quedo en camiseta. Vuelvo a mirar la fotografía en la licencia de conducir del estado de Nevada. No hay duda alguna, el tipo en la foto debo ser yo; dos, tres años más joven, el pelo más largo y la cara más delgada, pero es el

mismo que desde el cristal del baño público me observa, al menos eso quiero creer… Es posible que haya sufrido un golpe en la cabeza, pienso, y de ahí mi extrañamiento… Quizá durante la borrachera se me nubló la vista, me cambió la personalidad, o el maldito alcohol me deslavó la memoria, a saber. Me refresco el rostro nuevamente y me vuelvo a vestir la chaqueta de color negro, subo el cierre hasta el cuello. Me limpio los zapatos manchados de lodo, algunas manchas en el pantalón, más sangre. Por último me aliso el cabello y me seco las manos con papel. Cruzo una puerta, de una puerta más. Salgo del baño a un lugar de luces tenues, atmósfera azul y una música cadenciosa galopada por una mujer que en el tubo, al centro del stage, se mueve sensualmente para gusto de otros hombres. Todos beben, se relamen los labios y arrojan billetes de a dólar cada vez que la bailarina les enseña su bonito trasero, sus perfectas tetas cubiertas apenas por un minúsculo sostén. La mujer se coge del tubo, se eleva en el aire y se abraza a el con las piernas, se deja caer de espaldas. Es entonces que la reconozco, es Patricia, la mujer con quien duermo y comparto casa, mi novia. Su cabello castaño corto le cubre una parte de la cara y recuerdo porque la amo… Ahora la stripper sonríe, lanza besos a la oscuridad antes de ponerse a girar en el tubo, gira, gira, gira… Como el dado en la mesa… Como el planeta y el sistema solar… Gira como el pescado empanizado que lanzó del sartén al aire para cocerlo del otro lado en una cocina donde otros hombres parten vegetales, lavan trastos y se mueven con platillos preparados de un lado a otro a un ritmo nervioso; todo son sombras, haces de luz que pasan…

Giro en cama y me despierto; abro los ojos, muevo la cabeza de un lado a otro, tardo un momento en ubicarme, en saber quién soy. Me pongo de pie de un salto, corro la cortina; los brillos del sol entran por la cortina y me obligan a cerrar los ojos, ha de ser el mediodía. Me encuentro a varias millas de una pirámide egipcia, una torre Eiffel y a unas cuadras de una iglesia de casamientos instantáneos. Estoy en Las Vegas, mejor dicho, trabajo en Las Vegas para ser exactos. Vivo rodeado de corredores de lo ajeno, tratantes, prestamistas, golpeadores, drug dealers, dueños de burdeles y antros, por supuesto políticos corruptos -uno no se salva de ellos-, jueces de hule, dueños de casas de empeño, guardaespaldas, bailarines, espías, actores, sacadores de borrachos, borrachos, mafiosos, gente del espectáculo, policías, traficantes de menudeo, comediantes, ladrones de todas las calañas, prostitutas, padrotes, agiotistas, developers y abogados off course, entre otros vivos; y uno que otro muerto de miedo, de hambre, de soledad, qué importa. En “Ciudad Vicio” esta fauna es normal, todos son votantes y la mayoría son ciudadanos de este país. ¿Qué otra fauna podría rodearme? Más allá de los indispensables

apostadores, cadis, taxistas, botones, cocineros, cuidadores de puertas, choferes, mirones, meseros, recamareras, chicas de la suerte y amigos de una noche; claro sin olvidar a los investigadores privados, los nuevos ricos, los retirados, los corruptos del tercer mundo aficionados a las apuestas -las rubias y la coca-, las modelos y los fotógrafos, así como doctores expertos en recetas para drogas duras, los productores de porno, los lavadores de plata y algunos otros más; como los extranjeros que agregan su granito de arena al sabor de la ciudad y van y vienen. De entre estos, hay varios tipos, los más comunes son quienes vestidos de shorts y camisas hawaianas, entran a los casinos a ver y a gastar los veinte dólares obligatorios en las maquinas, buscando ingenuamente su primer millón. O los que armados de teorías de cuántica y física, vienen a probar que el juego no es un asunto de suerte, sino de conocimiento. Muchos son los típicos japoneses expertos en números y ecuaciones; hindúes genios de las computadoras y alemanes maestros en la teoría de las posibilidades. Deambulan también y no podían faltar; los jeques árabes y sultanes dueños del petróleo de sus países, los príncipes, duques y otros de sangre azul que viven a expensas de sus ciudadanos y nunca han trabajado, o los ex políticos dándose la vida loca, entre otros ricos de varios sabores y colores; aunque junto, a veces codo con codo, los aficionados, los ilusos, los creyentes al vudú, Cristo o Buda y otros cultos y sectas de inclinaciones varias, encomendándose a su dios; el dios suerte, dios vía el billete; *in good we trust* y en nadie más, rezan mientras avientan los dados, arrojan las cartas, o miran embobados como giran las canicas en la ruleta. "*Ayúdame diosito con esta y te prometo que cambiaré*". Claro está, entre los turistas no todos son ricos y creyentes, sino habría que mencionar a los transas, los vividores, los adivinadores y los farsantes... en fin, mis vecinos. Un ejemplo, el hombre de la casa de junto es un actor, y como yo, se mueve en el área del entertainment. Es un freelance, trabaja en un casino importante y lo he visto vestido de Elvis, disfrazado de Burth Reynolds y hasta de Dark Bader. Con decirles, una noche casi me da un paro cardiaco; venía medio ebrio, estacioné la carcacha, no hubo donde sino hasta tres cuadras adelante. Caminaba rumbo a casa, pensando quien sabe qué tontería, ya ustedes sabrán, mirando mis pasos; cuando al cruzar la esquina se me aparece Dark Bader, casi me cago, no por el monote que si impone, sino porque hay mucho loco por acá también, ahora mismo andan dos serial killers trabajando en el área de dowtown; el caso es que me quedé paralizado, no supe que hacer y seguramente me hubieran muerto si no es porque de la cabeza metálica salió un: "Buenas noches vecino, hasta mañana..." en la cavernosa voz del rey del lado oscuro queriendo ser amistosa. Levanté el brazo y él hizo lo mismo, hasta la borrachera se me bajó, joder sólo

en esta ciudad del neón y el aire acondicionado; sin el cual no se puede vivir. De hecho, la gente sale de su carro con aire acondicionado y corre a meterse a los refrigeradores gigantescos que son los establecimientos, y es que el sol mata. La verdad, deberíamos de estar agradecidos a Las Vegas por la destrucción ambiental, mejor aún, deberíamos cobrarles por apostar con nuestras vidas y jugársela en la ruleta. ¿Se imaginan la energía, el costo de agua, electricidad y capas de ozono que se necesita para mantener frescos estos gigantescos casinos? Sin exagerar, pero dicen que con lo que gastan los neones de esta meca del destino en un sólo día, podrían mantenerse iluminadas las principales ciudades de Centro América toda una semana, o toda una zona de África. De hecho, si usted llega a Las Vegas de día, va a encontrarse con una ciudad pálida y cruda, como una puta desmaquillada después de una noche de mucho sexo, o un apostador ebrio tirado sobre las bolsas de basura a la mañana siguiente después de perderlo todo. De día es una ciudad sin sentido -otros dirían que todas lo son-, pero está en particular no es un lugar para gente normal. Más de la mitad de la población duerme de día, tal vampiros; y la otra cuarta parte, evita la luz del día lo más posible, por eso del calor que fríe las ideas. Así que todo mundo vive en ambientes artificiales, congeladores y bajo gruesas cortinas. Al principio cuando llegué, no le tenía respeto a este lugar, el más mínimo. Van a decirme que eso pasa con todas las ciudades recién uno llega y todo depende de cuánto se viva o se lleve viviendo ahí para empezar a detestar o amar el sitio. Tal vez tengan razón, pero esta ciudad no es sino una fachada en la que sus habitantes somos sombras. Huelga decirles, tiene el record en cuanto a rubias per cápita; el record mundial en cuanto a flores artificiales también –nomás dense una vueltecita por los lobbies de los hoteles y restaurantes-; el record en cuanto al uso de make up -sólo un poco atrás de California-, así como el de pintura para el pelo y otras grasas de la transformación. Por supuesto nos llevamos el de los billboards, las luces artificiales, las máquinas tragamonedas y por supuesto el de los shows, los mejores del mundo sin duda, ya lo dice la canción. Los hay para todos los bolsillos y gustos. Pueden ser desde chicas cuerísimos modelando ropa de última moda y babydolls, a luchadores zumo –con dos elefantones japoneses embistiéndose uno a otro-, y de ahí a peleas de gallos o perros en lugares clandestinos, pasando por concursos de camisetas mojadas, u orgías masivas, donde cualquiera si paga su entrada, puede participar. El caso es soltar billete y entretenerse; llegar al día siguiente, librar la noche. Las Vegas es la ciudad de noche por excelencia, donde hasta el amor y otros sentimientos son nocturnos, como sus mujeres. Pongo el caso de otra vecina, es una vieja de nombre Adria, si uno la ve a la luz del día da

horror, pero nomás llega la noche, vuelve a ser joven otra vez, como si fuera la novia de Drácula o algo; hasta la piel del cuello se le estira, no sé que se hace pero rejuvenece, quizá es sólo por ser una bruja, aunque no es la única, se los juro. Otra que conozco, hasta de su silla de ruedas se levanta, tendrían que verlo para creerlo. En fin, lo que deseaba decirles es que Las Vegas es un sitio raro, ni discutirlo -desde su nacimiento; dicen que surgió de un grano de arena, así nomás, como las palomitas en el microwave. Es bien conocido, Las Vegas fue construida por la mafia. Es una ciudad homenaje al billete. Es producto de una borrachera de Bugsy Siegel, fundador del Flamingo allá por el año de 1947 cuando fue bautizada como Ciudad Pecado -The City of Sin-, aunque para muchos es un lugar más que fascinante, un oasis en el desierto del cual se han ido ricos. Yo no estoy tan seguro todavía, me gusta apostar, pero fuera de eso en mi opinión todo son luces, cartón piedra y escenografía, de hecho *Sin City* es bastante fea, dado que como dije antes, es una ciudad para verse de noche, cuando se transforma en otra cosa y es realmente espectacular, única; todo es felicidad, hay música en las calles, hasta sopla la brisa y las palmeras ondean en lo alto. Dicen también que las ciudades se parecen a sus habitantes y viceversa, digo esto porque de igual forma, nosotros también nos vemos deslavados, somnolientos y tristes, aunque quizá la verdadera razón, sea porque vivimos de noche y dormimos casi todo el día; porque compartimos la vida con gente quien no duerme lo suficiente y se desvela, o está todo el tiempo expuesto a la luz artificial, especialmente al neón que encanece el pelo. A veces tengo la impresión de que Las Vegas es un espejismo, el cual desaparece cada mañana bajo los rayos solares y vuelve a aparecer en las noches con todo su ruido, sus carros y su gente variada; principalmente necios que viene a probar suerte, guapas en busca del vejete millonario, estafadores -de ambos sexos-, viciosos del juego y las apuestas, alcohólicos en proceso de quedarse sin nada, locos del azar, riders de la ruleta. Aquí todos somos jugadores, todos, incluidos quienes no estamos apostando, o cuidando a que la casa no pierda, en eso se nos va la vida; en apostar, jugarse el destino y la suerte. En lo referente a mí, soy aspirante a Chef, pero a veces freelance del entertainment como la mitad de la población de esta ciudad donde una mitad paga a la otra para carcajearse a sus costillas. Le he hecho de todo. Mi primer trabajo en el campo del performance, inmediatamente después de hotdoguero en un carrito en el área de Downtown recién aterricé desde Los Ángeles, fue bajo el disfraz de Mickey Mouse a las afueras del hotel Disney. Un trabajo fácil si se dice así, pero ya me gustaría verlos seis horas al día bajo el intenso sol, dentro de varias capas de fibra de vidrio. No sólo por el sudor -termina uno empapado-, sino por la falta de visibilidad y el

aislamiento en el cual se haya uno, cargando la rígida y pesada cabezota de Miguelito. Casi tres meses de ratón –en un trabajo que empezó como sustituto- y dos más como perro, en el traje de Pluto, hasta que un día me desmayé, así nomás. Insolación, fue el veredicto del doctor, una semana de descanso, mucha agua y los de Disney ni las gracias dijeron; otro Pluto ladraba y movía las manos cuando regresé por mi puesto. Después trabajé en una cocina de un gran hotel, medio tiempo, de lavaplatos. Más tarde en una empresa de jardinería, de ahí pasé a ser jefe de acomodadores de cajas en una bodega; pero también albañil y mensajero. Regresé a la cocina, esta vez como asistente de parrillero en un casino. ¿Qué cómo aterricé en Las Vegas? Si les dijera que de verdad no lo sé, no me creerían. Abrí los ojos y aquí estaba, aunque quiero pensar que vine a Las Vegas para superarme, pues según me dijeron aquí se encuentran algunos de los mejores chefs del mundo. Creo tener talento para la cocina. Quien me metió en la cabeza lo de ser chef, fue mi amigo Pedro, a quien conocí en Los Ángeles, donde coincidimos. Él notó que se me daba el mezclar ingredientes y que el resultado sabía bien. "*Tener sazón es un don único hermano y más si lo perfeccionas. Con eso puedes abrirte muchas puertas y llegar a ser alguien, sobre todo en este país donde a la gente le gusta comer* ". Digamos me convenció. Lo de Las Vegas es también una idea de Peter, supongo, él trabajaba parte del año aquí y parte en LA según el flujo de turistas. Aún hoy en día, dice que su sangre de Inca no le permite asentarse en un sólo lugar. Peter resultó un hombre movidísimo y medio bohemio, a quien también le gustaba tocar la guitarra y leer. Gracias a este amigo comprendí muchos aspectos culturales de este país; como el gusto por el shopping, su fascinación por los serial killers y el de las tetas duras, como pelotas. Hago la aclaración, estaba un poco perdido antes de conocerle. En una de aquellas fiestas inolvidables que se organizaban en casa su casa, se me acercó un tipo, Ross, me dijo que podría hacerme de una chamba con él, sí me animaba. Me dio su tarjeta, era *manager* de varias gentes en varias ciudades, y no le llamé hasta verme en Las Vegas. Me conectó con una empresa de entretenimiento, me colgaron el mote de freelance y comenzaron a enviarme a fiestas, veladas, tiendas e inauguraciones. Al principio me gustó el nombre, hasta romántico me pareció, aunque pronto descubrí que significaba hacer de todo cuando se puede y cobrar con recibo de honorarios. Además, sólo pagan las horas de trabajo por minuto devengado, ni un segundo más, y el médico corre por cuenta del empleado, ya no se diga si se muere... ¿Qué jijos de puta no? Freelance, trabajador libre, se dice orgullosamente en español. Libre de morirse de hambre será. El primer trabajo a través de Ross, fue moviendo un cartel en forma de flecha sobre la acera para una inmobiliaria. Siguieron otros. Uno

memorable es uno que hice un día de mi cumpleaños, dejen les cuento.

19

Quienes trabajamos en el campo del entertainment, sabemos que días de descanso, para nosotros son días de trabajo. El jale consistía en competir con otros… cosa de todos los días. Aquella mañana me levanté más temprano que de costumbre aunque era domingo. Hice una serie de sentadillas y otra de abdominales, no desayuné sino agua, algo como tres vasos. Iba a un concurso gastronómico en donde era uno de los participantes. A diferencia de otras competencias, no necesitaba casco, guantes especiales o entrenador. Me dirigía a una comida y no precisamente como invitado. Era un concurso de comer, para que otros se divirtieran, alitas de pollo frito, marinadas en salsa búfalo según el paquete. El contrato era bien claro y se parecía a la mayoría de todos hoy en día; si me moría durante la race ellos no pagaban nada, ni la incineración; nadie me obligaba a tal acto y la secuelas próximas a la competencia eran mi problema -esto quería decir que si una de las malditas alitas estaba podrida o algo peor, ellos se deslindaban-. En otra de las clausulas estaba escrito que debía llevar vestido en el pecho, espalda, cabeza y hombros los nombres de la salsa, las alitas y la compañía contratante -por la nada desestimable cantidad de treinta dólares la horay lo peor, si ganaba el primer lugar, el trofeo quedaba en manos de la firma y Ross con le cincuenta por ciento. Joder, ya lo diría el filósofo aquel: *no somos nada*. No sé si les dije, tengo ya varios años de hacer de todo en este país; desde estacionar autos y ser tiro al blanco en las ferias, hasta aventarme en una alberca llena de cerveza en pelotas; recibir el pastelazo después de la fiesta; o ser a quien la cae la cubeta de agua cuando cruza la puerta. Además de albañil, mecánico, carpintero, jardinero y mensajero. La necesidad es cabrona… y los sueños, posibilidades, si se enfoca uno lo suficiente, según mi abuela. Hasta eso, me considero bastante optimista y siempre estoy en espera de un cambio. Lo de ser chef, era algo relativamente nuevo en mi mente. Estaba cansado de trabajar de cualquier cosa, especialmente de clown, más que la verdad, claro, sin peluca y maquillaje pero al fin y al cabo un maldito payaso, no un payaso fellinezco, pues detesto el melodrama y las lagrimitas. Soy un payaso que se la toma con calma, trata de sobrellevar la vida y sonreír; coger fuerte, comer mejor y esperar el cambio en la pinche suerte, aunque a veces si me encabrono mucho conmigo mismo y especialmente, con los que me hicieron daño. ¿Qué más les puedo decir, como me puedo justificar? ¿Qué no es mi culpa; sino del destino, la suerte y las circunstancias? ¿Qué de chiquito quise ser otra cosa y estaba lleno de sueños? ¿Qué por eso estudié la preparatoria y quise llegar a la universidad? ¿Qué la violencia llegó a nuestra ciudad

y después a la puerta de mi casa? ¿Qué es culpa de los presidentes mexicanos –y sus amigos- tan incapaces como mediocres que han saqueado al país? Pues sí, a lo mejor todo eso es cierto, sin duda, como que soy un tipo que ahorra y se preocupa por lo que sucede en este mundo de payasos sin narizota… De una cosa si estoy orgulloso; nunca he robado, ni violado. Por si les interesa o algo añade a este relato, tengo un nombre falso en este país y mi nombre de Social Securty también lo es. Que soy de Hermosillo, si señor; chistosillo, nombrecillo, pueblo acabado por los mismos de siempre, aunque ahora unidos al narco. En fin, volvamos al pasado. Estoy vestido y bañado. Doy dos vueltas a la cerradura en la puerta de la casa compartida y bajo los escalones. Me pongo dentro de mi viejo auto, prendo el radio e inmediatamente enciendo el cooler. Me encamino a Fremont Street, los demás payasos detrás de sus cristales me miran con atención mientras me rebasan. Vengo con la mente en blanco, aunque preparado no se crean. Soy un competidor nato, no lo olviden y este es mi gran día; no comí ayer, no cené, ni desayuné. También traigo un Melox y otro vomitivos, así como aceite de oliva, para una vez dentro, salgan las pinches alitas que me esperan. Cargo además un termo con un té especial recetado por la comadre Lola para tales menesteres, ella lo usa cuando da blow jobs y quiere disolver lo que por accidente ha pasado por su garganta. Lola vive en uno de los cuartos de la casa donde rento y también es latina, aunque del caribe, llegó en una balsa y dice que de los veinte sólo sobrevivieron a los tiburones ella y dos mujeres más. Me dispongo a tragar, tragar y ganar... pienso hacer uso de todas mis mañas y ojalá mi estómago no me abandone. La verdad, me preocupa la renta y si de algo tengo miedo, es a ser *homeless* y a quedarme sin sustento. Ya lo dijo un escritor famoso; todos los mexicanos llevamos un Macario adentro, y a eso me estoy encomendando, más a las enzimas del té que espero funcionen. En fin, deséenme suerte y agárrense que llevo bala y los incisivos bien afilados.

Estacioné el auto en un espacio entre dos enormes limousines, tal supositorio. Lo que quiero decir, es que manejo un pequeño compacto japonés medio destartalado, al cual debo comprar llantas, alinear y cambiar el aceite, sí quiero pase la inspección, se viene en un mes. El carrito se lo compré a un transa, se dijo mi amigo y trabajaba para una agencia de seguros especializada en siniestros, esto es; reciclan las carcachas inservibles una vez dada la manita de gato; entre los jodidos, los negros, las putas caídas en desgracia, las madres solteras, los que viven del welfare y los indios. Me ajusté la corbata y volví a meterme la camisa en el pantalón. En la entrada de la casona había un gran despliegue de seguridad, no sólo policías y guardaespaldas, sino me pareció que hasta los del servicio secreto se habían dado cita ahí.

Me puse en la línea y me colgué el gafete entregado por Ross la noche anterior.
-¿Qué se le ofrece?
-Vengo al concurso.
-¿Qué concurso?
-Pues el de las alas.
-¿Alas...? ¿De qué carajos estás hablando? –respondió el gigantón desde sus lentes oscuros.

Otro no menos grande, ni menos fornido vino a nosotros.
-¿De qué se trata?
-Mire, habrá un concurso de haber quien devora más alas y soy uno de los concursantes.

Intercambiaron miradas.
-Vengo a divertir a esta gente hombre, así de fácil.
-OK, por la puerta trasera.
-¿Por qué? Soy uno de los concursantes.
-Me importa un carajo, aquí sólo entran los invitados y la gente importante. El resto entra por detrás.
-¿Qué un concursante no es importante?
-Mira enano–sentí el dedo índice del segundo grandulón picándome el pecho-, no es como que estás en el pinche tour de Francia y nosotros somos tus admiradores, ya escuchaste al teniente, por aquí sólo pasan los VIPS y los invitados especiales.
-Pero es que...
-¿Estás sordo? Nos estás haciendo perder el tiempo, si nos traes invitación y no eres nadie, debes de mover tu culo hacia la puerta trasera, ahí te arreglas... ¿o quieres que te acompañemos?

Los miré a los ojos, les insulté sin abrir la boca y me encaminé muy a la fuerza hacia donde se me indicaba. Detesto a los privilegiados, aunque detesto más a sus mastines; por pinches descerebrados musculosos y pendejos. Me formé en la cola de la puerta trasera. Además de los meseros, estaban los músicos, las bailarinas, las recamareras, los de la limpieza, los tramoyistas, los magos, los acróbatas y los tragadores de alas, en total éramos seis; un gigantón de cabeza rapada, un negro de gran panza, un chino que parecía un campeón de karate, otro blanco y flaco con cara de idiota, uno más con un gran bigote, el cual debía ser ruso o algo, y un servidor. Parecía una fiesta en grande. Nos hicieron descalzar, sacarnos las monedas de los bolsillo y quitarnos los cinturones, además de pasar por una de esas máquinas existentes en los aeropuertos, los casinos, los restaurantes de lujo, las escuelas, los bancos, las oficinas de gobierno y casi en todas partes, dizque el terrorismo y las arañas; la manga, los ricos teniendo miedo de los pobres, no otra cosa. Dos policías más con caras de perro, pero estos con uniforme, me pasaron

un escáner hasta por el culo. Volví a ponerme zapatos, cinturón y cogí mis monedas de una cajita de plástico. Al calvo le hicieron dar la vuelta cuatro veces, con todo y les explicó: llevaba dos prótesis de metal, una en la rodilla y otra más a la altura del hombro. Lo vi hartarse y bien hubiera sido que no le dejaran entrar, al final, fue quien más lata dio. A los del show bussines nos pasaron a los vestidores, Ross me esperaba. Cada uno de los seis *come-alas* representábamos a una empresa. Nos hicieron vestir overoles, cachuchas con logotipos, gorras y unos grandes baberos con el nombre de la firma. A regañadientes seguí las instrucciones de Ross y lo mandé al carajo cuando me dijo que debería entrar a escena dando maromas. Por unos pinches dólares quieren les enseñe el ojo del trasero. Saqué mi contrato, aquello de los saltos y las maromas no estaba estipulado ahí en el papel y se lo hice saber. Hoy en día es más difícil que me quieran ver la cara de tonto y se pasen de listos conmigo, suficientes mierda aguanta uno en este negocio como para todavía aguantar más. Aprendí de Peter, todo puede perderse menos el orgullo. Ross se alejó ofendido y finalmente me quedé solo, frente a un gran espejo rodeado de focos. Traté de concentrarme, esto de salir a escena no es tan fácil, a veces se requiere ser un maldito histrión. Me encomendé a la Santa Muerte. Apreté lo ojos y pensé en Macario, en el hambre de millones de mexicanos que no comen sino medio taco al día, y en los cientos de desnutridos que generan año con año las políticas globalizadoras en el planeta. Mi estómago me pareció grande, enorme como un balón; le escuché gruñir, entrar en comunicación con mi cerebro. De pronto sentí un hambre muy grande, de siglos y siglos de escasez y necesidad, comencé a levitar y a sentir mi intestino, mis riñones, mi... en eso estaba cuando regresó mi empleador. Había llegado mi hora; la tercera llamada, en estos menesteres es el momento en que te avientas del trampolín a la alberca. Insistió una vez más con lo de los saltos y las maromas, pero ni le respondí, me concreté en lanzarle una mirada asesina la cual entendió muy bien, y no dijo nada, sino un lacio: “*mucha suerte muchacho, que la fuerza te acompañe*”. Me puse de pie y caminé hasta la salida, sin olvidar que era sólo una chamba de domingo y en tres horas sería cosa del pasado. Fui hasta el pódium y tomé asiento en un lugar asignado para mí, sin dejar de encomendarme a Macario, santo patrono de los hambreados. A través de una ranura en la cortina pude observar. Había unas doscientas personas, todas sentadas en sillones de jardín, bajo una carpa color azul cielo y un ambiente aromatizado a perfume de orquídeas, era una escena ideal. Los meseros servían copas, bocadillos y una música instrumental flotaba en el ambiente, hasta parecía de verdad una fiesta de gente decente; sino fuera porque les conocía a todos. Vino un hombre y me levantó de la silla, dijo me

ocultara y regresara al escuchar mi nombre; maestro de ceremonias dejaría de ser. Hice lo indicado y me puse detrás de una pared falsa, donde los otros payasos se encontraban listos para la función. El chino se afilaba la dentadura. El blanco hacía sentadillas, movía los brazos, la cabeza. El negro se sobaba la barriga con crema. La cortina del proscenio se corrió y saltó a escena el maestro de ceremonias con una sonrisa de ceja a ceja, dijo algunos chistes malos, saludó a los más poderosos en la concurrencia y finalmente nos presentó, siempre exagerando un poquito. El calvo resultó un campeón internacional olímpico en eso de tragar alitas grasientas; el chino un raro espécimen de Pekín y sobreviviente de la revolución cultural maoísta; el negro sobrino del carnicero Amín Dada y los otros dos, no recuerdo, finalmente yo, un mexicano escapado de las hambrunas en Chiapas, las cacerías de los Minut Men y la border patrol. Todos dieron vueltas, saltos y maromas, menos un servidor, dado que no estaba especificado en el contrato; "pinche mexicano aburrido", oí gritar a alguien y respondí a mis adentros: "*jódanse motherfuckers*…suficiente chinga me llevo trabajándoles". Hice una reverencia y me senté en mi sitio.
-¡Hagan sus apuestas, escojan su caballo, cada uno de estos tragaldabas tiene hambre en verdad y se van a devorar entre ellos llegado su momento, se los juro! ¡Mírenlos! No dan miedo, son unas bestias hambrientas, unos devils dogs que a al momento de sonar la campanilla no dejarán nada sobre sus platos... Vean los dientes de ese mexicano; no son los de un perrito chihuahua, ni los de un jornalero agrícola de California... ¡no!, son los de Pancho Villa, el chupacabras, el Zorro... Ahora vean al chino, ¿no es impresionante? Es la boca misma de Genghis Khan y sus compinches....En cuanto al negro, esos dientes blancos, son los del esclavo que se rebeló contra sus patrones, del esclavo rabioso, no del noble Uncle Tom... ¡Nooooo! ¿Y qué del ruso? Es nada menos que el hijo secreto de Stalin, el que engendró en las estepas y fue educado por lobos hambrientos. ¿Y el flaco? Ese se llena las piernas y los brazos cuando ya no le cabe nada más en la barriga. ¡Aplaudan! Porque estos seis animales, estas bestias de mandíbulas de acero van a terminar con esos enormes cazones de pollo marca Ferdinande, contra ellas librarán la batalla nuestros campeones de esta mañana... ¡Aplausoooos!"

Todos aplaudieron y el presentador dio varios saltitos motivando a los presentes:
-Y ahora, para hacerlo más difícil y entretenido, llamemos a este pódium a uno de los oficiales de la policía, para que los espose, pues estos animales no necesitan manos para cumplir su cometido, eso sería como serviles un platillo en un buffet... ¡No! ¡Estas bestias no requieren de manos, pues sus bocas es lo único que necesitan para destazar a un animal entero, a dos, a una manada de elefantes si les

dejamos...! ¡Aplausos a estos *hombresboca*! Gracias oficial. Espóselos por la espalda, para ver nomas de lo que son capaces... ¡Aplausos al teniente Stanley por favor!"

Más aplausos y porras; había gente gritándole al chino, al ruso, al negro, pero nadie a mí, quizá por no dar maromas, aunque ni lo necesitaba pues ahí estaba Macario sentado junto conmigo, con su mano en mi hombro dándome ánimos: "*Come hijo, come*".

-Bien… listos todos, en sus maaaarcas, ¡fueeeraaa! ¡Corre el reloj.

Sonó la campanilla y hundí mi rostro en el cazón, tratando de meterme un par de alas en la boca, masticar con rapidez aunque con cuidado de no morder el hueso. Escuché como mi calvo compañero de show los trituraba con las malditas mandíbulas, como si los hiciera polvo, más que hocico era una maldita licuadora, aunque no me achicopalé, sino que eso me motivó y comencé a pasarme la carne y algunos huesos, aunque sin querer, como si fueran malditas aspirinas... doscientos dólares son mucha plata, pregúntenle a los cientos de latinoamericanos que cruzan la frontera día con día, a los cubanos que se arriesgan en barcazas para alcanzar las costas de Miami, a los chinos empaquetados en contenedores industriales, a los pakistaníes en el doble fondo de los aviones, a los filipinos escondidos en los motores de los barcos, a los africanos importados como ganado y al todo el tercer mundo en general muriéndose de hambre y miseria, trescientos dólares son un sueño. Ustedes no saben todo lo que puede hacerse con doscientos dólares en el bolsillo, pregunten en Colombia a que suena una cantidad como esa, en Iraq, en Tijuana... doscientos dólares detrás de una vitrina, como la zanahoria amarrada al burro que mueve al mundo y hace girar la economía, la maldita tierra desde su eje mismo, doscientos hermosos papelucos verdes con la cara de Franklin, la ilusión, el ideal a alcanzar...

Levanté la cara una vez terminado mi primer cazón, y tomé aire, como un corredor de maratón. Sentí la salsa de búfalo hasta dentro de los ojos que comenzaron a chillarme, pero no presté atención y hundí mi jeta en el segundo cazón lleno de alitas clónicas. Mi contrincante más cercano, el calvo levantó la cabeza también de su cazón como un doberman y volteó a mirarme con desprecio por un instante, mientras le recogían el cazón vacío para ser substituido por uno lleno. Me percaté de su odio, aunque no le di importancia y sentí a Macario palmearme la espalda echándome ganas. Comencé a dejar de masticar, las malditas alitas caían a mi estómago como monedas en una maldita alcancía donde revoloteaban, levanté el rostro nuevamente y pedí cazón. Escuché como el chino, a mi costado izquierdo lanzaba un sonido gutural y después, el sonido del vómito estallar en el piso.

-El chino ha quedado descalificado, un aplauso para tan valiente contrincante de la tierra de Confucio, de nada le sirvió cerrar los ojos

al pobre, ja ja ja.

Escuché a los lejos al maldito anunciador, y una nueva ola de carcajadas ante otro de sus malos chistes.

-Nuestro amigo negro, parece muy civilizado, quizá se ha acostumbrado demasiado a usar los cubiertos, véanlo, sigue en el primer cazón. ¿Qué pasa *boy*, ya olvidaste tus modales...? Ánimo, la concurrencia espera más de ti, un aplauso para nuestro negro competidor, parece desanimado porque estaba esperando bananas.

Más risas, parecía que nuestro animador era un tonel sin fondo de chistes racistas.

-Vean al blanquito escuálido, también ha perdido... recuerden, no deben levantar la cabeza del plato hasta que está completamente vacío, descalificado nuestro amigo con el número tres. ¡El cinco también fuera! Ya sólo nos quedan ¡Yupa Yupi! el mexicano Gonzáles y aquí, nuestro fuerte y entrenado mister alitas mundo, campeón de campeones, azote de las gallinas e hijo de Putin.

Más risas y aplausos.

-Vamos a ver, el mexicano devora una de nuestras deliciosas, bien empaquetadas y listas para el desayuno, la cena y a cualquier hora alitas Ferdinande, mientras el otro se mete dos en la trompa, véanlos devorar. Es increíble la forma, mejor dicho, el estilo pulcro de nuestro participante número dos... Oh oh, el mexicano comienza a ponerse morado, parece no poder más, véanlo haciendo el esfuerzo sobre humano de derrotar a su contrincante quien lleva la delantera como por unas treintena de nuestras deliciosas y bien marinadas alitas Ferdinande, al alcance de todos y envidia de los mejores *gourmets*... Esto es batalla señores, esto es ganar y perder en Las Vegas, esto es competencia. Y que mejor premio, que nuestras únicas y especiales alitas Ferdinande… Empieza el conteo, cuando ya sólo nos quedan dos contrincantes, capaces de completar este maratón de alitas Ferdinade y cuando a nuestro competidor número dos le quedan unas cuantas piezas en el cazón, para derrotar a nuestro mexicano, el cual se ha batido como los mejores, una porra a nuestro spedy, vamos date prisa boy... come on mexican, nosotros sabemos, tienes hambre, puedes hacer el esfuerzo, recuerda a los aztecas, que de haber conocido nuestras maravillosas alitas Ferdinande seguro hubieran dejado de comer los corazones de sus enemigos. ¿Qué pasa contigo?... Vean ahora, el número dos ha aprovechado el pequeño descuido y se ha adelantado, eso sin duda, y ahora está bien cerca de llevarse en el bolsillo sus doscientos dólares y este hermoso trofeo orgullo de cualquier competidor, patrocinado por las alitas light, ¡Ferdinandeeee! Dos alitas más hermano, dos más, eso, tú lo tienes... ahí está, así se hace.

De reojo vi como mi contrincante levantaba la cabeza y sonreía a

la multitud.
-¡Tenemos un ganador, increíble...! El mexicano ni se ha dado cuenta, aún tiene metida la cara en el plato, aunque ya no tiene sentido, pero el sigue obcecado en terminar lo que le han servido, vaya si esta raza es única, eso que ni qué...

Levanté el rostro, la cabeza me daba vueltas y una sensación de asco rondaba mi ser... como en penumbras rojas, por la salsa de búfalo en mis ojos, vi como levantaban en alto la mano de mi compañero de show, a quien la gente aplaudía y vitoreaba. Con trabajos me puse de pie como un autómata, descendí del podio, a grandes zancadas corrí hacia el baño, cerré la puerta a mis espaldas y caí de rodillas, metiendo la cara ahora en el cagadero. Mis interiores se contorsionaron, sentí desangrarme, pero por el hocico; expulsé las asquerosas Ferdinande grasientas, transgénicas y de pésima calidad, ¡bruuuuuuu, hijas de puta, arrgggg! tragué aire, ¡bruuuuuuuuuu!, ¡*fuck*! Volvía a coger aire, ahora con más trabajo, el hueso de una puta alita obstruía mi garganta, el aire se me iba, metí dos dedos, no sé cómo en la desesperación, detrás de las anguinas que se dolieron. Localicé el hueso Ferndinade y logré arrancarlo de donde estaba con mucho dolor, ¡huesito hijo de puta!, ¡vete a la mierda! bruuuu, coff, coff, tosí. Bruuuu, más vómito, ahora por las narices, cofcofcof, aventé un cuajarón de saliva, esta vez fuera de la taza, en la pared, por donde escurrieron pedazos de hueso, sangre, piel, no sé qué más, saliva y dolor, por supuesto. Para que negarlo, me dolió hasta el alma. *Fuck*, pero volví a respirar, ¿algo importante no creen? Cogí papel de baño y a duras penas me soné la nariz, me sentía mareado, el papel tenía un ligerillo olor a rosas, por mis orificios salió una serie de asquerosas cosas que prefiero no describir en detalle con tal de ahorrárselas. Me recargué en la pared... quizá había sido una estupidez lo de pasarse enteras las putas alas sin madre, todo por el billete, por billete es capaz uno de tragar mierda a cucharadas. En el espejo mi cara era completamente anaranjada, abrí la llave del lavabo y me lavé la cara con de jabón líquido de una botella azul, me limpié las narices con agua, los ojos, las manos, me quité la camiseta y la arrojé al bote de la basura. Tomé aire, segundo lugar, no estaba mal a fin de cuentas. Sin querer los jodía, dado que como en el contrato no se mencionaba nada del segundo lugar, ni de la comisión, pues la plata era del toda mía, sonreí en mi dolor. Tomaría té de enzimas, el resto de la melcocha la pensaba arrojar por la puerta trasera de la boca en los próximos días, me prepararía una ensalada con mucho aceite de olivo. Me alisé el cabello, volví a mirarme en el espejo. Abrí la puerta, debía sonreír, así lo hacen los ganadores, los charros y ¡que viva Martin Urrieta cabrones! Me esperaba afuera mi manager, según él dice, aunque no es más quien me consigue estas ridículas chambas. “*Ganaste el*

segundo”- me dijo secamente, quizá porque se le habían ido de las manos cincuenta dólares. Me extendió la maleta donde llevaba mi segunda muda de ropa; camisa limpia, pantalón, perfume y otros menjurjes. Tomé el termo y bebí un gran trago de té; yo sé cómo es esto, no es la primera vez, bueno eso de ahogarse con un hueso de pollo sí que lo era, y debo parar con estas chambas de mierda, sino un día voy a morir. Debo buscar algo mejor o más estable para los pinches fines de semana... ¿Pero qué? cuando la única industria que paga bien es la del espectáculo. ¿Qué harían ustedes? La vez pasada, en el anterior concurso *de traga más*, fueron tacos, dizque mexicanos, bastante experimentales a mi gusto, con mostaza adentro y otra basura poco identificable, aggggh. ¿Pueden creerlo? Pinches Frankenstein tacos, no otra cosa. En esa ocasión tuvimos que llevar sombrero y pistolas de juguete al cinto. Ahí si me llevé el primer lugar. Doscientos dos tacos, aunque apenas dos arriba del más cercano de mis competidores, otro mexicano of course. Dicen que no hay peor enemigo de un mexicano, que otro mexicano, especialmente cuando a tacos se refiere. Me ayudó que el cabrón no sabía contar, sino arrasa, se le veía el hambre en los ojos... Después de eso odié los tacos por más de dos meses, a ver cómo me va con el pollo. Se trabaja de lo que se puede en este desigual mundo, no de lo que se quiere... Aunque nada paga tan bien como hacer reír a otros. Nomás hagan cuentas, cincuenta del premio, más mis honorarios de veinte la hora, ¡setenta dólares...! joder. Por menos puedes obtener la cabeza de tu enemigo en bandeja servida en Michoacán... Macario me felicitó, mientras terminaba de vestirme. “*Eso si es ganar hermano, payaso que arriesga y hace reír le va bien, ya lo diría el rey*”. Ese Macario, es chistoso, estoy casi seguro que en la película se mete unos hongos alucinógenos, aunque no recuerdo bien, claro, además de los cuatro kilos de pollo que se sampa en una sentada, lo que es el hambre caray. El López Tarso ese se lleva las palmas -así se llamaba el actor con cara de indio ladino que hizo el papel en la película-, anyway. Por el micrófono dijeron mi nombre y pasé a recoger mi premio en manos del payaso mayor, el anunciador racista de unos cincuenta años, vestido en traje azul marino. Una vez tuve el cheque en mano, le dije sonoramente en su oído sin dejar de sonreír a la concurrencia, “*Fuck you pice of shit...*” Así nos llevamos, quiero decir, así son las reglas en ésta industria del espectáculo; si no hablas no sobrevives, y en el caso de que no les caigas bien y no te defiendas, te ponen a lavar los baños. Los dos reímos abrazados ante la instantánea. El grandulón del primer lugar me miró despectivamente, le regresé la misma mirada y una patada de mala vibra. Hasta entonces me di cuenta, era por lo menos dos veces más grande que yo, sobre todo a los lados, un tractor lonjudo y calvo de apariencia terrible. Nos hicieron parar juntos para la foto, me

detuve junto a él, le llegaba al hombro. Un par de edecanes se tomaron pictures junto a nosotros y un supuesto reportero con pulso de borracho y apariencia de gorrón nos hizo estúpidas preguntas. Me despedí de la concurrencia, recibí algunos aplausos y salí por detrás de la carpa, argumenté sentirme mal y de verdad así era. Mi manager se acercó y dijo que en dos días habláramos, me tenía una magnífica propuesta... No quería saber nada de comida, fue mi respuesta. "*No, para nada, es algo mejor, ya verás...*" Como no cabrón, eso vengo escuchando desde el primer día en tu empresa; ni siquiera me atrevía a preguntarle, si de algo estaba seguro, se trataba de humillarse un poco cada vez más.

Salí a la calle, puse la llave en el encendido y me quedé pensativo unos minutos, mientras me empinaba media botella de Melox. "Lo de las esposas no estaba en el contrato"- pensé- "... aja, en eso había consistido el error". Ya ven, uno tiene que andar en todo, porque si no se lo comen, error grave el mío carajo, me hubiera rehusado... pero ya lo dijo alguna vez un filósofo del show busines: "una vez frente al público ya no importa nada, si piden tu piel, pues se las das, por lo menos hasta el siguiente show si quieres sobrevivir". Animador racista hijo de puta... ¿Cuánto le habrán dado de mordida los politiquillos organizadores del evento por vernos sufrir...? Mothefucker. "Mala suerte esta vez hermano", me dijo Macario ajustándose el cinturón de seguridad del copiloto. Encendí la radio y metí primera. ¿Es paradójico no les parece? Venir al desierto a buscar la suerte, el oasis en donde todo es arena, la buena racha en el azar mismo, la abundancia en medio del vacío… joder. Aceleré, entré al highway un poco arriba del límite indicado y entonces tuve una epifanía; llevaría a cabo mi sueño de ser un chef, quizá uno famoso con mi propio restaurante, un show en televisión... bueno, soñar no cuesta nada.
Y bueno, las cosas no se dan solas, siempre viene algo con otro, o viceversa.

20

Lo otro resultó Patricia. La conocí una mañana después de haber pasado toda la noche en vela estacionando carros y acomodando abrigos en los vestidores de una fiesta privada, en un casino exclusivo. Un sitio increíble, con pista de aterrizaje y helipuerto, uno de esos sitios únicos que a los ricos encantan; remoto, híper seguro y discreto. En la superficie daba la apariencia de una simple casa de campo, aunque una vez adentro el lugar se agigantaba y llegaba a doce pisos bajo tierra, y como la mayoría de los grandes casinos incluía un hotel, bar, alberca y spa. Se llamaba "The Atomic Shelter" y era parte de la cadena de "Hoteles Internacionales Cinco Estrellas", misma que administraba otros seis casinos, entre ellos "El Cosmos", mi jale de semana. Como de costumbre llegué a tiempo -en esta cultura es

importante; “a donde fueres has lo que vieres” decía mi abuela y me gusta seguir sus recomendaciones lo más posible-. Me detuve en la casilla del guardia, mostré mi identificación y el permiso del carro. Logré encontrar lugar y estacioné el auto en el primer subterráneo, asignado a empleados de planta y temporales. Caminé hasta el elevador, la puerta de este se abrió en el cuarto piso, fui a la subestación, en la ventanilla se me entregó un traje guinda similar a los que llevan los botones de hotel. El *manager* de esa noche nos reunió en un cuarto de paredes redondas después supe había sido parte de la torre de observación de un proyecto trunco donde se planeaba vender asientos a turistas que quisieran ver los experimentos con bombas atómicas-. Seríamos treinta de nosotros entre hombres y mujeres, ya vestidos de botones y listos para atender a los VIP de la noche. Éramos los de fin de semana, así que cubriríamos los puestos vacantes. El tipo a cargo nos fue asignando posiciones según nos pusimos frente a él. A mí me envió con otros tres al coat room.
-Por supuesto es un posición delicada, por aquello de las bolsas, las carteras y otros objetos de valor, you know?– dijo el tipo y remató; así que al final serán sujetos a inspección por un guardia... ¿estamos?
-Pues si- respondimos no muy convencidos. Cuando eres pobre sospechan que eres ladrón, aunque debería ser a la inversa.

En “ *The Atomic Shelter*” todas las transacciones se llevaban a cabo con fichas; podían usarse lo mismo en las mesas de juego, en el bar, o en las maquinitas; lo mismo para recibir y regresar prendas, que para nuestros pagos. Al terminar la jornada se nos entregaría una cantidad de fichas, las cuales al final cambiaríamos por *cash*, dependiendo de cuantos clientes atendiéramos. En Las Vegas muchas cosas funcionan con fichas. Yo he pagado comida, tragos, compañía y hasta la lavandería con fichas-. El caso es que una vez terminado el jale, me cambié y me esculcaron. Salí del estacionamiento, el sol me deslumbró. Era lunes, muy de mañana y andaba con tres cuartas partes de mi salario encima, el otro cuarto lo había perdido jugando a los dados antes de salir hacia un par de horas, ya como cliente. -Con todo y que había baños sólo para empleados, restaurantes para empleados y hasta elevadores para el personal, como si tuvieran vergüenza de nosotros, podíamos jugar lo que quisiéramos, siempre y cuando no estuviéramos en horas de trabajo y no lleváramos el uniforme. Venía yo pensado en mis cien dólares perdidos en los dados, cuando salí de la brecha de tierra y subí al highway. Me había prometido no jugar más; o no tenía suerte, o el casino estaba arreglado. He tenido mis rachas. Por las buenas decidí olvidarlo, aunque la realidad era que no me había podido contener. Soy como un gordo a dieta que siempre termina atragantándose medio pastel más de la cuenta. Un porno-adicto visitando su página preferida a la

medianoche, qué sé yo… Sentí hambre, decidí ir a la cafetería del "Nevada Inn" del cual era regular pues estaba ubicada al cruzar la calle de mi empleo de entre semana. La ciudad parecía desierta. Me tocaron semáforos en verde. Algo había pasado en el "The Venetian", pues había un montón de patrullas estacionadas afuera del casino. Puse la direccional, doble en la avenida Flamingo Road y me estacioné en la calle, casi metí fichas al parquímetro en lugar de monedas. Caminé por la acera y entré al Nevada. Ya adentró fui al área de restaurantes. Se me antojaron unos huevos con jamón y queso. Panecillos y café negro. No funciono si no bebo un café matutino cargado. Como les dije, era uno de los asiduos del lugar y hubiera sido un día cualquiera, sino hubiera sido por la presencia de Patricia. Cuando llegué ya estaba en la barra; a media milanesa y en su segundo café.

Karla, la chica que atendía la barra me saludó con un cantadito:

-¡Buenos días, buenos días!

-Hola Karla- respondí jovial. -¿Cómo va la mañana?

-De maravilla mi estimado, no se puede uno quejar- sonrió en grande.

-Que bien.

-¿Qué tal el trabajo?- fue su turno.

-Nada muy especial, una convención y la reunión nacional de las ligas de béisbol en un casino privado.

-Lo segundo suena interesante. ¿Vinieron los jugadores?

-No, para nada, quienes llegaron fueron los burócratas de los equipos, los de traje que están en las oficinas, especulan con la plata y nunca vemos.

Me miró con interés; hizo un gesto de aprobación y dulcemente me preguntó:

-¿Lo de siempre?

-Sí Karla, gracias, sólo que esta vez con papas.

-A la orden.

Karla era una buena persona; amable, regular, acomedida. Tomé asiento y levanté la vista hacia la televisión. En algún lugar del centro del país un hombre había entrado con una metralleta y matado a una veintena de personas en una iglesia. Estaba en todos los canales; "otro acto de violencia insólita", dijo el presentador televisivo quien dramatizó un poco y soltó algunas lágrimas de cocodrilo.

-¿Lo de siempre? ¿Todos los días desayunas lo mismo?

Escuché junto a mí, voltee la cabeza. Nos separaba un asiento en la barra. Era una chica sin lugar a dudas guapa, de buen cuerpo y actitud de chica mala, esto último el rasgo que más me llamó la atención. La miré estudiándola y le respondí:

-Vengo aquí porqué guisan bien, la comida tiene buenos insumos y el precio es razonable.

Pasó el bocado en la boca y volvió a embestir:
-La pregunta fue si todos los días desayunas lo mismo, no si es barata o sabe bien.

La miré interesado. Me gustaba su desenvolvimiento y su forma de provocar. Además de gustarme las apuestas tengo otras malas costumbres, entre ellas el gusto por las mujeres broncas y arrogantes; en mi tierra abundan y amé por lo menos a tres de ellas, entre otras a una prima del lado de mi madre, en secreto claro.
-Se sobre entiende, pero con diferentes variaciones de acuerdo al menú; a veces con papas, a veces con jamón, a…
-Yo no sé si podría hacer eso todos los días. ¿Es aburrido no crees?

Me gustaron sus ojos.
Dejó los cubiertos sobre el plato, levantó la taza de café y le dio un sorbo lento, todo sin dejar de mirarme.
-Ah, bueno, también vengo aquí porque me queda cerca del hotel donde trabajo, es allá enfrente, el de la entrada de nave espacial de los 70s.
-"El Cosmos".
-El mismo.
-¿Dónde las meseras van vestidas como en trajes espaciales de diferentes épocas?
-Exacto.
-¿Y qué haces? ¿Eres camarero, cadi, saca borrachos o engaña viejas?
-Nada de eso. Lo mío es la comida.-Mastiqué al aire mirando su busto e imaginando le mordía la teta.
Le gusto mi mímica y sonrió.
-Cocinero.
-Sí, eso. El arte de la comida.
-Ja, no te las des de tanto.
Karla llegó con mi pedido en una charola y puso frente a mí, huevos revueltos con jamón, patas fritas y col con mayonesa. Una humeante taza de café cargado y panecillos tostados.
-Provecho Sergio, ya depués le vengo a contar que dice su horóscopo.
-Mmmm. Gracias Karlita tengo un hambre de lobos, anoche no cené nada.
-Muy mal, muy mal. Ande, empiece, se va a enfriar.
-Sí, eso es lo que digo, la base de la vida es la comida- intervino Patricia, metiéndose un trozo de carne a la boca.
Karla y yo intercambiamos miradas. Volteé a ver a Patricia y le cerré el ojo. A veces pienso que ese fue mi primer error, habérmelas dado de castigador con una experta en tortura.

21

Me desperté a las 4 de la tarde. Salí por algo de desayunar ante el refrigerador vacío, compré también papel de baño y pasta de dientes.

Estaba en la caja ya para pagar, cuando una noticia en primera plana del Vegas News me dejó pasmado; a mi antiguo manager, Ross, lo había agarrado con varias menores de edad, las explotaba. Cogí un ejemplar del vespertino y pagué. Se describía con lujo de detalles la intrincada red de pederastas, traficantes de humanos, representantes de artistas y oficiales de la policía involucrados. Tras seis meses de investigación, el FBI había desenrollado la madeja de complicidades, asociaciones delictuosas y vínculos entre unos y otros. La mayoría de las chicas eran enganchadas en México y Centroamérica bajo falsas promesas, estas iban de un trabajo como niñeras, a ofertas en el mundo del modelaje y del cine. Todo parecía muy legal y decente, hasta bien cruzada la frontera en Tijuana donde las víctimas descubrían su condición. Se habían requisado tres casas de seguridad con más de doscientas chiquillas custodiadas por ex-policías mexicanos y fronterizos. Entre los involucrados se encontraban altos funcionarios del gobierno de Baja California, agentes migratorios, representantes de artistas y dueños de empresas dedicadas al entretenimiento. Además de una empresa de transporte, una agencia de modelaje y un sitio de pornografía en la internet, además de policías, traficantes y mafiosos. Llegué a casa, desempaqueté todo, puse una sopa instantánea en la estufa y me senté en el sofá a continuar la lectura. A Ross le habían caído los federales por sorpresa en casa, donde tres chiquillas de trece años se encontraban de paso rumbo a otra locación. Lo habían encontrado en la cama con dos de ellas, drogadas, y a una más amarrada con cadenas dentro del baño. Así mismo, se habían confiscado cuatro casas de seguridad en el área de las Vegas y otras más en California y Arizona. Tenían en custodia a diez de los angelitos, aunque otros pájaros más habían volado. El asunto apestaba y ya los políticos se aprestaban a deslindarse. A Ross y a sus compinches se les imputaban cargos de violación, pederastia, privación de la libertad, secuestro y abuso de confianza entre otros agravios. Recordé a Ross, su amplia sonrisa, sus dedos anillados, sus cadenas de oro y su actitud de padrote barato. El colmo fue cuando sin avisarme quería que participara en un evento privado de masoquismo. Me negué rotundamente. Nunca me ha interesado, soy de los que piensan que el amor no debe mezclarse con la violencia.
-Son chicas, se trata de golpearlas un poco…- trató de convencerme con su voz de coralillo.
-¿Y qué tal quieren al revés?
-Pues te dejas golpear un poco.

Recuerdo mirarle incrédulo, no di crédito a lo que acababa de decir.
-Las mujeres ya están adentro esperando. La luz es medio oscura, así que no verás a nadie en realidad, por si eso te preocupa… Además, sé

que eres un buen performer y no me dejarás con el público esperando…

Era una rata. Tomé el traje de látex negro que me extendía con una mano y se lo arrojé al rostro.

-¡Jódete Ross, eres un hijo de puta! ¡He hecho de muchas cosas contigo, pero aceptar ser abusado sexualmente, eso jamás cabrón!-. Fue la última vez que lo vi. Me congratulé de haberme deslindado de él. El tipo era un manipulador de lo más grande; con voz de judas, y labia de serpiente come-roedores. Recordé como era humillarse por un poco de plata. A veces se encuentra uno en la vida con cada calaña que hay que joderse. Una vez hice de testigo en una boda, vestido de Elvis Presley. La novia, una cuarentona en su tercer matrimonio, se había obsesionado con esa idea. Parte de la fantasía era que ella me escupiese, pero como aquello no funcionaba en aquella iglesia, resultó que el novio ya afuera, le daba dos trompadas al rey, o sea a mi… nariz rota por unas monedas.

En short y camiseta me senté en la terraza a beber café. Por alguna razón extraña, recordé la caja musical de la abuela, casi intacta, de entre las pocas cosas que habían sobrevivido al incendio. Según la historia, el abuelo se la había regalado a mi abuela un aniversario de casados. Era una caja italiana, octagonal de cedro blanco, de la que ascendía del fondo poco a poco una bailarina dando vueltas alrededor de su eje al ritmo de la música. Conforme la música terminaba, los giros de la muñequita iban decreciendo también, hasta detenerse en el centro. Traté de hacer memoria de donde había quedado. Eso me llevó a pensar en Gaby, en Carlos, me entró nostalgia por mi casa, por mi tierra, por mi familia, por lo que pudo haber sido y no fue. ¿Les conté? Otra de las cosas que sobrevivieron a la quemazón fue un espejo humeado, un diccionario y un trofeo de futbol de cuando iba en la secundaria. Gaby encontró también unas llaves que por mucho tiempo estuvieron perdidas, abrían todas las puertas de la casa… Me puse la mano izquierda sobre el pecho y les envié a mis queridos un abrazo a través de la distancia y a través del tiempo. A la primera oportunidad llamaría a Gaby por teléfono. Paradojas de la existencia, ¿no? Se fue la casa con todas sus puertas y aparecieron las llaves; el espejo acabó ennegrecido sin nada por reflejar, y el diccionario fue el único libro sobreviviente de todos los libros acumulados por mi padre… Tal vez un día regresaría a Sonora, tal vez cuando todo estuviera olvidado, cuando ya no hubiera un precio por mi cabeza.

22

Otro día, otra mañana, la misma vida. Crucé la avenida y me dirigí a desayunar antes de irme a dormir. Ahí estaba Patricia, en el mismo lugar sentada. Sonrió al verme.

-Lo mismo -dijo señalando el contenido del plato con el cuchillo.

En efecto comía milanesa, papas y ensalada, lo mismo que la vez anterior, aunque evidentemente su comentario era una burla.
-Ya ves como no siempre es malo repetir- fue mi respuesta en el mismo tono sarcástico.
-Hey… me convenció tu rollo sobre los buenos insumos, el sazón del lugar, la mesera simpática quien lee tu horóscopo, y bla bla bla.
-Claro, claro-. Me despojé del saco y subí las mangas de la camisa. Recién había empezado a trabajar de gondolero.

En la televisión pasaban otra masacre, esta vez en una secundaria, tres chicos habían irrumpido en el salón de eventos con escopetas recortadas; el motivo, su virginidad intacta. El saldo ascendía a diez personas muertas y muchos heridos. El reportero había conseguido copia de las cámaras de seguridad. En la imagen granulosa se observa a los asesinos entrar al lugar llevando máscaras de diferentes presidentes norteamericanos; Nixon, Bush 2, Reagan, Clinton. Visten gabardinas negras, gorras de béisbol. Desde el proscenio hacen una reverencia al público y después disparan en todas direcciones. Comerciales.
-¿Has probado el atomic cocktail?
-No, pero suena como que te revienta los oídos, o algo así.
-Algo así, imagínate lleva vodka, coñac, sherry y champagne.
-Que bestia… quien carajos quiere una explosión atómica en la cabeza.
-Anoche lo probé.
-¿Y cómo te fue? ¿No estás radioactiva?
-Claro, por eso estoy desayunando lo mismo.
-Se ve, se ve.
-Es una bebida de los cincuentas, de cuando se experimentaba con bombas nucleares bien cerca de aquí y venían turistas a ver las explosiones.
-No te creo.
-Sí, lo juro.
-Joder, sí que eran imbéciles.
-Hola hola…- llegó Karla frente a mí del otro lado de la barra. -¿Lo mismo?- preguntó de lleno con la libreta de pedidos en posición de quien se dispone a escuchar y escribir.

Giré la cabeza y la miré a los ojos.
-No… no esta vez- dije.
Karla levantó sus anteojos y me miró extrañada.
-Dame una carne empanizada, sin papas, en lugar de eso cebolla y jitomate.
-¿Qué pasó? – preguntó Karla intrigada, como si hubiera roto alguna regla.
-Se me antojó, nada más… además, ella come tan rico que me dieron

ganas.
Karla anotó en su libretilla y volvió a acomodarse los anteojos.
-¿Cómo rico, qué es eso? –Patricia me lanzó una mirada coqueta.
Era coquetísima, lo hacía con gracia, quizá no del todo natural pues se notaban ciertas actitudes aprendidas. Le sacaba jugo a los ojos grandes, a ciertos modales femeninos y a pucheros graciosos que sabía hacer, lo comprobé después.
-Sí, verte comer inspira a comer, quiero decir, cuando comes da hambre… o algo así.
Karla cerró su libreta y se fue sin entender nada, había días en que así le pasaba.
-Y a todo esto, ¿porque terminamos hablando de bombas atómicas y todo ese asunto?
-Ah, es que me preguntaba a quién carajos se les ocurren tantas estupideces, como los malditos cocteles esos.
-Te voy a decir a quien, a los chicos de los departamentos de marketing, por venderte cualquier cosa son capaces de asociar dos opuestos en una cosa positiva. ¿Qué jodida asociación tiene una deliciosa bebida, como supongo es el daiquiri, con un acto tan estúpido e irracional como explotar una o cien bombas atómicas?
Patricia se me quedó mirando asombrada esta vez.
-No me digas que lo de la cocina era falso y en realidad eres maestro de ciencias.
-No, para nada. Algún día seré un chef famoso.
-Así se habla… me cae bien la seguridad con que dices las cosas.
-¿De verdad te parezco seguro?
Levantó los ojos del plato, giró la cabeza y me miró. Debí de haberlo intuido al momento de preguntarle eso, me estaba entregando solito; abrió su mano y como un muñequito en miniatura entré ahí. Sus ojos me encantaron, su cuerpo sin duda.
Al mes ya vivíamos juntos, administraba mi cuenta bancaria –una de ellas al menos- y yo me tragaba todas sus puterías, malos tratos y desplantes. No sólo pagaba la renta y cocinaba, sino que me convertí en su mirón, su guardaespaldas y su chofer. A veces me pregunto porque aguanté tanto.
Para que negarlo, casarse es emocionante, supongo bonito para mucha gente; cuando se encuentra a la persona adecuada y se siguen ciertas reglas… no fue mi caso. Me hubiera gustado claro, aunque las cosas a veces son diferentes. Con Patricia no sólo me desnudé físicamente, sino como una cebolla, a la cual le quitan las capas, me quedé sin piel. No le oculté nada, hasta cosas que debí callarme le conté. Por ejemplo, que en eso del sexo había empezado desde muy joven y mi primera experiencia había sido con una tía a mis once años. Era una parienta de veinte abriles, grandes tetas de pezón amplio y mucho

pelo de lo que va del ombligo a la parte media del culo. Un culo amplio y de un ojazo oscuro, el cual me obligó a lamer, mientras ella me succionaba el pene a mí, según esto para que se desarrollara y creciera a buen tamaño una vez siendo hombre. A los trece años ya se la arrimaba no sólo a mi tía; quien a los pocos años se casó y no volví a saber nada de ella, sino además a dos de mis primas mayores cuando nos visitaban, y a una sirvienta de mi madre. Tardes hermosas de sexo, en las que follaba en ocasiones hasta cinco veces al día, todas ella a escondidas; ya en el baño, en el closet, entre las cortinas de la sala o ya en la alfombra de la recámara de alguno de los cuartos. Una de las primas huyó con un ranchero y la otra se fue al Distrito Federal a estudiar la universidad. Por aquellas épocas, una temporada, no pensé en otra cosa, era mi juego favorito y la mejor forma de pasar el tiempo. Llegué a distinguir entre un coño y otro, entre el sabor de los líquidos de las cuatro mujeres que se disputaban mis escarceos y entre el efecto de un empujón fuerte y rápido, y uno lento y profundo con movimiento circular. Mi maestra indiscutible en todo esto, fue Juana, la ayudante en la tienda. Me doblaba la edad y tenía una larga experiencia en eso del sexo, pues había sido prostituta desde muy joven para mantener a su familia; como un montón de mujeres en mi pobre país lleno de sátrapas. Cuando todas fueron desapareciendo poco a poco, mi afecto se centró en esta mujer de piel morena, ojos aindiados y cuerpo robusto que me atenazaba con sus poderosas piernas mientras me iba dando instrucciones. Todo fue bien, hasta que mi abuela, quien la había rescatado de no sé dónde, comenzó a sospechar de sus otras funciones en casa. Además como mujer, sabía que una esposa enferma no sirve para nada, tal era el caso de mi madre; pues es un hecho, un hombre sin sexo puede ser un tipo triste. A Juana mi abuela la había acogido como entenada y duró con nosotros hasta que grandma descubrió que yo también de vez en cuando visitaba el cuarto donde dormía. Una tarde, al regresar de la escuela, Juana ya no estaba, lloré su partida, a escondidas claro, pues los secretos en México se guardan bajo la cama, como las revistas pornográficas acumuladas por varios años, hasta que empecé a tener novias, siempre más adultas. Les repito, lo único interesante para mi hasta llegar a los 16 años, fue el sexo. Como deporte, como entretenimiento, como caso de estudio. Julita sustituyó a Juana, pero a diferencia de la segunda, esta mujer era vieja, gorda y olía mal, así que tanto un servidor, como mi padre, mantuvimos nuestra distancia. Él volviéndose asiduo visitante del burdel de la ciudad, y yo, entre masturbándome y conquistando novias feas que abrieran las piernas fácilmente, algunas de las cuales me agencié durante mis horas de labor en “La Picolina”, donde les servía un poco más de arroz, o les daba un pilón en las naranjas, en los dulces; a espaldas del abuelo

primero y después, cuando murió éste, de mi padre. Todo esto le conté a Patricia y más, pues para ella resulté ingenuo. Además, pensé que eso se hacía en los matrimonios, aunque todo lo uso después en mi contra. Le conté también de como al morir mi madre, en una enfermedad eterna, mi abuela se hizo cargo de nosotros a pesar de su edad. En esos años, hasta su muerte, mi padre se concentró en trabajar como un verdadero enajenado en la tienda. Los sábados por la noche jugaba cartas con sus amigos en la parte trasera, una vez la cortina metálica bajada, y los domingos, íbamos a pasear como una familia normal, de la que Gaby, mi hermana, era la alegría. A Patricia me entregué, y pensé ella haría lo mismo, hasta que supe todo poco a poco. No era de Arizona, no tenía tres hermanos varones como me había contado, sino una hermana mayor con quien no tenía contacto, y su padre no había sido un celebrado arqueólogo de tumbas indias, sino un trailero desaparecido al cumplir ella los seis años. Su madre había muerto de alcoholismo, y desde muy pequeña, había aprendido que “dos tetas mueven más que dos carretas” como diría mi abuela, y que a los hombres se le hipnotiza más rápido con el ojo del culo que con una sonrisa. Tuvo tres versiones, todas diferentes. ¿Por qué nos casamos? Para ser legal y recibir mejor salario en el trabajo ya como ciudadano, para ahorrar mejor, pero también por el seguro médico, y supongo, para asegurarse que estaría en deuda con ella para siempre. Los documentos en este país, es lo mejor que puede pasarle a todo inmigrante de cualquiera origen… Esto es quizá lo único bueno que hizo Patricia por mí y se lo agradezco, a pesar de todo lo demás. La ceremonia fue de las más comunes en ciudad vicio; un juez cocainómano que pidió disculpas dos veces durante la ceremonia para llenarse las fosas nasales con polvo; un pianista desvelado que golpeó desganadamente el órgano eléctrico y un cura de medio tiempo, quien nos colocó los anillos de metal bañados en oro. Y para sellar nuestro compromiso, un beso de lengüita, el cual nos supo amargo, pues la noche anterior nos habíamos corrido senda francachela. Nuestros testigos, como en muchos casos, fueron un gordo a quien le dimos veinte dólares y una negra con cara de Tina Turner a los sesenta años. En Las Vegas, me acostumbré a la vida nocturna y los tragos fuertes, al trato con borrachos, apostadores, chicas de la suerte, farsantes y masajistas. Aparentemente la vida fácil, divertida, exprés. Yo diría difícil, riesgosa, lenta y falsa como nuestro matrimonio, el cual duró menos de dos años y me dejó una profunda herida. Sin contar la bancarrota. Dice un dicho que lo sucedido en Las Vegas se queda en Las Vegas. Yo diría que es falso, lo que pasa en Las Vegas te sigue a donde vayas y a veces por el resto de tu vida.

23

Cuando apareció Patricia, tenía cierto dinero ahorrado, una

camionetita y compartía casa con Peter. Era lo que se dice medianamente feliz –sinceramente nunca he sido completamente feliz, supongo como la mayoría de los seres humanos en este planeta; plagado de injusticias y cinismo- , pero digamos, flotaba con la cabeza fuera del agua y era dueño de mi tiempo y emociones, en general, sin muchas quejas. Para ese momento ya le había encontrado gusto a la ciudad, soy muy fácil, unos meses me bastan para enamorarme del lugar. Los primeros meses estacionaba el vehículo y caminaba por "Las Vegas boulevard" fascinado. Por supuesto mi pasatiempo favorito, ver a las mujeres, algunas sencillamente divinas. Gente extravagante ni se diga; no era extraño encontrar en la acera a chicas con prisa vistiendo como vedetes rumbo a dar show; a conejitas del playboy; a gordos vestidos de Elvis Presley o a negros en disfraz de Michael Jackson. Me detenía en alguna esquina y me entretenía viendo a la fauna. Grupos de hombres en *frack* de la mano de chicas enfundadas en vestidos de noche y zapatillas. Payasos, acróbatas, malabaristas. En menos de una hora, era posible ver por lo menos a tres famosos; saliendo de los lujosísimos hoteles; descendido de sus enormes limousines; escondiéndose detrás de gafas oscuras y sombreros. Nunca había visto una limousine del tamaño de un tráiler extra largo, a la que según Peter le cabía una alberca y una sala de cine compacta. Mis primeros meses, sin entrar a los casinos, me divertía. Me plantaba en las fachadas, en las espectaculares marquesinas luminosas; miraba los anuncios, y a veces, entraba a beber una cerveza o a ponerle diez, quince dólares a alguna máquina. Esto más bien era el pretexto, dado que entraba a refrescarme del calor abrazador y volvía a observar registrándolo todo. Me detenía embobado a ver a los elegantes jugadores de ruleta; a los borrachos que empeñaban hasta la camisa en las cartas; a quienes como enajenados, echaban pestes frente a los monitores con carreras virtuales de galgos y caballos. Yo le tengo mucho respeto a las apuestas y algo de miedo para ser sincero, pero me gustan. Dos personas en mi familia, fueron jugadores empedernidos, un hermano de mi abuela y un primo lejano de mi padre, ambos terminaron mal. El primero se dio un tiro en la cabeza y el otro, mató a sus hijas y a su mujer a las cuales apostó, después de eso enloqueció. No sé a ustedes, pero a mí se me enciende la sangre, sobre todo cuando voy ganando. Por eso mismo me controlo. Por supuesto que he ganado, no en grande claro, pero algo y por eso mismo es peligroso, pues el estado de animo de un ganador es tan embriagante como la sensación post orgasmo con una linda chica. He llegado a ganar hasta doce mil dólares en los dados. Creo tener suerte con los *cubos*, desde siempre, y eso aquí en Ciudad Vicio puede ser preocupante. Por eso y no otra cosa, traté de mantenerme alejado de las apuestas, lo más que pude,

hasta que apareció Patricia. A ella no le importaron mis razones y me puso a jugar como su gallito. Tuvimos muy buenas rachas, para que negarlo, pero me desgasté. Dejé mi suerte en sus manos hasta que la consumió toda. Desde el principio me vendió la idea de que era mi talismán. De que nuestras suertes conjuntas podrían lograr grandes números. Al inicio nos fue bien. Gané en el kino, en la ruleta. Completé para comprarme un auto semi-nuevo, ropa de marca, rentar un apartamento para los dos. Ganamos en los caballos, los perros, los gallos y en las peleas de box. Me sentí un hombre afortunado; con un Camaro rojo, dinero en el bolsillo y una hembra hermosa como aquella quien detrás me susurraba números mágicos al oído. Era cierto, formábamos una buena pareja y según Patricia, era un asunto de las estrellas, los signos zodiacales y la cercanía de la luna con el planeta. A veces los dos pensábamos la misma combinación, algo traíamos con los números, uno de nuestros juegos privados era decirnos números, el setenta por ciento acertábamos, a veces era lo primero al despertar, como decir buenos días. Pero ya saben, hasta el mejor chiste se desgasta, así pasó con nosotros. Muchas cosas se desgastaron, uno de los primeros indicios fue que los números ya no coincidieron. Nuestros favoritos, como el doce y el veintisiete, comenzaron a perder; el tres ni se diga, el treinta y tres que empezó como una broma erótica, como es evidente, y después se hizo número mágico, tampoco salía. Ni luces del once o el siete en la ruleta. Debo confesar algo, tengo suerte, pero no la gran suerte, sino una suerte digamos más bien mediocre. Ni lo suficientemente mala, para que me caiga un piano de arriba en la cabeza, o me hunda en una coladera abierta; ni lo suficientemente buena como para salir de pobre. Voy ganando, comienzo a soñar y a subir la apuesta, hasta que llega un punto donde empiezo a perder y entonces me retiro… como un raterillo con su pequeña ganancia. Una vez, a las semanas de haberla conocido, ya con ocho mil en el bolsillo, ella se puso a coquetear con otro tipo, entonces me salieron tres jugadas malas. No rescaté ni la mitad y salí huyendo del bar preguntándome que había pasado. La presencia de Patricia fue como la de un guardián, el cual me protegió por algo como nueve meses, hasta que el ángel mostró su otra cara.

En Las Vegas la Medusa se cortó el cabello y todas las víboras reencarnaron en personas, gente como Ross, como Patricia, como el Alcalde, como muchos otros sin corazón.

24

Desde el primer día, mi casino favorito resultó “NY-NY”, el cual no es otra cosa que la panorámica de la ciudad de Nueva York y es alucinante; todos aquellos edificios replicando los edificios de la gran manzana, es un enorme lugar adentro. Me he tomado fotos junto a la estatua de la libertad y junto al puente Brooklyn, y confundido a mí

cuñado Carlos, quien se quedó con la idea de que estoy en Manhattan. Otro sencillamente espectacular, es “Keops”, donde las meseras visten como Nefertiti y hay sarcófagos reales en la recepción donde también exhiben en pergamino auténtico con la leyenda de un faraón. Por supuesto todo aquí es una broma, como la ciudad misma donde además hay una Torre Eiffel y un canal veneciano, donde por cierto trabajé por varios meses; vestido con una camiseta a rayas de manga larga y un sombrerito negro; y mientras remaba por el lago aquel cantaba en italiano ¡*Oh sole mio, la vida en rosa...!* A mi hermana Gaby le encantaría algún día ver la Torre Eiffel, la real claro, me lo confesó en su última postal y espero algún día poder llevarla… Soñar no cuesta nada.

En las Vegas, la única persona que nunca intentó timarme fue mi compadre Peter, a quien conocí en LA en una lavandería. Ya conocerán aquella máxima de que los pobres coinciden con los pobres. Resultó que no llevaba suficientes monedas de veinticinco centavos y la encargada, una gorda de mala actitud no quiso cambiarme. Vi a un tipo, leía una revista en inglés aunque evidentemente era latino. Entablamos conversación. Salimos a fumar mientras nuestra ropa en jabón daba vuelta en las máquinas. Nos hicimos amigos casi al instante y antes de la hora ya éramos “panas”. Peter tenía veinte años en este país. Trabajaba una parte del año en Los Ángeles y la otra parte en Las Vegas, especialmente en el verano durante temporada alta. Patricia me alejó de él por una temporada y hasta trató de envenenarme en su contra, diciéndome le había corrido la mano. Por supuesto no le creí. En Las Vegas, antes de Patricia, Peter y yo nos hicimos hermanos. Sabía varios trucos; como donde conseguir timbres de comida, cupones de descuento en ropa y la entrada a eventos gratuitos. Además, era parte de una red de empleados de casino. Tenían el pacto de hacerse descuentos entre ellos, o sencillamente de la vista gorda con ciertos boletos de algún show cuando se podía; cobrar dos en lugar de cuatro y cosas así. “Si no nos echamos la mano entre nosotros los de abajo, ¿entonces quién brother?, sobre todo nosotros los latinos que nos tienen bien jodidos en este país”. Completamente de acuerdo. Lo suyo era ser mesero; poner la mesa, los cubiertos, hablarle bonito al cliente; había aprendido a llevar tres platos en cada brazo. “En esta ciudad viene la gente a gastar plata bro, ya sabes, lo que pidan y rápido si quieres una buena propina.” Al principio se sorprendió de verme en Las Vegas, aunque se ofreció en presentarme a un par de gentes, una era una chica de Sonora, bastante atractiva la cual trabajaba de acompañante de vejetes millonarios; y el otro, el dueño de un restaurantillo de comida a domicilio. Yo todavía tenía medio tiempo en mi disfraz de Mickey. Regresamos a mover la ropa de la lavadora a la secadora; dólar cincuenta. Mientras esto

pasaba, Peter me contó de un viaje a Machu Pichu. “Tremenda energía que se siente estando allá arriba, si alguna vez tienes oportunidad ve, no te arrepentirás”. Yo le conté de mi experiencia en El Pinacate y de mi entrada al desierto; mi exorcismo. “Cambié de planeta o de tiempo, no sé. Algo pasó conmigo ahí, algo que aún no digiero del todo, a pesar de que sucedió hace varios años”. Los lugares mágicos son únicos, coincidimos. Me preguntó si tenía novia, casa, amigos, perro que me ladrase. “Nada… y a veces me siento super solo, no sabes”- me sinceré. Cuando se enteró que vivía en un hotelito de sexta, pues me había cansado de compartir casa con doce personas, y de que estaba por cumplir casi medio año en la ciudad, me propuso moverme a su casa, “pagando renta claro”. Acepté, ya estaba cansado del hotelito mugroso donde cada noche se escuchaba a gente follar.
-¿Y por qué me preguntas lo de la novia? ¿Acaso quieres deshacerte de alguna?- cuestioné.
-Je je je, mexicanos tan simpáticos, ¿les gusta el favor completo, verdad?
-Digo, si se puede, no me caería mal.
-Lo que tengo es una prometida y ella tiene amigas, ninguna es una beldad verdad, pero bueno, a lo mejor alguna alcanza tus expectativas.

Pedro era todo un personaje, al igual que a mí, la violencia lo había enviado fuera de su país. Emigrado del Perú, cuando Sendero Luminoso hacía de las suyas, había entrado a los USA como refugiado. En la universidad lo habían amenazado de muerte y había tenido que desaparecer para bien de la familia. Otra de las historias que contaba, era cuando un carro bomba había explotado dando vuelta a la esquina en su camino a casa. "Así como lo oyes, un minuto más hermano y no estuviera aquí contándotelo. La fuerza del maldito explosivo alcanzó a derribarme al piso, tuve la fortuna de no ser alcanzado por algún fragmento de metal." Por supuesto no había terminado la Universidad y sentía un profundo rencor por los políticos en general, en particular por los de su patria. En este país había aprendido a no cuestionar, a no ser un entrometido, y cuando era necesario ser camaleón, lo era y se ponía el camuflaje. A través de él entré a trabajar en las cocinas y dejé el difícil mundo del performance-circo-humillación-comicidad-show bussines-maroma y teatro. La oportunidad se dio cuando en la cocina del restaurante, donde trabajaba mi amigo medio tiempo, despidieron a un compa a quien agarraron escupiendo sobre la comida de un comensal mientras la llevaba a la mesa. “Al guevón lo tenían en la cámara hermano, ya sabes, a estos les gusta vigilarnos, así que ahí está el pendejo soltando el gargajo y ocultándolo entre la salsa… Close Up de él riéndose, hasta a la cárcel lo querían enviar…”. Por ser mi primera vez trabajando en un restaurante, me abrieron una posición

de medio tiempo lavando trastes, para empezar como todos, dijo el jefe de la cocina. No había forma de rechazar el empleo. Pedro me había recomendado, y para ser sinceros, andaba más bien ahorcado de plata. Dos semanas buscando algo en el mundo del espectáculo, ya sin la batuta de Ross claro… y nada. Por supuesto lo ahorrado se fue entre darme de comer y pagarle mi parte de los gastos a Peter, a quien comenté mi situación y ni tardo ni perezoso como hacen los buenos amigos, cuando vio la oportunidad intercedió por mí. A los dos meses se dio la oportunidad de entrar de mesero en el mismo restaurante, pero me sinceré con el chef Esteves y decidí esperar hasta que abriera una posición en la cocina; me interesaba más aprender a cocinar. Así fue como empecé carrera en esta área creativa de la cultura, como me gusta llamarle, mi verdadera profesión. La descubrí al darme cuenta del arte implícito al mezclar sustancias y educar la lengua. Hablando con el chef Esteves llegué a concebir el plan de estudiar para chef internacional, y más tarde pedir trabajo en uno de esos cruceros para así poder visitar muchas ciudades. Cocinar y pasarla bien, era lo que quería. “Tener sustancias crudas e ingredientes y transformarlas en un platillo sabroso hecho por ti, es algo que llena de satisfacción a cualquiera”. Palabras de Estevez. Dicen que las personas no cambian de un día para otro, y es verdad. Una mañana me di cuenta, haciendo trabajitos insignificantes no iba a llegar a nada, apostando menos. Pedro tenía razón, me costó tiempo descubrir el tiempo. En cambio, si llegaba a ser Chef, podría tener prestigio, trabajo y llegar a una vejez digna, algo que empezaba a preocuparme.

El departamento de Peter no era muy grande, una recámara chica y una sala-comedor, además de cocina y baño claro. Me confesó, no hacía mucho rentaba la sala a un conocido suyo, el cual por causas de fuerza mayor había tenido que salir corriendo a su país. El sitio era agradable, se lo dije, pero eso de dormir en el sofá era como estar de visita y eso no me gustaba, más cuando mi plan era asentarme por lo menos un par de años en Las Vegas. Es más, el problema no era el sillón, sino cierta privacidad mínima. No contaba con mucha plata, pero sí me alcanzaba para comprar un par de biombos y darle cierta privacidad al área que sería “mi cuarto”.

-Es diferente me veas los pies, o la cabeza, a que veas encuerado, ¿no crees? Es un tanto bochornoso, tanto para mí como para ti.

-Cierto… que tal si te quieres masturbar.

-Ja ja, suele suceder.

Movimos el viejo y pesado sillón de cuero a una esquina, sobre una de las alfombras y reacomodamos los otros dos sillones y la mesita de centro aparte.

-Justo Peter, dos biombos y este pedacito para entrar. ¿Cómo ves? Así queda este otro espacio para ver la tele sentados en los sofás

individuales. Vamos, no es para ponernos a bailar, pero puede ser una pequeña sala de usos múltiples.
-Carajo, eres un artista en acomodar bro, ¿a poco te lo enseñaron en la escuela?
-Je je je. Estoy pensando en que tal si un día traigo a una chica… así al menos sé que nadie nos está viendo, eso de estar viendo como que no es lo mío.
-Si quieres podemos rotarnos.
-¿Rotarnos qué? ¿La chica?
-No, la recámara. Seis meses yo adentro y los otros seis tú aquí afuera.
-¿En serio?
-Claro, si la renta es a la mitad.
-Me gusta, eso es camaradería- le extendí una mano.

Tomó mi mano e hizo una reverencia como en el siglo XVIII.
-El sillón es increíblemente cómodo- dijo Peter. -Es de piel como verás, es la herencia del inquilino anterior.
-¿Lo conocías?
-Sí, un argentino escapado de la dictadura, cuando el país regresó a la democracia se regresó. Él lo traspasó a un rentador anterior, y luego este me lo traspasó a mí; el sillón venía con el paquete, ya sabes, nada viene sólo. La dueña del departamento es una mujer, fue mesera en el Stardust, buena onda.
-Trato hecho, no se hable más.

Cerramos el trato con un apretón de manos.
-Sólo una cosa, nada más no te desaparezcas como lo hiciste en Los Ángeles. ¿Estamos…? ¿Qué pasó?
-Bah, es una larga historia, algún día te contaré.
-OK. Por lo menos no te olvides de despedirte.
-Claro, claro… -dije evaluando el espacio de aquel pequeño departamento. ¿Dónde comprarías tú unos biombos a buen precio?- le pregunté.

Peter sonrió.
-Yo sé perfectamente donde, es una tienda enorme donde venden un montón de cosas, pocas verdaderamente antigüedades, pero cosas viejas en buenas condiciones, nada chino. Yo laboré medio tiempo ahí recién caí en *Ciudad Vicio*. Precisamente ese sillón, según sé, es de ahí. Tienen muchas cosas, son de gente vieja que muere y no tiene a quien dejarle sus pertenencias, así que pasan a manos de la beneficencia, digámoslo así, pero esta privada. El dueño compra lotes de cosas mes con mes. Llega de todo, parte de mi jale era separar las cosas, repararlas y limpiarlas, lo inservible a la basura claro. Ese espejo en la pared es de allá, aquel florero y ese Van Gogh.

Caminé al Van Gogh, la reproducción estaba desgastada, comida por el sol y debía tener muchos años detrás de aquel marco a todas

vistas barato. Pero era Van Gogh y seguía siendo uno de los genios de la pintura al alcance de todos.
-Cool bro, deberíamos darnos una vuelta. Reciclar cosas es lo mejor que puede pasarle a este mundo.
-En la cocina del restaurante reciclamos casi todo; no solo empaques de productos, sino la misma comida del día anterior, he visto como el chef la monta en platillos diferentes.
-¿Y sabe bien?
-Claro, Chef Estévez es de los mejores, como te habrás dado cuenta.
-Lo es.

Me imaginé mi espacio con biombos chinos decorados.
-Haría falta aquí una mesita y una pequeña lámpara para leer encima, ¿no crees?
-Claro. Vamos a encontrar algo simpático ya verás. Mañana mismo vamos; a las nueve abren.
-No se hable más. ¿Dónde pondré mi ropa?
-Hay dos closet chicos en este cuarto- lo seguí- en este tengo cachivaches que puedo poner en la basura, como veras no es para guardar un gran guardarropa, pero es decente.

Me reí para mí, Peter sonaba como un vendedor de bienes y raíces. Sobra decir que compartimos no sólo casa, sino momentos memorables. Una de nuestras actividades favoritas durante la semana era ir a las albercas de hoteles y casinos a tomarnos un trago, ver mujeres y nadar por supuesto. Íbamos de colados, bebíamos a mitad de precio y teníamos una probadita del lujo que el dinero ofrece. La red de amigos de Peter era bastante grande. Había que llegar a una hora específica, por una puerta específica y permanecer en un área específica de la alberca sin tratar de llamar mucho la atención. Fuimos a conciertos, al circo, a ver comediantes. Cuando estábamos libres nos íbamos en carro a California, otras veces nos disfrazamos de tipos elegantes, entrabamos a un Casino y nos paseábamos cortejando a las mujeres, sobre todo a las viejas –no demasiado claro- son las que llegan forradas de plata a volverse locas en *Ciudad Vicio*. Una vez terminamos dormidos en un cuarto de dos camas, con una condesa y su hermana gemela en un hotel del viejo Las Vegas, a la mañana siguiente nos turnamos camas para ver qué cara hacían las viejas de sangre azul, pero en vez de caras asombradas parecieron gustar de la bromita y así estuvimos ahí por tres días, brincando camas; rociados por champagne barato, comida china y piza. Peter no creía en Dios, detestaba a los españoles por lo que habían hecho los asesinos conquistadores y pensaba que los políticos eran el mal de todo en este mundo. Como a mí, le encantaban las mujeres, aunque bueno hoy en día está casado y es un fiel esposo. Para cuando aparece Patricia en escena, yo era parte de la red de amigos de Peter y sabía varios

secretos, ya había tenido dos novias; una nicaragüense consumista en toda la amplia gama de en este país; productos chatarra, comida chatarra y cultura chatarra. Y una colombiana de hermosas nalgas, la cual sólo pensaba en banalidades y en dinero. Se llamaba Andrea, construía sueños en el aire y tenía fantasías poco originales. "Entrar a uno de esos lugares y sentarme en el bar me hace sentir rica por un momento y eso me encanta…" solía decir. "Un día regresaré a Colombia con una maleta repleta de dinero". Con una duré dos semanas y con la otra, por las hermosas nalgas sobre todo, un mes. Las dos recamareras, una amiga íntima de la prometida de Peter, la otra una amiga del Facebook. Para el momento en que entra Patricia a mi cama, estoy libre de Ross, manejo una camioneta pick up de cuatro cilindros usada, acabo de terminar un cursillo sobre esculpido en hielo que dictó un chef alemán experto en postres y he comenzado a vivir sólo en el departamento compartido con Pedro, pues él ha decidido irse a vivir con su chica a Washington DC; con quien se casaría más tarde.

25

A través de la red de Pedro compré boletos para un concierto, entradas para un baile y reservé una habitación en un hotel caro por dos noches con champagne y toda la cosa.

-Hola lindo- dijo Patricia acabada de salir del baño en calzoncitos y camiseta, y de un ágil movimiento se metió bajo las cobijas donde mis brazos la esperaban.

La miré, era hermosa, por eso una manada de hombres la perseguía, otro tanto pagaban por verla y el resto suspiraban a su paso.

-¿Cómo estas hermosa?- respondí.

-Con frío. Abrázame.

Patricia se acomodó entre mis brazos y mis piernas. Quedamos a unos centímetros. Recuerdo pensar lo afortunado que era en tener a una hembra como aquella.

-Con tres días adelante libres, para hacer lo que quiera.

-Mmm, eso suena peligroso. ¿Y qué se te ocurre hacer?- dije.

-Estoy abierta a escuchar propuestas- dijo, sonrió y me dio un beso apasionado.

Era nuestra primera cita sin ropa, nuestro primer fin de semana juntos, y estaba fascinado por aquel cuerpazo al que había visto girar en el tubo. Ese fue quizá uno de los más hermosos fines de semana de mi vida, eso creí, incluso pensé haberla enamorado, aunque después aprendí que hembras como aquella nunca pertenecen a un sólo hombre. Es cierto, desde el principio supe, era una mujer deseada y sexual, una mujer muy consciente de sus encantos. Lo que no sabía, es que también era mentirosa, ambiciosa y manipuladora. Nadie cambia,

es un dicho bien cierto. Una reina mala por la cual no sólo perdí todo mi dinero y ahorros, sino para siempre la confianza y la suerte en las féminas. Pero bueno, quien entiende al corazón. Me hizo gozar como un perro, pero de la misma forma me puso de patitas en la calle de mi propio apartamento, se quedó con los ahorros para pagar la escuela culinaria de arte y conseguí ser un pelele. El primer indicio que no advertí, fue la venta del gran sofá en la sala, el mismo donde nos turnábamos a dormir Peter y yo. Un día llegué y ya no estaba, al principió dijo habérselo prestado a una amiga, pues dormía en el suelo. Después se le salió decir frente a otros amigos, que lo había vendido como una antigüedad. En otra versión, se había desecho de el para montar su estudio a través de una empresa asociada a la beneficencia pública. En una más, era un cachivache lleno de pulgas.

Por lo regular despreciamos a quién nos quiere, a quién se preocupa de nosotros y hace un esfuerzo por complacernos, no sé la causa. Así que ahí vamos por la vida, valorando poco el cariño desinteresado cuando se nos ofrece; quizá porque estamos demasiado acostumbrados a que las cosas cuestan y nada sea gratis. Si me hubiera quedado con la colombiana... En cambio, a quién nos trata como a burros más queremos; es una forma de relación entre los seres humanos, caí redondito; le cocinaba, limpiaba el sitio donde vivíamos, era su chofer y su guardaespaldas, y cuando quería dinero, lo sacaba de mi cuenta. – Después abrí otra, la cual por milagro logré salvar, gracias a los consejos de Peter-. Al principio el sexo fue maratónico, poco después me lo redujo, tanto como los baños juntos y las salidas los fines de semana, por cuestiones de trabajo. Al final me enteré, tenía un novio rico el cual la invitaba a lugares caros; un vejete por supuesto, lo había conocido en uno de los antros donde daba show; algunos de esos sitios realmente denigrantes. Huelga decir que Las Vegas tiene su parte turística en Downtown, pero como toda ciudad tiene sus sitios para los locales; los bares mugrientos y cochambrosos, los casinos pobretones y a veces fuera de la ley de los barrios bajos, las casas de apuestas montadas en domicilios particulares donde las meseras a veces llevan ropa puesta y otras no. Los barrancones para las peleas de perro, los gallos. Las Vegas que no sale en las películas, la parte más sórdida de un lugar sórdido muy bien iluminado y de buen humor. Dormíamos de día, a eso de las 4:30 empezaba a cocinar y comíamos como a las seis. Comentábamos tonterías; de las noticias, de amigos y de cosas que a otras gentes pasaban. Ella lo prefería así, casi no le gustaba hablar de nosotros; menos del futuro. En ocasiones cuando nos tocaban diferentes turnos, apenas nos veíamos, nos dábamos un lacio beso en los labios y ella a seguir durmiendo o yo, según. Después de comer nos bañábamos, nos poníamos listos y salíamos juntos. Pasaba a dejarla y a veces a recogerla. Ir a cenar a las

cinco de la mañana era normal para nosotros, tomar una copa a las ocho AM cosa regular. Patricia conocía a un montón de chicas con problemas, mariconcillos ruidosos y tipos mal encarados que regularmente estaban afuera de los antros, casinos y bares. Entre las mariposítas que la rodeaban había una, Sharon, me daba realmente pena, era hermosa, pero tonta como ella sola y con la peor autoestima que he visto en nadie. Su representante la explotaba a lo lindo y sospechábamos la utilizaba para hacer porno duro, aunque ella no lo aceptaba. Tomaba Oxycont con regularidad para el dolor según esto y llevaba una prescripción vigente consigo todo el tiempo, además comía como un pájaro. Patricia la había tomado bajo su protección y a veces, se quedaba a dormir toda pasoneada en un sleeping bag; en lo que después de vender el sillón –es la versión real-, montó su estudio de ensayos, según esto. Uno de sus amigos filmmakers le regaló dos luces y un fondo azul, para hacer fotografías, aunque esa es ya otra historia.

Sharon me daba lástima, así que le cocinaba cosas deliciosas aprendidas de Don Estévez y ella lo apreciaba. Patricia llegó a ponerse celosa. Fue quizá la primera mujer a quien enamoré con la comida. Llegó a confesarme que comer mis guisos era mejor que tener sexo. Fue mi tercer amor platónico después de mis primas Mariluz y Fernanda, no la toqué, aunque si la vi desnuda. Se metía a la cama con nosotros mientras dormíamos, y al menos, un par de veces irrumpió en la regadera mientras nos bañábamos. No es que fuera fea, al contrario, pero me parecía tan frágil que me producía más un tipo de amor filial. Creo ambos lo entendimos, había escarceos de su parte, de mi parte, pero ambos sabíamos que el sexo acabaría con nuestra amistad. Una vez me dijo, en una de aquellas frases que soltaba; algunas tontas, otras muy interesantes: “cuando mastico tu comida, como una parte de ti.” “A veces te veo como alguien que me penetra en el paladar.” Patricia la miraba reprobándola y se reía, a veces era cruel. “No digas tonterías, tontita y come…” Si hubiera tenido más recursos la hubiera ayudado, aunque era difícil por su proclividad a las malas decisiones; a la gente nefasta alrededor. No supe se acostaba con Patricia de vez en cuando, sino mucho después, ya cuando Sharon había desaparecido de nuestras vidas. Unos decían que se había casado con un rico, el cual había pagado la rehabilitación, otros que había terminado de prostituta callejera, y otros más, que había muerto de una sobredosis en un hotel. Encontré por casualidad el video en un folder de la computadora, las vi. Un tercero había sido el camarógrafo, Patricia y Sharon dándose besos y desnudándose una a otra sobre una silla donde terminan follando lanzando gritos. Reconocí el lugar; todo había sido filmado en la esquina del departamento, el mismo espacio convertido en estudio. Por supuesto el camarógrafo debí haber sido

yo, pero era otro, la muy zorra metía hombres a mi lugar, aquello me llenó de rabia. Metía a otros, mientras yo trabajaba en mi cocina. Producía su pornografía por dinero en mi casa y se divertía con sus amigas.

Una cosa, creo ya les dije, mi suerte fue mejor que nunca en esa época. Cada noche ella detrás echándome porras, besándome en la boca, susurrándome cositas, poniendo celosos a mis contrincantes, provocándolos. Una noche hice cinco mil dólares en tres jugadas, contrario a mis reglas continué apostando y subí a los diez mil dólares, pero volví a caer y a subir por varias horas; esa noche nos dieron habitación en el casino y todo el champagne que se nos antojó. Éramos como dos partes de un mismo talismán, me dijo después de hacer el amor por dos horas.

26

¿Cómo llegué a vivir con Patricia a las semanas de conocernos? ¿Cómo me convenció de casarme con ella? Supongo por su escultural figura, por la maravillosa forma en como nuestros cuerpos se amoldaron, o su coño de grandes labios que me succionaron; no sólo los principios inculcado por la abuela, sino el alma misma… ¿El cómo llegó a administrar mi cuenta bancaria…? no lo recuerdo. Lo cierto, es que me tragué una a una todas sus puterías, sus malos tratos y desplantes, porque de verdad llegué a amarla como a nadie. Al principio de nuestra relación fue muy linda persona. Me rompió el alma lo de su orfandad a los doce años, lo del tío bondadoso que se hizo cargo de ella a cambio de sexo dos veces por semana. Lo del padre alcohólico asesinado por otro borracho con una botella de cerveza. Lo de su hermana con seis hijos de un marido abusivo, y a quien enviaba dinero. Lo de su deseo de salir del ambiente del tubo y ponerse a estudiar, lo de casarse conmigo si me entregaba a ella. No sé cuánto fue verdad y cuánto mentira; de lo que estoy seguro, es que algo hizo la muy bruja y no hay duda… Lo de bruja no lo digo en sentido figurado, usaba la magia, el vudú y la herbolaria. ¿Qué no creen en eso? Yo tampoco lo creía hasta vivirlo.

Una mañana me tomó mucho tiempo ponerme de pie, era como si una lápida me lo impidiera, mi respiración se detuvo, comencé a sudar, me encontraba sumido en el colchón hasta los resortes; era consiente, pero estaba inmóvil. No fue sino hasta que apareció en la recámara y me habló, que volví en mí, tragando aire como si emergiera del fondo de una alberca. Otras veces comenzaba a ponerme pendejo, esto es; las cosas se me caían de las manos, se me quemaba la comida, iba rumbo a algo sin recordar con qué objetivo, compraba cosas innecesarias, andaba de lo más distraído, cuando naturalmente no soy así. Lo que me convenció, fue el descubrir, buscando una acta de nacimiento entre viejas cajas y bajo unos trapos,

dos muñecos de tela. Eran dos muñecos bastante burdos, hechos de trapo con pedazos de ropa y pelo. Estaban atados por separado, con agujas clavadas en las manos y en los pies, amordazados. Los observé en detalle. Descubrí que uno llevaba pelo mío, los trozos de ropa atados a él provenía de una muda de ropa perdida, fue un shock. No entendí bien, parecía parte una broma de mal gusto; parte una tomadura de pelo, aunque también algo más macabro. Me brotaron espinas en el lomo al darme cuenta; uno de los muñequitos aquellos, era yo en definitiva. ¿Quién era el otro? Aquella aguja en la parte posterior del muñeco, era la razón por la cual me dolía la espalda, la otra en mi pecho, el por la cual estaba enfermo de la garganta. Me quedé frío, la mujer con quien vivía me tenía embrujado. Mi primera reacción fue reclamarle, armarle un escándalo, meterla en orden a la muy gitana. Pensé en matarla, me entró miedo. Medité bastante, no cabía duda, se me adelantaba. Me irritó no sospechar que tendría su guardadito, su alquimia, sus olores sexuales, los pinches muñecos y sus pendejadas ritualistas. Estaba muy molesto. Nunca he tocado a ninguna mujer con los puños, quizá jaloneado, gritado, pero golpeado nunca, no se me da. Además, mis padres fueron muy estrictos respecto a eso, aún recuerdo, nadie me dirigió la palabra por una semana, fue el castigo impuesto por golpear a Gaby. Los muñecos vudú fue la gota que derramó el vaso. Quise estrujar a Patricia, tomarla por el pescuezo como a una gallina y arrancárselo. Aquel descubrimiento me hizo darme cuenta de mi estado hipnótico, fue como quitarme una venda de los ojos. Comencé a atar cabos, a descubrir un montón de juegos y manipulaciones. La pinche Patricia había jugado conmigo todo el tiempo. Decidí entonces no decirle nada, seguirle el juego. La muy zorra llegó muy quitada de la pena, nos dimos un lacio beso en los labios, se puso su ropa de casa y comenzó a servirse un trago. La miré de reojo estudiándola. ¿Cómo era posible que una chica occidental, norteamericana, resultara una pinche bruja total, con conocimiento del toloache y el vudú? Fui amigable por última vez y le serví la comida. Me sonrió con aquella sonrisa que en otros tiempos me había derretido; la misma utilizada en sus rituales, le sonreí también, no quería despertar sospechas. Para cuando esto pasó, ya había hecho algunas cosas de las cuales moralmente me arrepentía; entrado en una relación desgastante, y de celoso había pasado a ser un voyeur. No les iba a contar esta escena, pero aquí les va.

27

Terminé de masturbarme, mis espermas en todo el piso y en mi mano donde brillan como aceite bajo la luz mortecina. Al fondo los jadeos de Patricia, a quien se la follan dos hombres jóvenes y vergudos como animales. Lo que minutos antes me excitó, ahora me duele profunda- mente. Se trata de un asunto moral por supuesto, algo que

me está afectando más de cuanto pensé al iniciar el jueguito. Sin embargo y debo reconocerlo, yo mismo fui culpable de aquella maldita situación mezquina. Nunca estuve más confundido, fue una aberración. El caso es que no tenía erecciones si no veía como otros la poseían. Patricia encantada por supuesto, sobre todo si me veía sufrir, era una puerca y cada vez más degenerada, aunque la amé como un loco; me enfermé. No fue necesario... todos aquellos bastardos, carajo. Me convenció de cambiar las reglas, no sé porque acepté.

Estábamos en el bar, era nuestra segunda "luna de miel". Habíamos bebiendo desde muy temprano, y ya para la hora de la cena me sentía borracho, aunque también excitado... Insistió en invitar a nuestro cuarto a una mujer que conoció rumbo al baño, según me dijo. Se salió con la suya, fue una noche divertida y repleta de sexo, aunque una mañana difícil y llena de reproches. Entonces me planteó lo de los hombres, si dos mujeres habían sido divertidas para mí, ¿qué tal a la inversa? En los siguientes dos meses intimamos con otras personas por lo menos en diez ocasiones. En una de ellas, me di besos con un vato, mientras Patricia jugaba con nosotros. Me inició en las relaciones con tríos y en el intercambio de parejas, y nuestras fantasías sexuales dejaron de ser eso para materializarse. Si no la hubiera amado, quizá no hubiera sido tan difícil.

Me limpié las manos con una toalla sucia, crucé el umbral de la recámara y escuché los gemidos apagados de Patricia y el chapalear de los tres cuerpos. Una vez descargado mi libido, apreté la quijada para evitar la náusea que me producía aquella escena. Entré a la cocina. Abrí el refrigerador y tomé una cerveza. Desnudo como estaba, me detuve en el umbral y observé a los tres moverse al unísono, como si fueran una sola bestia. Uno la penetraba por atrás y el otro disfrutaba de los dulces labios de Patricia. El espejo me regresó la imagen de una Patricia con los ojos puestos en blanco ante los embates de aquellos dos animales, pujaban como si estuvieran levantando pesas en un gimnasio. Iniciaron un movimiento circular, un nuevo tipo de baile y los hombres alternaron posiciones; apestaba a cuerpo, a culo. Volví a cruzar la sala y fui hasta la puerta del porche, no podía más. En el camino a la terraza cogí mis calzoncillos. Me tumbé en uno de los sillones de mimbre, mirando a lo lejos las montañas. Encendí un cigarro. Me sentía mal... Finalmente la moral y la ética son lo que nos mantiene en orden y funcionando, lo sabía, y había roto con las dos impulsado por aquella golfa. Me dejé lavar la cabeza y manipular. Además, siempre he sido curioso. Di una segunda aspirada al cigarrillo, sufría, me era difícil reconocerlo, pero sufría abismalmente; tenía la sensación de quien se ha lanza de un avión y no sabe cómo abrir el paracaídas. Arrojé el humo por la boca como si lanzara un último suspiro. Me cogí la cabeza. Ya me habían advertido,

no todas malditas fantasías sexuales pueden llevarse a cabo, siempre hay que dejar algo a lo imposible.

Habíamos quedado de vernos para ir al cine. La encontré platicando con un rubio joven, al parecer había perdido mucha plata en las apuestas. Según él, apostaba a todo; los galgos, los caballos, el fútbol, las luchas, el béisbol, el kino, dos moscas si se peleaban, lo que fuera. En invierno descansaba, y por lo regular, viajaba a casa de sus padres en California, donde aprovechaba para *surfear*, le encantaba. Terminé mi segundo vaso de gin. Durante todo ese tiempo no hablé, ni hice comentario alguno, fingí no conocerla, aunque noté una erección. Era extraño, el verla platicando tan cerca con aquel tipo me producía un gran placer. Ella se contoneaba, reía, miraba de manera provocativa al rubio desabrido aquel, le mostraba las piernas. Me acomodé el pene bajo el pantalón, verla ahí como a cualquier otra hembra en busca de macho y sin mi participación directa, era una nueva experiencia. Levanté mi copa y fui a sentarme a un lado de ella. El rubio reaccionó colérico.

-¡Hey amigo, la chica y yo estamos juntos! ¡Así que muévete!

Esbocé una sonrisa y dije:

-La chica, es nada menos que mi mujer, surfer... por si ella no te lo ha dicho.

El rubio la miró extrañado. Fue ella quien habló.

-Ok, ok... es verdad, pero estamos molestos, así que has de cuenta que no está.

-Pero estoy ¿lo entiendes?

-No estás- dijo fríamente y me congeló con la mirada. Después rio y empinó la copa hasta el fondo, se veía ebria.

-Me hice de piedra, me quedé mudo.

-Ciao bello- me escupió con la peor de sus caras. Se acercó al rubio y le dijo al oído. “Si quieres venir, sígueme” Patricia se acomodó la falda dejándole ver al rubio su amplio y bien proporcionado trasero, el cual movió hipnótico hasta salir por la puerta. El rubio se puso de pie. Extrajo unos billetes del bolsillo y los arrojó sobre la barra, posteriormente corrió hasta la puerta. Ya conocía el camino hacia donde se dirigían, así que bebí mi copa con tranquilidad y esperé por los comerciales en la televisión. “Dicen que fuego se apaga con fuego…” recuerdo pensar. “¿Qué tal, cinismo con cinismo?”- Pagué y llevé conmigo una botella de tequila, la escondí bajo mis ropas hasta llegar a casa. Cuando abrí la puerta, mi mujer se encontraba besándose con el rubio, quien ya se había despojado de la camisa y los pantalones. Ambos me miraron con extrañeza. Patricia, seguramente pensando en porque me había atrevido a subir y no esperado hasta que aquel mequetrefe descolorido saliera cuarenta minutos más tarde. El rubio, parecía confirmar lo que había tomado como una broma. Les

enseñé la botella, sabía que en casa no había una sola gota de alcohol. Mi mujer se soltó de los brazos del otro y vino hacia mí sonriendo, con los brazos abiertos, se notaba de verdad bebida. Fuimos a la cocina, mi mano abierta sobre sus amplias nalgas. El rubio llegó detrás de nosotros, hasta la borrachera se le había bajado, llevaba la camisa en una mano, el pantalón puesto. Se notaba alterado, quizá pensando que era objeto de una mala broma, así que le extendí una de las copas. Los tres bebimos apresuradamente y volvimos a llenar las copas. Patricia se veía colorada, muy ebria. Fui al estéreo y puse un CD de música romántica, un blues. La tomé entre mis brazos y cadenciosamente comenzamos a movernos. Me miró un tanto confundida desde su ebriedad, quizá evaluaba mis respuestas. No abrí la boca… error grave. El rubio volvió a ponerse su camisa, quizás un tanto desconsolado porque le había echado a perder su fiesta, y ya caminaba hacia la salida, cuando Patricia lo llamó y vino a unírsenos. El rubio comenzó a lamerle las piernas, mientras yo le sacaba el vestido por los brazos. Se notaba temblorosa, húmeda. El rubio se sacó los pantalones nuevamente y la camisa como un experto. Los dejé jugando un rato y bailando, fui a servirme otra copa. Mi mujer lo besaba trémula, se le replegaba. El rubio la levantó en vilo y pude ver su erección, tenía más bien un pene pequeño; la deposito en el sillón y comenzó a hurgarle el coño, mientras el mismo se la jalaba, se veía muy caliente. Por mi parte me despojé de la ropa y fui a sentarme junto a Patricia, me recibió con la boca abierta. Me miró a los ojos, esta vez no entendí su mirada. Ella misma fue quien extendió la mano a la lámpara y la apagó para quedar a oscuras. Entre el rubio y yo, ella, el resto ustedes ya podrán imaginarlo, al final ambos la poseímos, nos besamos los tres.

No voy a negarlo, aquella primera vez fue algo extraño, especialmente después de todo el numerito; para nosotros dos digo, dado que el tipo salió furtivamente una hora más tarde cuando Patricia comenzó a llorar supuestamente arrepentida. Yo también sentí vergüenza. Ella principalmente, dijo, aunque hoy en día sé qué mintió, pues ella tras bambalinas me hizo hacer cosas y a tomar decisiones que me afectaron. Por más de tres días hablamos poco, siempre con la luz apagada, sin tocarnos ni tocar el tema, el cual empezó a crecer como una pared entre los dos… Aquello me afectó. Como todos sabemos, una vez desatado un efecto, lo más que puede hacerse, es retrasar la causa. El caso, es que nada volvió a ser igual entre nosotros.

Para nadie son una sorpresa los clubes de parejas, los bares, los cruceros, las reuniones de ex-alumnos, los coloquios sexuales, o las orgifiestas privadas a niveles muy altos. Tampoco lo son a estas alturas las parejas que intercambian a su esposa por la esposa del

socio, el amigo o el compañero del Gym. Todo eso es normal hoy en día, incluso, hay miles de swingers en el planeta que viven sin problemas por años y a veces para toda la vida, crean hijos, se aman entre ellos, etcétera. Patricia quiso arrastrarme a eso, afortunadamente no pudo, quizá mi inevitable carga de catolicismo, mis complejos, lo que ustedes quieran. El caso, es que llegado el punto, ya no lo disfruté. No fue que de pronto me puse moralista, pero en cuanto me descuidaba ya estaba chupándosela al primero que se ponía enfrente; se perdió un par de fines de semana supuestamente de trabajo en un casino privado ganando muy bien. Para Patricia todo era por dinero. Decía cosas como: "me dieron una habitación hermosa, toda para mi sola…" y me enseñaba la paga, un montón de billetes de veinte dólares del interior de su cartera. Una noche de copas me lo dijo mirándome a los ojos: le gustaba darle placer a dos machos a la vez, lo reconocía, le encantaba. Se sentía bella. Ser amada por dos hombres al mismo tiempo, era un acto supremo... Rogué, insistí, imploré por que las cosas volvieran a su cauce original, pero fue imposible. Los últimos dos meses con ella, fueron los meses más largos y más dolorosos de mi vida.

Escuché a Patricia gritar, parecía faltaba poco para que terminaran su jueguito. La maldita cerveza me supo a cianuro. Aquellos animales no se cansaban, uno de ellos comenzó a aullar como un perro herido. Cubrí mis oídos. Era terrible sentirme impotente. Quien sabe la razón, pero el caso es que apenas me tocaba, ya estaba eyaculando, mmm, como una fuente, era ridículo. La veía caminar desnuda por el cuarto y pum, los dejaba por ahí. El colmo, empezó cuando dejé de participar en los jueguitos y ella me indujo a ver y a jalármela; mientras se retorcía en medio de aquellos nuevos hombres, siempre dispuestos y a su alcance; era como si viera una película tres equis, sólo para mis ojos y con la mujer con quien me había casado. Todo aquello, todos aquellos tipejos que entraban y salían cada fin de semana. Eran los fines de semana cuando más sufría, era un martirio al que diariamente me acercaba, hasta los rostros de los nuevos hombres que se follarían a Patricia... Una tarde de viernes la encontré sudando con tres. No pude aguantar la escena y me fui al cine a ver una película de acción, sólo para olvidar. Cuando regresé preparaba la cena, cenamos como cualquier otra pareja normal en el planeta. Una cosa si debo decir, en cierta forma me dio mi lugar frente a sus amigos, conocidos y clientes, ninguno se quedaba a dormir en casa, ni se sentaban a comer en nuestra mesa y tampoco ninguno usaba mi ropa, y ni siquiera mi bata de baño. Al principio iban y salían, a veces tomaban una cerveza pero de ahí no pasaba y menos mal, si no, no sé cómo hubiera aguantado... Se preguntaran si no desee matarle, por supuesto, lo pensé, asesinarle mientras aquellos puercos se la follaban, ustedes cree que no, pues si

no soy de hule. Sin embargo, en el fondo, sólo deseaba volver a mi matrimonio tradicional, en lo que cabe claro.

Oí la puerta cerrarse. Supuse los dos tipejos se estaban largando. Menos mal, lunes y enfrente otra semana tranquila. Di un sorbo a mi cerveza, la sirena de una patrulla rompió la tranquilidad de la tarde y se alejó hasta desaparecer. Escuché ruidos en la cocina. La puerta del porche se abrió y cuando supuse vería a Patricia en una de sus despampanantes batas, apareció un tipo en pelotas de unos veinticuatro años, piel morena y complexión regular. Traía una de mis cervezas en mano. Tomó asiento en uno de los sillones. Nos saludamos con un movimiento de cabeza. Lo observé. Se veía bien dotado y en buena forma.

-Espero no le moleste...tomé una de sus cervezas del refrigerador.

Lo miré a los ojos. Pensé que si podía montarse en mi mujer, porque no podía beberse una de mis cervezas.

-No hay problema... - le dije. Se me hizo conocido. No era quizá la primera vez que lo veía en casa. Hice un poco de memoria. Al menos lo había visto por ahí en dos ocasiones. Algo andaba mal. Eso iba en contra del acuerdo. No regulares, no los mismos hombres... ¿Con el consentimiento de quién venía aquel payaso a sentárseme enfrente? ¿Qué estaba tratando de decirme aquel bastardo cogelón que se acariciaba su pene enrojecido como un perro haciéndose la limpieza? El tipo era fuerte, aunque no me intimidaba, soy bueno con los golpes, sobre todo cuando quiero darlos. Lo miré de reojo, se veía sediento, aun transpiraba. En fin –pensé- que se tome su cerveza, después que se largue. Noté en su pene gotas de esperma, goteaba. De pronto sentí asco de aquel tipo en pelotas frente a mí. Apuré el líquido en la botella y la deposité sobre la mesilla en medio de los sillones. La puerta de terraza volvió a abrirse y apareció el rostro de Patricia, se veía radiante, de verdad hermosa y no pude evitar sonreír. La amaba, aquellos podrían tenerla un día, un fin de semana, morderla, chuparla, eyacular en su boca, pero aquella hermosa mujer era mía, dormía conmigo, hacia vida conmigo y compartíamos aquel departamento. Aquellos bellísimos ojos almendrados, aquella voz que estallaba en risas y decía mi nombre, y me hacía encantos, me pertenecía.

-¿Más cerveza chicos?- dijo ahora acomodándose un rizo sobre la cara.

-Si... - dijimos casi al unísono, eso me molestó un poco. ¿Qué estaba yo haciendo? Miré el reloj, era hora de que el tipo se largara... De pronto pensé: o él era un cínico de mierda, o yo un pendejo por partida doble... Aunque por otro lado no quería molestar a Patricia, se veía tan bien, tan espléndidamente hermosa que no hice más nada. En fin, otra cerveza, después lo pondría de patitas en la calle.

Patricia regresó con dos botellas destapadas, masticaba algo, venía

en una bata azul muy corta, le cubría apenas un poco arriba de los muslos. Me extendió una cerveza, otra al tipo. Tomó asiento en mis piernas y me atrajo con sus brazos: “Te amo”- susurró en mi oído, me besó con los labios cerrados y me acarició el pené bajo los calzoncillos.
-Puse pasta y voy a hacer una ensalada… estoy hambrienta como una leona- dijo y mordió suavemente mi oreja –todos aquellos arrumacos enfrente del invitado no dejaban de sorprenderme-. Volvió a besarme. Me abracé a su cintura, la besé en la mejilla, olía a sexo, a hembra satisfecha. Observé como le lanzó una mirada al tipejo aquel, al que comenzaba a crecerle el pene otra vez. Patricia separó un poco las piernas, no llevaba pantaletas. Sonrió, se puso de pie y fue con el hombre y lo besó en la boca también. Él extendió sus brazos para atraerla, pero ella se soltó juguetona y después dijo algo que no entendí bien, o que no quise escuchar con claridad.
-Hice un espacio en el closet… - Caminó hasta la puerta de acceso a la cocina. -Lloyd se queda a comer con nosotros- soltó esta vez mirándome fijamente a los ojos.

Casi arrojo el buche de cerveza por la boca.
-¿Cómo? ¿Qué?- me ahogué
El tipo le lanzó un beso, mientras continuaba acariciándose la verga. Moví la cabeza, seguía yo sin poder coger aire, mis manos temblaban. Patricia se acomodó la bata, volteó a mirarnos, esta vez como si su mirada pudiera cubrir un área muy grande, suspiró y dijo:
-Soy la mujer más feliz del mundo… – sonrió nuevamente, nos cerró un ojo y desapareció por la puerta hacia la cocina donde el agua hervía para cocinar pasta.
Fue con ese mismo bastardo de Lloyd con quien se largó, con quien compartí mujer por algo como quince días, hasta que encontré los muñequitos en el desván, hasta que me cansé. De cualquier forma fue demasiado tarde; ya le había entregado todo mi dinero, rematado mi Camaro y perdido mi orgullo. El dinero me lo pidió prestado para pagarle a la mafia una deuda, según su versión. Don Cellucio, su patrón le habían hecho firmar un contrato a ciegas. El contrato incluía exclusividad y la habían descubierto haciendo cosas para otra “compañía”. El caso es que debía pagar su error en efectivo. Si no cumplía con el pago, le romperían las dos piernas o algo peor. Con la venta del auto, y mis cosas, las cuales también remató a través del internet; se llevaría con su novio unos doce mil dólares en cash, más una tarjeta que colmó al límite y dos rentas vencidas. Cuando intenté con los dados, descubrí que también había perdido la suerte.
Malas compañías traen malas compañías dice el refrán, y no sé no supe muchas cosas-, a que grado Patricia se involucró con los mafiosos, porque si ustedes no saben, los casinos no sólo pertenecen a

cadenas hoteleras, grandes corporaciones del entretenimiento, inversionistas de Wall Street y a gente “decente” como Hugh Hefner; sino a oscuros personajes relacionados con la prostitución, el narcotráfico y el lavado de dinero. Hombres elegantes que viven en mansiones, manejan costosos autos, tienen conexiones políticas y un brazo armado para los casos difíciles. En las Vegas no está mal visto ser mafioso, de hecho hay un museo del hampa donde el gánster Bugsy Siegel, dueño del Flamingo es la estrella principal y está considerado un visionario.
El caso es que no pagó a la mafia, dijo que yo les pagaría. Una mañana, me despertó el cañón de una pistola en la frente. Eran los hombres de Don Cellucio, querían su dinero. Por más que les dije no sabía nada, y me cansé de explicarles que yo le había dado el dinero a ella para el pago, por más que intenté de convencerlos, de nada me valió. Los dos hombretones no me creyeron, y a empellones y bofetadas, me obligaron a vestirme, hube de acompañarles, no sin antes poner patas arriba el departamento. En el auto, uno se sentó conmigo detrás y no cesó de apuntarme con su gran arma. Entramos por una puerta lateral del casino, me recibió Don Cellucio en persona.
-Además de la plata, quiero los videos del hijo del Alcalde teniendo sexo con una amiga de ella.
-¿Videos? ¿El hijo del alcalde?
-También hizo video o fotos de uno de los concejales de la ciudad- dijo un segundo hombretón, teniente del viejo capo.
-¿De qué carajos están hablando?- alcancé a decir.
-No te hagas tonto cabrón, tú y el otro maricón que vive en tu casa son cómplices.
-Les juro, yo no sé nada... y no soy maricón.
-¿Ahora lo niegas?
-Trabajo en una cocina ocho horas al día y a veces en la noche.
-Todo se hizo en tu casa, por orden mía.
Ni como explicarles que había sido engañado, usado, manipulado y que de verdad, yo era sólo un pobre cocinero inocente en manos de aquella bruja.
-No sé nada.
Un tercer hombretón vino y me asentó un golpe, me sacó el aire y me hizo atragantar.

28

En Hermosillo la violencia llegó en un abrir y cerrar de ojos, tocó a la puerta de mi casa y entró con las pistolas desenfundadas. Primero pasó como el aire, se posó encima como una nube amorfa y al final cayó sobre nosotros como un telón de fondo. Fue una espiral qué se salió de su contenedor, como los demonios habitantes en la caja de Pandora y nos devoró en sus paredes curvas. La violencia, la que

pocos conocíamos, descargó su pesada carga, taló la palmera del oasis y se metió al agua con todo y botas.

Nos encontrábamos cenando mi padre, Gaby y un servidor, nos servía doña Julita, cuando escuchamos balazos. Cenar juntos, era una de las pocas tradiciones que conservábamos de la época de cuando aún vivía mi abuela. Lo primero que pensamos, fue en el típico borracho celebrando su cumpleaños con cohetes, o alguien practicando tiro al blanco en alguno de los establos sobrevivientes del primer cuadro de Hermosillo. Nos dimos cuenta de que era una batalla, cuando los tiros subieron de intensidad y escuchamos el sonido de una explosión. Mi padre nos obligó a tirarnos bajo la mesa y ordenó a doña Julita apagar la luz. Los cuatro nos arrastramos al cuarto entre el comedor y la escalera. Los disparos comenzaron a escucharse más cerca, y los vidrios de las ventanas a la calle empezaron a quebrarse en fragmentos. Escuchamos gritos, motores de auto, chirridos de neumáticos. Mi hermana se soltó a llorar y mi padre la abrazó. Julita se puso a rezar junto a mí en voz baja y me tomó de la mano. -Julita fue la señora que trabajó en casa, desde que enfermó mi madre de cáncer; y auxilió a mi abuela en su lecho durante los años en que el tiempo la consumió-. Serían algo como cuarenta minutos de batalla y otro tanto de tensión, cuando la balacera decreció y después vino un silencio de muerte, en los cuales no nos movimos. El primero en ponerse de pie fue mi padre, en cuclillas regresó al comedor y se asomó a la calle por una de las ventanas. Le seguí y me puse a su lado. Afuera todo era de color rojo, como si la luz blanca del alumbrado público hubiera sido sustituida por la luz roja de una disco. Algunos autos ardían en fuego, había gente muerta tirada en el asfalto. Escuchamos la campana de la iglesia, las sirenas de las patrullas y después el sonido de la ciudad volviendo a restablecerse poco a poco. Al igual que otros de los vecinos, salimos a la calle y descubrimos con horror a unos diez hombres colgando de los postes del alumbrado público. Los narcos, en un desplante teatral, habían pintado de rojo las luces con espray. Las víctimas llevaban la misma leyenda pintada en un cartón colgado al cuello: *nosotros fuimos ustedes, las sombras terminarán con el paisaje y los cobardes morirán de terror, porque el miedo reina en este mundo, prepárense a pagar por él.* Todos presentando signos de tortura y se encontraban semidesnudos. Había también otros muertos, junto a los autos con el motor aun encendido; era una escena tétrica. Mi padre no pudo contener una lágrima y nos abrazó, como si presintiera algo peor estaba por ocurrir. Carlos Alpizar, el vecino, y novio de mi hermana -a espaldas de mi padre por supuesto-, se acercó a nosotros y mi hermana corrió a abrazarlo. Carlos era buena persona, nos conocíamos desde chicos y éramos amigos de toda la vida; su casa estaba al lado de la nuestra. Él

y su familia eran parte del montón de gente que conocían a mi padre por la tienda “La Picolina”, primero del abuelo Bernardino y después de mi padre. La noticia de *la toma por la plaza*, así le llamaron, ocupó no sólo las primeras planas de los diarios locales sino también fue noticia nacional en las televisoras; y los comentaristas de la radio la masticaron por varias semanas hasta el cansancio. La guerra continuó por varios meses. Cada noche balaceras en diferentes calles, barrios de la ciudad convertidos en campos de batalla. Patrullas incendiadas, gente muerta, persecuciones, carros chocados, sonido de ametralladoras. “Cuchillos Largos” versus “Los Hombres del medievo” se autonombraban las bandas en disputa. A eso le siguieron otros muertos colgados en los puentes peatonales, no sólo miembros de un bando y otro, sino policías, periodistas y servidores públicos. La escalada de violencia comenzó a no tener fin y se convirtió en una cosa cotidiana. Un experto de la Universidad de Sonora, dijo en entrevista radial: "*el problema con la violencia es qué cuando uno piensa ha llegado a su punto más álgido, siempre nos sorprende, pues siempre hay formas nuevas de hacerle honor*". De muertos colgados en postes y árboles, pasaron a ser cabezas separadas de sus cuerpos, manos y brazos amontonados sobre los toldos de los carros, afuera del palacio municipal, a la entrada de la iglesia y sobre las bancas de la alameda. Contenedores con ojos, con lenguas, con penes y testículos, órganos internos en ollas pozoleras afuera de la estación de policía. Terror puro. Aunado a eso llegaron los secuestros, la extorsión, la venganza y el vigilantismo. Y aunque la ciudad y nosotros, sus ciudadanos, nos empeñábamos en llevar una vida normal, el manto de la noche nos recordaba que eran otros tiempos, y debíamos de ser precavidos y escondernos. Como un acuerdo, al momento en que el sol se ocultaba, iniciaba la guerra. La gente dejó de ir a fiestas, de tomarse la copa, de asistir al cine, de llevar serenata a la novia, de salir, sencillamente de sus casas, dado que la violencia fue una nube obscura en el cielo, y entonces comenzó la sangre a reclamar por víctimas. Así fue como la ciudad se convirtió en un páramo de sombras, donde lo único floreciente era el miedo a nosotros, a los otros, el miedo al miedo; el miedo total que no perdona y acorrala. Durante ese periodo hubo un par de escándalos de circulación nacional; la fotografía del gobernador del estado cenando con el jefe de los nuevos capos que asolaban la zona "Los cuchillos Largos" y el otro, el de la reina de belleza del estado señorita Carmen Delgado detenida en la frontera con más de medio kilo de coca en su maleta personal. La tal señorita, resultó amante de un poderoso hombre de negocios de la bahía de Kino. El escandalo aumentó de dimensiones y reveló que el inversionista prestaba sus instalaciones al narco para hacer ciertos envíos y almacenar armas largas enviadas de los Estados Unidos. Un almirante

también resultó involucrado, el presidente municipal y parte de su administración. El crescendo de la violencia fue la aparición de treinta cuerpos en el depósito del basurero municipal, “acomodados” sobre las dunas del desperdicio. “Una pieza de arte”, se atrevería a decir un importante crítico en una revista especializada. Los cadáveres se encontraban maquillados, vestidos de diferentes formas, algunos desnudos, con medio cuerpo enterrado en la basura y medio cuerpo a la sucia intemperie; como si representaran una obra de teatro, una obra mortuoria. Entre esos treinta, encontraron a mi primo Fero. Le habían puesto un traje y una corbata, tal y como yo lo había visto cuando salió de la secundaria -nunca más lo vi vestido así pues era medio bohemio-. Fero, el primo que detestaba los trajes, ahí en “aquel performance” -continuaba el crítico-, vistiendo uno color azul marino. Entre los hombres desnudos, aparecieron dos magistrados con el rostro desfigurado; los habían reconocido apenas por sus huellas digitales y el DNA. Por supuesto periodistas, a quienes les habían cortado las manos, cuatro comandantes de la policía vestidos con sostén y pantaletas, y así por el estilo; las cinco mujeres en este despampanante acto teatral, habían sido violadas. Todo mundo se preguntó por el significado de aquella puesta en escena del absurdo, “una obra nihilista” remataba el experto en arte. Dos niños, cuatro ancianos, dos doctores, tres bellísimas mujeres, un cura, dos cineastas, dos payasos, el vocalista de un grupo de banda norteña, cuatro extranjeros, un poeta, tres estudiantes, cinco campesinos, dos profesores, y un peluquero. Treinta cadáveres perfectamente colocados en un área de media hectárea, medio enterrados con medio cuerpo sobresaliendo en la intemperie. A los magistrado lo habían encontrado boca abajo, al igual que al cura, así que sólo se veían sus piernas. A tres de las mujeres las habían enterrado con los zapatos puestos, zapatos altos. Aquello había sido planificado, no era como arrojar un cuerpo a la vera del camino. Esto era obra de un grupo, con un plan, un diseño. A lo mejor el cerebro de aquellos crímenes era un instalador, volvió a comentar el crítico en una segunda entrega, o el hijo de un narco con tendencias estéticas. La prensa había llegado al tiradero gracias a una llamada anónima. La policía detrás de la prensa, como siempre. Uno de los reporteros del vespertino había recibido la llamada en la mañana mientras bebía su primer café. La voz de una mujer con acento chilango le había dado la noticia. El comandante no daba crédito a lo que estaba viendo. Entre la podredumbre y el desperdicio que la ciudad generaba, aquellas gentes. En definitiva aquel acto barbárico tenía un mensaje. *¿Qué pasa cuando el crimen se vuelve simbólico?* El crítico no paraba. Lo evidente, es que esto no era sino un retorno a la edad media. ¿Qué relación podría haber entre un cura pedófilo y un estudiante de excelentes calificaciones? La policía no

lograba entender. Un día como había llegado, la violencia cambió como una salamandra y se metamorfoseó. La plaza estaba tomada, lo supo el pueblo cuando hombres toscos y provocadores, altaneros y amenazantes aparecieron en camionetas blindadas, desde las cuales tomaban nota y nos miraban a todos con desprecio. Resultaron los cobradores de la renta por servicios de seguridad, como llamaron a su tipo de extorsión. A través de la campana de la iglesia convocaron a los comerciantes del primer cuadro de la ciudad, esto es: de Avenida Sufragio Efectivo No Reelección, al Bulevar Luis Encinas Johnson, y de Avenida Jesús García a Avenida Rosales. En lugar del cura bonachón de los domingos, un tipo mal encarado les dio la bienvenida y sin preámbulos, les soltó que deberían pagar una mensualidad, si no querían perder su negocio, un hijo o a la esposa. Hubo quejas; con qué ley, con que güevos, dijo mi padre. Con los güevos de las armas, respondió el tipo y diez de sus compinches cortaron cartucho al unísono. La cuota seria mensual y cualquier retraso se pagaría con castigo, o con pago en especie. Don Marcos, el dueño de la ferretería, les dijo que no participaría, que hablaría con el comándate de la zona militar pues aquello era todas luces ilegal y... No alcanzo a decir más, fue derribado de un culatazo en su intento por salir hacia la calle y por poco se muere. Tenían un mes para juntar la plata, fue el ultimátum. Todos salieron entre molestos y ofendidos, ante tal desplante de abuso. Al final el tipo les repitió el nombre de sus hijos, esposas y otros parientes, así como sus direcciones y actividades. “Los tenemos fichados cabrones”. Las faltas grandes se pagaban con la muerte, así de simple, ellos mandaban ahora y quien se opusiera inmediatamente se convertía en enemigo, matemática simple. Mi padre cumplió con los primeros tres pagos, se retrasó un poco con el cuarto y para el quinto, ya estaba harto del chantaje del que era objeto. Comenzó a sospechar que los criminales pretendían quedarse con la tienda, con todo el trabajo de su vida, con nuestra herencia. “La Picolina”, era el negocio que el abuelo había iniciado, continuado mi padre al frente casi con el mismo ahínco y se suponía algún día yo, pues era el mayor y el varón. Por segunda ocasión, vi a mi padre compungido, decaído y triste. Sólo lo había visto así, al fallecer mi madre. Por vez primera en toda su vida, pasó por su mente vender la tienda y por supuesto nuestra casa que descansaba arriba… El problema fue que mi padre no era muy fácil de manipular y secretamente citó a los vecinos; les hizo entender, aquello no tendría fin, había que escribirle una carta al presidente de la república. Se redactó la tal misiva, se firmó y se envió a primera hora de la mañana al correo… Sin embargo, la carta fue interceptada y mi padre fue llamado a comparecer. Era el tercer firmante de una lista de quince personas. Cuando regresó de su encuentro con los mafiosos, mi padre

desempolvó los rifles de cacería del abuelo y cargó con balas su pistola en el ropero. Hizo los preparativos para enviarnos a Guanajuato con una de sus primas hermanas, la tía Carmela... Pero no hubo tiempo. Lo que mi padre no midió, es que estaba enfrentándose contra un arsenal grandísimo y a todo el sistema en su conjunto. Dos noches más tarde, la tienda ardió… Tres tipos lograron colarse por la ventana del baño y rociado unos diez litros de gasolina. Quien se dio cuenta del siniestro fui yo, siempre he tenido un buen olfato, esa noche algo me olió a quemado y me desperté cuando descubrí lo que pasaba. Alerté a mi padre, a Julita y a mi hermana. Mi padre cogió la maleta donde tenía todos los documentos oficiales; actas de nacimiento, pasaportes, escrituras de la propiedad y declaraciones patrimoniales. Él siempre tuvo esa maleta a la mano, lista como si siempre hubiera esperado ese momento. Cogió la pistola también y nos empujó hacia las escaleras. Yo alcancé a guardar mi billetera, mis identificaciones y un marco doble con la foto de mi abuela y otra de mi madre… Nuevamente el cáncer; esta vez en forma de fuego provocado por grupos de hombres capaces de todo. Antes de abrir la puerta hacia la calle, mi padre nos hizo esperar y salió con la pistola en la mano, apenas dio tres pasos fuera y cayó abatido por los balazos. Gaby gritó y quiso correr hacia él, pero la detuve; la tomé fuertemente de la mano y regresamos esta vez escaleras arriba, recordé una forma de escapar por la azotea. De niños, Carlos mi amigo de infancia y en ese momento novio de mi hermana, nos visitábamos para continuar nuestros juegos. Mi hermana y Julita reaccionaron muy bien y en minutos estuvimos arriba. Cuando llegamos a los lavaderos, la lumbre ya salía por las ventanas al patio; había humo y el crepitar de las llamas era ensordecedor. Escuché la sirena de los bomberos y de la policía. Corrimos con suerte, apenas cruzamos la puerta hacia la azotea, una flama entró por el cubo de la escalera. Miré a Gaby directo a los ojos, se veía impávida. La tranquilicé. Había un truco. La parte peligrosa, era caminar en ele prácticamente por encima de las paredes de las dos propiedades, hasta una torre, encima de la cual los vecinos tenían un tinaco con agua, y de ahí, por una escalera metálica bajar hasta el jardín de la casa de Los Alpizar. Para sorpresa mía, doña Julita lo hizo todo con bastante temple. Tosiendo por el humo y como pudimos nos pusimos a salvo. Irrumpimos en la sala de los vecinos con una expresión de terror supongo, dado que la madre de Carlos vino a reconfortarnos. Cubrió a Gaby con una cobija. Hasta entonces rompimos en llanto. La imagen de mi viejo siendo abatido por aquellos matones; su rostro de perplejidad, la mueca de la muerte y la sorpresa del momento. Caía, caía en cámara lenta. Me limpié las lágrimas y fui a la puerta frontal de la casa de mis vecinos. La abrí lentamente, las camionetas negras habían desaparecido, los bomberos ya arrojaban agua a mi casa que se

consumía en llamas. Salí a la calle, la policía también había arribado, detrás de mí, lo vecinos salieron conmigo, se me crispó el alma y se me enchinó el cuero cabelludo de ver las flamas salir por las ventanas de la fachada de la casa de la familia por varias generaciones desde la llegada del bisabuelo italiano. El patrimonio de mi hermana y el mío se hacía humo y cenizas. Corrí hacia donde mi padre se hallaba tirado, me hinqué a su lado, le levanté la cabeza y lo sostuve, le cerré los ojos y no podía parar de llorar, entonces ladré al cielo:
-¡Dónde está la maldita ley en este pinche país! ¡…Dios, demonio, lo que seas, dónde está la justicia! - Mis lágrimas caían sobre su rostro, miré la pistola en el piso, la tomé y guardé entre mis ropas. Mi dolor supo a cenizas y bilis. Julita y Gaby llegaron hasta donde estaba con mi padre y se hincaron junto, hechas un mar de lágrimas también. Mi hermana se tiró encima de él y manchó su frente con la sangre de mi viejo; y pareció como si ella misma sangrara. Su llanto incontenible me rompió el corazón y la abracé. Las personas nos rodearon morbosamente y cuchicheaban... Me limpié los ojos, recordé una lección aprendida en la escuela de voz de un maestro: "la cabeza en lo alto a pesar de todo y por sobre el abuso". Los de la cruz roja llegaron con una camilla y montaron a mi padre encima, a mi hermanan en otra, no paraba de llorar, subimos a la ambulancia los tres. Julita sufrió un desmayo y el paramédico la abrazó.

Estando en el hospital nos agarró la mañana, vi el amanecer más triste de toda mi vida abrazado a la maleta de mi padre. Con un vacío universal expandido en el estómago; viendo a mi madre en la fotografía donde sonríe lánguidamente desde alguna estación de tren; a mi abuela en otra instantánea, pero ella frente a "La Picolina" siendo aún joven. Me quedé sin lágrimas. Mi hermana volvió a aparecer en la sala de espera, se veía abatida, recién salida del somnífero; llegó arrastrando los pies, se sentó junto a mí. No nos dijimos nada, éramos dos almas solitarias sentadas en aquella sala de espera, sin esperanza. Le arranqué a Gaby el acta de defunción de mi progenitor de entre los dedos y la guardé en el interior de la maleta; junto a la fotografía de mi madre en la estación de tren. Lo que había en aquella maleta era todo lo que teníamos, y quizás claro, las ruinas aún humeantes de nuestra casa, a tres cuadras del centro histórico de Hermosillo Sonora. Entró Carlos por la puerta de la calle. Nos vio y tomó asiento sillas atrás sin decir nada por respeto a nuestro dolor. Un doctor nos hizo señas. Me puse de pie, obligué a mi hermana a hacer lo mismo. Dejé con Carlos la maleta. Gaby y yo abrazados, caminamos hacia donde nos entregarían el cuerpo. Cuando vi a mi padre tendido sobre la plancha de cemento sentí miedo y coraje, una rabia muy grande con sabor a formol que se diluyó en mi boca y fue difícil digerir. Me encontraba seco, sin llanto. Gaby volvió a estallar en lágrimas. La

atraje, se abrazó a mí y apoyó su cabeza en mi hombro.
-¿Qué vamos a hacer?
-Tranquila, tranquila, ya nos arreglaremos.

Lo que continuó a esto, fueron trámites, un velorio rápido, un entierro triste al que asistió un montón de gente desconocida y una lenta recuperación sentimental; aunque mi rabia aumentó día con día. Los Alpizar se portaron muy bien y nos acogieron en su casa. A mi hermana la instalaron en la recámara de una de las hijas, y a mí me dieron un pequeño cuarto en el primer piso, junto a la cocina. Durante los meses que tardamos en recuperarnos del shock, hablamos mucho entre mi hermana y yo. Acordamos vender los restos de la casa como terreno, ese dinero se usaría para su educación. En la maleta de mi padre además encontré las escrituras de un terreno, los papeles de nuestra vieja camioneta pickup y una cuenta bancaria cuyos beneficiarios éramos nosotros claro, no mucho dinero en realidad, suficiente apenas para un primer deposito en la compra de una casa en la periferia. Gaby sugirió rentar un departamento, comprar muebles… o sólo visitar a la tía Carmela en Guanajuato como mi padre tenía planeado. Cuando Carlos escuchó esto, decidió hablar con su familia. Les dijo amar a Gaby con toda su alma. Deseaba casarse con ella lo más pronto posible, pues el amor era recíproco. Un domingo Carlos Alpizar padre, habló conmigo sobre las intenciones de su hijo para con mi hermana; me pedían su mano, a falta de padres, me correspondía a mi ese honor. Acepté inmediatamente. Los novios estuvieron de acuerdo en casarse antes de tres meses para evitar chismes y el qué dirán, de vivir en el mismo techo sin las santas bendiciones. Yo les dije a los Alpizar que para antes de la boda me movería de casa. La señora afirmó que no era necesario pues me consideraban un hijo, y el padre de Carlos remató que sería un honor tenerme ahí, y bla bla bla. Maravillosas personas. Mi hermana no podría estar en mejor compañía, Concluí. La verdad del caso, sentí que sobraba, pero también, que me habían librado de una gran responsabilidad. Estaba solo, era evidente, así que debía pensar por mí mismo y hacer un cambio… y parte de ese cambio, era dejar de ser pasivo y dependiente. Al carajo con el buen ciudadano que paga la extorción a tiempo, el impuesto a los gandallas, el timorato que no se queja del abuso o el desvalido que prefiere callar y sufrir en silencio. Al carajo con los criminales todopoderosos, al carajo con el sistema… Nunca he sido de los que se dejan, y me molestan los montoneros. De la secundaria me expulsaron más de una vez, y un par de ocasiones fui llevado al hospital; una vez por una fractura de nariz y la otra por un brazo roto. No me dejo y no me dejaré de nadie… Me vengaría, era una obligación moral, estaba en mi derecho, nunca más sería una víctima. Quizá después de eso haría otros planes… Un verdugo

debería de morir como un verdugo.

Durante esos meses, en que los Alpizar –grupo al cual mi hermana pasó a formar parte- se dedicaron a los preparativos de la boda, yo ubiqué a quienes habían puesto fuego a mi casa; los seguí y me enteré de sus actividades. Todos los comerciantes pagaban cuota, desde el establecido, hasta el ambulante; de la tienda, al estanquillo de periódicos. Todos, sin excepción. Algunas actividades consideradas nocturnas, pasaron a darse a plena luz del día; como la venta de drogas y la prostitución. Supe de muchas cosas, entre otras, de la inauguración de varios clubs para caballero, donde las chicas no eran otras que jovencitas de Hermosillo secuestradas y obligadas a trabajar bajo amenaza. Los cerdos eran los dueños del lugar. Entraban a comer donde se les antojase, a beber, y si deseaban a la esposa, hija o sobrina de alguien, la tomaban por sus cojones, la usaban para posteriormente arrojarla al arrollo, como basura. El incendio de "La Picolina" sirvió como ejemplo de lo que pasaba cuando no se obedecía, y los otros comerciantes aterrorizados se aprestaron a ponerse al corriente en sus pagos. "El Perro", el asesino de mi padre y sus secuaces se veían felices de la vida, orondos. Ellos eran mis enemigos inmediatos, concluí.

Ante la tumba de mi padre había jurado vengarme y hacerles pagar su crimen. A falta de justicia institucional, la otra, la que se toma por propia mano. Como dice el dicho: ojo por ojo y diente por diente, y les puse el ojo encima. Llegué a saber la marca de cigarrillos que fumaban. No tengo entrenamiento militar de ningún tipo, lo que sí sé es cazar, lo aprendí con el abuelo, a quien le gustaba ir de cacería. Nos íbamos los tres, mi padre incluido. Decía que yo era un cazador innato, como había sido el padre de mi abuelo; pulso de cirujano, vista de águila y la sensibilidad de un felino. La primera regla de un cazador, paciencia so pena de perder la presa, la segunda, que el animal nunca te vea, sino ya hasta el último momento. Yo había cazado patos, conejos, ciervos y hasta borregos cimarrones. Una vez un gato montañés, pero nunca cuatro gordos golpeadores que debían pagar su crimen. Carlos se ofreció ayudarme, manejaría por mí si era necesario, pero él no se ensuciaría las manos de sangre, no era su estilo. "No soy un cobarde compadre, pero no podría dormir de noche". Donde era bueno, era con las computadoras, así que le propuse me ayudara a recolectar información en torno a los asesinos. Tuvo varias ideas. Nos obligamos a ver un montón de películas de detectives y misterio, conspiración y espías, programas como "Morgue" o "Escena del crimen". Aprendimos bastante, hubo días de siete horas pegados a la computadora. Hicimos planes. Acordamos entonces, él sería el chofer oficial de la operación, y así fue. Trajo a la mesa los cinco carros de su familia, así que usamos diferentes autos

mientras los espiamos, además claro, de la vieja troca de mi propiedad. Los cuatro marranos no eran muy creativos y repetían casi día a día la misma rutina. Por razones de estrategia o no, vivían muy cerca uno de otro, en el mismo barrio. Se juntaban para tomar café, juntos, y después se encaminaban a recolectar el dinero en los locales de sus aterrorizadas víctimas. A media mañana visitaban al jefe supremo, lo supusimos pues era un rancho enorme custodiado por hombres fuertemente armados; aunque logramos ver dentro de la muralla gracias a una imagen por satélite la cual Carlos conectó de algún sitio. Aquel lugar era un paraíso, incluía un lago, un bosque y una cascada artificial. Además de una mansión con dos albercas, cancha de tenis y zoológico. Don Pepe, el patrón, era el dueño de aquel despampanante sitio en medio del desierto. Don Pepe, poderoso hombre de la política y los negocios, intocable por todos, un hombre de respeto y de cuidado. El Patrón, a quienes todos rendían cuentas, sin excepción. Vimos salir de ahí al presidente municipal, al comandante de la zona militar, al presidente de la cámara de comercio, a mafiosos como el "Perro" y a los otros cabecillas de "Los cuchillos largos". Por la tarde "la jauría", como Carlos había bautizado al "Perro" y compañía, comían en alguna cantina, realizaban más cobros, visitaban a los amigos y ya para finalizar la noche, entraban a cualquiera de los prostíbulos de los que eran clientes. El "Perro", no era sino un sub-jefecillo a quien los otros tres descerebrados obedecían. Nos dimos cuenta además, de que el "Perro" y sus mastines estaban limitados al área de cobros por chantaje, y de que había otras células operando en diferentes rubros. Desde los encargaban de negociar y distribuir drogas a los vendedores de menudeo, hasta los encargados de las mercancías chinas que vendían los vendedores ambulantes. Otras células sólo se dedicaban a lo relacionado con tarjetas de crédito y otras más sólo a los prostíbulos y así. Cada jefe matón se reportaba con el hombre dueño de la casa amurallada; ellos funcionaban como los concesionarios de ciertas áreas. Gracias a los GPI instalados en las camionetas, pudimos trazar un diagrama de actividades, los teníamos.

Matar al primero fue bien difícil, dudé un par de veces ya estando posicionado, sencillamente no pude accionar el gatillo… Sudé, me tembló el pulso, aunque me di valor. Hube de esperar una tercera ocasión. A quien había vaciado los botes de gasolina dentro de la tienda; un tipo no muy alto, aunque de complexión gruesa, le metí un tiro en la frente saliendo de su casa, tal y como ellos habían cazado a mi padre. Fue todo un proyecto practicado y repasado más de una vez. Subí a la azotea del hotel Bahía Kino, en donde me registré con un nombre falso. Pagué en efectivo llevando un bigote falso, como de revolucionario; permanecí ahí por dos días. Los rifles del abuelo

resultaron ser unas antiguallas a pesar de que lucían en buena forma. Unas semanas atrás, manejamos hasta Tijuana a comprar un rifle de cacería en *cash*. Un rifle Condor, caro, a mi gusto, y suficiente para matar a un oso a una distancia de 1600 metros. Mira telescópica de precisión infrarroja, y lo mejor de todo, el rifle se armaba en partes y cabía en un portafolio metálico color plata. Una hermosura. No sentí remordimiento alguno, acaso euforia.

Al segundo, Carlos lo siguió vía el GPI durante una semana. Me aposté en la azotea de un taller mecánico abandonado, así que cuando llegó al Seven Eleven a comprar café y cigarros, en pleno estacionamiento lo reventé. Los dos primeros fueron fáciles, para matar a los otros dos me embarqué en todo un lio. El día de la muerte del segundo oso, alguien había visto mi camioneta en las inmediaciones del centro comercial y ni tardos ni perezosos los policías judiciales vinieron por mí y me sometieron a un careo, no me tocaron un pelo para ser sinceros. Raro, ¿verdad? Les conté lo que sabía. La historia de la extorción y de cómo gracias a mi buen olfato continuábamos vivos, de cómo había despertado antes de que las llamas consumieran todo. Me preguntaron si el día del accidente premeditado les había visto el rostro a los autores, dije que no. Aunque por supuesto les había visto las caras, a veces despertaba con ellos mirándome en sueños, incendiando otra vez “La Picolina”. Me mostraron fotos, yo no sabía quién era el tipo y no sabía nada, esa fue mi declaración y la sostuve hasta el final. Uno de los policías trató de intimidarme, pero no resultó; la verdad es que no tenían pruebas, ni arma homicida, nada. Efectivamente, había estado en el centro comercial para comprarme una bufanda, les mostré el recibo. Una vez finalizado el interrogatorio, el oficial Dávila me acompañó a la calle, caminó conmigo y entonces me hizo detenerme bajo la sombra de un árbol.

-Sabes una cosa muchacho… lo que estés haciendo no me importa, lo que hicieron a tu familia fue una infamia.

Guardé silencio.

-Conocí a tu abuelo, una finísima persona… En fin, te deseo suerte, quiero sepas. Recuerda, a pesar de las evidencias, todavía de este lado hay policías decentes.

Caminamos media cuadra más y nos detuvimos frente a mi vieja camioneta, saqué las llaves de la chaqueta de mezclilla.

- Hablemos, en unos días- propuso. -Otra cosa, te he dejado de regalo un par de chalecos antibalas en la caja de la troca, cuando llegues a casa no te olvides de bajarlos, y menos aún usarlos... como los calcetines, cada vez que salgas. Esto se ha convertido en zona de guerra.

Casi vacié la cuenta de ahorros invirtiendo en mi venganza. Me justifiqué ante Carlos: "Vamos, no es como que estoy gastándome la plata en ropa, zapatos caros y parranda, estoy haciendo justicia." Por supuesto Gaby nunca se enteró, el ajustarse a ser huérfana y el mantenerse en sus estudios le tomaba todo su tiempo. Carlos arremetió, diciendo que no sólo era irresponsable de mi parte, sino que estaba poniendo en peligro a Gaby y a todos los Alpizar. "En todo caso estoy tomando mi parte, y no pienso tomar un céntimo de la venta de lo que quedó de nuestra casa… Es un asunto de honor. Por lo demás, esos cerdos tienen tantos enemigos como toda la ciudad de Hermosillo. Una vez completado mis propósitos, desapareceré".

Regresamos a Tijuana a comprar más armas, esta vez dos pistolas, cartuchos y un juego de granadas. Carlos parecía asustado con mi transformación, me había convertido en un animal resentido. Corría varios kilómetros al día, levantaba pesas, le aventaba patadas y puñetazos a una pera de box que había en el patio trasero de la casa de los Alpizar. No hacia otra cosa que pensar en la muerte del "Perro" y su segundo. Ellos mismos estaban enterados y alertas, me atrevería a decir que espantados, sabían que alguien, no sabían quién por supuesto, pero alguien, con muy buena puntería, los quería joder. Ahora se desplazaban en tres camionetas, diez hombres armadísimos cuidando al "Perro", imposible acercársele. Mientras esto les cuento, aumenté el tiempo de ejercicio y preparación. Me fui a vivir al rancho de los Alpizar con el pretexto de que me interesaban los animales, la pastura y la vida del campo; para poder practicar con las pistolas. Don Carlos dijo no tener problema, a lo mejor era buena idea, sobre todo antes de la boda de su hijo y mi hermana. En cualquier caso, pensaban que era un joven raro al que la impresión de la tragedia se lo había digerido. Quizá en parte era cierto lo que decían de mí, aún soñaba con mi padre siendo abatido, aún me llenaba de rabia saber que dos de sus asesinos se paseaban a plena hora del día en el pueblo. Cargué la vieja camioneta con una maleta de ropa, zapatos tenis y botas, y otra más donde guardé las pistolas y los cartuchos. El rifle, usado para ocuparme de los dos primeros marranos lo oculté entre las ruinas chamuscadas de mi casa, en un lugar secreto. Si me cogían con el arma, mi venganza nunca se consumaría y yo me iría directo, sin juicio ni nada, al penal a pudrirme de por vida… o a una fosa común.

En el rancho me pasé casi cuatro meses comiendo bien de manos de la encargada, quien posteriormente se hizo mi amiga. Una viuda con la cual desde la segunda noche compartí recámara. Doña Agnes, era su nombre; se las agenciaba bien con los cinco peones y la administración del lugar. Traía un rifle dentro de la propiedad y se hacía lo que ella decía. Su marido había muerto hacia algo como un año y meses, tenía un hijo de doce a quien le gustaba ver a escondidas

como se follaban a su madre mientras él se masturbaba. Su marido había sido el capataz, pero desde su muerte ella había asumido ese papel, con bastante éxito de acuerdo a los patrones y por eso continuaba ahí. En el rancho, además de animales, se cosechaba cactus, principalmente de corte decorativo, un negocio que la misma Clara Alpizar administraba. De entrada, le dije a Agnes que me gustaba el tiro al blanco, que había ido ahí a practicar y a ponerme en forma. Le di cinco mil pesos, no quería depender del gasto asignado a ella. Al principio no quiso aceptar, le expliqué que era mi colaboración por poder comer de su comida, vivir ahí, usar el baño. Lo único que le pedía, era su silencio para cuando los Alpizar le preguntaran por las pistolas. Tomó la plata, y enrollada la guardó entre los senos. Una cosa buena de esta mujer, no hablaba mucho. Lo del hijo voyerista lo descubrí una noche, sentí alguien nos observaba; giré la cabeza mientras follábamos, la imagen en el espejo frente a nosotros reboto en otro espejo y ahí lo vi, era el ojo de Jaimito su hijo, extasiado de placer. Agnes por supuesto era mayor que yo, unos diez años al menos y lo que pasó, no lo planee, y ni siquiera me cruzó por la mente cuando la conocí. Llegué al rancho muy temprano en la mañana, me presenté y hablamos casi todo el día. Me enseñó el baño, me llevó a mi cuarto y todo bien, hasta que pasada la media noche del segundo día una mujer super ardiente se deslizó en mi cama y me folló de maravilla, pasó una tercera noche y una cuarta. Antes de que pasara media semana ya dormía en el cuarto de Agnes; más grande claro y con baño adentro. Me trataba como a su marido, y después de cada sesión erótica afirmaba renacía. Se empeñó en enseñarme cosas y en contarme leyendas.
-Dicen que hace muchos, muchos años, lo que hoy es el desierto, fue una jungla de altísimos árboles y vegetación espesa, donde grandes animales convivían y hacían casa, que el clima era fresco y llovía a menudo.
-¿Quién dice?
-Eso dicen, nadie sabe, no hay indicios cuando eso cambió y dejó de llover, ni cuando los grandes árboles y la vegetación se pulverizaron hasta formar esta inmensidad de arena.
-¿De qué hablas Agnes?
-Cuando estás dentro de mí, presiento en ti a un espíritu viejo… como un otro ser más que tú. ¿Te has puesto a pensar en eso? ¿Lo sabes?
-Sólo no te enamores de mí Agnes, ¿OK?, no sería justo.
-Tú no crees lo que digo, a lo mejor porque no crees en ti… pero estas habitado por algo.
-¿No alguien?
-No, por algo… por eso buscas venganza.
-No me vengas con rollos esotéricos.

-Quizá deberías poner más atención a lo que te dicta el corazón…
-¿Y tú sabes cómo podría hacer eso?
-Entrando al desierto quizá… bien adentro, hasta que te encuentres a ti mismo… y lo enfrentes.
-¿Enfrentar qué?
-Yo no sé, lo que sea necesario, depende de la relación con el silencio… con el miedo… con la nada.
-Parece complicado y peligroso.
-Lo es, pero no veo otra forma, a lo mejor algo quiere decirte tu conciencia.
-Me han dicho de eso, pensé que era necesario andar bajo la influencia de alguna droga.
-¿Hablas de peyote? No necesariamente… es cosa de hablar con el espíritu que ahí habita.

La miré, parecía completamente convencida de lo que decía, como quien profesa una religión y habla de eso con mucho respeto.
-A veces me hablas en chino Agnes, pero me caes bien. Deberías enviar a Jaimito con la familia de su padre, a veces estar tan cerca de la madre no es tan bueno- dije como si quisiera cambiar de tema. La verdad, es que yo tampoco sabía mucho de tener madre y de pasar el tiempo con ella. Mucho menos, nada, en absoluto, de entrar al desierto.

Una tarde se presentó con una jaula llena de pájaros, todos grises. Le pregunté la razón por la cual había comprado las aves. Su respuesta fue que yo no podía entrenarme bien si continuaba disparando a latas inmóviles. Le dije que no podía matar toda aquella cantidad de pájaros; quizá a la mitad, a unos cuantos, tres, cuatro. Agnes me miró y se rio de mí. Le dije que yo gustaba de los pájaros, de su canto y de todo lo que representaban, pues son un elemento fundamental en la cadena alimenticia. Agnes dejó su pistola sobre el buró y se aprestó a despojarse las botas mientras me escuchaba. Descalza caminó al baño y antes de cerrar la puerta lanzó:
-Olvídate entonces de tu venganza, niño, comienza ahorrar para tu funeral.
Su comentario me golpeó fuerte, no sé si me ofendió más lo de niño que lo del funeral.

Al día siguiente, pues a dispararle a los pájaros; tanto insistió y no tuve otra opción.
-Son pájaros comunes y corrientes, hay un chingo- volvió a decir ella con voz grave.
-¿Entonces por eso debo matarles?
-No por eso, te voy a decir porque, dos razones fundamentales: te apresta a disparar objetivos en movimiento y dos, si vas matar personas, debes aprender matando seres vivos.

Su lógica me sorprendía y me aterrorizaba.

-Además, bueno, tienes la ventaja de que el pájaro no va a desenfundar una pistola y disparar de regreso.

Maté unas cuarenta aves, a unos de plano si los dejé ir vivos, por lástima, o porque eran muy ingenuos. Hubo un pájaro, con algún tipo de infección en la piel, que después de haberle disparado tres veces sin acertar, regresó a pararse en una barda de adobe junto a mí... como si quisiera sacrificarse. Agnes compartió algunos secretos de cacería y me ayudó a ajustar mejor mi puntería. Sin decírmelo, era claro, le preocupaba el que quisiera enfrentarme a unos asesinos profesionales. Me sinceré con ella y le dije que ya había matado a dos de ellos, aunque al parecer no me creyó.

Tuvo una idea, la cual no compartió conmigo sino hasta que estuvimos en Nogales. A lo mejor porque pensó la iba a rechazar. Fue un viaje de dos horas donde salió otra Agnes; una mujer con muy buena voz y gracia para cantar, una mujer autónoma, una mujer con compasión. Se despojó de su pantalón vaquero, sus botas y su camisola, para salir por la puerta de la casa llevando un bonito vestido floreado, el pelo suelto y mocasines. Se veía atractiva, subió rápido a la camioneta como si quisiera que nadie la viera vestida de fémina, y me apresuró como si alguien nos esperase en algún lado. Cruzamos la frontera sin problema, ambos teníamos pasaportes y visas al corriente. Agnes sabía dónde vendían lo que buscaba, era la ocasión perfecta. Entramos a un Mall y nos estacionamos en la sombra. En el segundo piso del centro comercial dimos con el sitio, entre una boutique de tatuajes y otro de comics. Nos paramos frente a un güero con barriga de cervecero. Buscábamos un juego de armas, de pintura claro, para entrenarnos, Agnes habló. El tipo saltó de felicidad. Vendía desde uniformes, hasta armamento pesado real; como AK47, rifles R15, chalecos, simuladores virtuales, visores nocturnos y granadas de todos los colores, claro. Al tipo le caímos bien, nos mostró armas y nos dejó usar varios “juguetes”, como llamó a las pistolas que disparan pintura, en la parte trasera de la tienda, donde tenía montado todo un kit para tirar al blanco. Disparé varias pistolas, me decidí por una escuadra. Me dejó disparar también con una ametralladora real, aunque estaba fuera de nuestro presupuesto. Apretar el gatillo de aquel instrumento, era como para sentirse invencible; nos sólo el sonido del arma, su poder, la continuidad de ráfaga; entendí porque cualquier tipejo podría sentirse lo máximo amedrentando a otro ser humano con una ametralladora. Me divertí como un chiquillo. Al pelirrojo le pareció buena idea la de entrenarme con pistolas de pintura; era como el juego de matar a otro, sólo que con manchas de color. “Así debían de ser las guerras, pintándonos, los pintados como los perdedores” dijo y sonrió. Me pareció raro para un vendedor de armas, pero bueno, el

mundo está lleno de contradicciones. La boutique nos encantó, así la llamó el pelirrojo y nos prometimos regresar. Mientras envolvía nuestro pedido aproveché para hacerle algunas preguntas. Entre otras cosas, me enteré que en USA dispararse con armas de colores es considerado un deporte. Que grupos de seguridad usan pistolas de colores para entrenar a su personal. Que había competencias internacionales, e incluso clubs privados donde se llevaban a cabo apuestas. Agnes compró un montón de municiones de varios colores, un revólver y una escuadra, más dos protectores de ojos. Ya con nuestro paquete en mano le prepuse beber una cerveza y comer hamburguesas, aprovechando que estábamos de este lado. Le encantó la idea y eso hicimos.

Como habíamos acordado, Agnes se puso a jugar conmigo; era ágil, fuerte, tenía buen tiro, varias veces me dejó un manchón en pleno pecho, o en un costado. La pasamos bien, al jugar a dispararnos nos poníamos cachondos, así que después de cada balacera, terminamos revolcándonos furiosamente. Definitivamente mi puntería mejoró diez veces, mis reflejos ni se diga y en lo concerniente a mi físico también di un cambio. Al final del primer mes ya era un experto con la escuadra, arma que no ha dejado de ser mi preferida. Una de esas tardes, tirados dentro de la cabaña, la cual se encontraba al final de la propiedad, Agnes me hizo mirarle a los ojos y dijo:

-Tú sabes que en la cama a las mujeres nos gusta hablar de cosas delicadas… ¿o no lo sabías?

-Sí, lo sé.

-Entonces permite hablarte con la verdad y hacerte una pregunta: una vez completada tu venganza, ¿qué sigue? ¿Serás un matón?

-No, claro que no. No son mis aspiraciones.

-¿Entonces?

-No sé, paso por paso… eso es lo primero.

-¿Crees estar listo para la venganza?

-No, por supuesto que no, pero me estoy preparando a mis medios y en lo que puedo…

-¿Te estás preparando para algo grande, o sólo es que quieres ser fuerte y atlético?

-Estoy en serio con lo que te dije.

Se me quedó mirando seriamente y entonces dijo:

-Te puedo conectar con un chino, trabaja para los narcos.

-¿Para qué carajos quiero conocer a un chino?

-Para que te enseñé a pelear, a defenderte mejor.

-Yo sé pelear -dije orgulloso –en la escuela fui del equipo de boxeo.

-Eso que tú haces es deporte, no es pelear.

-Ahora, pero yo sé que en su momento...

-En el momento no te servirá para nada. Deporte es para verse, hay un

árbitro, luces… lo otro es para sobrevivir y se juega sucio.

La miré a los ojos, tenía razón.

-¿Qué sugieres?

-Que olvides lo de la venganza...

-Eso nunca, como puedes pedirme eso.

-Espera, eso o te presento al chino este, es un maestro del karate y otras artes marciales, además un tipo muy interesante.

-¿En serio?

-Es un buenazo en el arte de dar patadas, te convendrían unas clasecitas.

-¿Y este chino del que hablas, cómo llegó hasta aquí?

-Entrena a las huestes de los narcos te repito, en un rancho de por aquí.

-¿A poco…? ¿Y cómo lo conoces?

-Como tú sabes el negocio del rancho es el ganado, les he vendido varias cabezas, muy a lo discreto.

-¿Ganado? ¿Para qué?

-Deben alimentar a la gente que viene a entrenarse; nadie sale, nadie entra hasta que no han terminado. Además, deben aparentar que es un rancho ganadero y pues les he prestado animales para que andén en sus campos también…

-Los Alpizar no saben de eso supongo.

-Supones bien, los Alpizar no viven aquí. Además, nos conviene llevarla bien con ellos, son vecinos y pues…El caso es que le conozco, es digamos mi amigo. ¿Entiendes?

-Claro.

-Lo que sí, es que me debe favores, le puedo pedir que te de algunos consejos, un par de clases.

Giré la cabeza y la miré a los ojos:

-Si es un narco no me interesa.

-Primer lugar él no es un narco, en segundo, trabaja para los del cartel opuesto, no para los que te la hicieron.

Lo pensé unos minutos, quizá tenía razón.

-Tendría que ser muy discreto, la verdad es que no quiero relacionarme con esos tipos.

-Claro, claro, seria aquí en la propiedad y con toda la discreción del mundo… Yo creo que eso mismo va a exigirme.

-Ya.

-Vamos, no es como que vas a ser un experto en karate y artes marciales, pero de algo ayudará saber qué es lo que saben ellos, ¿no? Un mes, dos de entrenamiento con este vato no te caerán mal.

-Claro, claro. ¿Y cuánto cobraría, o como sería la cosa?

-No te preocupes, yo me encargo de eso.
Guardé silencio unos minutos.
-Espero no te equivoques.
-Para nada, si algo te dan los años es cierta sabiduría. Ahora duérmete, mañana debo que ir a una subasta de animales y tú tienes que levantarte a correr antes de que el sol se ponga insoportable.
En la misma cabaña a medio derruir que habíamos convertido en nuestro nido de amor, Agnes me mandó a encontrarme con el chino Chian Ho. Este me esperaba afuera, venía solo y si no hubiera sabido que era un tipo peligroso, habría dicho que parecía un hombre agradable. Vi cómo me estudió también. Me presenté:
-¿Tú eres el sobrino de Agnes?
-Sí- si esa era la versión, había que seguir el juego.
-Me dice que no sabes meter las manos.
-Digamos que sé un poco.
El chino rio y se despojó de los lentes oscuros, los guardó en el interior del saco delicadamente, vestía un traje blanco, de algodón, muy ligero, un sombrerito cubano.
-¿Si…? Atácame.
Lo miré a los ojos.
Chian Ho retrocedió varios pasos, se paró firme en el piso y meneó una mano invitándome a golpearle. Así, sin más preámbulos.
Levanté la guardia y me acerqué a él con la intención de colocarle un jab a la mandíbula, pero antes de que mi puño siquiera se acercase, el chino me colocó una patada en la espinilla y otra más en el estómago y caía al suelo.
El chino reía, reía divertido.
Me puse de pie de un brinco, y moviendo los puños me lancé al ataque, pero se repitió la acción y volví a quedar en el suelo, esta vez de una patada en el costado y una bofetada que entró a mi guardia con una facilidad insólita.
Volvió a reír, no paraba de reír, se doblaba en dos.
Esta vez ya no intenté levantarme y desde el piso me di por vencido con las manos al aire.
-Está bien, está bien… me rindo.
-Antes deberías de pedirme una disculpa, mira que levantarme los

puños.
-Tiene usted razón, lo siento… fue su idea.
-Los puños no se levantan, a menos se esté seguro se va a ganar.
-De acuerdo, nuevamente lo siento.
-Maestro.
-Lo siento maestro.
-Eso que tú haces se llamó boxeo y ya no se usa… Piensa, ¿qué pasa cuando sólo usas los puños y olvidas las piernas?
-Se hace más difícil ganar una pelea.
-No, lo que pasa, es que sólo usas una parte del cuerpo y la otra mitad la dejas inmóvil.
-Bueno, no completamente, las piernas se usan para brincar, darle impulso al golpe y…- trate de argumentar desde mi posición en el piso.
-De la forma en como peleas, te expones a cualquier contrincante. El hecho de que el otro use todas las extremidades para golpear, de entrada te pone en desventaja.
Me tendió una mano y me ayudó a ponerme de pie.
-Tendremos que enfocarnos en cómo usar esas extremidades inferiores tuyas.
-Lo agradecería.
-Dice Agnes que corres, que eres muy deportista…
Asentí con la cabeza.
-Eso quizás ayude, aunque necesitas volver a conocer tu cuerpo, entender cómo funciona y qué relación tiene con la gravedad.
Me hizo parar junto a él.
-¿Has oído hablar del yoga, del Thai Chi…?
-Sí, claro… mi hermana asiste a clases de yoga, dice que la hace muy feliz. Chian Ho hizo un saludo, después un movimiento de manos frente a su cara y abrió las piernas, girando en un pie ciento ochenta grados.
-Repite este movimiento conmigo.
Lo hice, lo más parecido que pude, aunque en el movimiento casi pierdo el equilibrio.
-Bien, bien. No mires tus pies, mira hacia adelante. Hazlo de nuevo. Lo intenté, aunque esta vez salió peor y bajé las manos por completo.
-Las manos y los brazos siguen a las piernas. Es un sólo impulso.
-OK. ¿Qué tal así?
-Mejor. Desde que bajas las manos, aquí, ya estas levantando la pierna aca.
-Ok, bajo los brazos, muevo la pierna y subo la rodilla… creo que ya entendí.
-Te voy a dejar cinco movimientos básicos, mismos que vas a repetir por varias horas sin parar hasta salir perfectos, mañana a esta misma

hora me los muestras y yo te dejaré otros cinco movimientos... cuando hayamos completado una serie, entonces empezaremos a golpear.
Intenté un segundo movimiento, en este, era el tronco el que giraba lanzando un puño al frente.
-Concéntrate muchacho, Agnes me dice que tienes en mente hacer justicia... que sea ese tu objetivo mientras practicas.
-¿Cómo se hace eso?
-¿El qué? ¿Concentrarse?
-No, practicar teniendo en mente hacer justicia.
-Si la justicia es por venganza, en la venganza entonces, o en el dolor que esta te acarreó.
Me dejó una serie de cinco giros y los practiqué hasta que me los aprendí de memoria. No supe sino mucho más tarde, que el segundo movimiento, no era sino el inicio de una mortal patada en la zona del hígado.

Me embarqué en una rutina; correr, disparar, montar a caballo, hacer sentadillas, lagartijas, practicar los movimientos del maestro Chian Ho y ciertas actividades del rancho, como dar de comer a las gallinas y a las cabras muy temprano. Lo de entrar al desierto aun no me lo planteaba, pero era como una llamada y no podía quitármela de encima; quizá producto de la idea plantada en mi mente por Agnes. A lo mejor, también por una leyenda mencionada por mi abuela, el caso es que estaba convirtiéndose en una obsesión. Había escuchado en mi casa que el desierto guarda secretos no accesibles a todos los hombres. Cuando vivía mi padre visitábamos un lugar mágico denominado "El Pinacate", para muchos la entrada al vasto desierto de Altar que continua más allá de Arizona y es una de las zonas más calientes del mundo. El área alberga unos doce cráteres enormes y profundos perfectamente circulares, los cuales contribuyen a la belleza del lugar, es como una vista lunar, única. Mi abuelo insistía en la energía del lugar, y cuando veníamos, nos hacía a todos tirarnos en el piso sobre unas toallas y mirar el cielo, con gafas para el sol por supuesto y protector solar. Cuando lo pienso, creo que bien pudo haber sido una buena portada de un disco de rock. Con Chian Ho terminamos los movimientos básicos y comenzamos a golpear.

Una tarde sin mucho pensarlo manejé hasta Caborca, donde pernocté en un hotelito mugroso que tiene en esta área toda la vida. Al día siguiente desayuné frugalmente, compré dos naranjas, tres manzanas y nueces, botellas de agua. Manejé por la 37 hasta Puerto Peñasco, el cual ha pasado de ser un pueblo de pescadores agradable y tranquilo, a toda una ciudad turística de grandes hoteles y bares, sin faltar los turistas altaneros que a todos tratan como sirvientes. Compré protector para el sol, aspirinas, una brújula, algunas latas de comida, baterías para la lámpara de mano y un sombrero de paisano. Estacioné

la camioneta en el parking del Centro de Visitantes de “El Pinacate”. Cuando estuvo cerrada la camioneta y yo listo, desde ahí llamé a Agnes. Le dejé un mensaje explicándole mi decisión; sin intentar sonar muy dramático. Le dije además, que si no aparecía en unos días por favor me despidiera de Gaby y Carlos, en el caso de no llegar a la boda. Ajusté la mochila de campaña a la espalda, me calcé el sombrero y eché a caminar y a caminar. Cayó la tarde, hubo un momento en que fue tan oscuro que me vi obligado a encender la lámpara de mano para abrirme paso en las profundidades de la noche, fue un viaje muy largo. Me tiré junto a un Saguaro, me bebí toda una botella de agua, dormí algunas horas. Al amanecer me encontré por vez primera con la muerte; en forma de alacrán venenosísimo, el cual por poco termina con el viaje en que me había embarcado; era un gran paso. A unos centímetros de mi mano derecha, el insecto cerró sus tenazas, me levanté como un resorte. La tierra se movió sobre su eje. El sol encima, pesadísimo, yo desconcertado y sin estar del todo preparado para tal empresa…Desistí de aplastar al animalejo y cuestioné mi decisión… por un instante pensé en regresar. Recordé el mensaje en la contestadora de mi amiga, me vería ridículo. Hay un dicho holandés que dice: “quien está afuera de la puerta ya ha iniciado parte del viaje”. Fue mi primer día frente a frente con el desierto. ¿Cómo describir la experiencia del miedo a la muerte? ¿De la desolación? Mentiría si dijera estoy de acuerdo con quien jura que la vida pasa como en una sucesión fotográfica... La verdad, no se recuerda mucho, es parte del pacto. Lo que sí sé, es que al salir de la experiencia, se es otro, en mi caso no fue sino siete días más tarde, cuando Agnes y dos de los peones me encontraron semidesnudo comiendo cactus, con diez kilos de menos y cubierto de lodo. Vagamente, de esos días, tengo varios recuerdos, aunque como entre la niebla. Lo que aún me mantiene despierto, es el enfrentamiento con una bestia, la cual me persigue, y yo corro aterrorizado intentando subir una duna gigantesca en la que mis piernas se hunden hasta las rodillas… Cuando vuelvo en mí, estoy en un reloj de arena a punto de pasar por el cuello, entre los dos espacios del tiempo.

30

Me encuentro con la boca seca, la sed ha llegado a ser dolorosa, la idea de meterme al desierto en perspectiva ha resultado una estupidez abismal. Estoy perdido, he agotado mi agua, no sé dónde he olvidado la mochila con las provisiones. Camino, pero no avanzo, al menos eso creo. Al bajar de una duna con yerbajos, en una colina, encuentro a un grupo de gente. Una chica con el vestido manchado de sangre, mira en redondo y no da crédito, tiene la expresión de alguien que acaba de despertarse de un sueño. Lo mismo le pasa a un joven a quien le falta parte del cuero cabelludo, y a un tipo con un hueco en donde alguna

vez tuvo el corazón. Caigo en la cuenta de que están muertos, aunque ellos creen que están vivos. Una mujer vistiendo un mandil de ama de casa, coge su bolsa del piso, no presta atención al boquete que lleva en el estómago, camina en redondo formando un círculo perfecto en el espacio de su tumba. Me detengo pasmado; he dado con un entierro clandestino, está a cuatro metros abajo de donde estoy. Me siento sobre una roca a observar, me tomo un descanso. Quizá todo el desierto sea un páramo de almas. Un hombre, con un agujero de bala en la sien, busca dentro de su portafolio con una expresión preocupada, como quien ha perdido un legajo de documentos valiosos. Cada muerto no tiene noción del otro junto a sí. Incluso, una pareja de hombres enterrados espalda con espalda, ambos con el rostro desfigurado por los golpes, se tocan pero no se sienten. Estoy a unos pasos de una tumba masiva, abierta a flor de tierra… eso, o todo es producto de la sed y he comenzado a tener alucinaciones. Abro y cierro los ojos con el propósito de salir del trance, pero cuando pretendo regresar a la realidad, ahí continúan aquellas personas enterradas juntas, en aquel espacio en medio de la nada. Una chica pálida de facciones elegantes, parece ser la única que ha reparado en mi presencia; me llama, sonríe, con señas me indica vaya hasta donde se encuentra y tome asiento junto a ella. De verdad es linda, pienso, aunque no debo creer en lo que veo, mi intuición me avisa, es una mala idea entrar al sitio. Me pongo de pie, lo mejor es largarse, rodear la tumba y alejarse lo antes posible. Doy unos pasos, en otro abrir y cerrar de ojos, dos zopilotes vienen y hacen presencia, se paran sobre unas rocas y me miran. No están ahí por los otros, están ahí por mí. A los pocos minutos hace su aparición también un águila, se posiciona sobre un saguaro. Por un momento quiero pensar que aquello tiene un significado, pero las aves no me quitan los ojos de encima, sobre todo los dos carroñeros, que de cogerme me arrastraran por un rato hasta asegurarse estoy bien muerto, y después empezaran a picotearme y a destazarme con sus garras, tal y vi una vez en el Discovery Channel. El miedo se apodera de mí. ¿Es qué estoy viviendo los últimos momentos de mi vida? ¿Es esto una especie de prueba? Tengo que tranquilizarme. Me encuentro definitivamente en una encrucijada… O me sobrepongo, o me abandono a las aves; el águila vendrá por mi corazón y mis extrañas, es lo que más les gusta, y las otras asquerosas, vendrán por el resto; me azotarán en el piso para romperme los huesos y devorarme más fácil… cruzo el cuello del reloj.

Es cuando decido orinar y beber mi orines. Me quito una bota, me pongo de pie y me concentro con mi pene en la mano. Pasan segundos, pasan minutos, pasan horas, pasa un cometa. Por fin logro un poco de orina, algo como un cuarto de vaso. El líquido es caliente, nada agradable, pero lo necesita mi cuerpo; es increíble lo que hace

un poco de agua de riñón. Entro en razón, debo encontrar la salida del desierto, no he venido a morir… no sin antes completar mi venganza y ver al “Perro” arrastrándose y pidiéndome perdón; ver a mi hermana vestida de novia, celebrar con mis amigos, decirle adiós a la ciudad de Hermosillo. El sol rojísimo en el horizonte es de un tamaño gigante, es la caída de la tarde. He llegado a este punto, otro día más, esta vez antes de ascender una duna de unos cien metros de altura; es una ola petrificada en este mar de arena y yo soy un surfear, con los labios llenos de ámpulas, la piel lacerada por el sol. De pronto me doy cuenta: *Yo he estado aquí antes,* recuerdo. ¿Es que acaso he caminado en círculos? Pasado y presente se entrelazan las manos, este soy yo. Debo encontrarme no muy dentro del Desierto del Altar, o al menos eso espero. Miro en redondo; a un lado las montañas, al otro, el vasto mar de arena. Veo lo visto. Los lejanos cerros arenosos adquiriendo un hermoso tono azul. Doy un paso, mi pie se hunde en la arena casi hasta la rodilla, cuando retrocedo y sacó la pierna, llevó enrollada una serpiente de tonos amarillos. Estoy a punto de gritar, pero una parte de mí se opone a esa reacción y me hago de piedra, sé que cualquier movimiento brusco y el reptil clavará sus dientes de mortal carga en mi ser. Me mira, comienzo a hablar para llamar su atención y distraerle. Meto el brazo por detrás de mi pierna y logro enrollar al ofidio, con la mano. De pronto me doy cuenta, todo continua siendo parte de la prueba. Me muevo a una lentitud pasmosa, yo mismo estoy asombrado, la serpiente apenas se percata cuando la deposito en el piso. Lentamente doy un paso atrás y nos miramos, la víbora agita su cascabel y mueve su lengua, me la enseña amenazante. Haciendo eses se aleja sin dejar de mirarme, es evidente que ninguno confía en el otro. Retrocedo temiendo encontrarme con el resto de la familia y regreso un poco sobre mis pasos. Un saguaro a unos metros de mí, me espeta.

-Muy pocos son capaces de actos heroicos.

Es sencillamente imposible que el gran cactus de tres brazos me esté hablando.

-Si pretendes ir al centro del desierto, ese lugar no existe, nadie lo conoce. Ni nuestro amigo el borrego cimarrón, los coyotes, los zorros o el venado burra han estado ahí. Tampoco los gorriones, los pájaros carpinteros, las palomas, las codornices o los correcaminos. Es más, ni las liebres, las tortugas o los roedores… quizá el alacrán por equivocación, pero nadie más.

Miro al cactus, debe tener mínimo unos cien años de existencia. Eso dicen su tronco de árbol y sus espinas gruesas. Me saca por lo menos un metro cincuenta, un hermoso ejemplar. Me acerco, le doy una vuelta buscándole la boca, los labios, algo que me diga cuál es el frente y cual la espalda. De donde ha salido aquella frase.

-Dicen que en el mero centro del desierto hay un pequeño oasis –continua el saguaro -también conocido como la fuente de la juventud.

Me siento junto a él, un tanto bajo su sombra. Vuelve a decir algo. La voz del cactus resuena en todo su cuerpo, y la capto no sólo a través del oído, sino también del tacto. De hecho no sé cómo nos estábamos entendiendo, pero lo hacemos.

-El único problema, es que el centro no está precisamente en el centro, y además se mueve. Es uno de los cráteres perdidos de “El Pinacate”.

Esta vez el Saguaro parece mover el brazo del centro de su cuerpo. Me parece imponente. La voz del cactus me llena de paz, no es un entendimiento, es un sentir. Es como si el tiempo se hubiese detenido aunque en un trascurso cae la noche.

-¿Cómo es eso del cráter?- No recibo respuesta.

Un ejército de saguaros me rodea imperceptiblemente. Tienen una conversación en un idioma antiguo y extraño el cual no entiendo, es un murmuro. Me encuentro en un estado de contemplación pura, me parece de lo más natural que todos aquellos cactus, moviendo los brazos y asintiendo con la cabeza sin cara, intercambien mensajes. Una tortuga se percata de no estorbar y cruza lentamente el escenario. Me entra un sopor muy grande, no puedo sostener los ojos y duermo. Sueño que he llegado al mismo punto; he caminado en redondo, es otro día, otra mañana. Levanto la cara, las espinas hacen sangrar al gran saguaro con el cual he conversado, el cactus parece aceptar su castigo estoicamente; miro en redondo y el paisaje de saguaros es como un campo de cristos sangrantes bajo un amanecer rojo. Mi abuela está sentada en su mecedora y me dice mientras hilvana un rollo de hilo negro con el que está tejiendo un suéter; “*Hijo, estamos rodeados de trampas y mentiras, no creas todo lo que ven tus ojos, pueden ser espejismos. Camina hacia las montañas y protégete contra los poderes psíquicos; no eres sólo el espectador, sino el sujeto que realiza la acción. Eres un ser dual*”.

Cuando abro los ojos estoy desnudo. No tengo sed, no tengo hambre, me encuentro tirado dentro de una formación rocosa, es un cráter de piedra ennegrecida. Brincó al darme cuenta del cambio de realidades. Intento, como venía haciendo, abrir y cerrar los ojos para ubicarme bien… pero entonces ya no puedo abrirlos, me entra una desesperación grandísima; con los dedos intento separa los parpados en mi cara, pero están como cocidos. En mi desesperación camino, me golpeó con algún objeto, no sé qué es y caigo al piso. Me levanto, extiendo lentamente los brazos, los pies, no sé dónde estoy y de donde han salido estos objetos petrificados que me circundan; reconozco una silla, un buró, el espejo humeado del cuarto de la abuela. Esta vez choco con algo, supongo es una puerta, doy un mal paso y aterrizo en una superficie fría. Me pongo de pie como un resorte, pero caigo en

un pozo, no tengo de donde asirme, aprieto los ojos, las mandíbulas, estoy sudando. ¿Será esto la muerte? Debo tomarlo con calma, recuperar el control, entiendo: en definitiva esto es parte de lo que vine a aprender. Controlo mi respiración y pienso en cortar papas en cuadritos para una sopa de legumbres, es mi estrategia. Cuando creo tener el control del aire entrando por mi nariz y de mi sangre circulando por mis venas, la imagen de mi madre en cama muriendo, me asalta y me pone tristísimo, comienzo a llorar. Mi llanto se convierte en un aullido animal cuando mi padre vuelve a ser abatido por las balas frente mis ojos; mi casa hecha un montón de cenizas, los hombres colgados en los postes del alumbrado. Lloro hasta que me canso y mi llanto es apenas un zumbido. Intento abrir los ojos y esta vez se abren, como si las lágrimas hubieran disuelto el pegamento en los párpados. Trato de recordar la cara de mi hermana Gaby, aún niña, riendo feliz frente a su pastel de cumpleaños, no es sino auto motivación, pienso, necesito volver a andar. Me pongo de pie y giro el cuerpo 360 grados. Aquel es un paisaje de otro mundo, estoy en el centro de una formación terrestre que hace un círculo perfecto. La luna en lo alto relumbra en medio creciente como un potente foco. De pronto recuerdo el sitio. ¡Yo he estado aquí!, pienso y dejo de sentirme perdido. ¡Yo he estado aquí con el abuelo, con mi padre! Me encuentro en “El Pinacate”. El sitio me es familiar, venimos en un puente de semana santa a celebrar mi cumpleaños; con tres de mis novias de mi primera juventud a darnos besos. Asciendo la pared de roca y llego a la cima de aquella mole de granito que se eleva sobre la tierra como una enorme escultura natural. La vista desde la cima es grandiosa. Tomo asiento y contemplo aquel valle rocoso cubierto de cráteres de diferentes tamaños, me parece sublime, es como si estuviera viéndolo todo desde otra perspectiva. El cuerpo celeste en el cielo, ya es un círculo cercano, proporciona buena luz. Sigo embelesado, tal si estuviera en otro planeta.

En este panorama, el silencio se hace presente. Noto una presencia enorme, es como si por vez primera me percatase de la ausencia de sonido, el cual asocio a un buque encallado, al bloque negro caído de las estrellas que soñé hace algunas noches. Un gran barco sin banderas ni chimeneas abriéndose paso en el mar de Baja California. No me preocupa el tiempo; no puedo estar muerto, eso me digo. ¿Es que mi cerebro ha dejado de asimilar los acontecimientos? Estoy en el punto más alto del cráter, es sin duda un lugar cargado de energía, siempre lo he creído; lo sé ahora, puedo sentirla como emana del piso; de los granos de arena fina. Estoy embelesado de tan sensible, estoy frente a una visión. ¿Qué hizo a este paisaje ser lo que es? Según la guía turística del estado, “El Pinacate” es el producto de una fuerte actividad volcánica hace miles y miles de años. Pensando esto, no sé si

he viajado adelante en el tiempo o retrocedido, es un hecho que algo ha pasado, esta vez soy consciente de los minutos, de su aparente lentitud. Jamás he sido tan consciente de mi entorno. La energía del lugar bajo el efecto de la luz lunar es asombrosa, me conecta de pronto con una figura, parece vestida en un traje espacial. Llego a la conclusión de que es un extraterrestre. Al contrario de lo que pudiera pensarse, no tengo miedo. Al principio estamos sorprendidos, él es quien acorta la distancia que nos separa y se planta a un metro de mí. Es alguien a quien conozco y no recuerdo. Nos miramos extrañados, aún no salgo de mi asombro. Aquellas formaciones, me explica, han sido causadas por los fragmentos de su planeta que se ha desintegrado y caído a la tierra en forma de meteoritos muchos años atrás. Tiene sentido si se ve con atención aquel valle. Me dice que él viene a visitar el sitio como tributo a sus ancestros.

-¿Has perdido a tu padre? – pregunta.

Las mil imágenes de mi padre pasan por mi memoria. Asiento con la cabeza, los lejanos cerros arenosos adquieren un hermoso tono dorado ante los primeros rayos de sol… Entonces duermo. Regreso por el cuello del reloj de arena, y sumido en una gran paz, cierro los ojos.

Esa tarde, bajo el cuidado de Agnes me recuperaba en cama como un rey. El médico me colocó suero, me recetó una dieta especial y reposo. Durante varios días no soñé. Agnes guardó mi secreto de no decirle a nadie de cuando me perdí en el desierto, aunque nunca aceptó que me salvó la vida.

Mi estructura ósea jamás cambió, aunque algo pasó a mis músculos, los cuales se pusieron más flexibles y más fuertes; a mis sentidos que se agudizaron casi al doble; pero sobre todo, a mi percepción. No sólo adivino cosas, sino a veces, siento un tipo de transformación, cuando la sangre me circula a mil por hora y tengo la necesidad de correr, brincar y gritar que estoy vivo, feliz de haber tenido la suerte de salir del desierto y poder contarla… como si fuera otro.

31

Me miro por última vez en el espejo del baño, mis facciones han adquirido forma ante mis ojos. Me siento vacío por dentro, hueco. Me he lavado la sangre de las manos. Me aliso el cabello, me calzo la gorra, me pongo los lentes oscuros y tomo aire. Cuando salgo del baño, brinco el cuerpo de un hombre sin orejas vestido de frac flotando en un charco de sangre. Hay más hombres tirados en el piso, sangre en las paredes. Don Cellucio cuelga de una soga en el stage donde ha presentado cantantes, magos, payasos, cómicos y chicas en poca ropa. Me detengo a mirarle, el temible capo se encuentra ahora balanceándose de una soga en su propio negocio con la cara amoratada y la lengua de fuera como una res, no es nadie. No siento

la más mínima compasión, por aquel criminal, ya lo dice el refrán; *cada uno merecemos la muerte que tendremos*. Varios de sus compinches tienen las orejas arrancadas también. “Si vives en la violencia ésta te perseguirá hasta cumplir su objetivo…”- me ha dicho Gaby poco antes de mi triste partida de Hermosillo en secreto, una noche muy oscura… Más gente muerta tirada en el piso, destrozos. Aquello es una carnicería. Sillas tiradas, vasos rotos, abrigos olvidados, zapatos de mujer. Sobre el silencio escucho el sonido de las sirenas. Mi instinto me dicta que debo salir de ahí cuanto antes, me abro paso entre más gente herida y al final alcanzo la calle, corro hacia la pirámide de Keops. La ciudad de Las Vegas está desintegrándose a mis espaldas.

Tercera Parte

Se veía bastante movimiento esa mañana en la base. Era evidente que era un día especial. Se nos había encomendado servir de auxiliares a los asistentes; en su mayoría soldadas, casi todas ellas chicas morenas y latinas. La noticia era que un grupo grande de soldados estaba de regreso de Irak. Entre ellos el esposo de Martina. La noticia me cayó como una cubeta de agua helada. Ni ella, ni yo no lo esperábamos. Casi dos meses de luna de miel y de pronto el marido se presentaba, después de once meses de ausencia. Eso significaba el fin de nuestra relación, el eclipse de nuestra felicidad. Adiós a las escapadas al lago, al cine, a la capital del estado. Adiós a los maratones de tres días en la cama exudando sexo. adiós a la mujer más linda que mis manos de futuro chef hubiesen tocado.

El personal militar instaló un podio en medio de la cancha de futbol y nosotros pusimos como doscientas sillas o más. Se daría la bienvenida a los héroes militares, habría un desfile y se entregarían medallas. Toño y yo observamos todo desde lejos. Se guardó un minuto de silencio por los caídos en acción; los que no habían regresado. Hubo llantos, desmayos, abrazos y otras muestras de afecto, disparos al aire y la orden del trompeta. El general de la base –al que nunca había visto- dio un discurso y la bienvenida a los valientes. Se cantó el himno nacional y por último la banda tocó "Semper Fidelis" para levantar el ánimo.

La noche anterior Martina me había enviado un texto avisándome de la sorpresa, era pasada la medianoche, estuvimos intercambiando textos por algo como media hora. Acordamos, era una tragedia. La noticia del regreso del marido en efecto era pésima noticia, así que dormí poco pensando en cómo lo enfrentaría; en si tan sólo hacerme el loco y olvidar todo el asunto, o continuar con el jueguito de una manera más cauta. Rumeando mal humor tuve un sueño.

Estoy jugando dados, pasando por una buena racha; todos mis contrincantes no tienen facciones. Arrojo los cubos, pero en lugar de eso lo que cae a la mesa, son cuatro molares medio careados que dan vueltas entre las fichas. Lo que apostamos ahora, son orejas.

32

Una tarde cortando las ramas de los árboles, me encontré al capitán Thomas y nos detuvimos a platicar. El hombre se veía triste, decaído. Sin muchos preámbulos me contó; su hijo Dan había muerto en unos disturbios dentro de la prisión no hacía más de tres días. Doce puñaladas dadas por otro interno, según la policía. Al final habían reprimido y recuperado el penal por la fuerza. Me sentí mal por el hombre, le di el pésame. Quedé de pasar a su casa a verlo al final de

mi jornada para hacerle compañía. Cuando llegué se encontraba listo para irnos de compras; quería salir de la base, ver un poco de paisaje. Había lavado el Cadillac, lucía impecable, era realmente una joya. Puso de pretexto su vista y me dio las llaves del auto para que manejara. Los sillones eran de piel oscura, y tan cómodos, como los de una sala cara, el volante se ajustaba al gusto del conductor, todo era automático, los frenos de disco y la cajuela de guantes tan amplia como para meter una gran bolsa de dinero. En cuanto al tablero, este estaba lleno de botones y era de cedro rojo. Me sentí aislado del exterior cuando cerré la puerta. Salimos de la base y enfilamos por el higway rumbo a Macon City, donde había un gran centro comercial y el viaje fue agradable y lleno de árboles. En el camino me contó historias del hijo cuando niño, de la hija que siempre había sido una princesa, de toda la familia junta. Después, se dio cuenta no era un tema de mi interés y puso música, pareció recuperar cierto ánimo. Al entrar a Macon me hizo estacionar frente a un bar en donde entramos. Me advirtió; no me invitaría más de una cerveza pues era el conductor asignado, él si se tomaría dos bourbon. Nos sentamos en la barra. Por boca del barman y la actitud de los otros parroquianos, nos enteramos, los Falcons jugaban contra los Patriots, un gran partido. El capitán hizo como que sabía del juego y de la serie, e intercambió comentarios sobre la superioridad del equipo de Atlanta, con el tipo junto a él. Hablaron del quarterback de los Patriots, que según las malas lenguas era gay, y de ahí derivaron a criticar a los bostonianos; como tipos creídos, clasistas e hipócritas a más no poder. El tipo en la barra se hizo inmediatamente su amigo y el barman, ni se diga. Yo hablé poco, y como el resto, me concentré en la televisión y las jugadas. En mi otra vida, a estas alturas, ya hubiera organizado una apuesta con estos tíos y les estaría haciendo pagar por lo tragos. *Veinte a quince a favor de los Patriotas*, claro. Sonreí para mí. *¿Por qué había dicho otra vida?* Me bebí mi cerveza lo más lento posible, hasta que el capitán terminó su segundo trago. Pagó en efectivo, lanzó una última porra a los halcones y de despidió del barman y de su compañero de barra. Ambos nos quedamos con ganas de más bebida, pero había que hacer las compras. El capitán necesitaba surtirse de todo, desde papel de baño, a vegetales, y de jabón para la cocina, a huevos y tocino. Paró de acumular cosas hasta que el carrito estuvo lleno. Me hizo cargar un doce de cervezas y una botella de whisky.

Ya en la base descargamos todo; guardó lo que iba al refrigerador y yo separé los productos del baño, mismos, me hizo acomodar en un closet debajo de la escalera al segundo piso. Cerveza en mano salimos a la terraza y tomamos asiento bajo el parasol.

-Sabes una cosa muchacho, hay personas nacidas con mala estrella. Fue el caso de mi querido Dan. Lo vi hacer el máximo esfuerzo y de

cualquier forma fracasaba. No sé a qué se deba, ni nunca lo entenderé.
-Si caray, es triste cuando pasa eso.
-En su caso, sólo cometió un error, uno bien grande, el cual le cambió la vida para siempre, dejarse llevar por la cólera. La ira puede ser mala consejera.

Sus palabras me recordaron las de Chian Ho.

-De nada sirvió todo lo invertido en él; todos los sobresaltos de su madre, el costo en dinero… en palabras.

Coloqué mi mano sobre su hombro:

-De verdad siento mucho lo de su hijo capitán Thomas, no sé cómo expresarle mi pesar.
-No te preocupes muchacho…-dijo y bebió de su botella. -¿Sabes que me entristeció más? Su hermana no vino al entierro, la llamé y dijo vendría, a última hora no lo hizo y me largo un cuento; la nieve en Canadá, los vuelos y no sé qué mugres… Eso me espera a mí el día que me muera, sin duda… la ausencia.
-No hable así capitán, usted nos va a enterrar a todos- intenté algo de humor.
-Cabrones mexicanos, ¿cómo es que a ustedes no les espanta la muerte?me respondió en el mismo tono, con una sonrisa un tanto triste.
-Si nos espanta, lo que hacemos es no pensar mucho en ella, ni prepararnos suficiente para cuando se presenta.
-Cada cual vivimos en un error, a veces sólo quisiéramos regresar un paso, uno nada más, pero para ese momento ya es demasiado tarde, no hay regreso.
-Cierto… no hay regreso.

Volví a escuchar a Chian Ho. ¿Cómo era posible que dos seres tan diferentes en espacio y creencias sonaran tan similares? Vi mi reloj y brinqué en el asiento:

-¡Mierda! ¡El camión está largándose ahora mismo!- me puse de pie con intenciones de coger mi chaqueta.
-Espérate hombre, al rato te vas.
-Como al rato, está saliendo el último maldito autobús.

El capitán Thomas me miró un momento, puso su vaso en la mesa y extrajo unas llaves del bolsillo de su camisa. Eran las llaves de su carro.

-No hay autobús pero hay un Cadillac afuera… ¿te sirve?- dijo y arrojó las llaves al aire.

Las atrapé, dos llaves cromadas agarradas a un llavero con las palabras Cadillac en itálicas.

Primero miré las llaves, después lo miré a él con interés; supuse que me llevaría el mismo a mi casa más tarde después de las cervezas, o que me prestaría el auto por una noche para llegar a mí casa, o algo

por el estilo; nunca pensé acabaría regalándome el vehículo y que él viviera sólo un mes más después de eso. No me lo creí del todo, ni su muerte, ni el regalo del Cadillac.
-Me sirve-. Pensé que estaba borracho y se arrepentiría. Incluso que me lo pediría de regreso el próximo día, pero no pasó. A la mañana siguiente lo primero, fue ir a su casa a regresarle el auto previniendo cualquier malentendido. Le di las gracias por el préstamo del carro, e intenté de poner las llaves en su mano, pero se negó. Él era un hombre de palabra y era mío, es más, había encontrado los documentos y quería dármelos. "Endosados como si hubiera sido una compra, por aquello de las sospechas… "Hay que tener palabra muchacho, si dije te lo daba, es tuyo".
Esa noche, cuando me monté al auto sentí muy buena vibra, puse música y manejé como entre algodones hasta la casa de los gatos. Lo estacioné, chequé dos veces estuviera cerrado y una vez afuera lo observé con gusto, era una joya, de una elegancia particular y era mío. Esa noche estuve seguro que la buena suerte había regresado, aunque me equivocaba. De agradecimiento comencé a visitarlo dos veces por semana, bebíamos sólo tres cervezas pues no quería que pasara mi límite de alcohol. Un par de ocasiones lo llevé al supermercado, fuimos a la Plaza Ray Charles a sentarnos, y al mall donde caminábamos; y en una banca lamíamos helados. Podría decirse que nos hicimos amigos o que él me adoptó. El viaje más largo del capitán en sus últimos días, lo hicimos al Lago Seminole, donde remamos; él pescó con una vieja caña que recuperó del garaje de su casa y bebimos, pero sólo tres cervezas, por aquello de los límites.
Asistí a su funeral, la hija también y no paró de llorar durante todo el servicio. Llegué tarde a la casa de los gatos. Giré la chapa de la puerta con mucho cuidado, serían pasadas las doce de la noche y no quería despertar a mi casera. Entré sin hacer ruido, corrí los seguros y al darme vuelta una docena de ojos brillantes me miraron en la oscuridad expectantes. Me quedé quieto por un momento, paralizado. Los ojos vigilantes comenzaron a moverse a mi derredor y de pronto nos reconocimos. "Me espantaron cabrones", les dije a los gatos en voz baja y me abrí pasó entre ellos rumbo a mi cama.

Ondulaba, no sé si era por el efecto de la luz tan poderosa en ese momento de la luna, pero todo ante mis ojos se movía. Tuve un mareo momentáneo y me tambalee por un par de segundos. ¿Era posible un espejismo de noche con apenas la luz de la luna? Quizá me encontraba en las profundidades de una alucinación, donde todo, incluidas las paredes del cráter estuvieran ondulando. Di un paso… otro más. Estoy rodeado de unos trece cráteres creados hace millones de años; producto del impacto de una serie de meteoritos sobre la faz de la tierra… ¿O acaso la nave del extraterrestre con todos sus antepasados dentro?

Agnes se murió de risa cuando le conté lo del hombre en el traje espacial.

33

Me llegó una tarjeta de Pedro a mi dirección, la cosa más old fashion del mundo hoy día con el email y el Facebook. La verdad es que recibir una tarjeta por correo es otra experiencia, quizá seamos la última generación en vivirla. Abrí el sobre con cierto recelo, debía ser algo serio. Lo primero en venir a mi mente, es que el buen amigo iba a ser padre, o se estaba divorciando… o cambiando de sexo, ja ja. ¿Por qué otra razón envías una tarjeta? Cabrón Pedro. Era toda una broma, la imagen de un cocodrilo barrigón diciendo en un balloon: "el tiempo no pasa, sólo para los lagartos. ¡Feliz cumpleaños!" Buena onda; pero dos cosas, no era mi cumpleaños por varios meses y tampoco era capricornio. Me supuse a Pedro con un cupón de descuento para una tarjeta en mano. Hoy en día hay cupones para todo, incluidas rosas y tarjetas. Estas últimas, toda una sección de ellas en muchas tiendas todavía, por décadas un gran negocio desplazado por la internet. A mí me encantan, he visto desde las más bobas, a cosas muy creativas. Las hay para cumpleaños, recién casados, a la madre, el padre, las tarjetas para aniversario, las tarjetas de pésame, las bromas y las tarjetas blancas, muy serias. Me imaginé al Pedro, pagando la mitad por la tarjeta, y unos cigarros o unos chicles. Dicen que ya nadie cambia y creo en eso. Seguramente se acordó de mí, entró a comprar algo al super, vio el cupón y decidió usarlo, coincidencia vil. Lo bonito era el detalle. Hasta donde sabía le iba bien; quería a su esposa, tenía grandes planes y una chamba en el gobierno; específicamente consistía en lavar los monumentos y esculturas de la ciudad, esto es, arrojarle agua con jabón a los padres de la patria; héroes montados en caballos y piezas monumentales consideradas artísticas o históricas de Washington DC que no son pocas. Un trabajo, según entendí, muy peleado, no sólo por los buenos beneficios, créditos y otras prestaciones del gobierno de la ciudad, sino porque se recibían dos cheques, uno de la municipalidad y otro del Park Services. Estaba casado con su novia de varios años, la misma que conoció en Las Vegas, mientras yo me liaba con Patricia, Lilia, con quien pensaba tener hijos. Era un buen hombre de familia. Nada relacionado con el Pedro borracho y buscabullas que yo había conocido. El Pedro verde de la gran resaca, acostado junto a una cubana más bien fea en un hotel barato. El Pedro agarrándose a golpes con un taxista por un cambio de monedas en Las Vegas boulevard. Ambos compartimos casa en ciudad vicio, donde fue mesero, había sido eso toda su vida en este país. Lo del nuevo trabajo, era el empujón de un pariente suyo, quien había logrado tener nexos con ciertos empleados del gobierno municipal. Un tío, el cual no sólo tenía dos restaurantes de comida

peruana, sino además un buen colmillo político. El caso, es que a este tío suyo llegaron a deberle un favor, el cual resultó en la posición de Peter. Un trabajo asignado no a cualquiera en la municipalidad. Un trabajo sencillo, según me decía. Peter y otro tipo manejaban un camión con grandes mangueras por sobre el centro histórico de la ciudad de Washington. Me había enviado una foto a través del Facebook, la manguera metida entre sus piernas arroja un chorro de agua a algún general de la época de la revolución. Es un hombre en un caballo y es como si lo estuviera meando, ja, ja. “Peter limpia monumentos”, el título. Pa trabajitos que acabamos haciendo los hispanos, cual más, joder.

Recibí la tarjeta de mi camarada, la misma tarde que regresé de la base con el olor de Martina en la entrepierna y el vientre. Fue una tarde llena de sorpresas. Tigrillo me había dejado una lagartija muerta a la entrada de mi cuarto; es la forma en como los gatos agradecen o mejor dicho, colaboran con la comida en la casa. Mi hermana me había enviado un mensaje; estaba embarazada y se encontraba feliz. Además, ella y Carlos también me felicitaban por mi cumpleaños. Yo no sé de donde carajo había sacado todo mundo que era mi cumpleaños. Pero tal cual, yo me encontraba fascinado repasando la escena entre Martina y un servidor; sus besos, sus quejidos. Todas aquellas coincidencias en colisión para bien. Acaricié a Tigrillo en la barriga y la cabeza, "Gracias amigo, por la lagartija... Mmm, se ve sabrosa.". Cogí al inocente saurio con dos dedos y lo arrojé al bote de la basura en el baño; muy discreto, sin dejarle saber estaba menospreciando su regalo. Me tiré en la cama sin creerlo todavía, era la primera mujer que me follaba en varios meses, además no era cualquier mujer, sino una bellísima chica de aspecto delicado, sola y desatendida. Si todas las casualidades no tienen un significado, o una conexión, ¿entonces por qué pasan? A lo mejor significaba que mi mala suerte comenzaba a diluirse; la mala onda a desaparecer, así como los terribles sueños después de completada mi venganza… Pero sobre todo, que el mal, ocasionado por Patricia, había dejado de tener efecto en mí. Hablo de sus brujerías. Sentí el cambio, comencé a sentirme ligero, libre… De pronto, empecé a flotar en la cama, a elevarme, tal si levitara. Al principio me dio miedo, puse las manos a los costados preparándome para la caída, pero esta no pasó; estaba separado del viejo colchón por unos tres metros, me elevé más hasta quedar a centímetros del techo. No lo creía. Podía ver la calle a través de la ventana, el polvo en el marco del cortinero, la mugre encima de la puerta del baño. Flotaba, alucinante, no les miento. En ese momento, supe que poner medio continente de distancia había sido una buena decisión, que tratar de olvidar el tiempo con Patricia había funcionado; y que tanto la distancia como el tiempo, eran mis mejores

aliados. Era un ser etéreo, no sé cómo había logrado que mi peso se redujera al de una pluma; cómo es que estaba venciendo las reglas de la gravedad. No serían más de diez minutos, pero fueron definitivos. Entonces tuve una certeza; de no haber estado el techo, habría podido salir de la propiedad, dar una vuelta por lo menos hasta la esquina ida y vuelta sin tocar el piso. Una mujer pasó por enfrente de la casa empujando una carriola para gemelos, un auto y un hombre en bicicleta, el único en darse cuenta de que flotaba en el aire separado de la cama, fue un perro, el cual se asomó por la ventana pegada a ras del suelo, aunque esta vez no se orinó en el cristal, sino que salió corriendo. Aterricé tan suave sobre la colcha de la cama como me había elevado. No pude evitar sentir palpitaciones en la sien y cierto nerviosismo. Aquello había pasado, sin duda. Me recordé a mí mismo tirado sobre el granito oscuro del cráter principal de "El Pinacate", en lo que juro es un sueño, pero no fue sino la cruda realidad de la noche más larga de mi vida, la más clarividente. Volví a cerrar y abrir los ojos. Estoy en mi cuarto en Albany, en casa de la señora Robbins… la presencia de tigrillo en cama me volvió a la realidad. Miau dijo y se restregó contra una de mis piernas. El saludo de mi pequeño amigo me sacó de lo que pareció ser un trance, aunque no pude evitar un escalofrío. Me agarré con las manos a la colcha, apretadas, como el ancla de un barco a punto de irse con la tormenta. Por varios minutos había contradicho las leyes de la gravedad y eso me produjo inseguridad. Tigrillo comenzó a lamerse las patas, me solté poco a poco de la cama hasta sentirme seguro, respiré profundamente. Sonreí. Le acaricié la cabeza a mi amigo y tomé asiento en la cama, la sonrisa en mi cara persistía. Quizá los dados estaban a punto de caer a mi favor. Después de aquello ¿por qué tener duda? Si bien es cierto que mi primera reacción al salir de la casa de Martina fue correr y largarme del pueblo, al final decidí correr la apuesta como buen jugador y me quedé. No me sentía culpable, tampoco mal. Habíamos actuamos como animales, eso ni negarlo. Con mantener la distancia.

34

El primer viaje con el Cadillac fue a Atlanta. Estaba harto ya de Albany, de los soldados y sus mujeres, pero sobre todo, de los campesinos de modales bruscos que preferían hacerlo todo desde sus camionetas. Por ejemplo, ir al banco, cuestión de bajar el cristal, teclear números-letras; depositar, retirar, tener balance de cuenta impresos y ni decir las gracias. Comer, la empresa más grande en el planeta especialista en fast food, ofrece un drive in, un servicio donde ordenas a través de un micrófono y cuando llegas a la ventanilla, ellos ya tienen tu hamburguesa lista y una joven te la entrega en una bolsa, la cual contiene además papas fritas y bolsitas de kétchup, más una gran soda, claro. He intentado comer así y aún no se me da, aunque

hay otros que encuentran placer en manejar y comer la torta a la vez, mirando lánguidamente el camino a ritmo de su canción favorita, en cámara lenta, manchando con grasa todo el volante y los asientos.

Atlanta resultó una ciudad en forma. Había bastante gente en la calle, quizá porque se iniciaba el otoño y todo el mundo había salido a hacer las compras. Había tráfico, lento y pesado, además, no venía en un carrito, sino en un carrote, hasta la gente volteaba a ver a “Espíritu del cielo” como lo había bautizado Toño por su color azul marino oscuro, en su afán de ponerle nombre a todo; la tele era Juana, el teléfono Paco, su viejo auto el Tatoyo y así. Una vez el Cadillac en el estacionamiento, caminé por ahí, miré aparadores, esquinas, menús de restaurantes, mujeres pasando a mi lado. Finalmente me metí a un bar a mi gusto. Medio oscuro, con una sola televisión, en lugar de las mil que se usan hoy en día y sin ventanas al exterior. Me senté en una esquina, en la barra, en una silla con respaldo. No podía beber mucho, pues traía el Cadillac, me recordé a mí mismo, mi plan era regresarme esa misma noche después de cargar gasolina y comprarle un regalito a Martina. Pedí una cerveza, acabé bebiendo tres. En el teléfono tenía mensajes de mi casera, de Toño, Peter y de una tal señora Highs, la cual deseaba hablar conmigo a discreción, tenía relación con mi trabajo. De inmediato pensé, era quizá una abogada con alguna sorpresita, alguna bronca. Cuando recibo cosas como esas, me entran ganas de correr; cerrar los ojos y correr. Me había cansado de ser el road runner, ¡beepp beeepp! Algo me olía mal de todo aquello... Debía tratarse de dinero, algún tipo de chantaje por lo sucedido en Las Vegas. Por un momento, se me ocurrió que a lo mejor la hija del capitán Thomas deseaba el auto de regreso, aunque deseché la idea, tenía los papeles, estaban firmados por ambos y todo había sido legal; aunque quisiera. Peter me saludaba, decía estar feliz estrenando casa en los suburbios, gracias a un préstamo, de cualquier forma enviaba su dirección por si me animaba a visitarlo en Virginia. Teníamos un pacto de amistad, así que nos informábamos uno a otro de vez en vez como íbamos. Había dejado Washington DC por caro y elitista; las rentas estratosféricas, la comida por los cielos. Peter y yo éramos como esos corredores de profundidad que se rezagan por un momento pero siempre terminan. Peter llevaba la delantera en cuanto al número de lugares en los que había vivido y hecho vida. Lo segundo lo más difícil, pues se aprende cada vez. Dejas todo, no sólo muebles, libros, ropa, sino amigos incluidos. Al bar entró un *homeless* a pedir trago, arrastró su terrible mal olor consigo, como la larga cola de un lagarto. Ya venía ebrio, se le notaba, era quizá la causa de su caída. Empezó a pedir dinero en las mesas, pero pronto vino alguien y lo sacó a empellones. Por una extraña razón, a veces asociaba a los *homeless* con aquellos pilotos de la Segunda Guerra Mundial que quedaban en los

campos de batalla, con las puntas de sus vehículos a la mitad del terreno, con ellos adentro a punto de explotar. Lo vi en una película, quizá por eso. En un texto, Martina quería verme, el problema era que su marido no se despegaba ni un minuto de ella y no sabía cómo darse una escapada. La recordé. En definitiva estaba enamorado y eso era una pendejada; otra relación jodida. ¿Por qué me encantaban las relaciones jodidas? me recriminé. Nos habíamos ido a la cama mucho antes siquiera de conocernos. Como dos animales. No una película porno ciertamente, pero extraña forma de acercar a dos personas, ¿no creen? Y digo no es porno, porque la verdad toda la experiencia había sido bastante tradicional, yo encima de ella con las sábanas cubiertos. Nada muy experimental, después claro, sí hubo de eso, pero de eso no les contaré por ser privado. Sentí celos del marido, quizá ahora mismo estaba metido con ella en cama, haciendo alguna cosa aprendida allá en el Medio Oriente. Pedí una segunda cerveza. Eso significaba que quizá no la vería por unas semanas. El hecho de que el tipo fuera un abusivo me enardecía. Se la cogía y la golpeaba, o a la inversa. Apreté la botella, vaya calaña de héroe de guerra. Pero nadie tiene más la culpa a veces que la víctima. *"No jodas compadre, no estas para criticar a nadie"*. Cierto, quien era yo, para abrir la boca. Había huido de Las Vegas para escapar del maleficio indilgado por Patricia. Mujer bella, aunque ligera de cascos, largas uñas, boca grande y un sentido de sobrevivencia increíble. Astuta como un zorro y mal pensada como un demonio. La recordé, se jactaba de ser la sobreviviente de una familia disfuncional, un padre alcohólico, relaciones perversas y de la industria del porno, esto último lo supe mucho más tarde, ya en la segunda vuelta. Había aprendido brujería con unas negras que habían aterrizado por casualidad en la compañía de video, donde había caído engañada con el típico rollo del modelaje, la fama y el dinero fácil, según esto. Cuando la conocí, ya le había dado cuatro vueltas al estadio. Fue una de esas cosas que pone en contacto a dos personas y se denomina casualidad. La colisión de dos destinos. Hay una imagen, no se me quita del cerebro. Vengo saliendo de mi turno rumbo a casa, cuando me la encuentro. Viene en short, camiseta y botas vaqueras, era un día especialmente caliente. No era muy alta, pero estaba tan bien balanceada como una pesadora cargada de joyas, que digo, un yogista en una posición complicada. Desde el principio me engañó. Nunca me dijo que era striper, sino instructora de un gimnasio, que estaba tarde para una cita muy importante y no podía quedar mal. La llevé a su cita y hablamos, me mostró las piernas, las tetas, todo sin querer claro. Ambos nos gustamos al instante, eso un hombre y una mujer lo saben. Me coqueteó abiertamente y me dio su celular, el cual anoté en el mío. Caí en la trampa, como el mosquito pendejo que cae en la tela de la araña. Era mayor que yo por un par de años, aunque

como me pareció una mujer de clase, me puse curioso. Salimos, sabía hablar, usar los cubiertos, tenía reglas y comentaba de todo, ideas que me parecieron acertadas. De haber sabido que todo era una estafa, no sé si me hubiera embarcado en la historia. Se apoderó de mí desde la primera vez nos encontramos en el desayunador y la segunda noche en su cama, el sexo fue impresionante. Tenía un movimiento de vagina increíble, era como si pudiera mover los músculos dentro de su cuerpo a voluntad y succionar. Me fascinó la sensación de estar dentro de ella y ser sobado por aquel sexo, ni hacía falta moverse tanto. La primera vez repetimos como diez posiciones. Te dejaba hacer, pero cuando ella quería que terminara comenzaba a moverse por dentro como si la habitara un demonio, una antigua bruja.

Un borracho que parecía dormido. Se recompuso por un momento, bebió las últimas gotas de su trago y ladró:

-¡La realidad es obscena, apesta a caca, semen y alaridos! ¡El mundo es crudo, sangrante y cruel!

35

Encuentro a mi abuela. Me espera esta vez en la entrada de una hacienda en ruinas. Ella misma es quien me abre el portón, por muchos años clausurado. Nos internamos por un pasillo de arcos. Los techos se han venido abajo, caminamos sobre escombros y pedazos de teja quebradiza. Algunas paredes están derruidas también, otras muy dañadas; pasamos por una escalera de piedra roja que no va a ningún lado. No hay duda, fue una elegante construcción, conserva detalles interesantes, como una cruz de metal brocado en la puerta principal y una pared decorada con mosaicos multicolores, en lo que debió ser la entrada a las habitaciones. Mi abuela camina con familiaridad en el lugar, como si lo conociera. Cruzamos un patio, los restos de una fuente, un pasillo de menores proporciones, hasta una inmensa nave, la cual debió haber sido un salón de fiestas o un lugar para recepciones. El piso en esta zona, es de arena muy fina, como si la desintegración hubiera sido desde los cimientos del lugar. Avanzo con cautela temo que alguno de aquellos muros se nos venga abajo. Mi abuela se detiene en una antigua cama de latón herrumbrosa y sin brillo, aunque de grandes proporciones. Toma asiento sobre la cubierta color guinda, perfectamente tendida y descansa sus manos en su regazo. Doña Marina, coge el suéter en el que ha venido trabajando –según me dice- y reanuda su labor con los ganchos entre los dedos, sin prestarme mucha atención. En las cuatro patas de la cama, hay gallinas amarradas; cacarean, dan vueltas en redondo, clavan el pico en el piso de arena para volver a ponerse de pie. Unas escarban, otras se dan de picotazos entre sí, aletean ruidosamente.

-Toma asiento hijo- me dice señalando una vieja silla, la cual parece a punto de caerse. Me siento con precaución, a sabiendas que la silla puede venirse abajo, aunque aguanta mi peso como si nada; es fuerte, me

sorprende su aparente estado vetusto. Es la tarde o el amanecer, no hay sol, por lo tanto nuestras sombras no se proyectan. El cielo tiene un color anaranjado muy fuerte. No alcanzo a comprender el porqué del escenario. Menos aún, el significado de las gallinas, y si estas simbolizan algo; o sólo que la abuela no quiere dejarlas sueltas al alcance de los coyotes y los ladrones. Es la primera vez que estoy físicamente en el lugar, aunque he pasado en auto y lo he visto. Se llama la Antigua Hacienda del Carmen y se encuentra a unos cuatrocientos metros de la carretera a Navojoa. A la distancia, se ve apenas como unas paredes, una cúpula semi destruida y un par de arcos. Es el casco de una hacienda de la época de la revolución. La abuela sin dejar de tejer, levanta los ojos y me observa con dulzura. Una pregunta se queda en mis labios: ¿Por qué hemos venido aquí?

Desperté con tranquilidad, sin sobresaltos, como al principio cuando los sueños de la abuela comenzaron a suceder. Por fortuna los sueños con ella no son todas las noches y ni siquiera todas las semanas, hay periodos en que no nos comunicamos. A la fecha los considero un diálogo. De todo el cumulo de sueños durante la semana, los de la abuela los aparto y voy descifrando poco a poco, hasta que logro encontrar el significado, porque definitivamente tienen un significado particular, lo he comprobado. Los días previos a la partida de Patricia, tuve un sueño en el que la abuela me advirtió, aunque no fui capaz de completar la lectura. Se me escapó lo del borrego sacrificado a pedradas, lo de la veladora sobre su cabeza.

Bostecé en grande. Me senté en la cama, acaricié al Tigre que también se desperezó estirándose y sacando las uñas. *¿Qué significaban las malditas gallinas?* Entré al baño, tomé una ducha y me vestí tarareando una canción. Tomé los dos llaveros, sonreí. Tener auto me pone a pensar en viajes, en tomar la carretera. Bebí un café con mi casera y me conminó a hacer huevos para los dos. Desayunamos como una vieja pareja viendo la televisión; como la madre y el hijo que no encuentran que decirse… Pensé en cómo me hubiera gustado pasar más tiempo con mi madre, ver la televisión con ella, caminar por las calles de Hermosillo; verla curada del cáncer. Recordaba a mi “jefa” en cama, con oxígeno en la boca, con agujas en las venas por donde entra el suero... Después el maldito fuego.

36

Esa tarde volví a ver a Ana Graciela, después de un último encuentro medio triste. Su actitud me había decepcionado, aunque la chica me gustaba, sobre todo, cuando aceptó que nunca se enamoraría de un hombre como yo, pues representábamos la inseguridad y la pobreza. “El dinero lo es todo”, remató. Nos acostamos cuatro veces, muy ricas todas, recordé la abundancia de vello en varias partes de su cuerpo y tuve una ligera erección. Ana Graciela, chica lista, emprendedora y ambiciosa. Con un novio en Chicago al que describió

como no muy listo y un poco mayor. Mujer capaz de sacrificar cualquier cosa por plata. En la búsqueda del "gringo viejo con la herencia". "¿Con cuántos viejos mentirosos te has acostado?" No le gustó mi broma. Una cosa que hicimos juntos, fue el haber plagiado la receta de la campeona de la base y sacarle una fotografía al estilo espionaje corporativo, muy divertido. Entre los dos distrajimos a la vieja arrogante con diferentes trucos y pudimos meternos hasta la cocina. Intenté de convencer a Regina de participar con esa misma receta en el concurso anual de la base, sólo para ver la cara de los jueces. Por supuesto no aceptó, se murió de risa de como mareamos a la vieja con nuestra bulla para quedarnos con su receta de galletas, y con la de un pollo al jerez que me pareció delicioso en ese momento.

La mujer mantenía escritas sus recetas en un viejo cuaderno de cuero junto a libros y recetarios, en una esquina de la cocina; un lugar envidiable con lo último en aparatos y utensilios. Aquella cocina no le pedía nada a la de ningún chef profesional. Con una pequeña cámara de doce megapíxeles, recién adquirida, le tomé la foto a las dos recetas escritas a mano. Por una micro centésima de segundo, pensé en quedarme con todo el cuaderno, debía ser una joya, aunque desistí casi al instante de haberlo pensado, pues era un abuso; además no soy un ladrón. Así que continué con el plan, hice las dos fotografías y volví el cuaderno a su lugar entre los otros libros en el estante. Reparé en uno de comida griega, se veía un libro caro; tenía buenas fotos, algo de historia. Escuché las voces de Ana Graciela y de la vieja acercarse. Guardé la cámara en el bolso de mi camisola y levanté mi caja de herramienta del piso, todo en un sólo movimiento. Di dos pasos a la salida de la cocina y me topé con ellas en la entrada. La mujer me vio un tanto sorprendida. *¿Cómo había llegado del baño a la cocina?* Quizá se preguntó.

-Revisé el interconector del agua por si había fugas, pero no tiene ningún problema.

"Gracias", dijo ella y nos acompañó hasta la salida.

Ya estando afuera nos destornillamos de risa, nos dimos unos besos y en el carrito del trabajo la llevé al lago artificial de la base, follamos entre unos arbustos. Platicamos y llegamos al acuerdo de que cocinaría el pollo al jerez para ella y sus socias en el negocio de la limpieza de casas, Carmen y Esther en algo como una semana, día de su cumpleaños. Miramos la caída del sol como dos novios de telenovela – fueron sus palabras- agarrados de la mano.

En ese momento pensé en serio, quizá por la influencia de Pedro, de que era tiempo de dejar mi soltería y hacer casa con Ana Graciela. Me gustaba, hablaba mi idioma, era tierna y con un potencial sentido maternal muy grande; a pesar de sus defectos. Como les digo, tenía dos severos, el más grave, el de ser muy materialista y el otro, no le

gustaba leer y prefería la televisión. Pero bueno, no existe la mujer perfecta. El único viaje que hicimos juntos, fue a Savannah Beach en el auto de su negocio, el cual no pudo pasar desapercibido por sus letrotas rojas en los costados, la cajuela y el techo; “Easy Maide: si necesita limpio su hogar o su oficina, nosotros vamos”, era el slogan escrito hasta en el interior del Focus. En dos ocasiones, nos detuvieron un par de posibles clientes, deseaban fuéramos a darles el servicio. Ana Graciela quedó decepcionada, cuando al llegar a la playa se quitó la ropa y se arrojó al mar, el cual resultó demasiado frio para el gusto de cualquiera que recuerda el mar del Caribe. Regresó tiritando de frío y con una cara de molestia. La cubrí con una de las toallas y la abracé. Caminamos, ella juntó conchas, piedritas, dibujamos en la arena y construimos un castillo, el cual muy pronto fue arrasado por el agua. Dos días en el mar junto a ella, sin poder meternos al agua, me volvieron a la realidad. Resultó berrinchuda, fijada con el dinero a más no poder, glotona y criticona. Una noche si me exasperó, cuando insistió en no darle propina a la mesera, según ella había estado coqueteándome. “No jodas, pobre chica, apenas si le ha de alcanzar el maldito salario”. Hacer familia, ser fiel y todo lo demás, se derrumbó como el castillo de arena que habíamos construido. La última noche, como supe era la última de ambos, me la follé como un ángel, recuerdo sus ojos extasiados diciéndome incongruencias.

37

-Sergio, ¿cómo estás?

-Hola Terry.

-Disculpa si dije algo indebido la última vez, estaba muy ebrio y quizá dije pendejadas, sorry man.

-Bah, no te preocupes. El tequila es así, te puede dar sorpresas serias.

-Si joder, lo había olvidado. Lo que haya dicho no fue mi intención, dijo Regina que saliste molesto de la casa.

-No, para nada, me la pasé bien, gracias por la invitación.

-No al contrario, gracias a ti por hacernos de comer, tú sí sabes bro, delicioso.

Sonreí, agradecido por el elogio:

-Algo, algo, quisiera estudiar más y ser mejor, tengo grandes sueños- me arrepentí de decir esto último.

-Cuando se tienen sueños hay que llevarlos a cabo, si no para que soñar, siempre me dijo mi madre.

Recordé sus sueños de llegar a la olimpiada con su equipo de basquetbol y me sentí menos mal.

-Borrón y cuenta nueva- dijo con una sonrisa y me extendió la mano.

-No hombre, no pasa nada- dije extendiendo mi mano izquierda.

-¿Eres un buen hombre sabes? Quizá sé distinguirlos porque conozco a un montón de hombres malos.

Se veía compungido:
-Debe ser, en tu profesión- respondí. -¿Qué te ofrezco, agua, soda?
-Si tienes agua en botella te la acepto.
-Claro, claro- me di la vuelta y entré a la cabina por dos botellas de agua del refrigerador. Regresé. Terry había puesto su silla sobre la sombra y miraba de soslayo. Le entregué la botella y jalé una de las sillas plegables usadas para los eventos, teníamos como cien. Tomé asiento junto a él. Brindamos con las botellas de agua, la temperatura era agradable y los colores de la tarde yéndose a dormir, muy lindos.
-Oye, en intercambio por lo de la cena, bueno mejor dicho, en el mismo espíritu de camaradería y solidaridad, queremos invitarte con nosotros a la playa, serían tres días, hay donde quedarse y todo, es casa de unos amigos.
-¿Es casa de tu compañero Scot?- pregunté previendo.
-¿Un hijo de puta verdad?, pero no, es otro amigo, completamente diferente. Él y su mujer salen de viaje y no tienen con quien dejar al perro y al perico. Regina se ofreció y pues aprovecho para extenderte la invitación. La próxima semana, salimos viernes temprano y regresamos el lunes antes del mediodía.

Iba a decir que no, pero su sinceridad me convenció, por otro lado, desde mi viaje con Ana Graciela hacía más de un mes que no remojaba los pies en el mar.
-Suena bien, déjame arreglar algo con Toño mi compañero. -Le extendí la mano y chocamos levemente los puños en señal de amistad. Le miré a los ojos, en definitiva Terry era un buen hombre, quizá mejor que yo.
-Haz tus arreglos.
-De acuerdo, no he estado en el mar en un buen rato.
-Te va encantar. De la casa, la playa está a menos de cincuenta metros… El agua es fría, para que no te hagas muchas esperanzas, pero el lugar es bonito.
-Lo del mar frío ya lo sé, pero el mar es el mar…Vacan, como dicen los peruanos. ¿Y cómo cuánto hay que pagar de gasolina? De comida, ¿o qué onda?

Terry se removió en la silla.
-No caray, pues nada, de todas formas nosotros iremos.
-Pero una boca más siempre es una boca extra, ¿verdad? ¿Tiene cocina este lugar del que hablas?
-Claro, es una casa completa. ¿A qué viene pregunta tan tonta?
-Me gustaría colaborar con algo, eso de ir de gratis no va conmigo. Mi padre me enseñó algo: “todo lo que se tiene hay que ganárselo”. De intercambio cocino, ¿qué tal eso?
-OK, nosotros felices, a Regina le va a encantar.

Terry me habló un poco más de la casa y del dueño, otro amigo

minusválido, a quien había conocido en DC en una protesta, al parecer millonario.
-Cuando eres millonario no es un problema andar en una silla de ruedas, ¿sabes? La casa en la playa es energy efficient and wheelchair friendly. Además de alberca, cuenta con una cancha de basquetbol, entre otras amenidades.
-Cuando eres millonario no tienes ningún problema, punto.

Reímos. Le pregunté del equipo y de cómo iba en la tabla de resultados. Resultó que bastante bien, un segundo lugar nacional no era tan malo. Terminamos de beber el agua en nuestra respectiva botella, ya después, Terry se alejó en su máquina motorizada tan sonriente como había llegado. No sólo era un buen hombre, sino uno con mucho coraje. No podía ni siquiera ponerme en su lugar.

El viernes por la mañana Terry y Regina pasaron a recogerme a la casa de los gatos. Se veían radiantes. Regina cargó a Tigrillo y le hizo caricias. Yo armé una pequeña maleta con tres mudas de ropa, la rasuradora, el cepillo de dientes, la pasta y la loción; además de un libro nuevo cuyo título ya olvidé, un traje de baño y el cargador del celular. Subí a la parte trasera del auto, venían escuchando a Bob Dylan -después supe. No hablamos de nada interesante, la segunda parte del viaje, Terry insistió en escuchar el basquetbol por la radio. Llegamos a la hora del almuerzo. La casa por fuera, lucía como cualquier casa en la playa hoy en día; una alta pared blanca, cámaras de video y un gran portón metálico automático. Regina rebuscó en su bolso y extrajo un llavero, el cual su amiga le había enviado por correo, según explicó. El lugar era muy confortable y muy bien diseñado. Era una casa de concreto de una planta y media; de cinco cuartos con tres baños, más una sala grande y una cocina de buen tamaño. Saludamos a los animales que estaban patrocinando nuestras vacaciones; "Clark" el perro y "Repetition" el loro, al cual encontramos diciendo: buen culo, buen culo. Especulamos, seguramente el loro sólo había captado parte del mensaje; el cual dedujimos, bien podía haber sido; se te ve buen culo, o que les den por el culo, o nada como un buen culo. Terry nos explicó, el amigo en silla de ruedas, pero millonario, estaba casado con una ex miss américa de muy buen culo y grandes tetas, eso debía ser. Regina preguntó como era que el millonario había terminado paralítico. Terry no sabía los detalles, sólo que se había accidentado en un auto deportivo. Nos instalamos, cada quien fue libre de escoger el cuarto a su gusto. La recámara que escogí, daba directamente a una palmera crecida en una maceta y tenía puerta a la terraza; donde había un parasol, una mesa redonda y sillas. Además de un asador de carnes eléctrico y un minibar. A desnivel, una alberca también redonda y un jardín. Abrí la ventana dejando entrar la brisa del mar; su olor y su

humedad. Aquella noche cenamos piza de paquete, bebimos cervezas en la terraza mirando las estrellas, y escuchando el ir y venir del agua. Esa noche también, contamos algo de cada quien y me enteré de algunas cosas. Como que al Terry antes de Irak, no le gustaba tanto el basquetbol como el futbol americano; que había sido un excelente buzo de profundidad y hoy en día apenas un mediano nadador de piscina. Dos cosas que le apenaban, era lo malo que era para las matemáticas y lo tímido con las mujeres. Nos dijo además, ser huérfano, aunque conservaba una hermana a quien veía apenas dos veces al año. En mucho de eso nos parecíamos, dije e hice notar la similitud entre nuestras experiencias. Como el de tener sólo una hermana y ser huérfano en la adolescencia, además de ser malo con las matemáticas claro. Las dos cosas que avergonzaban, particularmente, eran el pelo que crecía arriba en mi espalda y el ser sentimental. Regina se rio de ambos y cuando fue su turno, nos dijo que por el contrario a nosotros, ella conservaba a sus dos padres, aunque no contaba con hermanos de sangre, pero si con una hermana adoptada, llena de traumas. Además, que a diferencia de nosotros, le gustaban las ecuaciones, los libros de autoayuda –que yo detestaba- y las biografías. En cuanto a los deportes, prefería el yoga, y lo único avergonzante era su dedo pequeño del pie que casi no tenía uña. Brindamos por los complejos y los errores físicos, que carajos. Me sentí en confianza y les comenté de lo importante que había sido mi abuela en mi formación; en cómo le gustaba usar dichos antiguos y metáforas para educarnos; donde por lo regular, aparecían animales. Además, en como ella había ocupado el lugar de mi madre, mientras la otra agonizaba lentamente embotada de morfina en cama. Regina me tomó de la mano y me miró dulcemente. Bebimos una nueva ronda de cervezas, tratando de adivinar los nombres de las estrellas en el cielo y la locación de la galaxia de Andrómeda. La primera en despedirse fue Regina, se encontraba cansada. Otra de las cosas que no le gustaban mucho, a diferencia de nosotros, era manejar. Terry y yo hablamos un poco de basquetbol y de bastoneras. Le dije que me había enamorado profundamente de Samantha, él rio. Me enteré, estaba casada con un cabo y de verdad era amiga de Regina; ambas asistían a un club de Sudoku. Recordé los muslos de Samantha y me entró escalofrío. Terminamos nuestra última cerveza, diez minutos más tarde nos despedimos y cada uno fue a su cuarto. Aquella noche, contra mis intenciones, no soñé en bastoneras de vestidos cortos y hermosos ojos, sino en Sonora, en mi pasado…

Voy caminando por la playa, el cuerpo de una ballena gris ha sido arrojado del mar por las olas. Me acercó al animal, va haciéndose enorme conforme llego a él. Mi abuela me espera sentada en una mecedora, teje los últimos detalles del suéter que ha venido haciéndome desde hace ya un

tiempo, según entiendo. Me siento en la arena junto a ella y los dos guardamos silencio ante la muerte de aquel animal, el cual asemeja un buque encallado. El cetáceo es dos veces el tamaño de un tráiler y tan alto como una casa de dos niveles. Lanza un último bufido, mueve la cola y muere, mientras nosotros esperamos a que las olas alcancen nuestros pies y el tiempo corra. Cual Jonás, intento entrar al animal muerto, ha expirado con la boca abierta; de donde emana un muy mal olor, pero ella me lo impide.

Al momento de internarme en aquel enorme ser, despierto bañado en sudor.

Me puse de pie y me asomé por la ventana, en el horizonte el sol emergía del agua tímidamente. El olor del mar había activado aquel sueño… En la vida real la ballena muerta en la playa había pasado hacia cosa de quince años. Nos encontrábamos de vacaciones familiares. Venía con Gaby caminando a la orilla del mar, cuando la vimos y corrimos a verle. Para nosotros era un espectáculo extraordinario, para mucha otra gente, algo inexplicable. Cuando llegamos, el animal daba los últimos coletazos y hacia ruidos extraños, tal si estuviera atragantándose con todo aquel aire. Había un montón de personas, algunas de las cuales le arrojaban cubetas de agua sobre la piel con el propósito de hacerle la agonía menos dolorosa. Entre la gente, alrededor del cetáceo agonizante, una mujer rezaba, mientras agitaba flores en el aire y murmuraba una plegaria al mar. La razón porque el gran mamífero había salido del agua, de acuerdo a un viejo, es porque lo aquejaba un virus relacionado con el agua contaminada del Mar de Cortés, o alguna intoxicación producto de la ingestión de algas putrefactas… Menee la cabeza. Recordar es como tele trasportarse al pasado. ¡Es fabuloso tener recuerdos! ¿No creen?

La cercanía del mar me erotiza. Me masturbé pensando en Martina bajo la regadera. Me vestí y fui directo a la cocina. Puse café. Lavé unas papas y las metí al horno de microondas, al igual que un paquete de tocino. Partí cebolla y ajo, después mezclé todo y puse crema ácida encima. Por separado corté jitomate y apio. Quien me alcanzó fue Regina, me ayudó a poner la mesa en la terraza y abrir el vino blanco para las mimosas. Desayunamos los tres con toda la calma del mundo, bromeamos y no pudimos evitar quejamos de como los políticos han secuestrado al planeta y las corporaciones chupado todos los recursos. Regina se ofreció a levantar los platos y meterlos a la lavadora. Me entretuve viendo los cuadros y las fotografías en las paredes. En la mayoría aparecía el amigo de Terry, siempre con alguna mujer diferente o a bordo de algún auto deportivo, moto o lancha. No me imaginaba a un tío como aquel, empujando una silla de ruedas.

Después de desayunar bajamos al basement. Los tres nos quedamos sorprendidos. El enorme cuarto aquel contenía todo un bar; con barra

incluida, mesa de billar y una máquina electrónica de ping pong. Había además un loveseat rojo, sobre una mullida alfombra también roja. Luces en el techo de diferente intensidad y colores. Terry se puso a jugar con las luces y logró que el cuarto fuera completamente verde, después azul. Encima del loveseat una luz blanca, otra sobre la mesa de centro. Soltamos exclamaciones como huy, ah, buu, gua e hicimos bromas. Terry hizo la mímica a un blowjob inflando una mejilla y pasando la lengua por dentro, reímos. Concluimos, los dueños de la casa deberían de ser unos voyeristas de lo peor o algo por el estilo. Discutimos sobre el voyerismo. Regina afirmó que era una cosa más de hombres, aunque debía haber excepciones, por supuesto. No todo el voyerismo caía en la categoría sexual, afirmó Terry, había de otros tipos; nos contó de un oficial a quien le encantaba ver morir a la gente. Me preguntó si era voyerista, tarde en responderle, pero ya que estábamos entre amigos, lo acepté. Les platiqué de mi experiencia en Las Vegas, cuando vivía con mi mujer, quien me había inducido a eso, pero que en el fondo no me gustaba. El voyerismo me había hecho sufrir mucho. Regina dijo no encontrarle sentido, aunque Terry y yo intercambiamos miradas. “Si los hombres somos voyeurs, las mujeres son unas exhibicionistas de lo peor, pensé”.

Regresamos al piso superior en un elevador. La casa tenía rampas a la entrada de la casa y para acceder a la playa, más dos elevadores. Era lo que se conoce en el argot del real state, como una wheelchair friendly house.

Regina y yo nos descalzamos, bajamos las escaleras y salimos a la playa. Terry encendió la televisión y se quedó mirándonos desde los ventanales. El agua del Atlántico Norte resultó gris, espesa y tan fría como el carajo, quizá porque se avecinaba una tormenta. De reojo miré a Regina. Buenas piernas, buen trasero, linda cintura, aunque pechos pequeños… Yo mismo reproché mi comportamiento; era un cabrón evaluando a la mujer de mi amigo. Regresé mi vista al mar, las nubes creando formas y ahí la mantuve; en las huellas que iban quedando y desapareciendo en la arena, mientras Regina brincaba y evitaba el agua fría; se veía feliz. Pensé en el pobre de su marido adentro, atado a la maldita silla de ruedas.

-Me encanta el océano, el hecho de que sea imponente, quizá es eso, pues me hace sentir libre.

-Allá, en mi primera tierra, cruzábamos el golfo de Baja California en barco, después la península caminando por algo como tres días para llegar al mar abierto, el Pacífico, que en definitiva tiene otro color-dije.

-¿Si? Mi primer recuerdo, es mi madre y mi hermana construyendo castillos de arena. Cada vez que voy al mar, es lo primero que viene a mi mente-. Regina brincó en el aire esquivando el agua fría en los pies

y sonrió.
-Anoche soñé algo, pasó hace tiempo…
-¿Qué fue?
-Sucedió cuando era un jovencito… Me tocó ver morir a una ballena, arrojada por el mar. Resulta que en aquella época, no sé ahora, las ballenas venían al mar de Baja California a desovar y a tener a sus crías. Esta ballena de la que te hablo, al parecer, era un suicida… al menos eso fue la historia en los diarios.
-Pensé que sólo los humanos pensábamos en eso.

Pasó un grupo de gente llevando sillas plegables, hieleras y cartones de cerveza. Les miré intrigado.
-Más adelante hay un pequeño estero, la gente va ahí a nadar, las olas son más tranquilas y es bajito... A ver si luego vamos los tres.

Retozamos un rato más y regresamos a la casa. Ya por la tarde se desató una tormenta, el mar se puso picado, nosotros en plan de beber brandy. En el refrigerador no había mucho, pero con lo poco que hallé, hice tapas. Martina se ofreció a ir de compras al día siguiente. Acomodamos las sillas frente al gran ventanal y nos dedicamos a ver el desarrollo de la tormenta hasta que anocheció
-Definitivamente tienes talento con la comida hermano, estuvo delicioso.
-Mmmm, sí que rico, gracias por hacernos de comer- dijo Regina.
-Es un gusto.
-Gracias a ti por el trabajo.
-De nada hombre, si de todos modos iba a cocinar para uno, nada me cuesta hacerlo para tres.
-No, pero si lleva tiempo, te lo digo yo que apenas sé algunas cosasRegina se acercó y me dio un beso en la mejilla en su camino a la cocina.

La tormenta arreció y el cielo se puso oscuro.
-Disfruto de las tormentas, más si son como ésta; una combinación de tormenta eléctrica con tropical y fuertes vientos… Quizá porque en Texas nunca llueve así- comentó Terry.
-¿En serio? No me creerías, en el desierto puede haber tormentas eléctricas- comenté yo.
-¿En dónde? ¿En Sonora?
-Me tocó ver una impresionante y de noche. Cada vez que estallaba un rayo en el cielo, el desierto volvía a iluminarse como si fuera de día, no cayó una sola gota de agua; el viento, el sonido, todo igual pero sin agua.
-Qué bárbaro, me han dicho de ese tipo de tormentas.

Regina regresó con un suéter puesto, y con un plato extra de comida.
-Ha de dar miedo, ¿no? En el desierto - dijo Regina mientras volvía a

tomar asiento.
-No, es como cualquier tormenta eléctrica, pero es raro, quizá porque asociamos las tormentas eléctricas con la lluvia- respondí.
-¿Y si te cae un rayo?- volvió a preguntar Regina.
-Pues te fríe- soltó Terry y todos reímos.
-Es recomendable despojarse de cualquier metal que uno traiga consigo; como anillos, cinturón con hebilla, monedas, etcétera. Incluso zapatos.
-Muchas botas traen metal en el orillo de las agujetas. Las del ejército, incluso en la parte enfrente y detrás, para proteger dedos y talón.

Los tres nos miramos. Al parecer las botas, los visores nocturnos, los desactivadores infrarrojos, el armamento más sofisticado y hasta los satélites, servían a última hora de un carajo cuando la suerte te abandona.

Terminamos de comer y Regina se levantó llevando consigo los platos sucios a la cocina. Regresó y se me plantó enfrente.
-Sergio, me toca limpiar y meter los platos a la máquina, es parte del deal… así que no te muevas, ¿OK?
-Si quieres te ayudo.
-No no no, señor, usted disfrute su trago y tranquilícese mientras hago mi parte.
-OK, OK, cool.

Regina levantó su vaso y brindó con nosotros:
-Salud chicos.
Brindamos todos. Terry miró su reloj y dijo:
-El juego está por empezar, ¿qué dicen?
Esta vez nos sentamos frente a la gran pantalla de televisión a ver al basquetbol.
-Con estas pantallas es como si estuvieras en las gradas- comentó Regina, tirándose en el sillón junto a mí.
-Cierto- dije yo.
Terry se dio media vuelta con todo y silla, levantó el dedo indicé en alto y dijo:
-Falso… Nada, pero nada, es igual a estar en el estadio viviendo el partido… aquí lo ves, allá lo vives.
Ni Regina ni yo dijimos palabra, parafraseando a mi abuela: a palabra de dios, ni rey que la refute. Jugaban los Celtics de Boston contra los Halcones de Atlanta.
-¿A quién le vas?- me preguntó Terry.
Una de mis reglas en eso de los juegos, es irle al gallo de casa.
-A los halcones, ¿qué te creías?
-Pensé que podrías irle a los cabrones de los Celtics.
-Nunca.
-Son campeones y famosos porque tienen más plata para comprar

mejores jugadores.
-Es la situación del deporte hoy en día, en el futbol soccer pasa lo mismo y en el béisbol, ni se diga- fue mi comentario.
-Si joder, antes los jugadores eran de la ciudad, del equipo donde jugaban, y lo hacían por amor a la camiseta y al terruño… no a la plata.
-En el soccer, todas las camisetas de los equipos llevan el nombre de la corporación que los patrocina en letras gigantescas.
-En un rato los uniformes militares serán igual.
-Qué triste- Regina cerró la charla.
Terminaron los comerciales y se reinició el partido. Los Celtics movían la pelota de un lado a otro de la cancha con una velocidad increíble a pesar de la fuerte defensa de los Halcones. En tres pases hicieron un enceste memorable, de una bola que entró por debajo de la canasta. Estuve tentado a correrle una apuesta a Terry, pero no quería hacerle perder; apenas un golpe de suerte, o un ataque más arriesgado, podrían salvar a los halcones de un destino evidente; como escrito en el agua. Martina se puso de pie, bostezó y se despidió de nosotros, se metería a la ducha y después en cama. Besó a Terry en la boca y a mí en la mejilla. Se veía cansada. Se estiró como un gato y pude verle el bonito trasero, los senos duros.
-Hasta mañana chicos, disfruten su partido y si quieren cerveza hay en el refrigerador, sólo no se la acaben.
-Buenas noches- dijimos nosotros al unísono.
El juego llegó a la mitad y el destino manifiesto de los Halcones parecía estarse cumpliendo. Fui a la cocina por cervezas frías. Se me antojaba otro fuerte, pero desistí al recordar que al día siguiente iríamos a nadar y no quería estar con resaca, ambas cosas son una mala combinación. Las cámaras apuntaron a las bastoneras y nos relamimos los labios. Me acordé de la amiga de Regina, la tal Samantha. Entre otras cosas, sabía de ella que no vivía en la base, aunque venía a practicar cada dos días a la semana; sabía también que estaba casada por conveniencia, y sabía además, que se había puesto feliz con la idea de conocerme. Los comentaristas hablaban de las jugadas; de los jugadores, de las estadísticas y hasta de las abuelas y primas de cada uno en los equipos. Nueva ronda de comerciales.
-Estos hijos de puta, más que periodistas deportivos, son unos malditos chismosos… ¿a quién carajos importa si el capitán de los Celtics vive con su novia y con su madre? ¡Joder!
-Es voyerismo *brother*. Es lo que vende, de ahí el éxito del Facebook.
Brindamos. Fui al baño, regresé y tomé asiento. Terry parecía no prestar demasiada atención a nada; miraba por la ventana hacia el infinito. De pronto se volteó hacia mí, sonrió y como para animarse dio un gran sorbo a la botella de cerveza:

-Sergio, como mi amigo, necesito me hagas un favor…
-El que quieras, siempre y cuando esté en mis posibilidades.
-No lo vayas a tomar a mal…
-¿De qué se trata?
-Necesito le hagas el amor a Regina.
-¿Qué?- dije y brinqué en mi asiento.
-Como lo oyes…
-¿Estás loco? Regina es como mi hermana, ustedes son mis amigos.
-Precisamente por eso.
-No sabes lo que estás diciendo Terry, ni idea tienes...
-No lo sé, efectivamente, pero no puedo atarla a ella a una castidad eterna, es una mujer, tiene necesidades… Sería cruel de mi parte.
Lo miré a los ojos:
-Si Terry, pero eso hace daño, sé lo que te digo…
Le dio dos vueltas a la botella de cerveza entre las manos:
-Hazlo por ella.
Respiré profundo:
-Es enfermizo, puede destruir las relaciones, no sólo la nuestra, sino la de ustedes dos.
-Habría que enfrentarlo entonces, cuando venga.
-No Terry, como crees, no sabes lo que me estás pidiendo…
-Es una decisión que hemos tomado ambos, ya lo discutimos ella y yo.
Lo miré incrédulo:
-¿Ya lo discutieron ustedes? ¿Y cómo están tan seguros de que aceptaré?
-No estamos seguros, pero sé que te gusta, te he visto observándola, los vi esta tarde en la playa…
Esta vez lo miré con seriedad:
-¿Y si después te arrepientes?
-Es mejor con alguien a quien conozco, y no le hará daño, que con un desconocido, y a mis espaldas.
-Me la pones difícil…
-Sería un favor especial… Si tú fueras el pedazo de hombre sobre esta silla de ruedas, y yo fuera tú, te haría el mismo favor sin duda, para eso son los amigos, ¿no?
-No digas eso de ti.
-¿Entonces?
-El problema es que he establecido con Regina otra clase de relación y de pronto cambiarla, me va a ser imposible.
-Ella es una mujer entera; con deseos sexuales y necesidades… la amo, por eso te estoy pidiendo que la hagas gozar como si fuera yo, quien lo está haciendo.
Apuré mi cerveza, toda aquella conversación me había puesto nervioso, un tanto fuera de lugar.

-Sólo es un poco de sexo, no estoy pidiendo te enamores de ella, ese papel me toca hacerlo a mí.
-Claro.
-¿O no te gusta?
-Regina es hermosa, no es por eso, cualquiera se acostaría con ella, sin duda…
-Por eso te lo estoy pidiendo precisamente a ti.
-¿Y qué onda con ella?
-Ella detesta el engaño… no sería un engaño.
Deposité la botella de cerveza en la mesa y me puse de pie. Me despedí de Terry alejándome hacia mi cuarto, antes de tomar el pasillo dije:
-Déjame pensarlo, tú también piénsalo.
En el cuarto me desnudé, apagué la luz y me metí a la cama. Aquella era una loca idea. El ir y venir de las olas me arrulló y pronto comencé a dormir, aunque no por mucho tiempo. Como a eso de las dos de la mañana tuve una visita, era Regina. No me dejó protestar, silenciándome primero con el dedo índice, después con un beso al que siguieron muchos. Olía a jabón, a hembra de selva. Las sábanas cayeron al piso, pronto estuvimos desnudos transpirando y dando vueltas en el lecho, mientras la brisa salina del mar refrescaba nuestras espaldas.
Cuando desperté no había nadie, como si hubiese vivido un sueño. De cualquier forma era mejor. Hice mi rutina de sentadillas, abdominales, lagartijas y giros con patadas. Me iba a meter a bañar, pero me dieron ganas de correr en la playa; aprovecharía la oportunidad. Me vestí con shorts y camiseta. Salí a la sala y fui a la cocina por un vaso de agua, el lugar se encontraba silencioso. Mis amigos seguramente aún continuaban dormidos. Abrí la puerta corrediza de la terraza, bajé las escaleras y pronto estuve en la arena haciendo huellas que desaparecían conforme el agua iba y venía… a mis pies les salieron alas.

38

Regresé de correr. Regina se había levantado y ya había hecho desayuno. Se veía radiante, nos besamos en la boca, aunque me alejé pronto, no quería ser tan cínico enfrente de Terry. Hiere ver a tu mujer compartiendo caricias con otro, eso lo sabía de sobra.
-Me adelanté, ya está el desayuno, hice pancakes y huevos. También les di de desayunar al perico y al perro- dijo ella vestida en un short cortísimo y una camiseta holgada.
-Mmm. Huele rico, como no. Voy a bañarme y regreso- dije y me aresté a irme al cuarto.
-Estoy en los últimos detalles, así que apresúrate- me advirtió.
Me bañé, vestí y regresé al comedor. Terry y Regina ya estaban a

la mesa.
-Buenos días- saludé y tomé asiento. Regina me sirvió café y me arrimó un plato con huevos, tocino y pancakes.

Enterré el tenedor y me llené la boca:
-Mmm, rico, gracias Regina- dije refiriéndome al desayuno… aunque también a la cena.

Ella entendió muy bien el mensaje y me cerró un ojo en complicidad. Terry arrojó el teléfono a la mesa; algo que había leído lo había alterado.
-Cabrones.

Por un momento pensé se refería a nosotros.
-No te creas, no soy el mismo, y no sólo por la falta de extremidades, sino porque cambié en estos años… Antes de enlistarte te prometen trabajo, carrera, un futuro y seguridad, dicen ser tu familia. Una vez ya no les sirves, te tratan como si fueras una carga, como si más te hubiese valido morirte. A mí me prometieron “piernas” y aún es el día que sigo esperando.
-Terry se ha unido a otros veteranos lisiados para ir a protestar a Washington DC.
-Hay gente a quien han mandado fuera del hospital sin darle tratamiento. Necesitamos un sistema más humanitario. No podemos dejar todo a las empresas privadas de la salud y de la terapia. Imagínate, una vez que se acabó el dinero destinado a ti, sólo te dan de alta. Hay compañeros a los que ni siquiera los fragmentos de bala les han sacado. You know?
-Asquerosos- dijo Regina.
-Es más económico y más redituable darles pastillitas que operar. Todo el rollo del medicamento es toda una cadena larguísima de dinero involucrado… Hay una gran decepción entre los compañeros con problemas, pero no les dejan hablar e incluso, a algunos los han amenazado.
-Como en todo, sino tienes influencias o amigos conectados, te ponen al final de la lista- amplió Regina.
-Ya no tengo esperanzas en que me den el mejor par de “piernas”, me darán algo que les sobre, seguramente.
-El ejército está tan corrompido, como el congreso- era obvio, Regina los detestaba.
-En menos de quince días hay otra marcha, esta vez vamos a exigir un aumento en la pensión. Hay gente que vive *homeless,* porque no les alcanza para pagar una renta. Si serviste al país deberían de tratarte con dignidad, ¿no crees?- Terry se cogió la cabeza, quizá se arrepentía mortalmente de haberse enlistado.
-Los senadores se acaban de aumentar el salario un veinte por ciento, el vicepresidente también… ¿y qué del resto de la población?

-Son unos asquerosos todos ellos, lo peor es que todos lo sabemos- esta vez fue mi turno
-No fue una guerra, fue una maldita vendetta- Regina los detestaba profundamente; no sólo por el escándalo de enriquecimiento de ciertas empresas asociadas a políticos en el gobierno, sino principalmente porque los consideraba culpables de su situación.

Nos servimos una segunda ronda de tazas de café.

-Así fue como conocí al dueño de esta casa, en una marcha a favor de ciudades más "Amigables con los usuarios de sillas de ruedas".
-Terry es parte de una red de veteranos y no veteranos, usuarios de sillas con rueda en la Unión Americana, y están exigiendo su derecho como ciudadanos.
-Nos discriminan joder. ¿A poco hay una rampa pública que nos permita entrar a la playa? Fuera de esta casa, no creo que ninguna otra casa del área tenga una rampa.
-Yo también lo dudo- dijo Regina tomándolo de la mano. –Pero no te deprimas honey.

Me quedé pensativo unos minutos, satisfecho de tan rico desayuno.

-¿El dueño de la casa es rico, verdad?-pregunté. -Estoy seguro que cuenta con una de esas sillas de ruedas tan populares en California, ¿las conocen?
-No.
-Hagan de cuenta es una silla para tomar el sol, pero en lugar de eso, tiene cuatro grandes ruedas amarillas bien anchas.
-¿En serio?
-El tío es rico, o al menos vive muy bien- dijo Regina risueña- demos una búsqueda.
-OK.
-Yo voy al garaje de la entrada, tu busca en el basement- me indicó.

Me puse de pie y me encaminé al sótano-bar.

A los diez minutos escuché los gritos de Regina. Había encontrado no una, sino dos sillas de ruedas playeras, bailaba frente a Terry como si hubiera logrado algo importante, él la atrapó con un movimiento ágil y ella se dejó hacer, se besaron en la boca.
-Les dije, ven, estos ricos tienen de todo.
-Pues cambiémonos y larguémonos al mar- dijo Terry.
-No se diga más.
Quince minutos más tarde estábamos en el agua, yo empujando a Terry; Regina toreando las olas en un espectacular traje de dos piezas rojo, le quedaba pintado. Fue una hermosa mañana. Entramos al agua, nadé; a Terry lo metimos con todo y silla playera, sin duda se divirtió y todos reímos. Intentamos un castillo de arena, pero resulto que éramos pésimos arquitectos y se vino abajo cuando intentamos ponerle un segundo piso.

Regresamos, tomamos un baño y nos aprestamos a ir al poblado donde comimos; yo una desabrida pasta, y ellos ensalada y carne de res; a mi gusto todo con demasiado tiempo al fuego. Paramos en la vinatería. Compramos cervezas y dos botellas; una de whisky y otra de ron, mismas que dejamos casi a la mitad. Esta vez la fiesta fue en el basement, con luces rojas y música cadenciosa, la cual nos puso a bailar primero y a follar después sobre el loveseat iluminado con luz indirecta. La primera en empezar con el jueguito fue Regina, no sé si por el alcohol o algo, sólo recuerdo a Terry retroceder en la silla de ruedas silenciosamente y permanecer en la oscuridad, acariciándose la cicatriz en la cara, mientras Regina y yo cambiamos posiciones varias veces. Tuvimos un orgasmo espectacular y ambos gritamos. Mi voyerismo afloró, e hice alarde; no pude evitar recordar a Patricia y todo su maldito exhibicionismo.

39

Pasó algo como un mes hasta que volví a ver a Martina, fue un encuentro rápido en el supermercado de la base, había ido a comprar algunos productos para el capitán Thomas. La vi empujando un carrito con víveres al dar la vuelta de un pasillo a otro. Le di alcance. Con el conocimiento de que en estos lugares hay cámaras por doquier, le hablé mientras fingía coger una lata de verduras.

-Hola…

Se sorprendió de verme y reaccionó como si detrás de ella hubiera otra persona, además de nosotros.

-Tranquila, no pasa nada. Finjamos, somos dos clientes coincidiendo en el mismo anaquel de productos. ¿Cómo has estado?

-Bien- dijo secamente, mientras hacía como yo, mirar productos enlatados. Llevaba los ojos cubiertos con gafas para el sol, una blusa de manga larga, jeans y botas.

-¿Qué tal todo?

-Bien.

-¿Qué has hecho?

-Nada mucho…

-Hablemos, no me respondas sólo con monosílabos.

-¿Qué quieres escuchar? La he pasado con mi esposo… cumpliendo con mis tareas de esposa.

-¿Qué tareas?

-Las de una mujer casada.

-¿Puedo ver tus ojos?- pregunté y me apresté a quitarle los anteojos a pesar de su negativa. Llevaba un ojo morado, levanté las mangas de su blusa, también presentaba varios hematomas.

-Deja deja…

- Te ha golpeado el cabrón…

-Tuvimos una pelea, fue mi culpa.

-O sea, te lo mereciste, eso te ha dicho.
-Comencé a arrojarle cosas, tiré uno de sus trofeos.
-¿Te puso el ojo así por un maldito trofeo?
-Te vuelvo a repetir, me lo merecía.
-En su código Martina, tú no te merecías eso, no jodas.
-Me tengo que ir, me está esperando.
-¿También te toma el tiempo? ¿Y que sigue después? ¿Qué te amarre con una cadena del cuello?
-Me voy.
-Ya habíamos hablado de eso Martina, tienes que denunciarlo… si ya no lo quieres, busca el divorcio.

Puso varias latas en el carro y lo apretó del tubo, nerviosa, dispuesta a irse:
-Me mataría.
-Hijo de puta.
-Me voy.
-Que tal si nos vemos más tarde, en mi casa. Mi casera va a cocinar una receta que le dejé esta mañana, le estoy dando lecciones.
-No puedo salir de la base.
-¿Cómo?
-No.
-Entonces veámonos en el campo de golf, cerca del lago.

-No puedo, me toma el tiempo también y…
-Pues el hijo de puta que se cree, no eres su esclava.
-Además hay chismes, habladurías muy malas… te involucran.
-¿Cómo qué?
-Dicen que has abusado de varias mujeres, que eres un “Jody-fucked”.
-¿Un qué?
-Alguien que se aprovecha de la ausencia de los soldados para meterse en la cama con sus esposas.
-Eso es falso…
-Fue lo que dije.
-¿Y por eso te golpeó?
-Sí.
-¿Cómo supo?
-Alguien ha estado diciendo eso.
-¿Quién es la chismosa o chismoso?
-Candice.
-¿En serio?
-Sí.
-Golfa.
-Me voy- dijo y salió disparada hacia las cajas.

Me quedé mudo. “Lagarta hija de puta”, dije para mi pensando en Candice. Quizá era el momento de largarse de aquel sitio. “¿Y qué de

Martina?". Salí de la tienda bastante confundido; una parte de mi me urgía a correr, y la otra me exigía quedarme. ¿Estaba listo para cambiar nuevamente de futuro?- me pregunté. No era tan sencillo como poner la direccional a otra carretera… ¿A dónde ir? Lo evidente es que era un intruso aquí y era un intruso allá. ¿Cómo puede haber gente tan feliz en sus hogares por toda la vida? Era un hecho, continuaba sin domicilio, quizá para siempre... "Jody fucker".

Aquella tarde vi a Terry y a Regina, llegué con cervezas y con Tigrillo en brazos, que al entrar a la casa saltó y fue a esconderse debajo de un sillón. Terry no cabía en sí de felicidad, un equipo profesional de basquetbol lo había contratado. Regina al verme corrió a abrazarme y me soltó la buena nueva, estaba orgullosa de su esposo. Felicité a Terry, lo abracé y le destapé una de mis cervezas.

-¡Hermano, felicidades mil, este es el inicio de un gran futuro!

-Gracias bro, que dios te oiga- respondió.

-Un cazador de talentos lo estuvo siguiendo durante la temporada y le ha estado llamando por días. Hoy finalmente llegaron a un acuerdo.

-¿Y cómo se llama el equipo?

-Los "Bravos" de New York.

-¡No, en serio! Don Terry, eso merece un gran salud. Grandioso hermanolevanté la botella en alto.

-Gracias, gracias… como tu dijiste, eventualmente algo malo trae algo bueno.

-Bueno, eso no lo dije yo, lo dijo mi abuela.

-Pues esa abuela tuya sabía algunas cosas, sin duda. Gracias a esta silla de ruedas voy a ser un jugador profesional.

-Sin silla o con silla Terry, ya era tu destino y tenía que pasar.

-Destino o suerte, llámale como quieras… apenas lo estoy asimilando.

-Es genial.

-Eso significa movernos a New York.

-Mejor que Albany, ¿no?

-Mil veces- soltó Regina, se acercó a Terry y lo besó en la boca nuevamente. –Te amo- le dijo mientras le tomaba la cara.

-¿Y para cuando se cambian?- pregunté.

-Tengo que presentarme a los entrenamientos en dos semanas.

-Guau, eso es rápido.

-Sí que lo es.

Los tres levantamos nuestras botellas al aire y brindamos. Terry fue a poner música, se veía orgulloso, feliz.

Me despojé del rompevientos y dije:

-Les voy a preparar un postre, se van a chuparse los dedos.

Regina brincó de alegría, dio una vuelta como una bailarina y corrió a la cocina conmigo, donde discretamente nos besamos detrás del refrigerador.

-¿Sabes que las mujeres tenemos dos corazones?- dijo en voz baja- Uno puede amar a un hombre y vivir con él, y el otro, puede tener un sentimiento muy similar por otro hombre muy diferente.
-Eso se llama retórica.
-Ja ja ja, llámale como quieras.

Le di otro beso y la jalé hacia mí, con mis manos apreté sus glúteos.
-Terminemos la comida- dije y le cerré un ojo. Me asomé por la puerta, Terry seguía frente al aparato mirando discos. Regresé a donde Regina, me hinqué en el piso y haciéndole a un lado el short y las pantaletas, le di unos lengüetazos en su raja, olía increíble. Desde mi posición, la vi cerrar los ojos y apretarse a la agarradera del horno. Escuchamos la voz de Terry desde la sala y los dos nos recompusimos. Me apresté a mezclar la harina con el azúcar y los huevos, mientras ella sacaba cosas del refrigerador. Encendí el horno y conecté la batidora. Entre esto y lo otro, se lo arrimé a Regina varias veces, estaba cachondísima. Quizás por la buena noticia.

En el comedor, Terry se puso a limpiar una de sus pistolas en la mesa, mientras por las bocinas, la voz de Johnny Cash hablaba de un hombre vestido de negro, el cual es solidario con los fuera de la ley.

Cenamos tranquilamente. Bromeamos. Regina estaba cien por ciento feliz de salir de la base, de hecho no conocía New York y estaba ligeramente temerosa, aunque tan emocionada como una chiquilla. En eso estábamos cuando llamó Samatha para felicitarles. Después de los consabidos buenos deseos, Regina me puso al teléfono con ella. Sabía de mí, de lo bueno que era en la cocina y de mi Cadillac de colección. Yo le hablé de sus bonitos ojos, de lo elegante de su nombre y de lo bien que se veía en su uniforme de bastonera… Todo eso en público, más tarde, mientras ambos sudábamos en la cama de un hotel de paso también nos dijimos otras cositas. Cuando colgué no cabía en mí, el cuerpazo de aquella diosa lanzando brincos y porras se hizo en mi mente creando un halo erótico sobre mi cabeza, como el de los santos del siglo XVIII. Esa noche Regina y yo no tuvimos sexo, en primer lugar porque no estábamos tan ebrios como las veces anteriores, y en segundo, porque era obvio no era una buena idea después del notición de Terry. Pero si al día siguiente en la cabina. Volvió a sonar el teléfono, esta vez era la madre de Regina; llamando también para saludar y felicitarles. Regina salió al patio y nos quedamos Terry y yo solos en la mesa, con los platos vacíos.
-Los mensajes por texto son más rápido que la pólvora- dijo y quitó el periódico que cubría la pistola recién limpiada, la tomó y la colocó entre los dos.

A mí las pistolas, como ustedes saben, me ponen alerta, por lo cual lo miré a los ojos, dejándole saber que no entendía el significado de

aquel movimiento.
-Tranquilo Sergio. ¿Te gusta?- dijo refiriéndose al arma.
Era un revolver negro de seis tiros con cacha de madera, marca Ruger calibre 357 Magnum.
-Mmmm, si, es linda- respondí.
-Había un capitán en Irak, obligaba a los presos a jugar ruleta rusa con una de estas. El muy cabrón gozaba cuando los sesos de cualquiera de ellos quedan embarrados en las paredes. Ponía a los hermanos, amigos, vecinos y parientes a dispararse. Entre más cercano fuera el uno del otro, más lo disfrutaba. Los engañaba diciéndoles que iban a salir libres, que no violaría a sus hijas o hermanas, o simplemente, que les daría mejor comida o mejor trato…. Es un arma poderosa, a pesar de su tamaño.
-La conozco, una amiga en Sonora tuvo una de estas- dije pensando en Agnes.
-¿Entonces te gusta?
-Claro.
-Cógela, es tuya.
-¿Cómo así?
-La vas a necesitar.
-No jodas, ¿de qué estás hablando?
-La hermandad sabe de ti…
-¿Qué carajos es eso?
-OK, te lo voy a decir en otras palabras. Dicen que te has llevado a la cama a varias mujeres aquí en la base, incluso a algunas en contra de su consentimiento.
-¿Qué? Eso es falso, es un maldito chisme.
-Falso o no, van por ti… Sólo te estoy avisando.
Me quedé pensativo unos segundos.
-¿Y si la cojo, con que vas a quedarte?
-No te preocupes, tengo tres pistolas más y un par de rifles.
-Guau, o sea todo un arsenal.
-No un arsenal, pero en mi condición necesito con que defenderme cuando sea el momento, ¿no crees?
-Por supuesto- dije y cogí el arma, comprobé que tuviera el seguro puesto y me la guardé en la cintura, debajo de la camisa.
Entró Regina:
-Mom manda muchos saludos Terry y te felicita, dice estar orgullosa de ti. Le dije que yo también lo estoy. En cuanto estemos establecidos vendrán a visitarnos. Se puso feliz de venir a New York. Mi papa dijo que no se perderá un sólo partido en televisión.
-Je, le hubieras dicho gracias, que también les amo.
-Se los hice saber, claro- dijo y comenzó a levantar los platos sucios. -Tú también vendrás Sergio, ¿verdad?

-Claro, a los buenos amigos jamás se les olvida-. Me puse de pie. Volví a vestirme el rompevientos y la gorra de beisbolista con el logo de la empresa. –Les puedo echar una mano empaquetando cosas… si quieren.
-Claro, lo vamos a necesitar- dijo Terry empujando su silla hacia la salida.

En la puerta nos despedimos.
-Nuevamente felicidades… y gracias por el regalo- dije refiriéndome al arma.

Terry sonrió y chocamos los puños.
-Cuídate y piensa en lo que te dije, a lo mejor para ti, también es tiempo de cambiar de ciudad.
-¿Qué tal Nueva York?- dijo Regina divertida.
-No creo, es una ciudad muy grande para mí, creo que me perdería en el metro-. Giré el picaporte y bajé los escalones de la entrada.
-¿Pero vendrás a visitarnos?- Regina insistía.
-Por supuesto… Ah, Terry, gracias también por avisarme.
-¿Avisarte? ¿De qué hablan?- preguntó Regina intrigada.
-De nada, de nada.

Regina salió conmigo a la calle y al darme el beso en la mejilla, me susurró:
-Te veo mañana en tu cabina, prepárate porque estoy como una leona… Ah, y gracias por el gato.

Sonreí y dije para mí: “pinches mujeres de dos corazones, son increíbles”. Entré al Cadillac y lo puse en funcionamiento. Guardé la pistola en la cajuela. Sonreí, estaba feliz por mis amigos, pero más porque vería a Samantha en menos de ocho horas, frente a la biblioteca pública, iba bien recomendado.
Ahora que lo recuerdo, si hubiera puesto más atención, hubiera notado que detrás de mí dos camionetas pick up comenzaron a seguirme.

40

Quizá no quise leer los indicios, o no me percaté en detalle de lo sucedido. Debí haberlo imaginado, cuando a la mañana siguiente sobre el cristal del Cadillac, prensada por el limpiaparabrisas, encontré una nota escrita con tinta negra que decía: “Devuelve el carro a quien se lo robaste, mexicano asqueroso”. Hice bolita el papel y lo arrojé al carajo, algún racista que nunca falta, pensé. Miré en redondo. En ese momento ni de broma me imaginé que era obra del “escuadrón de la muerte lenta”; como se hacían llamar Ben, el esposo de Martina y sus amigos de la hermandad, formada por soldados retirados y en activo. Mercenarios algunos de ellos, asesores otros más, hijos de puta todos. Los reyes de la tortura, después supe, cuando fue demasiado tarde.

El segundo indicio, se presentó cuando dos días después el

Mustang de Ben se detuvo enfrente de la caseta del mantenimiento con el motor encendido haciendo presencia. Al verlo, casi salí corriendo creyendo lo tripulaba Martina, por fortuna me encontraba limpiando una podadora, así que pude distinguir era el soldado esposo de mi reinita sentado al volante. ¿Acaso el hijo de puta sabía de lo nuestro y venía a intimidarme? ¿Acaso la misma Martina me había delatado después de una de las golpizas a las que la había acostumbrado? El auto estuvo detenido ahí unos treinta minutos. Por supuesto, yo detrás de la ventana del baño, tampoco me moví de mi posición. Esa misma tarde, un Chevy blanco último modelo me siguió por algo como cuarenta minutos. Al final, decidí estacionarme cerca de la biblioteca pública, donde pasé toda la tarde leyendo hasta que cerraron. De ahí fui directo a la casa de los gatos, aunque no estacioné el carro en el mismo lugar, sino a dos cuadras de la casa. Le puse el candado al volante, desconecté los cables del encendido y le quité un fusible. Caminé poniendo atención en toda la calle, como desde mis días en Hermosillo no lo hacía; me sorprendió recordar lo fácil que es "estar a ojo de águila". Mi casera se encontraba despierta aún y hablamos; había escuchado de un loco, había entrado a disparar a un centro comercial y matado a once personas, incluido él, se encontraba perpleja. En la cocina tomé un vaso y lo llené con agua del grifo, ella me siguió hable y hable. Entre las nuevas de la casa, era que Santiago, uno de sus gatos preferidos, estaba enfermo. Debía ser la obesidad, pensé, aunque no le dije a mi casera, para no ofender. Comprobé mis sospechas, al ver a Santiago salir de la cocina limpiándose los bigotes, como algunos humanos, un gato goloso; un cerdo peludo. La señora Roobins dijo buenas noches, aunque me dejó la televisión encendida. Con el control en mano, di vueltas arriba y debajo de la programación, mientras pensaba, a lo mejor era el momento de abandonar Albany. "Uno siempre es el mismo, pero no siempre es igual". Hacía tiempo que evitaba la violencia lo más posible, así como las descargas fuertes de adrenalina pues me transformaban. Ya tampoco apostaba, y más que nunca, tenía algo bien claro, mi objetivo en la vida era el de llegar a tener un título de chef internacional; trabajar en un crucero y conocer el mundo. No descartaba claro, algún día tener familia. Había descubierto además que la venganza no siempre es satisfactoria y la ley siempre relativa. Uno de los gatos negros se acercó y tomó asiento cerca de mí. Me puse triste al reconocer que no iba ver más a Martina, a Tigrillo, ni a Terry o a Regina. Que no follaría más con Samantha, la de piernas bellas, ni con Jaire la chinita fantasiosa... Entonces tomé una decisión: esperaría hasta el próximo pago y después me largaría. Quizá visitaría al Peter en su nueva casa en Virginia. Quizá le propondría unas vacaciones largas a Samantha, con quien follaba como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Me entró sueño y

cerré los ojos.

Aunque bien dice el dicho, uno puede planear, pero el arquitecto diseñador de las cosas en la vida, es quien decide al final. Ese, a quien nadie hemos visto.

Al día siguiente tuve un día más, o eso creí; atendí algunas llamadas, me entrevisté con el manager para darle las gracias y avisarle de mi partida, y vi telenovelas con Toño, acepté su chatarra y devoramos dos bolsas. Al final de la jornada regresé las herramientas a su lugar, me di un baño y me despedí de mi amigo boliviano quien me contó estaba mudándose con Esther, la amiga de Ana Graciela, por lo cual se sentía muy emocionado. Me dijo también que pensaba ponerse a dieta, al fin entendía lo que alguna vez le había dicho después de unas cervezas, respecto a la comida chatarra venenosa; cuando me pongo sincero con la gente ni quien me pare. Lo felicité por lo de Esther, siempre era mejor que estar solo y le di un abrazo. En el poco tiempo le conocí, aprendí a estimarlo.

Espero le haya ido bien, como a todos los compatriotas latinos con quienes me he encontrado en los USA, desde que aparecí en San Diego con las ropas hechas jirones y una desolación muy grande.

Salí de la base. Mi plan era pasar a comprar pan de dulce para mi casera, habíamos terminado merendando juntos las últimas dos semanas. Tenía planeado ver a Samantha pasada la medianoche, me había enviado un texto diciéndome se había comprado ropa sexy en la tienda de Victoria Secret y quería mostrármela; "sólo para tus ojos", sentí una ligera erección. La porrista resultó una caldera, lo triste es que también muy pronto habría que decirle adiós. El domingo, de despedida, les haría a mi casera y a Samantha un gran lunch con fajitas, quesadillas y postre incluido. No me quitaba nada cocinar para ambas, quizá no volvería a verles, por lo menos en este mundo... Venía pensando en eso, cuando un disparo reventó el cristal de la parta trasera del carro y me hizo mover el volante de un lado a otro, espantado, los neumáticos chillaron en el pavimento y comprendí que era un momento de sobrevivencia. La línea en medio del camino se convirtió en una flecha señalándome el camino de emergencia... *Ahí estaba otra vez la violencia, la maldita violencia que incendia bosques, almas y ciudades, y ha hecho de la historia una vergüenza; la violencia dándome alcance, la violencia sin cuartel, la que no descansa*... Miré por los retrovisores, unos faros con las altas a metros atrás intentaban rebasarme. Abrí la cajuela de guantes y tomé el revolver regalo de Terry. Hundí el pie en el acelerador, nuevos fogonazos, esta vez sobre la lámina en algún lado atrás. El Cadillac, aunque un poco tarde reaccionó y salió disparado. Un segundo auto apareció en los retrovisores, alcancé casi los 160 kilómetros por hora. Otra ronda de nuevos disparos; bajé la cabeza lo más que pude en el asiento y este

pareció tragarme. Moví la palanca de velocidades, los ocho cilindros bufaron al unísono, aunque se quedaron cortos, los dos autos me seguían cada vez más cerca y sus tripulantes disparaban sin ton ni son. Entré al highway con la esperanza de toparme con una patrulla de caminos, pero nada; algunos tráileres, camionetas de carga, pocos carros. El auto zumbaba un poco, era como si los años le cayeran encima de pronto, seguro en toda su vida no le habían exigido tanto; con todo y eso aplasté a fondo el acelerador. Alcancé los doscientos kilómetros por hora. Por un instante pensé dejarles atrás, pero me equivocaba, una vez que me apresté a rebasar al siguiente tráiler, las balas volvieron a pasar zumbando de un lado y de otro. Mis perseguidores pronto volvieron a darme alcance, hasta que estuvieron a no menos de diez metros. Entonces un tercer par de luces hicieron su aparición en los espejos, evidentemente este vehículo era más poderoso aún, ya que fácilmente se puso a mi lado y comenzó a golpear mi lámina. Al ver la acción, varios autos en el camino se detuvieron saliendo de la carretera, y algunos otros comenzaron a tocar el claxon. Los disparos se acrecentaron -los escuchaba penetrar la lámina del Cadillac-, los cerrones y los choques también. Apestaba a neumático quemado, a venganza. A la persecución se había sumado una pick up negra, con una gran calaca pintada en el cofre; la cual debía traer un motor de no menos de cuatrocientos centímetros cúbicos. Como un espectro, esta se me emparejó y comenzó a darme empujones, era claro, no querían darme sólo un susto, aquello era en serio y no un juego, venían sobre mí y querían mi cabeza. Les disparé de regreso… sentí de pronto como si descendiera por lo menos cincuenta metros bajo el agua y me alejara de la superficie. Cuando la pick up estuvo a mi lado, di un volantazo que lanzó a la camioneta fuera de la carretera, si ellos tenían la velocidad a su favor yo tenía el peso de mi antigualla. La pick up en efecto salió de la carretera, pero regresó como un maldito león sobre su presa. Volví a mover el volante y chocamos por lo menos tres veces, intercambiamos disparos, la única desgracia era que ya no traía más balas en el arma. Los de la camioneta golpeaban, estuve en varias ocasiones a punto de salir rodando del camino, aunque el Cadillac contaba con una excelente suspensión. Sangraba de un brazo, donde había entrado un tiro rebotado y tenía parte del rostro dañado por los fragmentos de cristal incrustados ahí. Aquellos bastardos eran duros, no eran ningunos amateurs, seguramente eran los cabrones de la hermandad. La camioneta volvió a ponerse al parejo, frené para no quedar al alcance de sus balas y les golpee por detrás. Así estuvimos un rato, un Jeep apareció a toda velocidad lanzado bala y este logró ponerse del lado izquierdo. Escuché un rugido y luego el motor de ahogo del Cadillac, el cual comenzó a lanzar estertores; usaban armas de gran calibre.

¿Por qué no contra el piloto? Era evidente, me querían vivo, sádicos al fin. Como había dicho Terry, para estos la muerte no era suficiente, había que hacer sufrir al enemigo hasta los límites de la locura. Lo mismo había leído en uno de los libros del capitán Thomas. Logré dar un golpe más a la troca y esta volvió a salir de la carretera y regresar, mientras mi auto iba perdiendo poder y dejando una estela de humo. Un segundo balazo de gran calibre, reventó la llanta izquierda y el vehículo comenzó a colearse, perdí el control del volante. De pronto, sentí como el auto se elevaba, daba varios giros en el aire, e iba a estrellarse contra la cuneta, justo antes de la entrada a un puente. Recuerdo cerrar los ojos, cargarme hacia mi lado izquierdo llevando el golpe sin soltar el volante y apretar las mandíbulas. El problema en este caso, y me daba cuenta demasiado tarde, era que la situación se había salido de control y ahora era superior a mí. Lo último en mis oídos fue un gran estruendo. De pronto floto en la nada, por diez minutos logro vencer las leyes de la gravedad. El Cadillac cae al barranco. Por alguna extraña razón pienso en los dados, los cuales lanzo a la mesa, y veo a estos girar en el aire en cámara lenta… Instintivamente me apreté al volante y cerré los ojos.

La abuela me espera como todos los viernes en la Hacienda del Carmen. Se ve acongojada. Al igual que la vez anterior, está sentada en la gran cama de latón, aunque esta vez algunas gallinas están muertas, otras sentadas y sólo un par caminan en círculo, nerviosas. Al parecer no ha terminado el suéter a tiempo, según dice, le noto alterada. Le digo que no hace frio y deje de preocuparse, que no hay problema. Se mece los cabellos. Entonces, como alguien que recordase algo, la abuela se levanta, me toma de la mano y me lleva al final del cuarto aquel, donde me unta los ojos y las orejas con lodo y barro de las paredes del lugar. Me dice algo como: ve preparado, esto es sólo para entrar al purgatorio.

Salí del Cadillac arrastrándome y fui a esconderme debajo del puente. Estaba oscuro, frío y sentí un hormigueo en el cuero cabelludo. Esta vez la sangre era mía… Me vi rodeado por fantasmas, por muertos y espíritus… me estremecí. Era como si el desierto se hiciera presente y me rodeara. Escuché voces, a los soldados sobre el puente. Empecé a temblar. Mis labios se entumecieron y me mordí la lengua, al apretarme la herida en el brazo con un jirón de tela del pantalón. De pronto escuché sus voces más cerca, era imposible huir. Era un hecho, querían capturarme y si habían llegado tan lejos, no me dejarían ir por nada del mundo. Me puse de pie y tomé un palo del piso. Lo mejor era enfrentarme a ellos, no había de otra. “La mejor defensa es el ataque”, recordé, no sabía si era otra de las frases de Chian Ho o sólo una frase en alguna película. Salí de mi escondite entre un arbusto y una roca, y me coloqué con el palo levantado dispuesto a dejárselo caer al primero que apareciera, y así lo hice,

cuando un gordo asomó la nariz husmeando como un perro de caza. De dos palazos lo derribé al suelo y el buldog cayó fulminado. Escuché balazos, corrí a cubrirme en el tronco de un árbol y esperé al siguiente "hermanito". Esta vez fueron tres de ellos quienes se hicieron presentes. Apenas me dio tiempo de desarmar a uno de un palazo, y a otro de una patada, aunque el tercero me dio un culatazo que me envió al suelo. Me levanté como un resorte y le lancé un puñetazo a mi nuevo contrincante, pero los otros también ya se habían puesto de pie y uno me golpeó por detrás. Intenté correr pero caí al piso, donde el cañón de un fusil se hundió en mi pecho.

-¡No lo maten, lo quiero vivo!-. Gritó alguien en la oscuridad.

-¡Hijos de puta montoneros de mierda, así serán buenos asquerosos!- fue lo último que recuerdo haberles gritado, en inglés claro.

Cuando desperté estaba amarrado de manos y pies, colgado sobre un tronco como un pollo dispuesto a ser cocido en la fogata. Me entró escalofrío. Abrí y cerré los ojos; ¿estaba a punto de ser rostizado?- fue lo primero que vino a mi mente. No sé si por la impresión, o porque alguien me golpeó la cabeza, perdí el conocimiento otra vez. No volví a saber de mí, sino hasta hallarme en una silla metálica con cadenas. Me dolían las piernas, los brazos, los músculos de la espalda y la cabeza. Hice saliva y la boca me supo a sangre. Me encontraba encadenado, en un cuarto de concreto diseñado para torturar, con todo y su espejo –cristal enfrente y sistema de intercomunicación-. En algún lugar había leído, hoy en día te torturan con tu canción preferida a todo volumen, por algo como quince días y sus noches al principio, después por meses, hasta que confiesas, sales sordo, o directo al manicomio. Estos asquerosos, cuando te tienen ahí donde yo estaba, ya no hay salida.

En su opinión era culpable; me había cogido a sus mujeres, se habían vuelto locas… no había nada por confesar. ¿El cómo?, se me hacía demasiado y era algo que nunca les iba a decir, que se jodieran con la duda. Seguramente me iban a cortar la verga. Entró el marido de Candice, lo reconocí por una foto, lo había visto en el buró de la cougar, la tarde de nuestro encuentro.

-Hijo de puta. No sabes ni con quien viniste a caer- dijo. -Tu vida está contada, los minutos de tu mísera existencia han comenzado a correr.

Quizá era cierto y no alardeaba, así que pedirles perdón, jamás. Saqué a relucir cierta información:

-Si es por lo de Candice, ni te preocupes amigo, no soy el primero ni el único en la base que sabe tiene un babydoll rojo de corazones negros, y disfruta del sexo anal.

La información le cayó de peso, lo vi cambiar de color y atragantarse cuando habló:

-¿Cómo sabes eso hijo de puta? ¿Fue parte de la ropa que te

robaste?
-No me robé ninguna ropa pendejo, me cogí a tu mujer- ladré para que los otros escucharan.

El mono vino y me asentó un golpe en la cara que me partió la nariz. Escupí sangre, me quejé y aventé saliva por la boca. Lo miré por mis ojos entrecerrados producto de los golpes y sonreí.

Escuché a Chian Ho: *debes disponerte a morir, antes de estar a punto a morir*.
Relación extraña la mía con Chian Ho, mi maestro de artes marciales. Dos hombres en realidades a las cuales no correspondían; uno trabajando para el cartel de los "Hombres del medievo" y el otro, convertido en asesino sin pretenderlo. En los cuatro meses que tuve el honor de ser parte de su cátedra, entendí muchas cosas relacionadas con la violencia, las cuales desconocía. Como el porqué de mi profundísima depresión cuando maté al primero de los cuatro asesinos de mi padre, y el porqué de los sueños con mis víctimas; donde ellos ponen la mesa para que me siente a comer y el malestar que eso me produce al despertar.
El tipo algo vio en mis ojos y salió del cuarto. Quizá al extraterrestre del desierto.
-Las viejas de todos ustedes son unas putas pendejos- ladré al espejo frente a mí. Escupí otro gargajo con sangre. No recordaba cuantos días llevaba ahí, aunque algo me decía que varios. Había vasos de papel arrugados en el piso, restos de cinta de aislar, orines.

41

Abrí los ojos, me costaba trabajo mantenerlos abiertos. Sentía un dolor muy intenso en la sien derecha, descendía hasta mi ceja, donde la sangre había hecho costra. Respiré profundamente tratando de poner mis pensamientos en orden. Intenté de acordarme de los últimos acontecimientos, que como trenes se habían descarrilado. Recordaba la persecución en automóvil, los choques entre los carros, la caída del Cadillac al despeñadero –conmigo dentro claro-, la huida a pie con aquellos bastardos detrás de mí, el cerco y la aprensión, todo en una sucesión vertiginosa. Lo último en mi mente, era cuando aquellos cerdos me arrojaban esposado a la parte trasera del Jeep; aunque después de eso todo era nebuloso, como flashes en los cuales me veía a mí mismo siendo arrastrado por el lodo, transportado como un venado, torturado por aquellos asquerosos, día tras día. ¿Cuánto tiempo había pasado desde mí captura? Pude girar la cabeza, me encontraba suspendido en el aire; colgando de unas cadenas, las cuales pendían de una viga en el techo, y amarrado de mis tobillos por unos grilletes instalados en la pared abajo. Volví a abrir los ojos. Una luz muy intensa me iluminaba directamente. Bajé la vista, me encontraba en calzoncillos; mi pecho y mis piernas presentaban

laceraciones, cuyo dolor se sumaba al dolor general que subía y bajaba de mí ser. ¿Por qué aquellos asquerosos me mantenían con vida aún? Seguramente porque pretendían continuar con el tormento y la humillación. De entre las sombras pude distinguir una figura humana. Olía a tabaco. Agucé la vista. A pesar de no ver bien, supe era uno de mis torturadores, se encontraba en aquel mismo cuarto conmigo. El tipo estaba sentado en una mesa, fumaba y al parecer leía el periódico.
-Buenos días- dije.

El tipo se volteó un tanto sorprendido, quizá porque me daba por muerto.
-Oficial, buenos días o buenas tardes, no sé- alcé la voz lo más posible, empujándola desde el estómago, aunque era difícil. Fingí cierto respeto.

El hombretón hizo su periódico a un lado y me miró con desdén. Sobre la mesa se hallaba además una pistola, un paquete de cigarrillos y dos tazas de café. La verdad es que deseaba morir, así de grande era mi dolor. Para un par de ellos había servido de punching bag y me dolían los músculos, más de algún órgano y debería al menos tener una mano o un par de huesos rotos. Decidí provocarlo, para ver si tomaba su pistola y acababa con mi sufrimiento de una vez por todas.
-Oficial – volví a decir con lo más alto que me lo permitía mi condición. ¿No sería posible quitar la luz?

Se dio nuevamente la vuelta sobre la silla y me miró, no sé si sonrió:
-¿Dónde carajos crees que estás, en el Marriott?- Aventó el humo del cigarrillo y meneó la cabeza- Cojones, decir de la jodida luz, ja.

El tipo había regresado a su lectura.
“Al carajo”- volví a decirme. Entre más tiempo viviera, mas ellos continuarían torturándome y divirtiéndose, y al final, cuando estuviera vencido y no fuera nadie, ni nada, hasta entonces acabarían conmigo, yo implorando… Era mejor morir ya. Recordé las palabras de Chian Ho: *La tregua no existe, sólo es una modalidad más de la batalla*. Seguramente el resto de mis captores estaban tomándose un *break* o habían ido a desayunar.
-¿Dónde está el resto de la pandilla?- pregunté.
Fingió no escucharme.
-Estoy extrañando a tus secuaces, soldado, ¿dónde andan?
-Bha, se fueron a sus actividades, pero regresarán para la fiesta de esta noche- dijo sin despegar los ojos del artículo deportivo en el diario.
Quizá continuaba vivo aún porque no habían podido derribar todas mis defensas psíquicas. Aquel pensamiento me puso alerta.
-Oye soldado, ¿estás sordo? Que si puedes quitar la luz, para que pueda dormir un rato cabrón.

Volvió a girar su gran cabeza y sonrió:
-Ja... ¿te crees muy valiente, o algo?
-No señor, eso me quedó claro, ustedes son los héroes… sólo apaga la luz para morir en paz.
-No te vas a morir, sino hasta en dos noches- dijo sarcástico y arrojó la colilla al piso.
Cerdos. Tenían planificada mi muerte. Los párpados volvieron a caer sobre mis ojos pesadamente como dos cortinas, aunque eso no me impidió ver todo en su conjunto. Algo me estaba sucediendo. Asombrosamente pude ver todo el cuarto. Las tres sillas alrededor de la mesa, las tasas secas del café encima, así como el paquete de cigarrillos a la mitad y la pistola. También vi el potro de tortura en una esquina, una plancha metálica, la silla con cadenas. Al parecer estoy en el basement de algún edificio abandonado. Hay otra mesa, más alta ésta; con pinzas, martillos, sierras, tornillos, clavos y demás ferretería en abundancia. -De hecho se puede ser torturado prácticamente con cualquier objeto, ¿sabían?-. Miré la sangre seca en las paredes y en el piso de todo el lugar… sangre que no era mía... Un botiquín con jeringas y substancias; una celda y un cadalso del tamaño de una perrera; olor a rancio con podrido. Descubro también que he visto al tipo aquel, quizá en alguna fotografía dentro de la base; posiblemente a la entrada de la cafetería donde cada mes cuelgan las fotos de los cadetes más destacados, o de los más valientes.
Pasaron unos minutos de silencio, acumulé fuerzas nuevamente y volví a decir:
-¿Has oído hablar de los universos paralelos, soldado?
-Bah, puedes hablar todo lo que quieras, no te estoy escuchando.
Esta vez su respuesta fue inmediata, al parecer había llamado su atención.
-Si me estás escuchando soldado… Los universos paralelos; las cosas que compaginan en dos espacios y tiempos diferentes.
-Ja… hablas mucha mierda mother fucker, ya te lo dijimos, te lo advirtió el capitán ayer mientras te extraíamos las muelas- sonrió y dio vuelta a la hoja del diario..
-Recuerdas mi sufrimiento y eso te produce felicidad. ¿Te enorgullece ser un verdugo soldado?
-Me vas a obligar a torturarte un rato más, si sigues jodiendo.
A pesar de la amenaza, se escuchaba aburrido, quizá por eso era vulnerable. Me temí fuera el marido de Jaire, aunque eso hubiera sido pura y simple justicia poética, de acuerdo con Agnes, mi gran amiga sonorense y a quien debía tanto.
-Resulta que en ocasiones, estos dos universos se traslapan, y es cuando suceden cosas extrañas.
Mi verdugo escupió al suelo y se agarró la nariz. Me miraba.

-¿De qué carajos hablas?
-¿No lo sientes en el ambiente soldado? Aquí han pasado barbaridades, ha muerto gente y no sólo estamos tú y yo… Los aztecas lo llamaban el Teyollocualóyan.
-¡Joder, cállate, ya me cansaste! -Checó su celular y pareció leer algo en pantalla. De la cajetilla tomó un nuevo cigarrillo y lo encendió. Cruzó la pierna.
Caí nuevamente en el sopor y cerré los ojos; sabía del riesgo que eso implicaba, y con toda la fuerza de mi persona me enfoqué en volver a abrirlos. La presencia de mi enemigo me sirvió como motivación y solté:
-Soldado, conoces aquella máxima que reza: *con la vara que mides serás medido*.
Puso el teléfono en la mesa junto a la pistola. Me vio con interés, quizá había escuchado la frase de boca de su maestra de primaria, o algo, esta vez se cruzó de brazos.
-Sí… -escupió en el piso- joder, ultimadamente no sé porque estoy hablando contigo. Se puso de pie.
El silencio volvió a ocupar el lugar privilegiado y me enfoqué en ordenar mis pensamientos; en regular mi respiración.
Mi verdugo dobló el periódico en dos; dio un gran bostezo y aplastó el cigarrillo en el piso.
Una cosa era evidente, había llegado a mi límite y no me creía capaz de soportar más tortura. *“Este tipejo es mi oportunidad de una muerte digna”* pensé. ¿Cómo hacer para que me disparase? Implorarle me metiera un balazo no funcionaria, ofenderlo seguramente tampoco; era un soldado y debería tener órdenes, y supuse, una de ellas era la de mantenerme con vida. Apelé a la provocación utilizando algo que sabía:
-Derribas la puerta de una patada, con la bayoneta por delante entras tú y tu pandilla, en aquella humilde morada, donde descubres escondidos a una familia iraquí de cinco miembros. Ellos los miran petrificados a ustedes. El padre y la madre hablan en un idioma que tú no entiendes. De un culatazo, obligas al padre a ponerse de rodillas, y a la madre, quien se interpone, le das dos patas en las costillas y la derribas al suelo; donde uno de tus hombres comienza a golpearla y golpearla hasta que en un arranque de cólera, le aplasta la cabeza en el piso. Otros dos de ustedes sacan al enemigo; un padre y el hijo varón de doce años y los fusilan afuera de la casa, mientras tú, miras con lujuria a las dos chiquillas de seis y trece años de edad que desconsoladas lloran desde unos ojos de miradas tristes. ¿Recuerdas las miradas? ¿Las recuerdas, verdad soldado?
El militar incrédulo reaccionó como un resorte y trastabillando vino hasta mí:

-¡¿Cómo sabes tú eso?! ¡¿Cómo carajos supiste?!- se me acercó, tenía el rostro blanco, pasmado de quien ha sido agarrado con la guardia baja. Se agarró la cabeza.
¿Cómo sabía tal información? Buena pregunta… la verdad no lo sabía, pero era como si el mismo me la hubiese contado.
-Ah, ya sé, la puta de Candice te lo dijo… - daba vuelta de un lado a otro, como león enjaulado.
Tenía su atención y su rabia:
-No.
-No, no pudo ser, porque Candice no sabe de eso… -se dijo a sí mismo. ¿Quizá la puta de Martina?, claro, sólo Ben sería capaz de contarle algo así a su mujer.
-No hables así de Martina.
-¡Hijo de perra!- brincó en el aire y me acicateó dos golpes en el estómago.
-¡Mátame maricón, usa tu arma!
La frase lo paró en seco. Era como si descubriera que no hablaba en broma, en cuanto a mi deseo de morir lo más pronto posible.
-Sólo porque necesito mantenerte con vida cabrón… de otra forma no me lo hubieras pedido dos veces. Bajó la guardia y volvió a escupir al piso.
Me dolí con los golpes, volví a tomar aire y la falta de tres piezas dentales me dolieron más que nunca.
-¡Mátame cobarde!
-Ganas no me faltan- mi verdugo extrajo otro cigarrillo de la cajetilla en la mesa y lo puso en sus labios, esta vez le temblaba el pulso. Después hizo algo insólito que me dio a pensar más. Tomó la potente luz y la desvió a un lado, ligeramente, quitándomela de la cara. Eso fue un descanso, inclusive mental. Se vistió la chamarra militar y después desapareció por algo como diez minutos.
Diez minutos en que visualizando a Gaby, a mis sobrinos, al cuñado y al resto de los Alpizar me di ánimos. Me acordé de otra máxima de Chian Ho: *todo acto es una preparación a la experiencia.*
Vi a un ser enfrente, como hecho de humo, de antimateria… lo reconocí, era yo sin duda... Un ser oscuro, quizá mi sombra o una proyección de mí, quien sabe... Era como si me viera de espaldas en un espejo o algo. Me entró terror cuando esta sombra comenzó a acercárseme, a reintegrarse a mi cuerpo, cerré los ojos… quizá solo alucinaba o era el producto del dolor. Apreté los ojos al sentir la sombra crecer dentro de mí, materializándose... Alguien transparente viéndose en el espejo con ropa puesta…
Los dados caen, seis y cinco, once, una buena jugada para un apostador.
El hombre regresó, se notaba más tranquilo. Noté su presencia,

necesitaba acabar con aquel castigo… Aproveché y dije:
-Soldado, échame una mano, me anda del baño.
-Oríname ahí mismo, ya lo has hecho antes.
-Necesito defecar.
-Ahí mismo.
-No quieres que tus superiores me encuentren batido de mierda. Va a ser menos divertido para ustedes. Entonces el cagado vas a ser tú.
-No puedo soltarte.
-Suéltame sólo los grilletes de las manos, cago ahí abajo.
-Definitivamente no puedo soltarte… se suponía que ya deberían de estar aquí- dijo un tanto preocupado.
-Pareces ser un hombre a quien le gusta apostar… a mí me gusta. Te apuesto mi vida a que no puedo escaparme, si pierdo me disparas. ¿Qué tal eso?
Esbozó una sonrisa:
-Imposible.
-Un día más. Un día menos… así te quitas de problemas.
Me miró a los ojos, pareció pensativo. Quizá mi humor negro le cayó en gracia o algo, vino e hizo descender la cadena que me mantenía elevado a un par de metros del piso. La polea giró y me desplomé en aquella mazmorra; con los ojos cerrados, mis brazos entumidos y ni siquiera me percaté del golpe en las rodillas. Giré el cuerpo, al hacer tierra en el suelo sentí alivio, era como si mi columna vertebral estuviese rehaciendo, mis piernas desmagnetizándose y mis extremidades superiores cargándose de energía; noté la sangre circular. Estaba en mi cuerpo. Mis manos respondieron a mis impulsos. Me sentí como un arlequín que en el piso adquiere vida propia. Tan sólo fueron unos minutos, pero para mí fueron más que suficientes, me sentí otro, comencé a cambiar. Un flashazo en el desierto de Sonora cubrió aquel lugar de arena. Un Saguaro de más de doscientos años de edad me hace sombra. En la sombra de este enorme cactus me recompongo, me protejo del inclemente sol y duermo. La arena entra por los poros de las paredes y el techo. Dormido abro los ojos en la cama de latón donde mi abuela me teje un suéter; en lugar de las gallinas, lo que encuentro es un piso tapizado de plumas blancas, muchísimas, formando un gran tapete. Por una de las ventanas sin cristales, ni marcos, veo a doña Marina, me llama. Salgo a su encuentro y me hace seguirla por un camino de plumas, hasta el camposanto donde se detiene en la tumba de su hermano Ignacio, quien durante la revolución adivinaba cosas y daba consejos desde el más allá. La abuela me sienta sobre la lápida, de la tierra alrededor levanta polvo y al contacto con su tacto se hace lodo, un lodo suave aunque maloliente, el cual comienza a embarrarme sobre los párpados en el área de los ojos y también alrededor de los oídos y

en la frente. *"Para que puedas ver y escuchar en las sombras… harás un viaje al submundo y necesitas estar protegido"* me dice dulcemente y me dejo hacer. Es alguien en quien confió a ciegas; veo en su rostro preocupación, un dejo desconocido, es evidente que no desea alarmarme, aunque sé algo raro anda. "*Estate alerta y confía en tus enseñanzas*" me dice mi abuela antes de abandonarme. Abro los ojos, el verdugo corta cartucho, seguramente me apunta con el arma y estoy en su mira.
-Caga pues.
-Quítame un grillete por lo menos, para que pueda bajarme los calzones con una mano.
Para mi sorpresa, lo hace, aunque con cautela.
El deseo de morir, es sustituido por un poderoso deseo de sobrevivencia… De pronto escucho un eco, asciende de la tierra y siento como este se pone en armonía con mi pulso, el eco empieza a resonar en mis músculos, después en mis órganos, después en mi ser completo.
El dolor pasó a un tercer plano, digámoslo así, la motivación era aquella resonancia magnética, la cual puso a circular mi sangre a mil por hora. Entonces pensé en la venganza, pero más en la justicia; en el poder de la adrenalina y la testosterona, las cuales logro concentrar. Abrí los ojos y me puse de pie con cuidado, aunque con trabajo, pero restablecido, eso sin duda. El verdugo me indicó el área específica donde hacer mi necesidad con la punta del rifle. Iba a bajarme los calzoncillos para sentarme a defecar, cuando una corriente de electricidad me sacudió. Cerré y abrí los ojos. Con una facilidad increíble y con sólo mover las piernas, las cadenas agarradas a los grilletes se desprendieron de la pared. Con las manos abrí los grilletes y los arrojé al carajo, todo a una velocidad desconocida. Estuve en mis piernas y de pie. El verdugo no daba crédito a lo que acababa de ver. Tardó unos segundo en reaccionar, mismos que aproveché para llegar hasta él y arrancarle el arma de las manos. Forcejeamos, el M15 cayó al piso y el tipo corrió por la pistola. El verdugo dio cinco enormes zancadas en un intento por alcanzar su objetivo, y cuando creyó lo había hecho, llegué encima de la mesa de dos saltos, tomé la pistola primero. En un movimiento felino levanté el arma y la empuñé en su contra. El tipo se plantó en seco e hizo cara de asombro queriendo retroceder, pero fue demasiado tarde, dos balas le perforaron el cráneo y cayó de espaldas.
-Hijo de puta, diviértete en el infierno- le dije y descendí de la mesa. Tomé asiento en una de las sillas. Volteé en redondo. Era como si pudiera ver en la oscuridad. Con la pistola en mano fui hasta un segundo cuarto donde encontré agua y comida chatarra, la cual engullí hasta saciar mi apetito. Aquello era como un club; en este

segundo cuarto había una mesa de billar, un tiro al blanco pegado a una de las paredes, un sofá y una gran televisión plana. Lo mejor era largarse cuanto antes. Regresé a donde el verdugo y lo despojé del pantalón, las botas y la chamarra. Me vestí, aunque las botas fueron demasiado grandes. Cogí el teléfono de la mesa para saber en que día me encontraba y donde. Era lunes, así que los marranos me habían torturado por lo menos siete días. Deduje entonces que el resto de la pandilla se encontraba cumpliendo con sus actividades cotidianas, entre ellas la de ser buenos padres y esposos. Parecía un hecho, había sido su entretenimiento de fin de semana. Deduje entonces, me encontraba en algún lugar no muy remoto, aunque definitivamente abandonado; algún tipo de instalación militar en desuso. Iban a dar casi las 10 de la noche. Escuché el ruido de un auto y después pasos afuera, con una claridad asombrosa. Me encaminé hacia la salida cojeando; con la pistola por de frente subí las escaleras a zancadas, como les dije, quizá por estar acostumbrado a la luz mortecina, pero veía con bastante claridad para estar tan oscuro; quizá también era el lodo maloliente untado por la abuela en los parpados, a saber. La puerta se abrió y desembocó en un hangar abandonado. Vi una pick up estacionada con los faros encendidos y a la distancia otros faros que se acercaban. Rodé por el piso y me parapeté detrás de un viejo tanque de agua en desuso. De ahí, en cuclillas, corrí hasta una pequeña rampa. Dos de mis captores fumaban y bebían cerveza, mientras escuchaban el radio con la puerta de la pick up abierta. Los tuve en la mira de la pistola, pero quería verles la cara antes de mandarlos al otro mundo, di un rodeo. Cubriéndome en pilas de cajas y tambos de combustible vacíos, me acerqué a ellos. Los observé, se veían felices de la vida; la sorpresa que se llevarían, hijos de puta. Avancé un tramo más, esta vez protegiéndome detrás de una grúa chatarra hasta que estuve a menos de diez metros. Me puse de pie, parecieron no percatarse de mí, pues cuando les salí por detrás al par de cerdos apenas les di tiempo de intercambiar miradas. A esa corta distancia les disparé en las piernas, ambos cayeron al piso retorciéndose de dolor sin salir de su sorpresa. Uno de ellos quiso desenfundar, pero al instante lo rematé con un tiro en la cabeza. El otro gritó de horror al verme, tal si viera a un muerto.

-¡Motherfucker, como es posible!- ladraba cogiéndose las piernas con las manos, como si quisiera cubrir la herida por donde brotaba mucha sangre.

-¡Anoche estabas muerto, lo puedo jurar!

-Pues te equivocaste, aquí estoy.

Quien yacía con el boquete en la cabeza, era más o menos de mi misma talla de calzado, así que me apresuré a descalzarle. Era el marido de Vanesa, la gorda vecina de Candice. Caminé hasta la

camioneta, apagué la radio y me senté en el asiento para calzarme las botas. Me destapé una cerveza y la empiné casi hasta la mitad. En la camioneta encontré un rifle de mira infrarroja, municiones y una chaqueta de piel.
El hombretón en el piso gimoteaba, mientras acariciaba un medallón con dos cruces, como si a algo se encomendase. Noté que el otro también llevaba el mismo medallón, me incliné y se lo arranqué del cuello para verlo.
-¿Y qué significa esto, son del mismo club, familia, qué mierda?
-Éramos todos de la misma unidad en Irak; comandos de limpieza; search and destroy.
-Matones, exterminadores… querrás decir, ¿no? Ya vi cómo funcionan.
-¡Fuck you payaso, no has visto nada!
Caminé hasta él, lo mire desde mi posición, le di otro gran sorbo a la cerveza y le aventé dos patadas en los testículos:
-¡Toma! ¡Toma! Hijo de puta criminal.
El hombre se dolió y apretó las mandíbulas, lloraba.
Entonces dije:
-¿Sabes lo que son los universos paralelos?
-¿Qué?
-Imagínate, vas a entrar, una y otra vez a asesinar a las mismas personas en una repetición interminable. Pero de aquí en adelante, tendrás que devorarles después, pues la puerta se cierra por dentro y no encuentran la llave; por si fuera poco, las ventanas han sido tapiadas. ¿Qué tal eso? Imagínate que a tu pequeña hija, ahora mismo como lo hablamos, están a punto de violarla tres tipos… le harán todo lo que tú y tu hermandad hicieron a las dos pequeñas niñas en aquel poblado olvidado de Irak.
-¿Qué? ¡Come mierda pendejo…! ¡Hablas demasiado enano!
-¿Recuerdas los ojos de la pequeña? Los mismos ojos con los cuales sueñas mientras imploran compasión. Imagínate ahora, no son los ojos que en ocasiones te ven desde la profundidad de tus pesadillas, sino los de tu pequeña… Eso, son los universos paralelos.
-¡Fuck you, no sé de qué hablas…! ¡Ah, me estoy desangrando!
-El que esta jodido eres tú… Candice, quizá llorará media hora por ti cuando sepa de tu muerte, pero se aprestará a cobrar el seguro y acostarse con el primer hombre que pase, lo más rápido posible, antes incluso de que estén arrojándote tierra encima. Otra cosa, no soy el primero ni el único que le calentó la espalda a tu vieja, hubo varios, incluidos varios de tus camaradas aquí presentes.
El tipo miró al muerto, después a mí:
-¡Mientes! Abusaste de ella cuando viniste a hacer el maldito trabajo.
-¿Eso te contó?
-Piensa un poco soldado, no es una actividad que ustedes practiquen

muy a menudo, pero piensa. ¿Si tenía yo a Martina a mi disposición, para que carajos deseaba una vieja lagarta como la tuya?
Su dolor pasó a segundo plano ante aquella lógica, ya que dejó de gimotear y me lanzó una mirada de odio, como si reflexionara profundamente en lo que le había dicho.
-Pues me voy a esperar al resto de tus amiguitos, porque esta noche es de fiesta… ¿no?- Terminé el resto de la cerveza y arrojé el bote vacío a su cara. -Que la pases bien aquí junto a tu camarada, o debería decir, tu socio en cuestión de camas –escupí y caminé hasta la pick up-, él pronto comenzará a apestar y a llamar invitados a cenar, disfrútalo, lástima que no haya velas románticas y música de *mall*.
Subí a la camioneta, le di marcha y esta encendió al instante. Metí primera y salí derrapando y esparciendo polvo sobre los dos violadores. Aceleré a fondo, debía acortar el paso entre el resto de los miembros de la hermandad. Apagué las luces, no las necesitaba, a pesar de ser una noche sin luna y densa como el aliento en la boca de un lobo. Abrí la ventanilla; sentir el aire en mi lacerada cara, fue una sensación maravillosa.
Otra vez estoy saliendo del sueño. Sin zapatos, con la ropa desgarrada y los puños adoloridos tal si hubiera golpeado a alguien, sangre en el pantalón, en la camisa. Con un mal sentir, con un sabor agrio en la boca… Me encuentro tirado en el fango, en posición fetal, tratando de darme calor para soportar el frío de la mañana. Estoy en un bosque donde también hay palmeras. No entiendo como he llegado hasta aquí. Con trabajos logro ponerme de pie, no traigo zapatos. Sufro un mareo momentáneo. Doy unos pasos, algo pende de mi cuello. Lo palpo, al contacto siento disgusto y procedo a quitármelo. Es un collar de orejas. Lo observo en detalle; orejas, una tras de otra, orejas humanas, ensartadas a un grueso alambre metálico a la altura del lóbulo, una media docena. Siento repugnancia... ¿Por qué he tomado las orejas como trofeo? ¿Qué oscuro motivo me ha llevado a quedarme con aquellas piezas corporales? ¿Estoy enloqueciendo o sólo soñando? Ideas y pensamientos chocan. ¿Acaso estoy perdido…? Por lo menos eso creo, cuando un drono de la policía me ubica; el retrato hablado coincide con mi mapa facial y el área del incidente con mi locación. Poco a poco fui haciendo espacio en el círculo, hasta que entró mi sombra, cuando estuvo adentro, nos abrazamos.

42

-Póngase de pie el acusado- dijo una voz al momento en que el juez y los miembros del jurado entraron a la sala.
Se me acusaba de la muerte de dos marines, la invalidez de otro y la desaparición de tres más. Enfrentaba además cargos como agresiones, abuso de confianza y licantropía, entre otros más ridículos. El único testigo era el marido de Candice; Arturh Slack, a quien había perdonado, “aunque condenado a una silla de ruedas para toda la

vida", en palabras de su abogado. Hay un montón de gente, unos apuestan a que me cortarán la cabeza, y otro porcentaje, a que arderé en una hoguera. En este teatro, donde afuera está la prensa y protestadores piden con pancartas se me linche públicamente, yo soy el criminal. No se habla de mi secuestro, del club social con instrumentos de tortura, tampoco se menciona ni una palabra de la hermandad secreta y ni siquiera, a nadie parece importarle, el hangar donde sucedieron los hechos y me tuvieron prisionero por algo como ocho días. La única prueba en mi contra es el collar de orejas, pues ni mi DNA aparece por ningún lado, ni mis huellas en las armas utilizadas en la muerte de los dos marines en activo. Por consejos de mi abogado, me he declarado inocente, pues sólo es el testimonio de Slack contra el mío.
Candice por supuesto, asistió las dos semanas durante el teatrito y habló con los reporteros, se vio despampanante, aunque fingiendo siempre una cara de dolo y pesar, cabrona. Era la culpable de todo este drama y ella tan campante; incluida la desaparición de tres hombres de los cuales yo personalmente no recordaba nada. Cuando voltee a verle me cerró el ojo. Todo por los malditos chismes que había propagada en la base. Es increíble todo el mal que puede acarrear una persona sin escrúpulos, me acordé de Patricia.
Durante el juicio se habló de sadismo y hasta de canibalismo, aunque ese argumento se vino abajo cuando mi abogado les hizo entrar en razón. ¿Cómo creían que yo me hubiera comido a tres hombres de más de uno ochenta de estatura y algo como doscientas libras? En privado, le conté a mi abogado que me había liado con Martina, con Jaire, con Samantha la bastonera y con Candice, claro, aunque en el caso de esta última, le aclaré, había sido en pago a su chantaje.
-Como haya sido, la corte no aceptará justificaciones.
No dije una palabra de la otra trampa, la tendida por Vanessa, la gorda violadora. Otra persona de quien no dije una sola palabra, fue de Regina; quien por cierto asistió con Terry al juicio, aunque hice como si no les conociera, como había sugerido mi abogado. Ella muy compungida claro; aunque me pareció notar que Terry creía gran parte de lo que se decía de mí, lo supe por su mirada. El argumento más importante de la defensa, era que todo había sido un asunto de celos, bajas pasiones y maridos engañados actuando vengativamente; haciendo ley por su propia mano. Al contrario del argumento presentado por los demandantes, la víctima era yo, y no a la inversa. Yo, quien había escapado por suerte de una muerte premeditada; por hombres entrenados y expertos. Secuestro, privación forzada de mi libertad y defensa propia. Al banquillo subió Martina, llamada por el fiscal. Se veía hermosa, aunque la noté un tanto demacrada y algo flaca. Quizá era sólo porque no la había visto en algo como un mes y

medio. La hicieron confesar su infidelidad, aunque también su infelicidad junto a un hombre irascible, violento y abusador. Esto último se lo conté a mi abogado y lo trajo a colación en la comparecencia. Cuando Martina afirmó que ella misma había iniciado lo nuestro, hubo murmullos en la sala. Alguien dijo entonces que a lo mejor era ella quien había hecho desaparecer al marido. Entre las pruebas expuestas por mi abogado, para el caso de legítima defensa, estuvieron las fotos de mis heridas y el testimonio de un dentista confirmando la extracción forzada de dos de mis molares y un incisivo. Otra de las agravantes a mi favor, eran las contradicciones de Slack. Mi abogado argumentó que en su primer testimonio dado a la policía, había asegurado escuchar una voz cavernosa y profunda, con un ligero arrastre en las eles, la cual no correspondía con la del acusado. El otro testimonio donde cayó en contradicciones, fue al referirse a mi como el torturado "con él que los muchachos habían pasado buen tiempo". Mi argumento era que alguien más había entrado al cuarto y ejecutado a mis captores, mientras yo estaba inconsciente. ¿Acaso era así? Que al salir del subterráneo ya todo había sucedido. No sabía ni quien, ni cómo. Quizá uno de los familiares de las muchas víctimas de la hermandad. ¿Qué tal la desaparición de los diez ilegales latinos reportados a la policía en el área de Albany? El juez, a pesar de las evidencias, dejó el caso abierto y ordenó una nueva búsqueda forense más exhaustiva en un radio más amplio; respecto a donde habían ocurrido los acontecimientos, con el propósito de encontrar las tumbas clandestinas donde se suponía había enterrado a mis víctimas. El jurado deliberó por dos días en una votación muy cerrada. Uno de los argumentos de una mujer era: ¿Cómo era posible que un hombre de una complexión mediana, y uno setenta y cinco de estatura, hubiera podido vencer a una unidad de Fuerzas Especiales del ejército norteamericano? Alguien más evaluó las consecuencias mediáticas; el invencible ejército norteamericano siendo derrotado por un hombre solitario e inseguro de complexión regular. Por lo pronto podía quedar en libertad temporal bajo fianza, aunque debía llevar un brazalete electrónico para poder ser monitoreado. Mis límites eran el estado de Georgia, sólo hasta que se cerrara el caso y se diera un veredicto final. Al escuchar esto yo y mi abogado nos abrazamos. El licenciado Viceaka; un hombre sencillo y amable, una de esas personas que aún quedan en el mundo y por las cuales todavía vale la pena la raza humana. Un defensor valiente conocedor de la ley.

-Cuídate muchacho, estos no te van a dejar en paz- me dijo Viceaka al oído.

-¿Qué me recomienda abogado?

-Escóndete, hasta que todo termine, después vete del país.

Lo miré a los ojos:
-Como usted sabe, no tengo el efectivo para eso.
-Entonces lárgate lo más lejos de aquí, donde creas nadie te podrán encontrar.
Después del veredicto temporal, dos policías se acercaron para conducirme hasta los separos municipales, localizados en la parte trasera del mismo edificio de gobierno. En esa ocasión, en lugar de regresarme a la celda donde había pasado todo el mes durante el juicio, me llevaron a una sección de ventanillas, donde me entregaron un acta de libertad condicional y un pagaré, mismo que debía cubrir en menos de ocho días, so pena de revocación. En otra ventanilla me entregaron mis pocas pertenencias; mi cartera, unas llaves, mi celular y cincuenta dólares. Después de eso, los policías me condujeron a donde estaban todos los que íbamos a ser liberados, previa acreditación. Otro policía me quitó las esposas y uno más, me puso debajo de la rodilla un brazalete de localización y me informó que podía bañarme con él, nadar, hacer cualquier cosa, pero sin intentar quitármelo porque una alarma sonaría en algún lugar y la policía me arrestaría al instante. Nos fueron liberando por intervalos. Yo salí con un hombre negro a quien se le acusaba de haber robado la casa de unos ricos, aunque la única prueba en su contra era una borrosa imagen tomada por una de las cámaras de seguridad.
Afuera me esperaba Martina, más un montón de reporteros y protestadores, los cuales exigían mi muerte. "¡Muerte al mexican!" alcancé a escuchar antes de meterme al Mustang de Lee; declarado desaparecido. "Latinos, go home". Los reporteros de pacotilla se aventaron sobre el carro. Me abroché el cinturón de seguridad, Martina aceleró y en segundos nos alejamos de ahí. No dijimos una palabra, sino hasta un parking lot abandonado, donde detuvo el auto bruscamente. Martina salió del vehículo, caminó hasta donde terminaba el pavimento y comenzaba una gran extensión de yerbajos y piedras, se veía preocupada.
Cerré la puerta, le di la vuelta al auto y me acerqué a ella, aunque no mucho.
Quien habló fue Martina:
-Esto solía ser el auto cinema, quizá uno de los últimos en el país, la crisis económica acabó con muchos negocios- dijo ella sin voltear a mirarme, cruzada de brazos.
-Martina, lo siento… no sé qué decirte- dije.
-Pues no digas nada, como la primera vez cuando tuvimos sexo. ¿Recuerdas?
-Claro.
-Nunca vi a un hombre más callado, era como si no lo creyeses.
-Y no lo creí, por varios días.

Se volteó y me miró a los ojos, directamente:
-Sólo espero no hayas hecho lo que dicen hiciste.
Le sostuve la mirada:
-El que no me creas, me preocupa… eres la única persona quien realmente me importa, y cuando digo esto, me estoy refiriendo a algo más que al escándalo y la nota amarilla en la prensa de segunda… Hablo de este momento y el momento que le sigue y el próximo contigo, para siempre, es lo único importante para mí.
-Eso quiero pensar-dijo con voz quebrada y se lanzó a mis brazos.
La estreché, olía bien, me di cuenta de cuanto la extrañaba. Le besé la frente, la boca; me besó de regresó y se apretó a mí.
-Vámonos… tengo reservado un cuarto de hotel en Columbus.
Le pasé la mano por la cabeza y le dije:
-Martina, gracias… sin tu testimonio no sé qué hubiera pasado.
-No iba a enviar al padre de mi hijo a la cárcel, ¿o sí?- se soltó de mis brazos y dio unos pasos hacia atrás.
-¡Qué!
-Estoy embarazada- dijo coqueta y corrió hacia el auto.
Me quedé pasmado, no me esperaba una respuesta como aquella. La alcancé, sí que era una sorpresa.
-¿Estas segura?
-¿De qué? ¿De estar embarazada, o de si es tuyo?
Entramos al auto.
-De ambas cosas…
-¿Por qué los hombres siempre estarán tan preocupados en corroborar quienes son sus hijos? ¿No me digas, ahora quieres una prueba de DNA para comprobarlo?
La miré, me encantaba como hacia los ojos cuando quería enfatizar:
-No, por supuesto que no. Pero Ben regresó hace como dos meses, ¿no? Es natural que pregunte.
Movió el volante para rebasar a un tráiler:
-Así como ustedes saben ciertas cosas, nosotras sabemos de la maternidad y con quien hacemos hijos… ¿Y qué si fuera de Lee?
La miré de perfil, estaba enamorado:
-Incluso si fuera de él lo aceptaría como hijo mío.
Meneó la cabeza y sonrió. Era claro que no lo sabría… hasta verlo en mis brazos. Dentro de mí dije que un examen de DNA no era mala idea.Se veía radiante, eso era lo que importaba al fin y al cabo, de quien fuera el hijo era lo de menos.
Le subió al radio, se movió y nos dimos un beso. En realidad parecía no afectarle que su marido se hallaba declarado como desaparecido, quizá porque el tipo hacía mucho tiempo había quedado fuera.
Llegamos al hotel y no salimos por el resto de la tarde. Ya en la noche fuimos a cenar BBK, el mejor del estado de Georgia. Al día siguiente

fuimos a caminar en las laderas del rio Chattahoochee y más tarde nos metimos al cine, algo que a los dos nos encantaba. La película de esa tarde resultó algo entre cómico y malón, pero que a Martina hizo reír como hacia un rato no lo hacía, según me dijo de su propia boca más tarde. Me encantaba aquella mujer. Ya en cama hicimos planes, especulamos con nombres de bebe; a mí se me ocurrió Emiliano, en honor a uno de los pocos personajes decentes de la historia de México. Martina se inclinó por Emily si era niña, en honor a su poeta favorita, y eran similares. Reímos, tuvimos un par de días hermosos, hasta que al tercer día pasó algo que cambio por completo nuestros planes y la posibilidad de una vida juntos. Primero entre sueños, o a media dormir, como les parezca mejor -desde lo sucedido, una parte de mí se quedaba siempre en vigilia por las noches, despierto vamos, por precaución-, escuché pasos, ruidos de auto. Cuando Martina se levantó al baño, escuché disparos y me arrojé sobre de ella para tirarla al piso. Ahí estaban aquellos desgraciados, tal y como me lo había advertido mi abogado. Urgí a Martina a vestirse lo más rápido posible y yo hice lo mismo, todo a nivel del suelo y detrás de la cama. El francotirador disparó dos vece haciendo añicos el espejo sobre la cómoda. Tomé la pistola y fui al baño. Abrí la ventana y me asomé, no había nadie todavía, aunque presentía que estaban por llegar. Salimos por la ventana y como pudimos nos escondimos detrás de unos inmensos botes de basura. Al estacionamiento del hotel, entró una camioneta a toda velocidad, varios hombres descendieron de ellas y dos corrieron hacia el cuarto ocupado por nosotros, y entraron disparando usando silenciadores. Salieron decepcionados y volvieron a subirse a la pick up y desaparecieron como llegaron. Las luces de varios cuartos se encendieron y logramos escuchar voces, a lo lejos una sirena; alguien había llamado a la policía. Varios hombres emergieron de sus cuartos en pijamas y miraron hacia sus vehículos. Aprovechamos el momento para salir de nuestro escondite y montarnos al auto, lo urgente era darse a la fuga. Salimos de ahí derrapando llanta, Martina al volante, yo mirando por los espejos y la pistola lista para usarse.

-Tranquila Martina, despacio, no queremos llamar la atención de la policía.

-Hijos de puta, ¿Cómo supieron que nos encontrábamos aquí?- dijo ella alteradísima.

-A mí también me gustaría saberlo… Quizá por el carro.

Guardamos silencio. De pronto pareció recordar algo:

-¡Por la tarjeta de crédito con la que pagué anoche la cena!

-¿Cómo fue eso?

-No completaba el cash…

-Me hubieras dicho… Me temo incluso saben más que sólo donde cenamos.

-¿Cómo?
-Estoy seguro están usando uno de sus malditos dronos para atraparnosdije y se me enchinó la piel. Eso significaba que en cualquier momento podríamos volar por los aires en pedazos.
-¿De qué hablas?
-¿Has oído de esos aviones sin piloto, super equipados que se manipulan a distancia y pueden hacer cosas como reconocerte, oírte y hasta bombardearte?
-Claro… ¿pero no será que estás un poquito paranoico?
-¿Paranoico? Eso argumentaron cuando los periódicos comenzaron a informar que la NSA espiaba al pueblo norteamericano. Por lo menos dos de los miembros de la hermandad iniciaron sus carreras en la CIA, y esta depende de la NSA.
-Es extraño, Ben nunca me habló de la tan traída y llevada hermandad.
-Nunca te lo iba a decir, es un secreto el cual sólo ellos comparten.
-Es triste… cuando pensabas conocer a la persona, la persona resulta ser otra.
Entendí, lo decía tanto por mí, como por Lee, su marido desaparecido.
-Resulta extraño que siendo la esposa de un soldado, te resulté novedoso en hecho de que te haya mentido, es parte del entrenamientocomenzaba a exasperarme.
-Pero no sólo los soldados mienten- la indirecta iba dirigida a mí por supuesto.
-Claro… pero regresemos al punto Martina, la hermandad no me dejará escapar, es la forma en cómo funcionan las cosas hoy en día. Para tu información, así fue como me atraparon la última vez, con un drono.
Martina me miró incrédula:
-Un drono… ¿Cómo estás tan seguro?
-Porque mientras me torturaban lo analicé y no pudo ser de otra forma.
-¿Y si alguien qué conocías les dijo dónde encontrarte?
-¿Quién? ¿Tú, Toño, el capitán Thomas, Ana Graciela? No jodas Martina, ellos tienen toda la tecnología del mundo y toda la información a su alcance.
-Lo sigo pensando, estás un poco paranoico.
-Como quieras, ahora mismo ya no importa…Tendrás que seguir tú sola…
-¿De qué hablas?
-Tienes que salir de Georgia, irte lejos, o de otra forma nos cogerán a los dos… Capaces son de reventarnos en la carretera, así de fácil… Tienen mi mapa facial, mi DNA y hasta mi maldito número de seguridad social- el que tanto trabajo me había costado obtener junto

a la ciudadanía, lo único que Patricia me había dado al casarnos. Discutimos estos y aquellos.
-Es lo mejor.
-¿Cómo estás tan seguro?
-¡Lo estoy joder!- como explicarle que algo muy adentro me lo decía, que mi abuela lo había predicho- la miré a los ojos directamente.
-OK… te creo.
-Lo siguiente es vender el auto o cambiarlo por cualquier otro, viajar sola.
-¿Y qué de nuestros planes?
-Cambio de planes. En California conozco gente -pensé en los parientes de Peter-. Son primos de mi mejor amigo, con ellos buscarás papeles e identificaciones nuevas.
-No entiendo.
-Otra personalidad, otra vida.
-¿Cómo así?
-Te aconsejo vivir bajo otro nombre, eres parte de la vendetta y no hay de otra…- Nos acercábamos a un centro comercial.
-No me gusta la idea.
De pronto sentí hambre, además el maldito drono jamás se atrevería a lanzar una bomba en un sitio con un montón de gente.
-Entra al Mall, vamos a desayunar y ahí hablamos, además es más seguro.
-Hablas como si lo supieras todo.
-No todo, algo… Piensa un poco, conocen las placas del auto, con eso la licencia y con eso todo lo demás.
-OK.
Martina acomodó el Mustang en un espacio del estacionamiento. Descendimos del auto y caminamos al Mall, ya adentro nos dirigimos directamente al área de comida en el segundo piso. Nos montamos en las escaleras automáticas y mientras subíamos, admiramos la cascada artificial en el lobby. Entramos a un bar en donde servían lunch tempraneros, era la especialidad. Fuera de mi costumbre, pedí una cerveza. Martina un café. Por ser los primeros nos atendieron al instante.
Levanté mi cerveza y le di un trago largo, me encontraba nervioso. ¿Por qué llegaba a ponerme tan grave cuando empezaba a sentirme acorralado? ¿Por qué carajos siempre llegaba un punto donde olvidaba todo? ¿Cuál era el acceso a esa parte de mi memoria? Pensé en los cargos que se me imputaban.
-¿Entonces aquí nos estamos diciendo adiós?- dijo Martina llevándose la taza de café a los labios.
-Es lo mejor Martina, principalmente para ti. No quiero arriesgarte, especialmente en tu condición.

-¿Tenemos que vivir con miedo?
-Es más fácil, así podré moverme solo y ya cuando estés establecida y haya pasado un tiempo… definitivamente si deseo ver a mi hijo.
-¿Pero por qué?
-Entiende, es por la seguridad de ambos.
-A mí me mandas a California a vivir una vida falsa y tú te conviertes en fugitivo, ¿eso en que convierte a nuestro hijo?
-No insistas, no seas necia- di un sorbo a mi cerveza y la miré, se veía triste, también preocupada.
-Saca tu teléfono- le ordené- te voy a dar el número de los primos de Peter.
Extraje mi teléfono y busqué el número de mis amigos. Desde hacía ya varios años usaba teléfonos de tarjeta, teléfonos desechables cuya única ventaja es que no son rastreables.
-¿Lista?
-Sí.
-Se llama Boby Medina, su número es: siete, uno, catorce, siete, dos ocho, cinco, tres, siete, seis, cuatro, cero. Diles quien eres, que vas de parte mía; él me conoce. Le explicas, eres mi mujer y necesitas estar incógnita. Te va citar en persona, no confía mucho de los teléfonos. Le pides un nuevo número de social security y una licencia para conducir del estado de California. Es mi amigo, él me debe favores y me estima.
-OK.
Nos miramos:
-¿Te has puesto a pensar en qué voy a hacer allá? ¿De qué voy a pagar los gastos?
-Tendrás que trabajar, lo siento pero así es.
-Eso no me preocupa.
-¿Entonces?
-El renunciar a quién soy, al dinero de Lee.
-Martina, ¿no te diste cuenta, anoche querían matarnos?, estuvieron a milímetros de lograrlo. La bala pasó a esta distancia de tu cabeza- abrí el pulgar y el índice.
-A lo mejor pensaron que eras tú quien iba al baño, no yo.
-Conozco esos rifles Martina, y puedes distinguir a una persona de otra sin problemas.
Nuevamente silencio:
-Me estas pidiendo ponga en la basura, no sólo mi identidad, sino el apoyo de mi familia y del ejército. ¿Y qué cuando venga el momento de dar a luz?
El mesero se apareció con los dos omeletes y el pan.
-Martina, sé que significa el cambio; entiendo lo de perder la pensión de Lee y el dinero del ejército, pero…
-Hablo de mí, no del dinero del ejército. Es claro que no me darán

nada hasta que este declarado muerto y en un cajón, hasta entonces. Uno de sus superiores me prometió los salarios completos una vez se cierre el caso.
-Olvídate de los malditos cheques, es la vida de ustedes dos… Sólo hasta que el bebe nazca, cuando seas menos vulnerable- dije dirigiéndome al feto en su estómago y me apresté a comer.
Pasaron unos minutos en silencio, de pronto dijo pasmada, como si se viera en el futuro:
-Yo con otro nombre no voy a poder vivir…no me imagino.
-Claro que puedes Martina, sólo es un nombre.
-No es sólo eso, hay que empezar de nuevo… es una forma de existir.
-Martina, es por un tiempo.
-¿Cómo están tan seguro?
-Vuelvo a repetirte, lo sé.
-Pero… además necesito a mi familia… ¿Qué voy a decirles?
-No, no puedes hablar con ellos más. La hermandad tendrá sus teléfonos intervenidos.
Se tomó la cabeza con ambas manos y me miró despavorida:
-¿Entonces?
-Tendrás que vértelas tu sola, sin amigos, sin familiares. Hay un montón de gente que vive así. Veme a mí, no tengo problemas viviendo en diferentes ciudades y lugares, conociendo gente nueva y olvidándola…
-Tú me dijiste que habían cortado tus raíces desde joven, quizá por eso... Después me contaste del incendio de tu casa, de la muerte de tu padre…
-Todos tenemos problemas con mudar Martina, con vivir nuevas vidas cada vez, pero cuando no hay de otra no hay de otra…
-No me hago a la idea.
-No te preocupes, lo sobrevivirás.
-Se necesita ser insensible…
-No exageres. Quizás sólo hasta el nacimiento del bebé, entonces cuando seas menos vulnerable, quizá puedas negociar con el ejército.
-¿Negociar? Yo no he hecho nada.
-Que fuiste infiel, que te arrepientes, que necesitas protección…
-¿Cómo voy a explicar qué desaparecí por nueve meses así como así?
-Para entonces quizá puedas decirles la verdad. Tiene que haber alguien en todo el maldito ejército que sea decente, alguien que no pertenezca a la hermandad.
-¿Y si aparece Lee?
Guardé silencio. Aproveché para pedirle al mesero una segunda cerveza.
-Algo me dice que no será así.
Me miró perpleja:

-Entonces todo es verdad.
Le devolví la mirada perpleja y añadí un poco con molestia:
-Joder Martina, vamos a empezar de nuevo, a lo mejor aparece claro.
El mesero me trajo la segunda cerveza.
-¿Cuánto es verdad y cuánto mentira?
-¿Me creerías si te dijera que no lo sé?
Guardamos silencio un momento; yo bebiendo lentamente mi cerveza y pensando cual era el siguiente movimiento. Ella mirando a la gente llenar poco a poco el lugar, borrachos tempraneros y parejas jóvenes tomando el lunch. El sol entraba por todas las ventanas.
-¿Y si no puedo adecuarme a California?
-Lo harás, el clima es muy bonito.
-¿Y si me encuentran antes?
-Otra vez la misma monserga… Píntate el cabello, cambia un poco tus gustos, se discreta. Todo depende de ti; si me escuchas y haces caso. Miles de personas pueden, ¿por qué tú no? Además, tienes dos cosas a tu favor, hablas inglés, y conoces el sistema.
-Y si no puedo… o si me atrapan.. ¿Y qué tal si cometo un error?
Por un momento pensé en retirar la fianza y declararme culpable, quizá era la única solución para que la dejaran en paz y por ende a nuestro retoño. Decirle a la policía lo sucedido… por lo menos hasta donde recordaba. Quizá era verdad, dentro de la cárcel estaría más seguro… sin embargo, algo muy dentro de mí, sabía que las cosas no funcionan así, no en este mundo al menos. Seguro la hermandad debía tener algún hermanito en prisión, y ese sería el encargado de acuchillarme en las duchas.
-El siguiente paso es vaciar las cuentas bancarias y deshacerse del automóvil; rematarlo - dije-. Cuándo veníamos para acá, pasamos un lote de carros usados. Regresa ahí y tránzalo, sino quieren pagar cash, cámbialo por otro, algo que aguante el viaje a California. Respecto al dinero, aquí mismo en el Mall, debe haber un cajero automático. Al teléfono hay que quitarle la tarjeta y comprar uno desechable- me sorprendí de mi lucidez.
-OK.
-A través de los primos de Peter sabré de ti, yo te enviaré una buena suma en pocos meses, no te preocupes…
Ella me miró con unos ojos que no le conocía:
-O sea, esto es un adiós…
Quise tomarle las manos, pero las apartó y las escondió en los bolsillos de la chaqueta.
-Sí, temporalmente, te llamaré. Insisto, compra un teléfono desechable, no pueden ser rastreables. También podríamos comunicarnos por email, desde cuentas nuevas por supuesto y nombres falsos. Recuerda, cuando usemos el teléfono deben ser

llamadas cortas y en las que nunca mencionemos nombres u otros datos sensibles. Lo mismo cuando escribamos en la internet, usa computadoras públicas, nunca la de tu casa.
-Parece que tienes experiencia.
Martina bebió el café restante en la taza:
-¿Y tú qué vas a hacer?- me preguntó.
-No te preocupes por mí, como tú misma lo dijiste, estoy a preparado para cambiar de vida-Llamé al mesero y pedí la cuenta, pagué en efectivo. Dije para tranquilizarla: -Yo esperaré el veredicto, eso los calmará. Permaneceré en el estado… Tengo confianza en mi abogado, Slack no tiene una gran reputación y se ha contradicho más de una vez, es evidente que desea alguien patrocine sus piernas y su oreja faltante.
-¿Y entonces?
-Pues… si hay que enfrentarse con ellos, lo haré…
Martina se aprestó a responder rápidamente:
-Es una pésima idea, creo- dijo estrujándose las manos.
-¿Cuál?
-La de enfrentarse a ellos.
-Qué sea lo que dios quiera, lo que la suerte dicte, o los números en los dados- atrapé sus manos esta vez y las apreté contra las mías.
-¿Sigues pensando la suerte es todo?- me enfrentó.
-Sí señor. El por qué nacemos en determinada familia, ciudad, clase social o con ciertos rasgos físicos, todo es producto de la suerte o azar, como quieras llamarle. La suerte lo es todo sí señor. Muchos deberían estar agradecidos a su suerte; sobre todo los hijos de puta en el poder o el dinero.
Guardamos silencio unos minutos.
De pronto me miró seria:
-Hablando de nacer… Entonces si es niño, le pondré Emiliano, como ese revolucionario tuyo, y si es niña, Emily, como la gran escritora de Massachusetts, ¿en eso al menos estamos de acuerdo?
-Por completo cariño- la besé. -Además, ambos nombres se parecen y son lindos.
Esbozó una sonrisa, aunque seguía molesta y preocupada. Nos volvimos a besar, esta vez con más pasión.
-¿Y qué le diré si algún día pregunta por su padre?
-No te preocupes, antes de que pueda preguntar eso, apareceré, te lo prometo.
-¿Me estas pidiendo espere un número indeterminado de años hasta que aparezcas por la puerta?
-No son años, meses quizá.
-¿Quién te crees? ¿Qué soy? ¿No soy una monja?
-No estoy pidiendo esperes como una monja.

-No te das cuenta, de eso precisamente me cansé mientras viví con Ben.
-Martina, eres muy difícil reinita. Además, siempre puedes enamorarte de nuevo, hacer tu vida. Follarte con el siguiente fontanero.
-¡Vete a la mierda!- se alejó de mí.
-Lo siento, lo siento… ven, ven. Hey, no quedemos mal, ambos necesitamos no sólo de buena suerte, sino de un montón de energía positiva para acompañarnos, a los dos nos queda un largo viaje…
Me miró desde unos ojos llorosos y por fin cedió:
-OK… Tienes razón.
-No llores- la tomé de la barbilla- mejor bésame.
Nos besamos de nuevo. Aquella era una decisión difícil. Puse mi mano en su estómago. Por primera vez en mucho tiempo, me encontraba enamorado… aquella mujer me fascinaba.
-Sólo recuerda una cosa, te amo… Los amo a los dos… con todo mi corazón- debía largarme antes de arrepentirme.
Martina me vio con unos ojos tristísimos, casi rompieron mi corazón. Me puse de pie:
-Me voy… pero después nos vemos, lo juro. Quiero tener a Emiliano en mis brazos, y a ti por el resto de mi vida. Sólo tengo unos pendientes que arreglar.
-¿Qué pendientes? ¿Piensas acaso terminar con todos los miembros de la hermandad? ¿Cortarles las orejas y ponerlas en un maldito collar?
-No estaría mal, son tan, o más peligrosos que el ku klux klan, hijos de puta… pero no te preocupes, no me refería a eso- me incliné para darle un beso en la boca. Se dejó hacer pero no hizo ningún esfuerzo por regresarme la caricia.
-No se te olvide hacer lo que te recomendé. Te lo pido… Es importante, esto no es broma. ¿OK?
Me miró y movió afirmativamente la cabeza desconsolada.
-Te llamo, te mando dinero, nos vemos en California.
Dejé unos billetes al mesero sobre la mesa y con paso lento salí primero del bar y después del Mall donde en un mar de gente me disolví, debía desaparecer.
La última imagen de Martina es ella sentada en aquel bar anodino, bajo los rayos del sol que se cuelan por los ventanales y han formado un aurea a su derredor.

43

Se encontraban la señora Robbins, Martina, Regina, Samantha, Candice, Jaire, Muriel, Vanessa y Ana Graciela. Tres de las cuales eran viudas, o eso estaban buscando. Había pasado más de un año desde la desaparición de sus maridos y ni rastro de ellos. De acuerdo con las autoridades periciales, se había literalmente peinado la zona del suceso en busca de restos humanos por un radio de cincuenta

kilómetros, pero nada, como si los tres hombres se hubieran esfumado en el aire. Se habían analizado las camionetas accidentadas en busca de DNA, pero nada que inculpase al acusado, nada en las armas, algunas huellas de las víctimas; las cuales iban y llegaban al mismo sitio. No había caso, excepto por la palabra de un testigo, a todas luces celoso. Hubo apelación de parte de los abogados del ejército.

Las mujeres habían aceptado aparecer en el documental con esperanza de que eso destrabara el caso; pues mientras sus maridos no fueran declarados muertos oficialmente, ellas no podían cobrar el seguro del ejército, ni el bono. Además claro, por los tres mil dólares que recibirían cada una de ellas por una hora de entrevista.

En cuanto al caso, lo más interesante de acuerdo al productor, era que el acusado se había entregado a sí mismo y una vez dentro de la celda también había desaparecido. Como si hubiera salido por las paredes o alguien lo hubiera dejado escapar, o peor aún, asesinado en complicidad con las autoridades… Muchos desaparecidos en torno a un mismo asunto, esa eran la noticia.

El camarógrafo y el reportero se instalaron en sus posiciones para continuar la segunda parte de la entrevista, está relacionada al caso de infidelidad del que se había ocupado los diarios locales por varias semanas. El director les volvió a pedir neutralidad y honestidad. Todo el mundo apuró su bebida y las mujeres regresaron a sus lugares; auxiliadas por los asistentes, quienes les colocaron micrófonos y les retocaron la cara con maquillaje.

-Qué opinan del sospechoso: ¿es cierto que era una especie de animal o bestia salvaje?

Entre ellas se miraron. Algo las hacía del club; desde la primera parte de la entrevista ya habían empezado a ser cínicas, más la copa de whisky:

-Una vez sin ropa se transformaba. Uno podía perder la noción del tiempo, hasta seis orgasmos llegué a tener. Tres, cuatro horas de sexo o más, eran naturales para él.

-Si era bárbaro, a mí me hizo creer que yo era un tipo de animal, me puso en posiciones difíciles, aunque todas ellas interesantes.

-Yo lo recuerdo más como un baile.

-Lo contagiaba a uno de música y él era el ritmo- bromeó Jaire.

-Todavía me acuerdo y me entran cosquillas en las plantas de los pies, besó mis dedos como nadie, fue muy tierno- dijo Ana Graciela.

-Yo creo era un sacerdote, algo como un espíritu. Una vez que te tocaba te volvía loca, entrabas a su templo personal- comentó Samantha, quien profesaba tendencias *new age*.

-A mí, además de otras partes, me lamió la nuca y debajo de las axilas-. Si era un animal salvaje, pero en otro sentido- respondió Muriel, a quien las otras no conocían.

-*¿Creen ustedes que merecía la pena de muerte como al principio pedía la opinión pública?* -preguntó el director del documental.
-No la pena de muerte, pero si un castigo mayor, en lugar de ser declarado inocente en ausencia- fue el turno de Candice, vestida una falda corta que dejaba ver sus bien torneados muslos, sonaba despechada; aunque con una cara estirada por su reciente operación. –Pronosticó la desaparición de las hijas de mi esposo, las dos niñas que tuvo con su primera mujer.
-No fue declarado inocente, se le cargó abuso de confianza y robo- aclaró alguien.
-Muchos creemos que no desapareció, sino que lo hicieron desaparecer… ¡Por favor, nadie se escapa de una celda así como así, al mediodía, rodeado de policías y cámaras!- esta vez fue Regina quien intervino.
-Era un muchacho muy bueno- dijo la señora Robbins.
-Estoy de acuerdo… al contrario, deberían de darle un reconocimientoJaire continuaba con sus bromas.
-Debería de haber uno de estos "malos de la película" en cada una de las bases- sugirió Samantha, quien en secreto estaba feliz de haberse deshecho de su soldado, y era dichosa como novia de un doctor el cual valía su peso en oro. Le urgía ser declarada oficialmente viuda para casarse.
-*¿Están de acuerdo en que su desaparición es parte de todo un fenómeno paranormal?*
-No.
-No.
-No.
-Si… Conmigo utilizó hipnotismo. No recuerdo nada, hasta que estamos teniendo sexo y estoy sentada encima de su miembro. No pudo haber sido posible caer de otra forma, utilizaba su conocimiento para embaucar gente- respondió a la pregunta Vanessa la obesa –como el resto de las mujeres se referían de ella, particularmente Martina, Regina y Samantha, quienes sabían de la violación y la detestaban.
-Le di dinero, cada vez que vino a la casa, le pagué o le di algún regalito, sutilmente te obligaba a hacerlo- dijo nuestra vieja amiga Candice.
-Una vez mientras hacíamos el amor, toqué su espalda y sentí que tenía alas. Cuando tuve aquel orgasmo múltiple, vi que abría sus alas y las agitaba- comentó Samantha.
-*¿Y no sería que usted se encontraba bajo la influencia de alguna droga?*
-Más allá de alcohol y medio porro, esa noche no hubo más drogas involucradas. Quizá fue el placer, aunque no creo, vamos, no es como que era mi primera vez. Tenía alas y las agitaba, unas alas negras, grandes, impecables.

-¿No me digan? ¡El tío era un vampiro…! Je je je, yo recién me estoy enterando!- sonrió Regina.
-Si tenía alas, no lo sé y me parece gracioso… Lo que sí sé, es que tenía la pinga grande y sabía usarla, la verdad- Jaire.
-Dejaba a uno seca. Lo mejor de todo, era su ritmo como alguien mencionó… a lo mejor porque me gusta bailar. Estudié baile durante años...- comentó Ana Graciela.
-Proyectaba tu fantasía en alguna parte de tu mente, y él se integraba a ella.
-Cierto.
-No dije que fuera un vampiro, dije que eran las alas de un ángel, a mí…
-Tuvimos suerte, todas…- Regina.
-Era un espíritu antiguo encarnado en una persona equis, por casualidad o por suerte, como él la llamaba… A nosotros nos tocó conocerlo en forma de Sergio- dijo Martina quien no había dicho una sola palabra desde la segunda parte de la entrevista.

La cámara se detuvo en Martina e hizo zoom in:
-Parte de lo que se dice es cierto, fue un chamán que sólo cada determinados años se aparece para hacer justicia.
-*¿Cómo puede usted estar tan segura?*
-A mí me lo dijo, me lo contó todo, la noche que concebimos a nuestro pequeño Emiliano…

44

-Nieto, aquí está tu suéter, póntelo… al fin lo acabé.
-Qué lindo abuela… y es calientito, gracias.
-Mantén la temperatura del cuerpo, es importante. A donde vas es frio, y ha llegado el invierno.

FIN. COLLAR DE OREJAS Copyright © - Alberto Roblest EDITORIAL HISPÁNICAS, USA

***Collar de Orejas*, es una novela que se mueve en el universo de la real y lo mágico, el thriller y el erotismo, el relato de viajes y la historia de misterio. Un texto particular y único en la literatura escrita en español en los Estados Unidos, el cual abre sin duda, un nuevo campo estilístico. Con una prosa ágil y descripciones precisas, “Collar de Orejas”, es una excelente aportación literaria, la cual atrapa al lector desde su inicio hasta el final; para dejarlo perplejo. Denuncia social, misticismo, ensueño colectivo y acción, se reúnen en esta pieza singular de la literatura norteamericana.**

También de Alberto Roblest en EDITORIAL HISPÁNICAS,

USA:

Instantáneas Norteamericanas